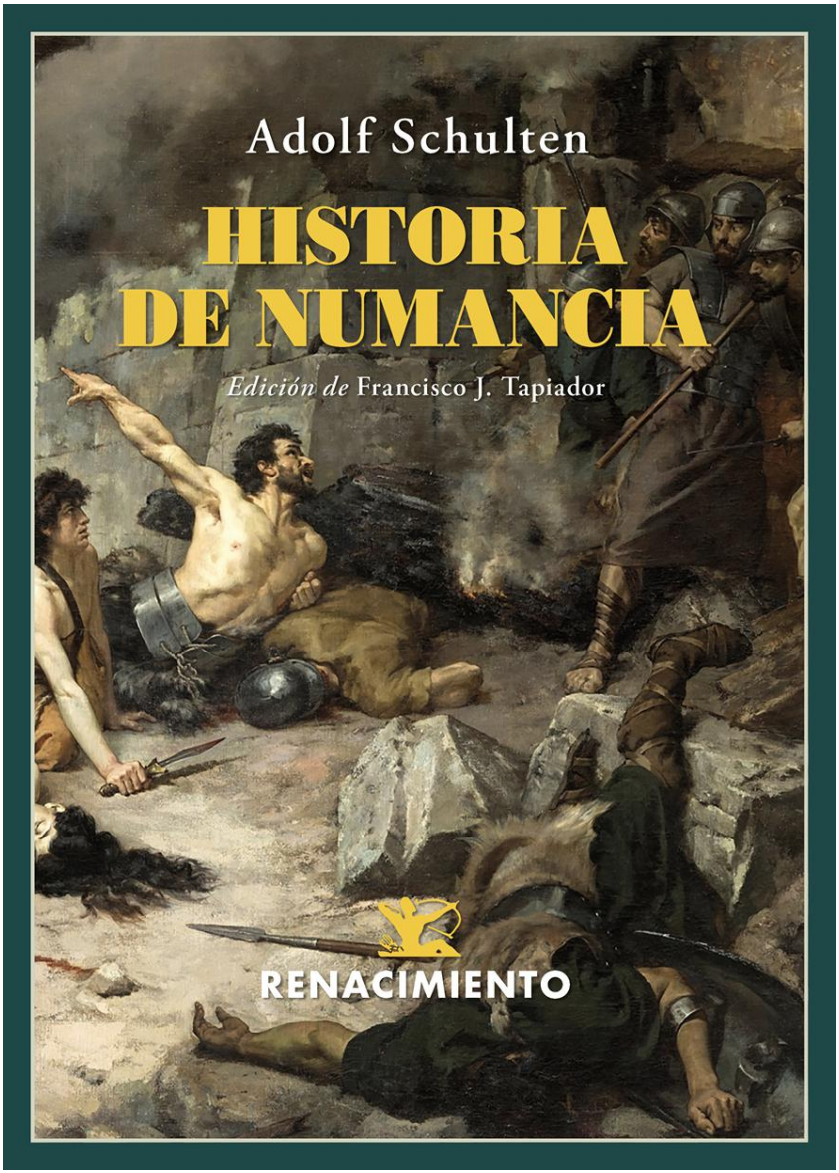
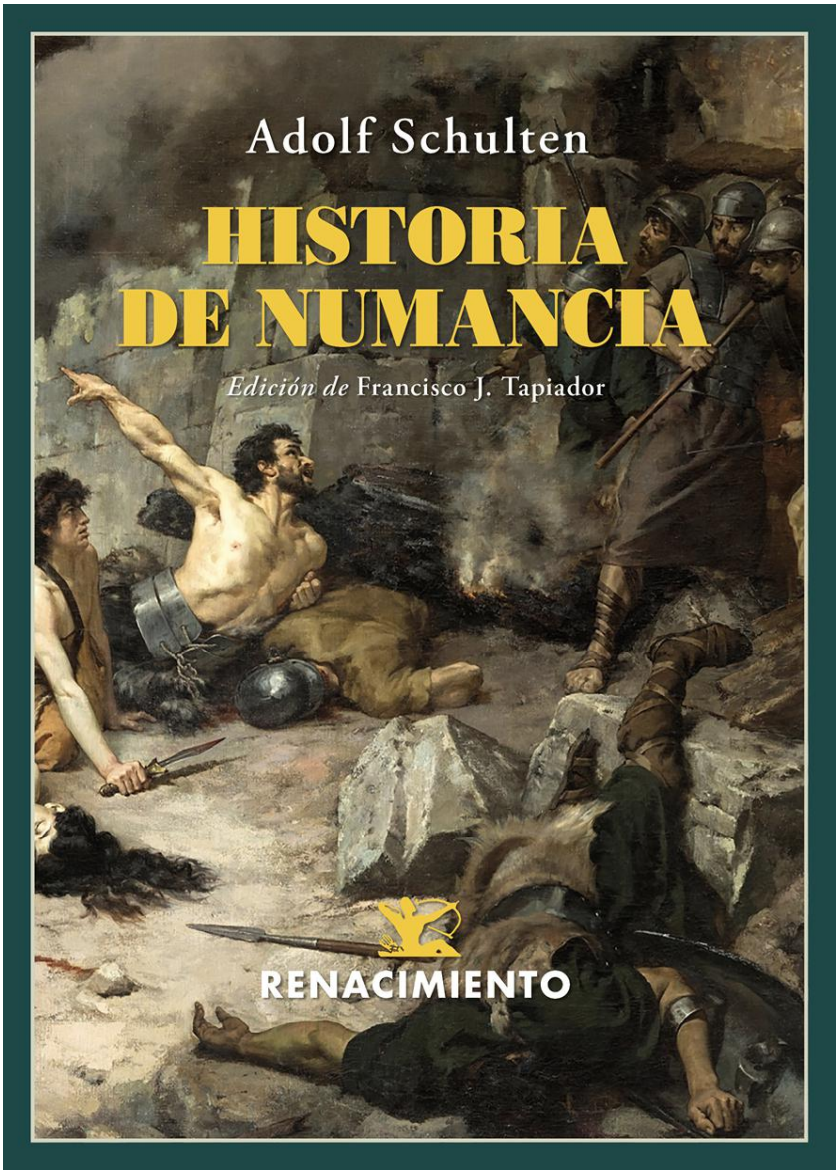

Adolf Schulten
HISTORIA DE NUMANCIA
Edición de Francisco J. Tapiador
RENACIMIENTO


Adolf Schulten
HISTORIA DE NUMANCIA
Edición de Francisco J. Tapiador
RENACIMIENTO

ADOLF SCHULTEN EN LAS EXCAVACIONES DE NUMANCIA.

Adolf Schulten

HISTORIA

DE NUMANCIA

Traducción revisada por el autor con un prólogo

del Dr. Francisco J. Tapiador

RENACIMIENTO
BIBLIOTECA HISTÓRICA

© Herederos de Adolf Schulten

© Edición: Francisco Javier Tapiador

© 2023. Editorial Renacimiento

www.editorialrenacimiento.com

polígono nave expo, 17 • 41907 valencina de la concepción (sevilla)

tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento

isbn ebooks: 978-84-19791-08-5

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2022

Adolf Schulten (1870-1960) fue el arqueólogo alemán que dio a conocer al mundo culto el yacimiento celtibérico de Numancia. No fue esa, sin embargo, su mayor contribución a la disciplina. Investigador también de Tartessos y de otros lugares emblemáticos como Masada, inició una obra fundacional para el conocimiento de la historia de Hispania: las Fontes Hispaniae Antiquae , publicadas junto a dos de sus colaboradores, Pedro Bosch Gimpera y Luis Pericot, bajo los auspicios y a expensas de la Universidad de Barcelona. La obra reúne una compilación de fuentes escritas para adentrarse en aquel periodo. Junto con su continuación y mejora, el proyecto de los Testimonia Antiqua Hispaniae dirigido por Julio Mangas y Domingo Plácido desde la Complutense, la obra de Schulten ha formado parte de la educación de varias generaciones de historiadores. Pero en España, Schulten es conocido sobre todo por Numancia. Cualquier exposición sobre la ciudad saca a relucir al alemán, aunque como veremos el honor de localizar el lugar al que se referían las crónicas antiguas, el descubridor del emplazamiento de Numancia, corresponde a Eduardo Saavedra, que presentó las pruebas necesarias en 1861.

Aunque hoy pueda parecernos sorprendente, durante siglos no se supo muy bien dónde había estado aquella ciudad que resistió repetidamente a las legiones romanas hasta que en un lejano verano del año 133 a.C. fue finalmente conquistada por Escipión Emiliano, tras un asedio de quince meses. Se la llegó a situar en lugares tan peregrinos como Zamora (en el siglo x el obispo de la ciudad se titulaba episcopus numantinus), aunque leyendo las fuentes con atención eso fuera difícil de sostener. No obstante, durante siglos, los zamoranos se empecinaron en esta idea por motivos políticos, lo que nos revela el prestigio que tuvo la gesta desde antiguo. Como nos cuenta Schulten en este libro, no fue hasta el siglo xvi cuando la devolvieron a su lugar, el camino desde la cuenca del Ebro a la Meseta. Nebrija la situó, correctamente, cerca del nacimiento del Duero. Para Saavedra, y para otros que excavaron antes, alrededor de 1803, era evidente que si las fuentes eran precisas Numancia

tenía estar sobre una colina cercana a la aldea de Garray, a un paseo de dos horas desde la ciudad de Soria, así que centró allí sus esfuerzos y encontró los restos de una ciudad romana, identificados por los trozos de cerámica y otros indicios arqueológicos de aquella época. No tuvo la suerte, sin embargo, de dar con restos anteriores.

Schulten tuvo conocimiento de las ruinas romanas en Numancia, y fue hasta el lugar con la intención de encontrar la ciudad ibera, la prueba de que aquella era la Numancia de las crónicas. Había quedado fascinado por una descripción de Apiano, el historiador romano que unos doscientos años después de la destrucción de la ciudad narró en su propio estilo el relato de Polibio, alguien que sí fue partícipe de los hechos. Un primer viaje, en 1902, le convenció de que, efectivamente, Numancia tenía que estar debajo de las ruinas romanas identificadas por Saavedra. En 1905 publicó esa idea en un libro titulado Numantia. Eine topographisch-historische Untersuchung. El libro debe mucho a la generosidad de Saavedra (a quien había llegado a partir de un contacto del gran matemático Felix Klein, profesor en Gotinga, ciudad en la que estaba Schulten), que le hizo llegar planos de 1861. El libro contenía un llamamiento al gobierno y al pueblo español para que excavaran el lugar, puesto que Schulten, como tantos otros antes que él, estaba convencido de que bajo los restos romanos se encontraban los de la ciudad antigua, la «heroica».

Ya sea que el gobierno y el pueblo estaban a otras cosas, o que no tuvieron tiempo de reaccionar, el caso es que, libro en mano, Schulten tuvo que dirigir sus esfuerzos a Alemania. Logró convencer a la Real Sociedad de Ciencias de Gotinga para que le dieran una buena cantidad marcos para irse a excavar a Garray, como cuenta en el capítulo XI de esta Historia de Numancia. Tuvo el buen criterio de recopilar los permisos necesarios en Madrid, y el 11 de agosto de 1905 llegó a Soria, donde fue bien recibido por los locales. El 12 de agosto organizó una cuadrilla de obreros y empezó a excavar. A las pocas horas de trabajo, a las seis de la tarde, y en un alarde de eficacia, dio con la Numancia celtíbera.

Schulten continuó excavando y el 24 de agosto tuvo lugar una coincidencia que traería como resultado un equívoco permanente. El rey Alfonso XIII había acudido a la colina a inaugurar un obelisco

conmemorativo de la ciudad romana, pagado por un prócer local al que parecía un desdoro para el país que no hubiera casi nada que indicase la importancia del lugar. Era una visita programada desde antes de que llegara Schulten. En todo caso, el rey y su séquito visitaron sus excavaciones, inauguraron el monumento, y le invitaron después al banquete conmemorativo, en el fue agasajado como aún se estila con los profesores extranjeros. Esto dio lugar a cierta mixtificación sobre qué había descubierto Schulten y su papel en Numancia. Era fácil pensar, en una lectura apresurada del suceso, que el rey había ido al celebrar el descubrimiento de Schulten. Las simplificaciones periodísticas hicieron el resto. Una noticia se divulgó por toda España: un alemán había encontrado Numancia.

Fue entonces cuando empezó una polémica que aún continúa. Que allí había ruinas no lo dudaba nadie: los locales llevaban utilizando el yacimiento como cantera desde hacía décadas. Que se tratara del lugar donde se elevó Numancia, tampoco. La lectura de las fuentes lo sugería, y Saavedra ya había sacado a la luz restos romanos. Pero que hubiera una ciudad anterior y que la historia del cerco fuera cierta, eso era otra cosa. Hoy quizá extrañe que hubiera dudas, pero hay que tener en cuenta que durante mucho tiempo se sabía que las obras antiguas, incluidas las supuestamente históricas, contenían una buena dosis de inventos y exageraciones. Esto en ocasiones tenía motivos políticos: ya fuera para engrandecer la obra de un mecenas, arrastrar por el fango a un enemigo, o como catarsis social tras un hecho trágico que expiar. En otros casos, la mera convención del género introducía elementos míticos, como la loba en la fundación de Roma. Las crónicas a veces son interesadas, fantasiosas, o mienten adrede, pero las piedras, no. Por eso era importante excavar. Que debajo de las ruinas romanas estuviera la ciudad celtíbera era previsible, pero no seguro. Fue Schulten quien aportó la prueba, el dato empírico.

La polémica fue debida a un equívoco semántico relacionado con el método científico. Schulten se presentaba como la persona que encontró Numancia, pero para él esa frase tenía un significado muy diferente que para el lego. Para un científico (y Schulten se preciaba de serlo) «encontrar» algo no es lo mismo que sospechar o tener pruebas indirectas de ese algo. Para él, y para el pensamiento

científico moderno, encontrar algo consiste en presentar unas pruebas inequívocas, y materiales, de lo que se hipotetiza. La verificación de una hipótesis es lo que da carta de naturaleza a un hallazgo. Esto es algo que estaba imbuido en la mente de Schulten. Y había sido él quien había sacado de la tierra los primeros restos quemados y fragmentos de cerámica de la Numancia pre-romana. Eso –en la época– demostraba científicamente que había dado con ella. Él lo llamaba, en su publicación de 1914, «la clave de la prueba».

Pero para la prensa y para el pueblo, y en general para todo aquel que no forme parte de la comunidad científica, la palabra «encontrar» y «descubrir» son sinónimas, y tienen en todo caso una connotación mucho menos restrictiva que la científica. Schulten reclamaba (con razón) la primacía científica de haber encontrado la Numancia pre-romana. Alguna gente entendía que si se aceptaba esa idea no se le estaba dando el suficiente crédito público a Saavedra, el «descubridor» en el significado habitual de la palabra.

Se argumenta, aún hoy, que ya se sabía desde hacía tiempo que Numancia estaba en aquel cerro, pero Saavedra, como persona culta que era, sí que entendía correctamente la diferencia entre creer algo por haberlo leído y tener evidencia empírica de ese algo, y de hecho con él no hubo polémica.

No fue solo porque Saavedra fuera una buena persona, o porque ya estuviera mayor. Era que entendía el lenguaje de Schulten, la connotación y la denotación detrás de la afirmación de que Schulten había encontrado Numancia. Otros no lo vieron así, y eso, unido a razones políticas que comentaré después, y a que el alemán no era el tipo de persona dada a explicarse, creó esa polémica que aún perdura, y a la que Schulten fue, por otro lado, patriciamente ajeno.

Hay que anotar también que en la Historia de Numancia, Schulten usa la palabra «descubrir» en el sentido de «destapar». Efectivamente, no se puede negar que Schulten fue el primero en destapar el nivel de la ciudad pre-romana, o que al menos hizo una cata. Tampoco se puede dudar que fue el alemán quien más hizo después por divulgar el hallazgo entre los círculos de la arqueología y la historia mundial. Y tampoco hay duda, como se puede leer al

final de este libro, que Schulten dio el crédito debido a Saavedra.

El conflicto que ha ocupado tantas páginas desde entonces no se puede entender sin algunos elementos sociológicos que coadyuvaron a la polémica. Schulten tuvo desde el principio algún roce con los locales, celosos de su Numancia y heridos en su orgullo patrio porque un extranjero hollase sus ruinas. Atentos a cualquier afrenta para sacar a relucir sus intereses, ya fueran estos el monopolio intelectual de la historia local, el mantenimiento del statu quo, o la visión patriótica de la ciencia, pronto encontraron motivos suficientes para sentirse ofendidos. Schulten había enviado a Alemania unas cuantas cajas de materiales para analizarlas, y cuando se lo afearon, hizo unas declaraciones que no dejaban en buen lugar a aquellos supuestos, pero orgullosos, descendientes directos de los celtíberos. A pesar de que devolvió los materiales, que tardaron en llegar a Madrid, enredados en las burocracias aduaneras españolas, no le dejaron seguir excavando en la cima de la colina, y tuvo que contentarse con investigar los restos de los campamentos que construyeron los romanos.

Pero Schulten ya había conseguido lo que buscaba: identificar la ciudad celtíbera. Las fuentes literarias podían equivocarse, o mentir, pero él había conseguido pruebas materiales. Soslayó las críticas sin mayor problema, siempre pertrechado de los oportunos permisos, y siguió trabajando donde le dejaron, envuelto en el aura de respetado sabio internacional de la que sus adversarios carecían completamente. Era extranjero, y alemán en una época en que el país era la referencia intelectual de occidente, y además contaba con recursos para llevar a cabo su trabajo. No hay que olvidar que en aquel tiempo los universitarios españoles aprendían alemán y se iban de becarios a Alemania, no a Inglaterra o a Estados Unidos, que por entonces era un país rural y ensimismado.

Sería injusto considerar a Schulten como un señor alemán que vino por aquí a desenterrar cosas que se llevó a Alemania, que era como le presentaban sus críticos menos refinados. Según la ley de la época, no robó nada, y además devolvió los materiales que se llevó, quizá solo para congraciarse y que le dejasen seguir trabajando. Es cierto que todavía quedan materiales en Alemania, pero no se le puede acusar de explotador, al menos no en el sentido en que se

puede usar ese término para todos los arqueólogos ingleses y franceses que llenaron salas y salas del British Museum y del Louvre con lo más lucido que encontraron. Schulten no se llevó nada equivalente a una dama de Elche, o a las metopas del Partenón, sino restos arqueológicos de cultura material, poco vistosos, para cuyo estudio en detalle necesitaba tanto mano de obra como equipos especializados.

Schulten aprovechó un nicho de oportunidad y es poco lo que se le puede, aún hoy, reprochar. De hecho, comparado con lo que otros habían hecho en Egipto, Grecia o Turquía, su comportamiento fue ejemplar. En Numancia, simplemente encontró un campo casi virgen en un tema por el que los investigadores españoles no habían mostrado demasiado interés (la falta de medios y las turbulencias políticas de la época no son excusa), y lo aprovechó con pasión, interés y dando el debido crédito a quien lo merecía.

No haberle caído bien a los sorianos de la época tampoco es que sea motivo para garabatear su nombre en un trozo de cerámica y condenarle al ostracismo. El ambiente de aquella sociedad rural no difería mucho del que reflejaron Galdós y otros escritores naturalistas y realistas, ese caciquismo de chocolate con picatostes en la mesa camilla del casino, centro del poder local desde el que las fuerzas vivas del pueblo: el cacique, el senador, el alcalde, el buen abad, el boticario y el cronista local, arreglan el mundo cada tarde. Nada muy diferente de lo que podía pasar en otras partes del mundo, pero en una tierra ajena y cerrada, Schulten, un hombre reservado, absorto en sus investigaciones, intelectual puro, sin interés político, metódico y con poco tiempo que perder, no encajaba. Tampoco dominaba el castellano como para entrar en tertulias, ni era su carácter. A pesar de los esfuerzos que puso en llevarse bien con los nativos influyentes, solo obtuvo un éxito parcial en congraciarse con el ambiente castizo del nuevo siglo.

Tuvo la fortuna de que en Madrid le hicieron más caso, y que pesara tanto su paciente insistencia como el plus de ser un extranjero educado que se interesaba por unas piedras viejas del país en un mundo entonces obsesionado por el ferrocarril y otros instrumentos de progreso. No me cabe duda de que no hubiera disfrutado de tantas facilidades si en vez de presentarse en Madrid

como Adolf Schulten de Elberfeld, Alemania, lo hubiera hecho como Adolfo Hombros, natural de Camporredondo, Valladolid, pero eso no es problema de Schulten, sino de los españoles desde 1898.

Hubo un elemento clave del conflicto. Schulten topó enseguida con la misma Iglesia que hasta hacía 50 años monopolizaba, Biblia en mano, la enseñanza de la historia; siendo de hecho una de las primeras críticas que recibió su trabajo una furibunda diatriba de un canónigo cuya línea argumental fue quejarse de que tengan que venir extranjeros a desenterrar nuestra historia habiendo aquí gente de valía. No le faltaba razón en esto, aunque su discurso parecía más otro episodio de esa afición patria a invertir recursos en levantar barreras para proteger las lindes de un terreno (no sea que otro venga a explotarlo mejor), para luego desentenderse de su cultivo. Más que la excavación en sí, lo que realmente irritó al abad fue que Schulten había publicado otra obra, Campesinos de Castilla (1913) –etnográfica pero que a mi juicio se puede leer en clave de crítica social sin estirar demasiado la interpretación– de cuya lectura contextualizada se pueden deducir que Schulten era un hombre sensible a las privaciones ajenas y que, a pesar de las críticas que se puedan hacer a su concepto de raza –algo nada singular en su época–, se fijó en aspectos que pocos habían reseñado antes, como el analfabetismo femenino, o la pobreza del medio rural del páramo castellano.

Cometió, eso sí, el error capital de escribir que Madrid era mejor que Soria, después de hacer las siguientes comparaciones: que Madrid era por la tierra, el Sahara; por el sol, Calcuta; por el frío el Polo Norte; y por el viento Edimburgo. Peor aún, dijo que en el páramo las únicas casas con ventanas eran las de los párrocos, y que era frecuente que los curas vivieran en concubinato con su ama. Señalar que el tono y el estilo en que escribió estas cosas se inscriben más en el naturalismo que en el romanticismo al que se suele asociar, por lo que en la época sus palabras debieron sonar especialmente bruscas.

Los locales se tomaron esta obra como una traición y una afrenta desagradecida a la generosidad con la que le trataron durante su estancia en Soria. Pero si Campesinos molestó tanto en la España de la Restauración, y especialmente al clero, fue porque –quizá mucho

más allá de las intenciones del autor– la obra describía no solo una moral por la que no había pasado ni la Reforma ni la Contrarreforma, sino la abominable situación social del campo español de la que los tan ruidosamente ofendidos no estaban exentos de responsabilidad.

Con un estilo descriptivo, de notario, va listando lo que vio, criticando después al caciquismo y al clero como responsables de la miseria de los campesinos y pastores. Habla del abandono de esta tierra por el Estado, de la baja densidad de población, alabando no obstante el carácter de los habitantes entre cuyos rasgos destacaba el orgullo, el valor de la libertad y la caballerosidad. Su comentario de que mejor estarían estas pobres gentes del campo castellano dirigidas por catalanes o vascos no era solo un regalo para el programa imperialista catalán que Prat de la Riba había publicado tres años antes, sino una queja sobre la indolencia de la elite local, a los que pintaba como garbanceros de levita y mitra.

Leída hoy, y salvo que uno se sienta muy cercano a los intereses de caciques y abades, la obra no ofende en absoluto. De hecho, destila piedad y admiración por los castellanos sin escatimar, no obstante, críticas desnudas a la pereza, la indolencia, el orgullo o la avaricia que tradicionalmente no han dejado de considerarse como el reverso tenebroso de las supuestas virtudes castellanas. Como curiosidad literaria, Schulten personifica en don Quijote el carácter castellano (idealismo, austeridad) y en Sancho el catalán y vasco (industria, abundancia).

Pero sería simplista condenar a los que criticaron a Schulten por su Campesinos. No eran en absoluto unos palurdos rurales, sino gente instruida con una visión interesada y quizá un tanto limitada del mundo, pero no obstante personas que habían estudiado, capaces de leer en griego y latín, que estaban al corriente de la historia de su país, y que aún tenían presentes los estragos de la invasión napoleónica en el patrimonio español.

Para este tipo de perfiles, la noción de un señor alemán viniendo a educar a los españoles sobre su propia historia despertaba recelos, aunque no hay que olvidar que ese proceder ha sido común hasta hace bien poco, y que toda una generación de hispanistas ha venido explicándonos hasta hace muy poco quién era Felipe II, Carlos V o

qué paso en España a partir de 1936. La idea (ya desde Sertorio) de que un experto es alguien que no es de aquí, ha calado en la mente del español medio, para la desesperación de los investigadores locales, que siempre se han sentido despreciados frente a colegas extranjeros cuya mejor credencial era que no eran de aquí y por lo tanto supuestamente imparciales. Afortunadamente, esto ha cambiado en las últimas décadas.

El mayor rival de Schulten, si es que se le puede llamar así, fue Santiago Gómez Santacruz, el canónigo al que me refería antes, y que era conocido en la ciudad como «el señor Abad».

A pesar de que es fácil caricaturizarle, era un hombre cultivado, pero sin formación técnica, y desde luego con ninguna capacidad de proyección internacional. Obviando el estilo con el que se despachaban las controversias en la época, hizo algunos comentarios interesantes en su crítica de 1914, como que unos supuestos campamentos del cerco romano que había identificado Schulten estaban demasiado cerca de la ciudad para ser tales. El abad no conocía aún la Historia de Numancia de este volumen (publicado en 1933), y de hecho su critica iba dirigida al librito Mis excavaciones de Numancia, una especie de avance que había publicado Schulten en 1914. Si aquello iba a ser todo, se quejaba Gómez Santacruz, las expectativas de los sorianos habían sido traicionadas.

Su cruzada contra Schulten fue una mezcla de torpezas del alemán, indignación por que aquel se arrogara (supuestamente) el título de descubridor de Numancia, orgullo herido, envidia no necesariamente sana, defensa de los intereses nacionales, malentendidos por la publicación solo parcial de los resultados de las excavaciones de Schulten, germanofobia, simplificaciones periodísticas, religión, patriotismo, intentos de contribuir él mismo a los estudios de Numancia, y es de suponer que demasiado tiempo libre en su canonjía. Podemos especular sobre las proporciones exactas en las que entraba cada elemento en lo que escribió para refutar a Schulten en 1914, pero el hecho es que –como casi cualquier esfuerzo de refutación basado en agravios– tuvo su cámara de eco entre afines y dependientes, pero una influencia cero en círculos internacionales. Hay que decir que, una vez que Gómez

Santacruz accedió a la obra completa de Schulten, se dio por satisfecho, lo que, además de honrarle, revela a una persona inteligente.

Hubo también críticas más técnicas a la obra de Schulten, como la de Giménez Soler en 1921, también por su parte muy ofendido por la imagen de africanos que le parecía que proyectaba Campesinos; una idea que, como buen español de su época, abominaba. Aprovechando el acto solemne de la lección inaugural de un curso académico se despachó a gusto contra Schulten. La lección, una vez impresa, tuvo el impacto que puede tener un documento de esa índole, aunque algunos se molestaron en contestarle, mostrándole que en los aspectos arqueológicos andaba muy desencaminado como para desprestigiar a Schulten.

Otras críticas posteriores fueron más o menos tendenciosas o meros ajustes de cuentas; todas no obstante en la línea del deporte nacional de no hacer nada valioso, pero criticar sin piedad al que produce algo singular por detalles sin importancia. En realidad, hoy se puede decir que Schulten fue generoso con los que le ayudaron, y si le gustaba presentarse como descubridor de Numantia era por lo dicho sobre el contexto científico de la afirmación y porque él se refería a la ciudad celtíbera, no a la romana, que era pública y notoria desde hacía tiempo, y que era cierto que Eduardo Saavedra no había encontrado en sus excavaciones.

Es también injusto intentar hacer de menos a Schulten diciendo que su obra no fue celebrada en su tierra. Hay que recordar que la versión alemana de la Historia de Numancia se publica en 1933. Hace unos pocos años que los aliados han infringido una paz humillante a Alemania. En enero de ese mismo año, Hindenburg nombra canciller a Hitler, en febrero arde el Parlamento, en marzo el partido nazi obtiene un 43,9% de los votos, en abril se establece la Gestapo y en junio se prohíben todos los partidos que no sean el nacional-socialista. Pero a Schulten no se le conocen simpatías nazis, ni sufrió el proceso de desnazificación tras la guerra.

Antes de la contienda se adaptó al régimen vigente como tantos otros. Era un señor al que de repente, en un viaje que hizo volviendo de África, se sintió fascinado por España; que encontró en Numancia su catapulta para obtener su cátedra, y que se aprovechó

de la inercia de la fascinación por los hallazgos de Evans en Creta y sobre todo de los de Schliemann, quien hacía poco también había empleado la literatura para encontrar nada menos que Troya, a la que todos tenían entonces por mítica y fruto de las fantasías literarias de Homero.

Numancia no tenía nada que ver, conceptualmente, con Troya. En Schulten, el papel de esta ciudad lo juega más bien Tartessos, que quiso identificar, con argumentos literarios, con la Atlántida de Platón. La asociación Atlántida-nazis también ha venido siendo muy socorrida para desprestigiar a quien se interesa por esa supuesta «civilización perdida», y Schulten no iba a ser una excepción. No tuvo nada que ver con esta mezcla, ni con las sociedades paracientíficas del nazismo, pero eso no ha sido óbice para que se deslicen comentarios al respecto cuando se valora su obra.

En realidad, Schulten era un científico serio muy alejado de ese mundo. Su interés por Tartessos de hecho le perjudicó en los círculos académicos, que siempre han considerado el tema atlante como poco serio y un detector infalible de todo tipo de chalados, diletantes y desconocedores de la obra de Platón. Pero Schulten era demasiado formal y estaba demasiado bien situado en la escena universitaria alemana para que le ningunearan (cosa que sí que hicieron con Schliemann), aunque tuvo que aguantar alguna nota displicente por una supuesta 'fantasía indisciplinada'. Si Schulten hubiera encontrado algún resquicio de la Atlántida en las marismas del Gualdalquivir sus colegas le habrían elevado sin dificultad a los altares; no era un aventurero alejado de los círculos académicos ni alguien a quien se pudiera haber despreciado de reportar científicamente un hallazgo como ese.

Volviendo a lo que sí logro, fue Schulten quien, sin duda, puso a la Numancia en el mapa de la arqueología internacional. Lo pudo hacer antes que nadie porque tradicionalmente la ciencia ha sido muy maltratada en España. El presupuesto de Schulten era inalcanzable para los locales. La primera vez vino a España con un solo ayudante, pero luego trajo más, y contrató a gente para que le ayudaran. En su universidad alemana contaba con un equipo y tenía acceso a medios que aquí no se podían tener. Tenía recursos para contratar a 50 obreros, pero solo pudo hacerse con 5, lo que da idea

de la situación económica de Soria en aquella época. En este sentido, el de los medios disponibles, sucede como con Lautensach en Geografía, que pudo completar unos estudios envidiables de la península gracias a una legión de estudiantes y a una buena financiación en su país de origen.

La crítica al proceder de Schulten en términos de abuso de posición dominante no fue la primera, ni la última. Es cierto que una buena cantidad de profesores extranjeros han abusado de la amabilidad y hospitalidad de los locales para hacerse con buenas bases de datos primarias que luego explotaban en ámbitos internacionales sin más que agradecer en nota a pie de página a sus informantes locales. Hasta hace poco, muchas disciplinas asistieron impotentes a un expolio que aprovechaba unos recursos varios de órdenes de magnitud superiores a los que podía disponer un investigador español, y a unas redes de contactos y de publicaciones refractarias a todo lo que no siguiera unas especificaciones inasumibles por países con menos recursos económicos. Lo hicieron multitud de geógrafos y de historiadores franceses, americanos, alemanes e ingleses, y siempre hubo cierto resquemor a esa manera de proceder.

En algunos casos esto se tradujo en críticas concretas, como la de Jesús García Fernández desde la presidencia de la asociación de geógrafos españoles (AGE), pero el ámbito de publicación nacional de estas quejas hizo que su impacto fuera de España fuera muy limitado, por no decir nulo. Pero sacar a colación a Schulten para criticar este proceder es no solo injusto, sino que va contra los intereses de los que lo hacen, porque no es un buen ejemplo. Eso no era lo que hacía Schulten. En el fondo, tenía razón el alemán cuando decía que si los extranjeros no hubieran empezado a desenterrar piedras los españoles no lo hubieran hecho nunca, y que lugares como Numancia, que habían estado sirviendo como canteras (al igual que Segóbriga, Itálica, y tantos otros yacimientos), se hubieran seguido degradando.

Historia de Numancia

La culminación del trabajo intelectual de Schulten sobre el asentamiento celtibérico es su obra en cuatro volúmenes titulada Numantia, repleta de materiales gráficos y en un estilo y formato académico. Está escrita en alemán, y nunca se ha hecho una traducción al español. La Historia de Numancia de este volumen es una síntesis de esa «obra grande», escrita por el mismo autor, traducida esta sí al castellano desde el alemán, y pensada para un público amplio.

Es pues una obra de divulgación. No pretende ser una obra técnica. Está escrita específicamente para españoles, para que aprecien lo que tienen, y con la concesión de presentar los acontecimientos en orden cronológico. No hay intención alguna de hacer una historia social y económica (que generalmente aburre a los que no han estudiado Historia), sino de proporcionar una narración inteligible y amena en un estilo épico y didáctico. Emplea exclamaciones, hace juicios de valor, y especula sobre meros detalles cuando no tiene datos. Pero a pesar de la indudable vena romántica en algunos párrafos (e.g. «Ya se hallaba forjado el sólido anillo de hierro que había de sojuzgar a la ciudad invencible»), Schulten no se muestra cursi, ni afectado, ni como un nacionalista exaltado, sino como un narrador que aprecia en su justa medida la tragedia de los numantinos, la traición de Roma a los pueblos de la Meseta, y que además sabe y desea escribir claro.

No es inane, ni insulso, ni avanza a trompicones sin enlazar ideas, ni se aventura en especulaciones alocadas como muchas obras de divulgación histórica, sino que traza un flujo narrativo preciso cuyo estilo va variando para no caer en la monotonía, y cuyo pulso logra mantener a través de las casi trescientas páginas, culminando en el bellísimo capítulo final. No es un corta-pega de su obra de cuatro volúmenes, pero tampoco podía serlo porque la obra madre es topográfica y técnica, y esta es cronológica y didáctica. A veces, en

los pasajes en los que se limita a hacer un recuento, hace una traslación directa de su gran obra, pero luego se preocupa de disponer bien los retales de forma que no se vean demasiado las costuras.

Hay partes de la obra, como el último capítulo, líricas e inspiradas. En ellas, su visión de las tierras altas del Urbión, que compara con Suiza si no fuera por nuestra querencia secular por incendiar preciosos bosques, es precisa. El gusto actual quizá le hubiera llevado a comenzar su obra con este capítulo, pero es cierto que el libro encierra un orden cronológico y una orientación concreta, y que esa parte más literaria actúa de manera eficaz como colofón de la obra. De hecho, se trata de un texto independiente que escribió en 1922 y titulado entonces El paisaje numantino. Se puede suponer que esta sección, emocionante por el amor que demuestra por nuestra tierra, tuvo mucho que ver en que Gómez Santacruz le acabase perdonando su otrora imperdonable visión de Castilla, una vez que Luis Pericot limara algunas asperezas.

La Historia de Numancia es un trabajo accesible para el no especialista, que adquiere leyéndola una idea general de la conquista de Iberia por los romanos. Tiene ritmo y ofrece una narrativa de color, vívida y emocionante a pesar de que sepamos desde el principio que aquello no acabó bien para los numantinos. Schulten está decididamente a favor de los locales y no lo esconde, aunque mantenga un buen equilibrio cuando pondera la capacidad organizativa de Escipión.

Todavía fresca en su memoria la invasión napoleónica de su país, la idea de un imperio europeo que no esté dirigido por Alemania (que se unificó en el año de su nacimiento) no parece gustarle, por lo que oscila entre condenar el expansionismo romano y describir con admiración su organización territorial. Siendo cierto que no es incompatible, y que tampoco hay por qué manifestarse a favor o en contra de todo, esta posición ambigua dota a la obra de tensión dramática sin caer en maniqueísmos. No se ahorra críticas a los romanos, censurando lo que les hicieron a los pacíficos vacceos y a otros pueblos a los que fueron traicionando generales con pocos escrúpulos.

Es aquí donde la obra de Schulten alcanza sus cotas más altas: en la

contraposición entre los leales, honestos y valientes celtíberos; y los traicioneros, codiciosos, corruptos y cobardes romanos. Pero no cae en simplificaciones: el caso de Mancino es paradigmático del tratamiento que da Schulten a las virtudes de los actores por encima del bando al que pertenecen. Y a Escipión, verdugo a la postre de Numancia, le admira por su disciplina y moralidad.

Otro de los aspectos más interesantes de la narrativa de Schulten en su Historia es la atención que presta a los aspectos logísticos y organizativos del ejército romano. Se tiene a pensar en las campañas y batallas en términos épicos, de un grupo de hombres que se enfrenta a otro en un campo durante una jornada, pero esto es una idealización de brocha gorda sobre los hechos históricos. Había legiones mal preparadas, cuyos generales evitaban poner a guerrear para evitar pérdidas, como había intentos de deserción, cobardías y penalidades. Los detalles sobre el día a día son valiosos. Al igual que hoy, aunque en mucha mayor medida, los ejércitos romanos no estiraban mucho su línea de suministros so pena de quedarse sin trigo y sin forraje para la caballería y los animales de tiro. O conseguían recursos locales, agua y sal, o se veían obligados a subsistir, como les pasó a varias legiones en los páramos de Valladolid. Los legionarios pasaban frío, hambre y sed, y avanzaban aterrorizados por pasos estrechos desconocidos.

Este tipo de consideraciones son las que dotan de más interés a la obra para los aficionados a la Historia. La descripción de la estrategia de la guerra de guerrillas es sin duda esclarecedora cuando se lee por primera vez, y los detalles de la construcción del cerco de Numancia contribuyen a valorar el mundo antiguo. Hay muchas más anécdotas maravillosas, como que las guerras celtibéricas fueran el origen de trasladar el inicio del año desde el 15 de marzo al 1 de enero (que comenta en el capítulo V), la inveterada costumbre de preferir a incapaces políticamente favorables antes que a personas capaces que no sean de la cuerda, el comunismo agrario de los vacceos, los flotadores para cruzar ríos (importados de oriente), o la similitud de los campamentos romanos con los asirios y sus tres tipos de estos dependiendo de la duración del descanso. La manera de relatar las batallas, actualizando sus fuentes al gusto de la época, es animada, como por ejemplo en el caso de los elefantes de Nobilior.

Se le ha acusado de anacronismo por hablar de ‘artillería’, pero se comprende que usa el término para que el lector visualice mejor la tecnología de la época, y en castellano aparece como traducción de Geschütze, palabra que se toma del título de un libro de Schramm citado por Schulten.

Valoraciones del tema numantino

No hay más que explorar un poco las novelas históricas sobre la época romana en España para darse cuenta de su deuda con Schulten. Las fuentes originales no aportan una narrativa adecuada a nuestra época, mientras que Schulten nos proporciona no solo eso sino un contexto y una crítica. La Numancia de los libros escolares es la que hiló Schulten, cuyo prestigio ha ido variando desde una influencia incontestable, fluyendo luego a través de una crítica mediada por lecturas aquejadas de filtros ideológicos, para llegar a la necesidad que tienen algunos académicos de sacar punta a aspectos laterales que descontextualizan las obras para ponerlas al servicio de sus propagandas. En este último apartado conviene darse cuenta del carácter epigonal de algunos enfoques que, a falta de un tema de investigación de verdadero interés y novedad, se aprovechan de una figura como la de Schulten para intentar adornar con un supuesto barniz científico a unas investigaciones historiográficas prescindibles. A pesar de esos intentos, la posición de Schulten sigue estando muy por encima de aquellos que le acusan de faltas que no cometió.

Se dice a menudo que el romanticismo decimonónico incorporó el tema de Numancia a su imaginería nacionalista, y que desde allí pasó al franquismo. Es cierto que en la visión esencialista de España los numantinos representa el carácter indomable y rabiosamente independiente de unos defensores que prefiguran las defensas heroicas de Tarifa, Zaragoza, y como no, la preferida durante el régimen franquista: la del Alcázar de Toledo. El sitio de Numancia, y sobre todo el suicidio colectivo de casi todos los habitantes, epitomiza esa forma de heroísmo sacrificado tan cara a algunos españoles, y que sirve como uno de los pilares de su ideología. Pero esto no es privativo de nuestro país. Israel tiene su Masada, Grecia sus Termópilas, Japón su Saipán, y España tiene su Numancia y su Sagunto, y todas ellas forman parte del imaginario colectivo de esas culturas.

Por otro lado, el uso y abuso del tema tampoco ha sido el monopolio del ala conservadora. Alberti representó en la Numancia de Cervantes en 1937, con los madrileños jugando el papel de numantinos y las tropas franquistas como ejército sitiador. Y muchos otros después han utilizado el tema de la población sitiada, ya sea en la guerra de Bosnia en 1992 o en la de Ucrania de 2022.

Se olvida pues a menudo que la fascinación por el sitio de Numancia es muy anterior a la romántica, y que el tratamiento que se le daba no difería tanto del propio del siglo xix, quizá porque, se quiera o no, representa una gesta memorable que lleva a reflexionar sobre valores profundos como la libertad.

Se acusa a Schulten de heraldo de valores nacionalistas y patrióticos conservadores, pero el tema de la Historia de Numancia –como él deja claro en su prólogo– es la libertad, que es un valor que trasciende esas ideologías, y que no está ligado a los métodos que propugnan los nacionalistas para salvaguardarla, es decir: la oposición frontal hacia ideologías que no la valoran, la defensa de su práctica por la fuerza si fuera preciso, y la resistencia hasta la muerte heroica por defenderla. La visión liberal de la defensa de la libertad va por otros derroteros, de hecho, y eso convierte a la libertad en algo independiente de los medios que se empleen para mantenerla.

No obstante, es indudable que la narrativa de Schulten tuvo su atractivo para el nacional catolicismo de Franco. Una sociedad de postguerra necesitada de héroes y mitos cohesionadores no podía dejar pasar gestas como Numancia, Lepanto, Trafalgar, o la conquista de América. Su visión de la defensa de la libertad coincidía con la numantina, e incluso el ejército enemigo, y en especial Escipión, poseía unas virtudes castrenses perfectamente alineadas con el autoritarismo del régimen.

El relato de la gesta en Schulten es lo suficientemente complejo para no resultar panfletario, por lo que no es extraño el valor que le han otorgado generaciones de lectores inteligentes en el ala conservadora: Escipión es el verdugo de las libertades «españolas», pero no se pueden dejar de admirar su moral y sus capacidades –que resaltan más aún por la incompetencia y codicia de sus predecesores–. Pero tampoco se le puede dejar de reprochar la

dureza con que trató a sus enemigos. Estas contradicciones, propias de la vida real, lo hacen muy interesante.

La mitificación de un pasado épico tampoco es algo de por sí reprobable. Es, de hecho, uno de los elementos clave de las políticas de atracción turística. A la persona que visita hoy Israel se le invita a ir a Masada. A nosotros, con más sentido común, no se nos ocurría hacer lo propio con Numancia.

No deja de ser reseñable que Schulten fuera a Masada después de Numancia, y que, a pesar de las diferencias de escala y la naturaleza de la lucha, percibiera no solo los paralelismos entre ambas gestas, sino las grandes diferencias, que juegan a favor de los numantinos. En un ejercicio de justicia poética que debió satisfacer al abad, si el clima de Madrid le pareció un horror y el de Soria aún peor, Schulten recordaría a Numancia como un edén cuando se enfrentó a la desolación del desierto judaico.

No se puede por tanto atribuir a Schulten, como se ha hecho a veces, la mitificación de los numantinos. El tema de Numancia ha formado parte de la literatura española desde muy antiguo. Las fuentes clásicas –y no olvidemos que la historia la escriben los vencedores– tampoco dejaron de expresar su admiración por la tenacidad y el sacrificio último de los numantinos, bien es cierto que para realzar la conquista de Escipión. Que eso se hiciera por motivos políticos es lo de menos: lo importante, lo objetivo, es que el mero hecho de recoger la gesta indica que la decisión suicida de los numantinos, la libertad o la muerte, resonó en todo el Imperio, y por ello se les trató con el debido respeto y admiración. Y conviene recordar que los numantinos no perdieron en una batalla en campo abierto contra las legiones, y solo pudieron ser sometidos por hambre, lo cual no es precisamente una gloria militar para el vencedor, como discute Schulten.

No puede sorprender que el ejemplo de resistencia numantina haya funcionado como un potente revulsivo para la moral de cualquier población sitiada. Schulten entendió esto en Cervantes, y lo puso en el contexto de la guerra de independencia de los alemanes contra Napoleón. Merece pues la pena dedicar tres o cuatro párrafos a comentar cuál fue el enfoque de Cervantes sobre el mismo tema pero visto bajo el punto de la vista de la literatura.

La Numancia de Cervantes

El intento de Cervantes de hacer teatro fue muy maltratado por la crítica del diecisiete, y más aún por el público, que no llegó a arrojar pepinos en las pocas representaciones que se hicieron, pero que tampoco mostró mucho entusiasmo por la obra. Sin pretender ser iconoclasta, Numancia no se puede comparar con el teatro de Lope, pero porque la obra de Cervantes es mejor, más cercana a nosotros, más auténtica que la del madrileño. Es una obra mucho más intelectual que los folletines de sobremesa de Lope, su «arte nuevo», y es por tanto más difícil para las masas, pero tiene mucha más enjundia y un contenido intelectual mucho más rico. Eso explica, por otro lado, el éxito de Lope y el fracaso teatral de Cervantes. Estando la obra escrita por un soldado que conocía bien lo que era la guerra, el sufrimiento, el cautiverio y la relación que se establece con los enemigos, esta obra tiene además un valor humano extraordinario.

La Numancia de Cervantes sufre aún hoy por la poca facilidad para versificar que tenía su autor, algo de lo que él era bien consciente, aunque su poesía tampoco es tan terrible como para merecer el olvido. Solo hace falta arreglar algunos versos torpes –empezando por los tres primeros, que son atroces– para que El Cerco de Numancia (que es su otro título) pueda lucir en el contexto del teatro renacentista.

El contexto social y político de la época de su Numancia era un ejercicio de crítica muy refinado. El Peribáñez se criticaba el abuso de los corregidores y la baja nobleza (los hidalgos) sobre el pueblo llano, pero de una forma bastante evidente. Solo Calderón, años después, se acercará al nivel de refinamiento de Cervantes, bordeando a la censura, cuando se atreve a arrojar a un rey por la ventana (para lo cual tuvo que recurrir a que lo hiciera su hijo y heredero, que era lo único que lo podía hacer aceptable).

Cervantes fue aún más sutil al trazar su obra, y puso a los

espectadores en la piel de los sitiados por los españoles en las ciudades rebeldes de los Países Bajos, unos hechos entonces de actualidad y que hoy casi nadie conoce, lo que hace perder buena parte del contexto. Cambiando las tornas, convirtiendo a los españoles de sitiados a sitiadores, reflexionó sobre la humanidad de la guerra y sobre el valor de la libertad en unos términos que no han variado después de tantos siglos, y que siguen pareciéndonos contemporáneos más allá del estilo o de la destreza poética de Cervantes.

Nótese la diferencia de este tema con las preocupaciones de Lope, la honra y el honor. El tiempo pasó para ellas, pero no para el tema cervantino. La contribución de Schulten, en la misma línea, da cuenta del hilo dorado que engarza las diferentes visiones que ha tenido la defensa de la ciudad a lo largo de la historia.

Interés actual de la Historia de Numancia

de Schulten

¿Por qué hay que releer a Schulten en 2022? Aparte de por el mero placer de la lectura que proporcionan las obras bien escritas, y por todo lo dicho anteriormente, hay que visitarle precisamente por las muchas cosas que no han venido gustando de su obra, y además por las que no dice.

La lectura más rica de Schulten a finales del primer cuarto del siglo xxi es la crítica. En este sentido, su Historia es un documento único para ejercer el sano ejercicio de la meta-lectura. Aúna varios tópicos actuales: el imperialismo (habla de Escipión como el primer imperialista romano), el nacionalismo, las esencias patrias, la continuidad con el pasado, las guerras culturales, la hegemonía cultural de unas naciones sobre otras o el choque de civilizaciones. Además, la lectura literaria de la obra de Schulten revela no solo las formas de la cultura y las mentalidades de la época en que fue escrita, sino que también da cuenta, a través de nuestra recepción como lectores, de la capacidad actual de asimilar y enfrentarnos a ideas que no se corresponden con nuestro Zeitgeist.

En cierta manera aprendemos más de nosotros mismos leyendo a Schulten que de los pobres numantinos, cuya historia ya conocemos, y que –salvo tal vez en Soria cuando hay fútbol– tampoco despiertan ya pasiones ni debates.

No importa demasiado si creemos que los numantinos fueron unos héroes o unos pobres desgraciados que debieron dejarse asimilar por una civilización indudablemente superior (superior aunque solo sea porque ellos no fueron capaces de defender su forma de vida, mientras que los antiguos romanos, hasta 1453, sí). Da igual si pensamos que la economía social de los pueblos prerromanos solo podía sostenerse con tasas de mortalidad elevadas, y que cualquier

acercamiento a la transición demográfica hubiera hecho colapsar un sistema basado en la destrucción de los recursos naturales; o si por el contrario no lo hemos entendido bien y les vemos como un modelo de gestión a imitar: todo eso es irrelevante, porque lo importante es que Schulten nos transporta a un escenario en el que nos surgen preguntas fundamentales sobre la geografía política y la relación del ser humano con su medio.

La obra es también, como señalaba arriba, una oportunidad para reflexionar sobre el tema central: la libertad. El debate sobre la importancia que tiene este concepto para diferentes culturas, así como las diversas maneras que tienen de defenderla aquellos que la consideran valiosa, puede ser muy enriquecedor y es, desde luego, actual. Numancia es un caso extremo para estudiar la libertad como el valor supremo, uno que está por encima de la propia vida. Vivir libres, o morir. Esa idea, que Schulten consideraba de origen ibero y que contraponía a la cultura celta (a su entender mucho más acomodaticia), la proyecta sobre lo castellano, y por ende sobre lo español. Solo entendiendo esta mentalidad se puede comprender bien la visión del nacionalismo español sobre algunos de los hitos de la historia del país; ese hilo que partiendo de Sagunto y pasando por Numancia llega hasta la invasión musulmana y la francesa. En 2022, tiene el interés adicional de que permite entender mejor la postura ucraniana ante la invasión rusa.

La Historia de Numancia de Schulten es hoy una obra de interés geográfico e histórico por razones que trascienden el indudable valor de su contenido. En primer lugar, su libro forma el núcleo de la idea colectiva de Numancia, la versión popular de lo que sabe el español medio sobre el tema. Se trata en efecto del libro que articuló la memoria de la resistencia heroica al invasor romano, una de las pocas veces en las que coinciden los extremos, aunque sea por razones bien diferentes.

Los unos la vindican porque representarían la tragedia de unas comunidades pacíficas –ligadas a la tierra, igualitarias, respetuosas con el medio ambiente y que practicaban el comercio justo con sus vecinos– frente al invasor imperialista romano, que vendría a explotar la tierra, robar los metales, el trigo, los caballos y el aceite, e imponer su forma de vida y esclavizar a la población autóctona

destruyendo el paisaje con sus políticas de colonización.

Para los otros, más favorables al papel civilizador de Roma, sería una muestra del valor, la resistencia y el espíritu de sacrificio de un pueblo español que, por otro lado, sería heredero de lo mejor tanto de los celtíberos como de sus dominadores romanos y de sus posteriores albaceas godos, y que sin mucha mezcla tras los siete siglos de ocupación musulmana, llegaría hasta la época contemporánea.

Como casi cualquier afirmación que se pueda resumir tanto y que no profundice en matices críticos, ambas interpretaciones son más o menos erróneas, lo que no ha sido un obstáculo para su éxito en sus respectivos campos.

Otra razón de interés actual por Schulten es explorar el alcance y la vigencia del determinismo geográfico que se le achaca. Siendo, sin duda, uno de los primeros geógrafos de la España prerromana, es evidente que su análisis (limitado a los conocimientos y modas de su época, y en cierta medida simplista) pasó por alto aspectos que hoy son evidentes para cualquier estudiante, como que la altitud de la meseta condiciona los aprovechamientos culturales, y que si los sorianos no cultivan huertas no es porque desciendan de los africanos y sean unos vagos –una idea muy alemana– sino porque Numancia está a un kilómetro sobre el nivel del mar. Schulten escribió alguna barbaridad, como que Alicante es la parte más árida de España, y aunque era consciente de la geografía de España, no supo extraer todas las consecuencias de sus observaciones, y fue incapaz de librarse de los prejuicios etnológicos de la época. Pero tampoco cayó en decir que conocer el medio ambiente de los pueblos pre-romanos nos iba a llevar de la mano a través de su historia posterior.

Pero tampoco es lo que hubiera dicho Carl Ritter. Su determinismo geográfico ha sido mal entendido, y a veces incluso retorcido maliciosamente. El consabido matiz que se supone que lo refuta, que la geografía condiciona, pero no determina la evolución de los grupos humanos no es más que una de esas observaciones supuestamente penetrantes que en realidad no son más que otra de esas cuestiones semánticas que hacen que Wittgenstein se revuelva en su tumba de Cambridge.

Leyendo despacio a los deterministas se observa que aún dentro de sus múltiples prejuicios racistas, étnicos, clasistas y religiosos, no solo hilaban mucho más fino de lo que querrían sus detractores, sino que contribuyeron con observaciones precisas y muy relevantes al estudio de la relación entres los seres humanos y el medio. Censurarles sus anteojeras ideológicas y un lenguaje a veces exaltado es olvidar que estamos en el romanticismo, y que ese movimiento intelectual cae en todo lo anterior y aún más bajo: en la irracionalidad, el subjetivismo, y en ese narcisismo tremendista que está hoy de vuelta. Escribir sobre geografía en aquella época, sobre todo si se hacía para el gran público, requería emplear un estilo que hoy nos choca, pero que hay que poder separar del contenido si es que se quiere aprender algo al respecto.

Si deterministas como Ritter nos parecen ligados a corrientes ideológicas totalitarias es más por el uso que hicieron aquellas de los escritos originales (en los que leyeron lo que les convenía), que por lo que puede leer hoy en ellos. Dejando a un lado la ideología, que está siempre presente, el afán objetivador de Ritter, su casi positivismo, lo acerca más al estudio que hacen hoy en día la Física y las Ciencias Ambientales del planeta Tierra que a las corrientes que hubo entre medias.

El hecho de que el medio ambiente no determina la historia es tan evidente ahora como en el siglo xix, pero el que el medio ambiente, la geografía física si se quiere poner en esos términos, ha motivado migraciones, marginado espacios, y jerarquizado relaciones económicas hoy no se discute. Por poner un ejemplo, las zonas montanas han sido reductos de biodiversidad y de mentalidades más conservadoras que las llanuras fértiles, atravesadas por la agricultura y sujetas al trasiego continuo de gente diversas.

En Schulten podemos ver esos procesos en movimiento cuando habla de la pobreza del medio y del clima, pero esto hay que entenderlo siempre como parte de una interpretación multifactorial, y una que no conduce a un destino prefijado, que es como a veces se explica, erróneamente, el determinismo. En sentido, al análisis algunos historiadores de esta teoría geográfica se le puede achacar a veces un cierto desconocimiento de la Física de la Tierra.

Conviene también recordar el revival del determinismo ambiental

en el siglo xx, con autores como Diamond, Engerman, Sokoloff o Gallup, y que la emergencia climática ha vuelto a poner sobre la mesa el enorme impacto del medio ambiente sobre las sociedades humanas, así como su inverso: la acción humana sobre el planeta.

La huella del autor en su obra

Investigar al autor más allá de los apuntes anteriores nos puede ayudar a poner en contexto su obra si estamos de acuerdo con la idea de que El Quijote es una obra muy diferente si la leemos escrita por Miguel de Cervantes o por Pierre Menard. En caso contrario, solo nos sirve para entender el marco, porque hay poco en la obra en sí que se pueda achacar a su personalidad sin caer en la especulación o, aún peor, en la pseudociencia.

Se puede declarar obviedades, como que un profesor alemán de los años treinta estuviera imbuido de una interpretación nacionalista de la historia, pero poco más. Con la salvedad de algunos comentarios que hace Schulten en su prólogo, su texto se limita a relatar unos hechos según los conocimientos de la época, basándose en fuentes literarias primarias o pseudo-primarias, y elaborando materiales literarios y arqueológicos propios a través de una narrativa que pretende ser popular y accesible.

Los juicios de valor que pueda hacer Schulten son más licencias poéticas para darle color al texto que un análisis histórico. Refregar a los franceses que los galos cayeron ante los romanos en solo 10 años, mientras que los españoles les tuvieron en jaque durante 150 no deja de ser una feliz licencia literaria para amenizar el flujo del relato y que el lector español, que es a quien va dirigido, se hinche de orgullo y satisfacción. Acusarle de que admire la heroicidad de los numantinos es otra obviedad: no se suelen escribir obras sobre sucesos triviales que ocurrieron siglos atrás, ni estos suelen resonar a través de dos milenios. Valorar si es más honrosa la gloria militar ganada en batalla que en asedio contribuye a que el lector se haga la pregunta, sin que estorbe en absoluto lo que nos diga el autor.

Como señalaba arriba, los intentos para ignorar o condenar a Schulten, y con él a su obra, han sido constantes. Hay pocos estudios recientes que no hayan caído en esa tentación. ¿Por qué? Se le ha tildado de algo más que conservador, lo cual, teniendo en

cuenta las escasas noticias biográficas, es aventurado, además de irrelevante. Pretender entresacar su ideología de su forma de hacer historia o filología es caer en ese vicio tan común de pensar que eludir el posicionamiento político indica una ideología de derechas (porque el intelectual de izquierdas está obligado a tomar un partido público y decidido).

Ha llamado la atención, y se le ha criticado, que su biografía sea la de su obra, o que no le gustase hablar de otra cosa que no fuera su trabajo, que es algo que solo puede asombrar al que no concibe que alguien otorgue más importancia a su trabajo que a contarnos sus aficiones, arrastrarnos muertos de aburrimiento por las ramas de su árbol genealógico, o hacernos partícipes de qué piensa sobre tal o cuál trivialidad.

El pecado capital de Schulten para la historiografía de la democracia ha sido, sin duda, que el régimen de Franco le vio con buenos ojos. Esto no debería sorprender: no solo contribuía a la interpretación de una España eterna, sino que era un señor alemán bastante educado que no se metía en política, centrado como estaba en su trabajo, y que había sido agasajado por Alfonso XIII y financiado por el káiser Guillermo.

No oponerse al régimen ya es anatema para los de la mentalidad de repartir carnés, pero no hay que olvidar que el dato objetivo, lo que se lee en sus memorias y en los testimonios de los que le conocieron, es que Schulten era un solitario, un ensimismado de su trabajo que prestaba poca atención a otra cosa que no fueran sus preocupaciones intelectuales y que, aunque encontró tiempo para reproducirse durante un breve matrimonio, no estaba interesado en las contingencias del mundo más allá del bienestar de su familia en su bonita casa aislada de Alemania. Ponía a la ciencia por delante de todo, y con un muy buen criterio, no conversaba de banalidades.

Asignar esa forma de vida a una filosofía conservadora es dar un salto intelectual muy arriesgado, habiendo decenas de buenas razones por las cuales alguien desee no significarse, no considere de interés manifestar sus preferencias políticas, o se aburra con la charla insustancial.

También se le reprocha que citara poco o nada a los investigadores

españoles en sus obras, pero hay que recordar que aún hoy los editores de revistas científicas prestigiosas desprecian las citas en lenguas vernáculas o en publicaciones oscuras, a las que tachan de literatura gris. Es probable que no hubiera podido citar, aun de haberlo deseado, contribuciones en castellano que no hubieran pasado una revisión por pares, o publicadas como actas de congresos españoles, al ser obras de calidad discutible o difícilmente accesibles para investigadores internacionales.

Esto no le hizo sumar amigos en el país, pero por lo que se desprende de su perfil, no era algo que pareciera importarle. Este aspecto de investigador independiente es algo a lo que también se ha dado un énfasis negativo, quizá por desconocimiento de las dinámicas de los departamentos en las universidades de mayor prestigio. Hay que recordar que las jerarquías feudales de las universidades españolas son particulares, y que otros lugares no es habitual que un becario haga carrera en el mismo departamento que su director de tesis, o que los tribunales y los perfiles de las plazas se diseñen para dárselas al candidato local, quien habitualmente lleva veinte años bien sujeto a la misma silla. Esto modera la creación de legiones de tiralevitas y mediocridades, y hace progresar la ciencia de aquellos países. La relación de todo esto con el caso, con Schulten, es que a veces se le ha censurado por haber estado en contacto o recibido lecciones de profesores con determinadas ideas, como si eso significase que él no pudiera sustraerse a su influjo, o que fuera posible que progresara académicamente teniendo ideas dispares a las de sus maestros.

¿Era Schulten racista? Algunas de sus ideas sobre los pueblos y las razas eran muy similares a las de Prat de la Riba, Sabino Arana y otros racistas de la época, siguiendo el espíritu de los tiempos, pero al revés que aquellos, su concepto era más étnico, en el sentido de pueblo. Se le describía físicamente, y parece que así se veía él, como una especie de mestizo entre los francos y los germanos, moreno, no muy alto, y de pelo y ojos oscuros, alguien que pasaba desapercibido entre los meridionales. No se le puede atribuir un desprecio a los demás basado en caracteres fisionómicos o en el color de la piel, que es el sentido que tiene hoy en día la palabra «racista» en la calle.

¿Tenía a los españoles por atrasados e inferiores comparados con los alemanes? A algunos, es muy posible, a pesar de las cortesías que muestra en sus agradecimientos, y teniendo en cuenta que, siendo objetivo, la arqueología española de la época no se podía comparar con la alemana. ¿Militarista y autoritario? Pidió hacer el servicio militar sin armas (no le admitieron). ¿Imperialista? Censura la contradicción entre la moral privada y la política de los pueblos imperialistas. ¿Clasista? No más allá de las distancias que todo señor educado debe guardar con los que pueden malinterpretarle y ofenderse, y era notoria su cortesía con los menestrales, con los que congeniaba enseguida. Hizo incluso un elogio de su capataz, Juan Ibáñez.

¿Misántropo? Puede ser. Su prioridad fue siempre la ciencia. Incluso parece ser que se divorció porque la vida conyugal le molestaba para sus investigaciones sobre España. Los otros rasgos con los que se le han descrito para atacarle, desde narcisista a orgulloso, son simplemente improcedentes tratándose de un académico reconocido y que contaba con razones sobradas para estar satisfecho de sus contribuciones. Ninguna de estas caracterizaciones son motivo para no leerle.

Se ha dicho a veces, también como una manera de quitarle importancia a su obra, que Schulten no fue profeta en su tierra. No le hicieron un homenaje de jubilación, pero porque estaba más preocupado de su trabajo que de hacer pasillo, según contaba Pericot. También es que se dedicaba a un tema que en Alemania se podía considerar provinciano y lateral: el estudio de la España Antigua, por otro lado un arsenal para las batallitas sobre España con las que trufaba sus clases en la facultad. Es cierto que su publicación de Geschichte von Numantia (el título original de la Historia de Numancia de 1945) no fue recibida con el debido júbilo en su tierra natal, pero esto, teniendo en cuenta que estamos hablando de Alemania en 1933, no es un demérito, como señalaba arriba, sino más bien lo contrario.

La obsesión actual de proscribir todo lo que gustara a los nazis (desde Wagner hasta la mitología germánica, pasando por Vermeer o la ropa de Hugo Boss) ha hecho que se tenga que recurrir a segundas derivadas y al abuso de la propiedad transitiva, afirmando

cosas como que Schulten participaba de creencias que también tenían otros que estos sí que eran simpatizantes de los nazis.

Entre estas creencias reprobables por las que se quiere postergar, sorprende la de determinista. Creo que acusar a Schulten de ser un determinista geográfico es no entender del todo en qué consistía esa corriente de pensamiento, como señalaba arriba, u obviar lo que escribía en favor de lo que callaba.

Un verdadero geógrafo determinista, ante la situación de los campesinos sorianos, hubiera dicho que era su destino vivir en la miseria por habitar un medio tan inhóspito. Schulten, que no se metía en política, achaca sin embargo su lamentable estado a cuestiones sociales, y aunque intente buscar una explicación causal basada en las teorías étnicas de la época, clama por mejorar su vida con unos dirigentes mejores.

Un determinista no hubiera pensado que se trataba de un problema de gestión y, en la línea de la tesis de Weber, hubiera argumentado que es en ese medio hostil en el que precisamente se podrían alcanzar las mayores cotas de desarrollo intelectual del país: no en las costas de Tarragona, bendecidas por un clima envidiable de indolencia mediterránea, o en la gloria de los inviernos del valle del Guadalquivir, sino en el páramo castellano, donde el ser humano ha de expresar todo su ingenio para sobrevivir.

¿Hay que tener cuidado con lo que nos cuenta Schulten sobre Numancia? Desde entonces se ha excavado mucho y con más criterio, cuidado y medios en aquel yacimiento. Nuestro conocimiento de qué representó aquella ciudad en la época ha mejorado notablemente, aunque aún queden incógnitas. Incluso en la época de Schulten, alguien como el malogrado Wattenberg, que había estudiado con profundidad a los Vacceos en Valladolid, excavó y extrajo datos que matizaban las interpretaciones del alemán. Pero la Historia de Numancia de Schulten es una obra que resiste bien descubrimientos e interpretaciones posteriores.

Es un grave error juzgarla como un trabajo histórico, puesto que no pretende serlo. Es una obra artística, literaria, para profanos, y asequible (los cuatros tomos originales siempre han sido caros, y están en alemán). No tiene apenas notas y el muy académico de

Schulten hace múltiples concesiones a la galería. Estas son conscientes, puesto que las recoge en su prólogo.

Es, en resumen, una obra de divulgación que cuenta con el plus de que expone con claridad sus propias interpretaciones de lo leído, sus trabajos e investigaciones, y no las de otros. Cuenta la 'ciencia original' de la que hablaba Ramón y Cajal, y no la 'ciencia copiada'. Convenía pues re-editar una obra que, aunque fue reimpresa por última vez en 2004 –hace ya casi veinte años–, no era fácilmente accesible para el público.

Notas finales

Para finalizar este prólogo, algunas cuestiones técnicas: aporto una bibliografía de obras que hoy, gracias a los avances en las tecnologías de la información y la comunicación, son accesibles para el lector interesado en profundizar más en Schulten y en su obra. Destacar la tesis de María Paz Gómez Gonzalo publicada en el 2015, que aporta documentación inédita, y que es una obra imprescindible para entender la contribución de Schulten y la controversia historiográfica a su alrededor. La noticia de que pidió hacer el servicio militar y no le admitieron es suya. Anotar que en esta edición de la Historia hay unos cambios muy menores respecto a la edición de 1945: la abreviatura de kilómetro hoy es km, y así se ha escrito. Aclarar también que hay palabras cuyo significado ha variado desde 1913: traficante solo quería decir que se dedica al tráfico de mercancías, si matiz peyorativo; raza, que Schulten usa solo dos veces para referirse a los humanos, tiene un significado étnico. Una libra, como medida de peso, equivalía a 0,239 kg; un estadio, medida romana de longitud, serían 184 m; y una peseta en los años treinta equivalía aproximadamente a dos euros de hoy en dinero corriente (precio real mercancías). La puntuación del texto es la original de 1945, y se ha respetado la costumbre de la época de traducir al castellano el nombre de los extranjeros, aunque hoy resulte chocante. Se ha conservado también la cartografía original, a pesar de lo sencillo que resultaría actualizarla, también por respeto a la obra original. El lector de 2022 no encontrará dificultad alguna en ir siguiendo la descripción de la muralla, o de los lugares citados en el texto, con la ayuda de las muchas aplicaciones cartográficas de internet.

Francisco J. Tapiador

Catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha

Bibliografía

Blázquez, Jose María (1999). Campamentos romanos en la Meseta hispana en época romana republicana. Santander.

García y Bellido, Antonio (1960). Adolf Schulten. Archivo Español de Arqueología, 33, nº 101-102.

Gómez Gonzalo, María Paz (2015). Las controversias generadas en torno a las investigaciones de Adolf Schulten en Numancia. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.

Gómez Santacruz, Santiago (1914). El solar numantino: refutación de las conclusiones históricas y arqueológicas defendidas por Adolf Schulten como resultado de las excavaciones que practicó en Numancia y sus inmediaciones. Madrid.

González Simancas, Manuel (1927). Excavaciones de exploración en el cerro del castillo de Soria. Memoria descriptiva. Madrid.

Giménez Soler, Andrés (1921). Crítica del libro «Numancia: los celtíberos y sus guerras con Roma». Zaragoza.

Jimeno Martínez, Alfredo (1993). Numancia. Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense.

— (2000). Numancia: Pasado vivido, Pasado sentido, Trabajos de Prehistoria, 57.

Jimeno Martínez, Alfredo y José Ignacio de la Torre Echávarri (2005). Numancia. Símbolo e historia. Madrid.

Jimeno Martínez, Alfredo, Antonio Chaín Galán, Sergio Quintero, Raquel Liceras y Angel Santos (2012). Interpretación estratigráfica de Numancia y ordenación cronológica de sus cerámicas. Complutum, 23.

Mangas, Julio y Plácido, Domingo. (1994). Testimonia Antiqua Hispaniae. Madrid.

Mélida, José Ramón (1908). Excavaciones de Numancia. Madrid.

— (1918). Excavaciones de Numancia: Memoria de los trabajos realizados en 1916 y 1917 presenta el presidente de la comisión ejecutiva de dichas excavaciones. Madrid.

— (1922). Excursión a Numancia pasando por Soria y repasando la historia y las antigüedades numantinas. Madrid.

Mélida, José Ramón y Blas Taracena Aguirre (1920). Excavaciones de Numancia: Memoria acerca de las practicadas en 1919-1920: con un apéndice en que se da cuenta de la inauguración del Museo

Numantino. Madrid.

Mélida, José Ramón, Manuel Aníbal Álvarez, Santiago Gómez Santa Cruz y Blas Taracena Aguirre (1924). Ruinas de Numancia. Memoria descriptiva redactada conforme al plano que acompaña a las mismas. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antiguedades, 61, Madrid.

Revilla Andía, María Luisa, Ricardo Berzosa del Campo, Juan Pablo Martínez Naranjo, José Ignacio de la Torre y Alfredo Jimeno Martínez (2005). Numancia, Revista de Soria, 49, pp. 39-46.

Saavedra, Eduardo (1864). Descripción de la Via Romana entre Uxama y Augustobriga. Madrid.

Schulten, Adolf (1905). Numantia, Eine topographisch-historische Untetsuchung. Berlín.

— (1913). Kastilische Bauern Ein Beitrag zum Verständnis des heutigen Spaniens. Deutsche Rundschau.

— (1914). Mis excavaciones en Numancia (1905-1912). Barcelona.

—, et al. (1922-1987). Fontes Hispaniae Antiquae. Universidad de Barcelona.

— (1933). Masada die Burg des Herodes und die rœmischen Lager

mit einem Anhang: Beth-Ter. Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins, Bd. 56.

— (1945 [1933]). Historia de Numancia. Prólogo de Luis Pericot. Editorial Barna. Barcelona.

— (2004 [1933]). Historia de Numancia. Edición y prólogo de Fernando Wulff. Urgoiti editores. Pamplona.

Taracena Aguirre, Blas (1924). Cerámica Ibérica de Numancia. Madrid.

Torre Echávarri, José Ignacio de la (1998). Numancia: usos y abusos de la tradición historiográfica, Complutum, IX.

Wattenberg, Federico (1963). Las cerámicas indígenas de Numancia. Bibliotheca Praehistorica Hispana, IV. Madrid.

— (1983). Excavaciones en Numancia: campaña 1963. Valladolid.

HISTORIA DE NUMANCIA

A Blas Taracena

Organizador del Museo Numantino,

Director del Museo Arqueológico Nacional,

como señal de aprecio y de amistad.

PRÓLOGO

Como los cuatro volúmenes de la obra grande sobre mis investigaciones y excavaciones en Numancia y su comarca[1] no pueden alcanzar gran difusión a causa de su alto precio, creemos útil exponer los resultados históricos en un libro pequeño, dado que tales resultados han de despertar un interés general.

El libro que ahora presentamos es por tanto, en cierto modo, un sumario de aquella obra (en cuanto es posible reducir el contenido de 1.300 páginas en cuarto a 280 páginas en octavo) y algunos pasajes han sido reproducidos de una manera más o menos literal. Pero lo que en aquella aparece ordenado según los asuntos, se halla aquí en sucesión cronológica, de modo que este libro es al propio tiempo algo nuevo y la conexión histórica de los hechos se puede advertir en él más fácilmente. Para que el libro resulte a la vez económico y comprensible para todos, se ha suprimido el lastre erudito de las notas. El especialista encontrará en la obra grande los comprobantes de mi relato, a los cuales puede muy bien renunciar el profano.

Por la misma razón me he esforzado por conseguir la mayor brevedad posible, procurando escribir «corto, claro, cálido», según la frase de un amigo español. Confieso que prefiero, no la manera de escribir usual actualmente, preciosista y afectada, sino el estilo claro y conciso que admiramos en los escritos de César y de Moltke. Mi objeto no ha sido solamente científico, sino también artístico, pues la historiografía es ciencia y arte a la vez, lo que en la época actual, tan apartada del arte, se desconoce con frecuencia. He trabajado en este libro con tesón y con cariño y viviendo una vez más en mi recuerdo aquellos inolvidables años de 1905-12, tan llenos de suerte y de preocupaciones.

También en lengua española debía aparecer este libro, pues considero para mí un deber presentar a los españoles, en su lengua, la historia de la famosa ciudad, santuario nacional, en agradecimiento por las múltiples ayudas que encontré durante 45

años en todos los ámbitos del país. Un precioso complemento de este libro lo constituye el nuevo mapa del teatro de la guerra celtibérica confeccionado por el general Dr. h. c. Lammerer, el último de sus múltiples trabajos topográficos en esas comarcas (mapa 2). Los otros mapas, planos y fotografías están sacados en su mayor parte de la obra grande.

Debo hacer mención en este lugar de algunas publicaciones que vienen a completar mi obra. Particularmente cito a Wahle: Feldzugserinnerungen römischer Kameraden[2], donde a base de un conocimiento profundo de los datos literarios y de los monumentos se han bosquejado vivos cuadros de la vida en los campamentos romanos alrededor de Numancia en forma de cartas de un oficial romano, y Harald Hofmann: Panorama von Numantia (con texto mío), en el que se encuentran 12 dibujos que representan los alrededores de Numancia, vistos desde la colina de Castillejo, cuartel general de Escipión, obra valiosa incluso desde el punto de vista histórico por la fiel representación del paisaje[3]. También puedo citar mi libro Sertorius[4], pues trata igualmente de guerras en la meseta española y tiene bastante relación con el presente trabajo. La pequeña guía de la Sala Española del Museo Central de Maguncia, obra de F. Behn[5], se recomienda por su concisión y por las buenas ilustraciones que puedan completar la mía.

Erlangen, mayo 1933

Tarragona, mayo 1944

A. Schulten

INTRODUCCIÓN

Las luchas por la libertad no solo despiertan nuestro interés histórico, sino también nuestro sentimiento. Pues la libertad es uno de los mayores bienes, tanto de los individuos como de los pueblos, y el contraste entre los pobres medios del que se defiende y la prepotencia del opresor levanta en nosotros un sentimiento compasivo y de admiración. Cuando un pueblo pequeño lucha por su patria y por su hogar, vemos con frecuencia que los ancianos, las mujeres y los niños toman parte en los últimos combates y perecen entre las llamas de su ciudad.

Entre los pueblos que han defendido su patria y su libertad contra opresores extranjeros los más valientes son los montañeses. Con el fanatismo que muestran en la lucha ofrece peculiar contraste, casi podríamos decir contradicción, la pobreza de su patria, el escaso valor material de lo que defienden, lo que produjo el asombro de un historiador romano, que no comprendía cómo los germanos de la costa del mar del Norte preferían la lucha constante con las grandes mareas al cómodo servicio bajo Roma.

El amor por la libertad está más desarrollado entre los pobres moradores de las montañas que entre los ricos habitantes de las llanuras, pues aquellos en su soledad viven su propia vida y rehúsan toda clase de sumisión. Decía Napoleón, pensando en Córcega, su patria querida: «La gente de la montaña posee una firmeza de carácter y una grandeza de alma que solo a ella le son propias». Además, acostumbran a señalarse los pueblos montañeses por su fuerza y valor, por estar endurecidos por la caza y la vida a la intemperie. Como ejemplos cabe citar a los tiroleses, los suizos, los escoceses, las tribus del Cáucaso, los kurdos y la heroica resistencia de los poblados montañeses de la India contra Alejandro.

En esa serie de pueblos valerosos ocupan honroso lugar los habitantes de las montañas españolas, cuya guerra de independencia contra Roma se prolongó durante 150 años, en tanto que la resistencia de los galos duró solo diez. Lucharon primero los

celtíberos y lusitanos, más tarde los montaraces habitantes de la costa septentrional: galaicos, astures y cántabros. Las tribus hispánicas de la montaña han estado continuamente en lucha siempre renovada contra Roma, mientras que los habitantes de las ricas costas de Levante o de Andalucía prefirieron pronto la paz. El heroico sacrificio de las ciudades de Astapa (Andalucía) y de Sagunto (Valencia), pereciendo entre las llamas, resulta una excepción.

Este amor a la independencia ha persistido en la Península hasta la época actual. Es gloria eterna de España el que, casi sin ejército y sin gobierno, fue la primera en abatir la tiranía napoleónica dando, con ello un ejemplo a Europa entera. Como los numantinos y los saguntinos 2.000 años antes, así en 1809 resistieron los defensores de Zaragoza y Gerona casi hasta el último hombre y, al igual que en la Antigüedad, también las mujeres tomaron parte en el combate.

Puede estar orgulloso el pueblo español de Numancia y de Sagunto, de Zaragoza y de Gerona, y debe mantener siempre este recuerdo glorioso. Los grandes recuerdos nacionales son tal vez el más precioso tesoro de una nación, más precioso que las riquezas materiales, pues son eternos, mientras que los restantes bienes se hallan sujetos a toda clase de cambios.

Podemos pues muy bien afirmar que la lucha heroica de la pequeña Numancia contra la prepotencia de Roma posee un interés universal. Es un ejemplo perenne para todos los pueblos, y así como nuestros padres ante la lucha con Napoleón hallaron inspiración en el heroísmo de los numantinos –según podemos ver a través de varios dramas alemanes compuestos entonces (v. pág. 365)– el nombre de Numancia será siempre repetido, para no olvidarse nunca mientras subsista una cultura europea. «Lo mejor que debemos a la Historia –ha dicho Goethe– es el entusiasmo que despierta».

IMPORTANCIA

DE LAS GUERRAS HISPÁNICAS

Superficialmente consideradas, las guerras hispánicas no tienen otra significación que la de una mera guerra colonial, algo así como la rebelión de la tribu de los Herreros del SO. africano en 1904, que costó grandes sacrificios, pero que no afectó para nada el equilibrio del imperio alemán. En realidad aquellas guerras hispánicas tuvieron una importancia mucho mayor. Conmovieron en sus cimientos a la Roma poderosa y la sólida estructura de su constitución política, y fueron un impulso directo a la revolución, que empezó con el intento de reforma de Tiberio Graco [6]. Ya dijo Cicerón que al combatir Roma con los celtíberos y los cimbrios no luchaba solo por la victoria, sino por su existencia. Y Eduardo Meyer, historiador alemán, escribe: «La República romana se desangró a causa de los sacrificios a que la obligaron de manera continuada las guerras hispánicas y de la necesidad de mantener allí un ejército permanente».

Tan grandes, en efecto, fueron las pérdidas sufridas en aquellas guerras, que el número de ciudadanos romanos, en los 20 años de la guerra celtibérica que van del 153 al 133, en lugar de aumentar en 60.000 (por el crecimiento de 3.000 cada año), se redujo en 5.000, lo que supone una pérdida de unos 65.000 ciudadanos. Siendo todavía más elevadas las pérdidas de los aliados itálicos, los cuales proporcionaban al ejército un número mayor de soldados que los ciudadanos romanos, podemos admitir que en total, solo entre romanos e itálicos (prescindiendo de los aliados íberos), perecieron en España de 150.000 a 200.000 hombres, en lo que coinciden los datos que se nos trasmiten sobre las pérdidas anuales. Tan enorme sangría hizo al fin imposible que se pudiese reunir la cantidad de tropas necesaria, sobre todo siendo preciso poseer una fortuna de 4.000 ases (unas 350 pesetas) para entrar en las legiones, por lo cual los proletarios quedaban excluidos de ellas. Este ha sido el motivo del intento de reforma de Tiberio Graco, que exigía la incautación y distribución de las tierras comunales poseídas por los

ricos para aumentar el número de propietarios, y por tanto el de legionarios.

La revolución de los Gracos constituyó el primer paso para el derrumbamiento de la oligarquía romana. Pero, también en otros aspectos, la guerra española contribuyó a su caída. Uno de los pilares fundamentales de la oligarquía era el plazo limitado a un año del mando militar, pues se temía una dictadura de este poder en cuanto contase con mandos de más duración.

Este pilar fue derribado en la guerra hispánica, pues en ella se hizo necesaria una jefatura militar de más largo plazo. Pero ni aun entonces pudo el general en jefe permanecer más de dos años, y así sucede que los generales más capaces son llamados en medio de sus mayores éxitos para dejar el puesto a otros peores. Hasta tal punto era temida la dictadura. El mando bianual es el paso para un mando aún más largo, del que más tarde surgió el poder de César y la monarquía. Este mismo temor a la monarquía fue lo que promovió la ley según la cual nadie podía ser investido dos veces con la más alta magistratura, el consulado. También esta barrera fue derribada durante las guerras de España, pues para disponer de hábiles generales hubo que echar mano de los hombres experimentados que ya habían sido cónsules.

No faltan, en las guerras hispánicas, otros indicios de la descomposición de la oligarquía y presagios de monarquía. Entre ellos, el que aparezca aquí, por vez primera, la arbitrariedad de los gobernadores. En 151 a. J. C., Marcelo concierta la paz contra la voluntad del Senado. Lúculo en 151 y Lépido en 137 promueven la guerra, también contra la voluntad de aquella asamblea. Escipión, sin orden del Senado, acomete la destrucción de Numancia.

El mando que aparece conferido a Escipión, en el año 134, ofrece ya rasgos claramente monárquicos. Primero fue nuevamente elegido cónsul por el pueblo en contra de la misma ley y después se le permite crear un ejército por sus propios medios y con la ayuda de algunos reyes de Oriente, sus amigos personales. Nombra legado suyo a su hermano Fabio Máximo y cuestor a su sobrino. Escipión llegó hasta rodearse de una guardia, a imitación de la que tenía el rey de Macedonia, y de ella es de donde procede la cohors praetoria, guardia de los emperadores romanos.

Si Escipión hubiese sido en la política interior tan enérgico y tan claro como en la exterior, hubiese podido fundar la monarquía, con el prestigio ganado en España, lo mismo que hizo César con las Galias. Pero, al igual que Pompeyo, tuvo miedo a la revolución, que iba siendo alentada por la incapacidad de la clase dominante. Precisamente España, con su riqueza de oro y plata, le hubiera ofrecido el medio para efectuar ese cambio y crear un ejército con los aguerridos indígenas como lo creó más tarde Sertorio.

Es una política monárquica y familiar la que se desenvuelve cuando, con la caída de Cartago, se convierte Escipión en el hombre más importante de Roma y, entre los años 145 y 136, procura el mando de España a familiares o amigos. En 145-144, su hermano carnal Fabio Máximo rigió la provincia ulterior; en 141-140 lo hizo Serviliano, el hermano adoptivo de Fabio; en 139-138, Servilio Cepión, hermano de Serviliano. En 136 rige la provincia citerior Furio Filo, íntimo amigo de Escipión. Otro amigo de este, Lelio, lucha durante el año 145 contra Viriato. Fannio, yerno de Lelio, acompaña a Serviliano, y en el año 137 Tiberio Graco, cuñado de Escipión, es cuestor en España. Resulta de toda evidencia que Escipión y su familia dirigen la política durante todo el transcurso de la guerra hispánica, y ya en 152 consigue aquel que se emprenda la guerra contra los celtíberos y participa en 151 en la incursión de Lúculo contra los vacceos.

Estas tendencias tan notoriamente monárquicas fueron apoyadas por el pueblo, que entonces se sublevaba contra la oligarquía, pero que debilitándola preparaba a la vez el camino del Imperio. Consigue aquel que los reclutas ya no se alisten como antes, sino que se sorteen para evitar la arbitrariedad y la componenda. Y llega incluso a obtener la limitación del tiempo de servicio a seis años y la reelección de Escipión al Consulado.

Así pues, la guerra de España ha conducido a una decisiva transformación en sentido democrático y monárquico. Y fue esa guerra la que descubrió primeramente la triste decadencia de una aristocracia que tan grandes acciones había promovido 50 años antes, en las guerras contra Aníbal. Las guerras de Grecia y Asia, que llevaron a Roma la riqueza y el lujo, fueron la causa de su decadencia, pero las guerras españolas fueron el primer síntoma.

Salustio ha descrito la guerra yugurtina para mostrar que en ella se produjo la primera oposición del pueblo contra la oligarquía. Si hubiese hecho también objeto de sus relatos las guerras hispánicas, quizás hubiera afirmado que fue en ella donde se hizo presente por vez primera la corrupción de la oligarquía.

Ante todo, se reconoce la incapacidad militar de casi todos los generales. Claro que también entonces contaba Roma con algunos caudillos capaces, pero, por miedo a una dictadura, el Senado solamente en la más extrema necesidad se decidía a dar el mando a generales buenos. Como los generales no podían destacarse militarmente, buscaron el recurso de la diplomacia. A los valerosos bárbaros, tan cándidos que aún creían en la santidad del juramento, bajo juramento les prometían la paz, a condición de que depusiesen y entregasen las armas, conseguido lo cual, los pasaban a cuchillo. Esto hizo Lúculo en el año 151, y repitió Galba al año siguiente. Y no se retrocedía ni ante el mismo asesinato. Así se asesinó a Viriato, que había sido terror de Roma durante diez años. Varias veces ocurrió que el Senado llegó a romper la paz concluida por un general en situación comprometida, tal como en el caso de la capitulación de Serviliano con los lusitanos y la de Mancino, con un ejército de 20.000 hombres, con los numantinos. Emprender la guerra contra las tribus pacíficas en lugar de acometer a Numancia era cosa que se hallaba a la orden del día. Así procedió Lúculo el año 151 contra los vacceos, quienes gozando de la paz y descuidados, ven llegar ante sus muros un ejército romano. Otras veces fue la codicia el motivo de las empresas militares, y las exacciones cometidas en España originaron en el año 171 la constitución del primer tribunal sobre esa materia, el cual por razón de continuar y aumentar la vejación de los íberos quedó establecido en 149 como permanente y resultó el fundamento de la legislación criminal del imperio.

Admitimos, pues, con Polibio, que la guerra celtibérica, en 153 a. J. C., da comienzo a una nueva época de la historia de Roma: la época de su decadencia. Más tarde dirá Calpurnio Pisón en sus anales, con la austeridad que le caracteriza en su lucha por las buenas costumbres, que la censura del año 153 señala el fin de la antigua honradez, fechando con las guerras españolas un cambio de la política exterior e interior de Roma tendente a empeorarla. En el

año 149 murió Catón, el último romano de la vieja cepa; con él se hundió en el sepulcro la época grande de la aristocracia romana.

Al igual que sucedía con los asuntos interiores, la guerra hispánica tiene la misma decisiva significación en los negocios exteriores. Durante 20 años esta guerra puso en juego toda la fuerza de Roma y estuvo a punto de agotarla. La gran Cartago resultó enemigo mucho menos peligroso que la pequeña Numancia. Además, el levantamiento de los celtíberos promovió otras dos guerras peligrosas. Cartago, que hasta entonces había soportado pacientemente los ataques de Masinisa, aliado de Roma, con el estallido de la guerra española pasa a la resistencia. Y a la guerra cartaginesa sigue la macedónica, que estalla en el año 148. Tampoco es pura casualidad que comience la guerra siciliana de los esclavos en el año 136, cuando se había producido en España la catástrofe de Mancino.

La guerra hispánica pertenece a las guerras más infelices que Roma ha hecho. Pero hay para asombrarse de la tenacidad con la cual el Senado persiste en su política –una vez decidido a ella– a pesar de todas las derrotas y pérdidas. Fue esta perseverancia la que en la guerra con Aníbal había conducido a un fin victorioso, y a lo menos en consideración a ello no se hacía indigna de su pasado la decadente oligarquía. Roma superó a los íberos en la constancia, y ello fue lo decisivo. En último término, por el carácter de los pueblos se deciden guerras de larga duración. De este modo un pueblo valiente y victorioso será finalmente dominado si llega a fatigarse primero que su adversario. La fuerza decisiva, lo mismo en el hombre que en los pueblos, es la voluntad. Así pues, la conquista de Numancia, a pesar de todo, significa un gran triunfo de la oligarquía. Al propio tiempo significa su culminación, pues el mismo año estalla la revolución y da comienzo con ello la caída de la aristocracia que había regido durante 500 años a Roma y había sometido el mundo a su poder.

II

NUMANCIA PRERROMANA

La meseta española

El corazón de la península Ibérica está constituido por una dominante meseta granítica. Su altitud es de 600 a 1.000 metros y se halla rodeada de altas sierras que llegan a elevarse a más de 2.000 metros. Quien atraviese la península de este a oeste, del Mediterráneo hasta el Océano, ha de subir primeramente desde los llanos de la costa, a través de quebradas y selváticas cordilleras, a la meseta, y después de haberla recorrido en interminable caminata, ha de atravesar nuevas cordilleras para llegar por fin al Océano.

Mientras que por una parte la costa oriental, con Valencia y Barcelona, aparece con toda esa belleza de las tierras del Mediterráneo, y de otra parte la costa occidental portuguesa, gracias a la humedad de los vientos del Océano, se nos muestra verde y hermosa, la parda meseta, con suelo pedregoso y árido, posee solo exiguas tierras laborables para aguantar en un verano breve las ascuas africanas y en un invierno interminable las nieves, los hielos y los vientos impetuosos y helados que soplando de las altas cimas cubiertas de nieve se precipitan sobre las desvalidas llanuras.

Esa alta planicie, como llanura sin fin, ha sido denominada «la Meseta». Políticamente constituye lo que es Castilla, llamada así del tiempo de la Reconquista por los muchos castillos que poseía. La sierra del Guadarrama separa Castilla la Nueva de Castilla la Vieja, más alta, más fría y más pobre. Sobre uno de los más altos llanos o «páramos» de Castilla la Vieja, casi a 1.100 metros sobre el nivel del mar, se asienta la ciudad cuya historia me he propuesto referir.

Situación de Numancia (Mapas 1-2)

Si desde Soria, la pequeña capital de la provincia de su nombre, apartada del mundo, nos dirigimos hacia el norte por la carretera que va a Logroño, situada a orillas del Ebro, al cabo de una hora se llega a un claro río cruzado por un viejo puente de muchos arcos y se descubre en la otra orilla una colina que cae sobre el río en una escarpada pendiente. El río es el Duero y en la colina están los restos de Numancia. Un empinado sendero conduce a lo alto pasando por una pequeña ermita de románica portada, que hace 700 años permanece velando la ciudad muerta. Desde esta altura se divisa un panorama magnífico. Lo que más cautiva la mirada es la majestuosa sierra con sus cimas coronadas por la nieve hasta en pleno verano; gigantesco teatro que ciñe de este a oeste la ancha llanura numantina. Las cumbres más altas son las del Pico de Urbión (2.259 m.) hacia el oeste y el Moncayo (2.315) por levante. En las claras y verdes lagunas del Urbión nace el Duero, y allá se acuesta el sol en el verano. El Moncayo (Mons Caius) –por donde sale– fue cantado por Marcial, el hijo de la tierra celtíbera, como la montaña sagrada con la cabeza blanca por la nieve. Visible desde todas partes, desde el Ebro, desde el Jalón, desde el Duero, el Moncayo es el vigía del país. Desde su cumbre hemos visto al norte el dentellado Pirineo y al sur la sierra azul del Guadarrama, abarcando así casi todo el cuadrante nordoriental de la Península. Tres ríos que bajan de la sierra se unen al pie de la colina de Numancia; del oeste llega el Duero, que aquí tuerce hacia el sur; del norte, el Tera; del este, el Moñigón, pequeño río que recibe al Merdancho poco antes de su desagüe en el Duero. A los tres ríos corresponden cuatro vías antiguas. Por el Duero sigue hacia el oeste la que va a Uxama, hoy Burgo de Osma, y hacia el sur la que va a Almazán; acompaña al Tera la carretera que llega a Logroño y las riberas del Ebro; al Moñigón la que va a Balsio, que también está en la orilla del Ebro un poco más abajo. Estas cuatro carreteras, correspondientes a los cuatro puntos cardinales, destacan la importancia estratégica de Numancia. El contorno montañoso de la

llanura numantina, en toda esa extensión que abarca desde Logroño a Balsio, se halla cruzado solamente por las dos vías que saliendo de Vareia (junto a Logroño) y de Balsio se encuentran en Numancia, haciendo así de esta ciudad la posición clave de esos 100 km de la zona montañosa.

Ya en la Antigüedad Numancia tuvo esa importancia. Cuando en el año 76 antes de J. C. Sertorio buscó un punto desde el cual pudiera dirigirse, lo mismo por el oeste hacia el Océano, que por el este hacia el Mediterráneo, se colocó al norte de Numancia. Cuando los romanos habían dominado el valle del Ebro, tuvieron necesidad de conquistar Numancia para asegurarse un paso hacia la Meseta. Incluso durante la guerra contra Napoleón le tocó a Soria desempeñar un papel con sus caminos a través de la montaña. Muy bien puede denominarse a la llanura numantina «la antesala de Celtiberia» y compararla con Tesalia, la antesala de la Hélade. En las cuatro capas de población de la colina de Numancia, y más aún en los muchos campamentos romanos de sus proximidades tenemos, la prueba de su importancia topográfica.

Los restos más antiguos

Los vestigios más remotos de habitación en la colina de Numancia remontan al período final del Neolítico, que puede situarse hacia el 2.000 a. J. C. Consisten esos vestigios en vasos primitivos y hachas de piedra de la «cultura de las cuevas», extendida por la meseta española. Por lo tanto, ya 2.000 años antes de J. C. habitaba el hombre la colina de Numancia y sus alrededores, bien como cazador, bien como pescador, y quizá también ya dedicado al pastoreo. De sus chozas de paja nada nos ha quedado y hasta su nombre ha desaparecido. Que esta gente procediese del más antiguo pueblo de la Península históricamente conocido, los ligures, es solamente una posibilidad.

Los ligures

Los ligures, el más antiguo pueblo del oeste cuyo nombre conocemos, pertenecen, como los íberos, a las razas meridionales preindogermánicas y parecen proceder, como ellas también, del norte de África, para extenderse desde allí sobre todo el occidente de Europa a través de España, Italia y las Galias. En España procede de ellos la denominación de «Lago ligustino» dada a la marisma en la desembocadura del Guadalquivir, y asimismo en la costa del norte se señalan los ligures. Existen motivos para calificar a los vascos como ligures y no como íberos. Mientras que los vascos hacía ya mucho tiempo que se hallaban establecidos en el Pirineo, los íberos, de los cuales tomó nombre la Península en la Antigüedad, llegaron a la Meseta solo unos 300 años a. J. C., habiendo permanecido hasta entonces en la costa sur y este. De todos modos, aquellos primeros pobladores de Numancia, lo mismo que los íberos, probablemente procedían del norte de África, de donde habían inmigrado ya los más antiguos habitantes paleolíticos de la Península, los creadores de las pinturas rupestres. Lo que ignoramos es el tiempo que han permanecido en esta última esos primeros ocupantes del solar numantino. De la Edad del Bronce, que se fecha entre los 2.000 y los 1.000 años a. J. C., no queda resto alguno, ya que en general la cultura de dicha edad escasea en la Meseta.

Los celtas

Después de un oscuro intervalo de más de 1.000 años, aparecen nuevos hombres en Numancia, y esta vez es un pueblo conocido, un pueblo del norte: los celtas. Los celtas son un pueblo indogermano estrechamente emparentado con los germanos, que había vivido largo tiempo en el norte de Europa e incluso en Escandinavia.

Más adelante, hacia el 700 a. J. C., parece ser que los celtas emigran hacia el sur, en busca de mejor residencia y quizás huyendo de una gran inundación oceánica, como más tarde los cimbrios y los teutones. Es entonces cuando da comienzo la gran emigración de los celtas, semejante a las emigraciones de los pueblos germanos, pues, como estos, se han desbordado por todo el Mediterráneo para terminar, también como los germanos, sin dejar apenas rastro.

Los celtas se dirigieron hacia el sur en busca del sol y las riquezas del Mediodía, que han ejercido siempre una gran atracción sobre los pueblos nórdicos. Ya se conocían entonces esas excelencias, porque desde los tiempos primitivos existían relaciones comerciales entre los países del sur y los del norte.

Una parte de los celtas colonizó primeramente las tierras ribereñas del océano, oeste de Alemania, norte e interior de Francia, Inglaterra, mezclándose con los moradores preindogermánicos, como los ligures. Otra parte siguió por el Rin arriba, hasta las regiones alpinas, para lanzarse desde allí, posteriormente, sobre el 400, con el nombre de «galos», hacia la Francia meridional, Italia y, siguiendo Danubio abajo, hasta Asia Menor (los gálatas).

Otra parte de los celtas continuó a lo largo de la cesta del océano, siempre en dirección al sur, hasta que atravesando los Pirineos occidentales llegó a España, donde quedan establecidos y donde persisten hoy sus mismos nombres como «Céltigos» (en Galicia), siendo céltico también el substrato de la lengua galaico-portuguesa.

Con los celtas debieron llegar a España por entonces unas tribus germanas, pues más tarde hubo en Sierra Morena una tribu de «Oretani, qui et Germani», y otras dos ramas de los germanos se hallan atestiguadas en el noroeste de España: los cempsi, cuyo nombre también encontramos en el mar del Norte, y los poemani, parte de los cuales había quedado en Bélgica. Estos germanos solo pudieron llegar con los celtas. Esta es su primera aparición en la Historia.

Los celtas-galos desarrollaron más tarde una cultura característica en las Galias y en Gran Bretaña.

Pero cuando entraron en España eran todavía medio nómadas, y ni aun más tarde los celtas españoles dieron lugar a una cultura importante, porque su asiento en las lejanas costas del oeste y en la mísera Meseta no era apropiado para ello.

Fue por aquel entonces Numancia una colonia céltica, y hoy mismo pueden verse allí tres vallados concéntricos, disposición que se encuentra igualmente entre los celtas de Galicia, de las Galias y de Inglaterra. El más alto de estos tres vallados circunda la cima de la colina y está protegido en la parte norte por un baluarte. Como otro testimonio de esta Numancia céltica todavía nos quedan sencillos y negros vasos hallstátticos decorados con incisiones, fíbulas, etcétera. Probablemente ya la ciudad céltica llevó el nombre de Numantia, puesto que nombres con la terminación «-antia» se encuentran en todo el oeste céltico. Pero la raíz «Num-» falta en el territorio de los celtas y es propia, por el contrario, de Italia (Numa, Numana, Numistro, Numicius, etc.), por lo cual el nombre de Numancia es probablemente ligur.

A los celtas hispánicos los conocemos por sus habitaciones de Portugal y Galicia, sus numerosos castros, que son pequeños, en general cada uno para un solo «clan» (centuria) de unos 100 hombres, y que situados en los montes estaban formados por chozas redondas de paja con míseros ajuares, y estaban protegidos por vallados concéntricos.

Otro importante testimonio de los celtas son los numerosos nombres de lugar y de personas célticas que encontramos por todo el occidente de la Península y en la Meseta, y de los cuales se deduce

que todos esos territorios fueron celtas y que los celtas subsistieron todavía cuando los íberos se hicieron dueños del dominio político. De aquellos tiempos célticos poseemos ya fuentes literarias: la descripción de las costas hispánicas hecha por un masaliota unos 530 años a. J. C., que nos informa sobre los cempsi y los sefes en el oeste y los beribraces en el este de la Meseta, a los cuales describe como pastores trashumantes viviendo de la leche y del queso.

Pastores por el estilo fueron también los celtas de Numancia, pero estos ya no se trasladaban de lugar en lugar, sino que se asentaron en residencias estables formando hasta una ciudad. La Numancia céltica debió de fundarse hacia el año 500 antes de J. C. Muy bien podríamos representárnosla parecida a los castros galaicos con cabañas redondas de paja que desaparecieron sin dejar rastro. Dentro del círculo más alto de los tres vallados, la ciudad no daba cabida para más de 500 a 1.000 chozas de aquella especie, por lo cual sus habitantes pudieron alcanzar la cifra de 2.000 a 4.000.

La Numancia céltica estuvo constituida por una reunión de diversos clanes que hicieron de ella su capital, así como también entre los castros de Galicia hay algunos que son grandes.

Los arevacos

La tribu a la cual más tarde pertenece la Numancia celtibérica es la tribu de los arevacos[7]. Teniendo en cuenta que este nombre se acredita como céltico a causa de su terminación -acus y se halla en relación con los arav-i célticos de Portugal y los arav-isci célticos de Hungría, la misma Numancia céltica puede haber sido la capital de esta tribu.

Este nombre de arevacos parece persistir aún hoy en el de la pequeña ciudad de Areva-lo, al norte de Numancia, y en el del arroyo Arav-iana, que viene del Moncayo y desagua en el Duero debajo de Numancia, y se identifica con el Areva de la Antigüedad. El territorio de los arevacos corresponde más o menos a la provincia de Soria y sostenía en una extensión de 10.000 km^2 en total, unos 20.000 guerreros y unas 80.000 almas, lo que supone una media de 8 habitantes por km^2. En la actualidad, la media de dicha provincia asciende a solo 15 habitantes por km^2. Abarca este territorio la parte más alta de la meseta castellana, la región del alto Duero, limitada al norte por la cordillera Ibérica, al sur por el Guadarrama, al oeste por el río Ucero en Burgo de Osma y al este por el páramo de Almazán.

El país de los arevacos se yergue como un castillo sobre el valle del Ebro por el nordeste y el del Jalón por el sudeste, y así esos ríos lo protegen como dos fosos. Cuando del valle del Ebro o del Jalón remontamos al país de los arevacos, al cabo de unas horas nos parece haber llegado a otro mundo: salidos de la región del olivo y de la vid, entramos en el páramo de la Meseta donde solo medran mieses paupérrimas y soplan ásperos vientos.

Los pelendones

Algunos autores antiguos consideran a Numancia como de la tribu de los pelendones, los cuales moraron en el alto Duero, perteneciéndoles también los lugares de Soria, Vinuesa y Ágreda. Puede que los pelendones formaran parte de los arevacos. También es céltico el vocablo pelendones («tribu de Pelendos») y se lo encuentra en Aquitania, cuando una parte de la tribu se establece ahí, mientras el resto atraviesa los Pirineos.

Fuera de esto, poco sabemos de la Numancia céltica. Sin embargo podemos afirmar que sus pobladores fueron sometidos hacia el año 300 a. J. C. por los íberos, que hasta entonces habían permanecido en la costa sur y oriental de la Península.

Los íberos

En tanto que los celtas son indogermanos, proceden los íberos de los camitas del norte de África y son hermanos de los bereberes (los libios de la Antigüedad) que todavía viven allí. Los íberos son semejantes a ellos tanto corporal como espiritualmente, lo que prueban también los mismos nombres de tribus y de lugares que encontramos a uno y otro lado del estrecho de Gibraltar. No sabemos en qué fecha tuvo lugar la inmigración de los íberos en España; pero ya por lo menos desde el año 2.000 a. J. C. se hallaban establecidos en las costas del Mediodía, donde el río Ibero (Río Tinto) toma de ellos su nombre, corriéndose después ellos a lo largo de la costa oriental hacia el norte, dando su nombre también al Ebro (Iberus) y pasando los Pirineos. Se había sostenido que los íberos fueron los primeros pobladores de toda España; pero yo advertí que solamente lo son en el sur y en el este y que en cambio no llegan a la meseta céltica hasta el siglo iv a. J. C. Esta opinión ha sido arqueológicamente confirmada por el profesor Bosch al poner de manifiesto que los vasos ibéricos pintados aparecen por vez primera en la Meseta alrededor del año 300 a. J. C. Las fuentes literarias atestiguan por vez primera a los íberos en la Meseta en el 218 a. J. C. Asimismo, el nombre de «Iberia» antes estaba limitado al sur y al este, y solo más tarde se ha extendido a toda la Península.

Los íberos, a pesar de su temprano contacto con los países orientales, pertenecen, lo mismo que los bereberes, a pueblos de pobre cultura. Aunque desde muy antiguo se hallaban establecidos en el Mediterráneo, no han sido navegantes (lo contrario de sus vecinos los ligures) ni han sabido apenas extraer utilidad a la riqueza de las minas de sus montañas. Políticamente se hallaban diseminados en muchos clanes y poblados, a cuál más pequeño, viviendo cada uno para sí, de tal modo que aun dentro de la misma tribu no existía solidaridad.

Este establecimiento disperso obedece, como para los germanos, a la tendencia al desmenuzamiento que les caracteriza. Por esto les toca como a los bereberes el servir de botín al enemigo extranjero al mismo tiempo que resisten a la influencia de su cultura. Los íberos culturalmente son inferiores a los celtas y germanos. España no debe su cultura a los íberos; la debe a los griegos y romanos y a otras influencias indogermánicas posteriores.

La inmigración de los íberos en la pobre y mísera meseta, procedentes de la fértil y templada costa del este, no puede haber sido voluntaria. Al parecer, hacia el 400 a. J. C. fueron expulsados por los galos, que entonces bajaron de las tierras alpinas.

Los celtíberos

En el lugar de los celtas más tarde encontramos los «celtíberos». Este nombre significa en un principio solamente «íberos establecidos en el país de los celtas» (como libifenicios significa «fenicios en Libia»), para significar después la fusión de los celtas con los íberos, siendo atestiguada tal fusión entre vencedores y vencidos por autores antiguos. Tales inmigraciones y conquistas se suelen producir más pacíficamente de lo que se piensa, y por lo general los antiguos pobladores no son aniquilados sino admitidos, como los canaanitas por los del pueblo de Israel, los primitivos pobladores de Asia Menor y Hélade por los griegos, o los habitantes del Imperio romano por los germanos. Parece que a los íberos no les faltaba espacio, ya que podemos representarnos el poblamiento de los celtas como poco denso. Además, los íberos eran menos numerosos que los celtas, así como fueron también los germanos menos numerosos que la población romana de las provincias por ellos ocupadas. Solo así se explica la permanencia de los celtas en la Meseta. Podemos ir siguiendo la marcha de los íberos hacia esta gracias a su cerámica pintada, que se fecha alrededor del 300 a. J. C. con la ayuda de los vasos griegos de aquel tiempo. También se pueden distinguir los caminos que han cruzado los íberos: uno es el valle del Ebro, donde encontramos cerca de Zaragoza vasos ibéricos del siglo iv; otro era el que iba de Sagunto a las alturas de Teruel, a lo largo del cual hay muchos pequeños poblados ibéricos, y después sigue Jiloca abajo, hacia el Jalón; este camino hoy está recorrido por el ferrocarril Sagunto-Teruel-Calatayud.

Los confines de los celtíberos son por el norte las montañas septentrionales, al oeste la ciudad de Clunia, al sur Sigüenza, que pertenece a Celtiberia no obstante hallarse al sur del Guadarrama, y al este y sudeste las montañas orientales, la «Idubeda» de la Antigüedad. La Celtiberia comprende, de una parte el valle del Jiloca y del Jalón, de otra parte el valle del Duero desde sus fuentes hasta Clunia. El confín de las dos partes está formado por la meseta

de Almazán (1.000-1.100 m.), la divisoria entre el Duero y el Jalón. Por eso denominé yo celtíberos «citeriores» a los habitantes del Jiloca y del Jalón y celtíberos «ulteriores» a las tribus del valle del Duero. Hay que distinguir cuatro tribus celtibéricas: en el Duero los valientes arevacos, en el Jiloca y Jalón los lusones, belos y tattos, nombres célticos también. La diferencia climática entre la meseta del Duero (1.000 m) y el valle del Jalón (500 m) es notable. Cuando desde aquellos elevados páramos se desciende al valle del Jalón, sorprende encontrarse con la verde y rica vega de Calatayud. Las tribus del Jalón, que pueblan un país más rico, de clima más templado y están más cerca de la costa de Levante, son más civilizadas que las tribus del Duero, que viven en míseras tierras apartadas de toda cultura.

Los comarcanos del Jalón eran consumados armeros, en particular los de Bílbilis (cerca de Calatayud), que trabajaban el afamado hierro del Moncayo. Todavía se acusa esta diferencia cultural en época romana. El valle del Jalón hasta puede enorgullecerse de haber dado origen a un literato latino: el poeta Marcial de Bílbilis, que describe con cariño la selvática belleza de su patria. En cambio la meseta del alto Duero persistió en su antiguo atraso.

A causa de su cultura más elevada las tribus del Jalón son mucho menos valerosas que las del Duero. Solamente en sus comienzos participaron en la guerra numantina, y cuando las guerras de Sertorio se pusieron al lado de Roma.

La ciudad ibérica (Plano 1)

La Numancia ibérica ha sido fundada verosímilmente por una tribu de íberos que desde la parte alta del Jalón llegó a la meseta de Almazán y de ella al Duero. Así se explica la amistad de los numantinos con las tribus del Jalón. La Numancia ibérica pertenece sin duda a las más tardías fundaciones de los celtíberos y no se fundó seguramente hasta el 300 a. J. C., y quizás más tarde. El plano de la nueva Numancia, con el trazado regular de sus calles, con dos calles mayores y diez transversales, muestra claramente la influencia del plano de la ciudad griega, tal como ocurría en general desde el año 450 a. J. C. y como se encuentra en la costa oriental de España en la ciudad griega de Emporion, en el golfo de Rosas. Pero a este esquema griego se le añade un elemento ibérico: el circuito de las casas periféricas apoyadas en la muralla de la ciudad. Esto procede del norte de África, se encuentra allí en la Antigüedad y persiste hoy todavía en los poblados de los bereberes. La ciudad vieja, limitada a la meseta de la colina, tenía unas 1.500 casas, por lo cual puede estimarse en 6.000 a 8.000 el número de sus habitantes. Así la Numancia ibérica fue también una ciudad importante que reunió varios clanes. Algunos de ellos quedan anotados en los vasos numantinos, en los cuales grabaron sus nombres los propietarios, por ejemplo: Eladu-aqom «del linaje de Eladus», Areit-qom «del linaje de Areitus».

No sabemos si el establecimiento de los íberos en Numancia ha sido el resultado de una acción de guerra o se hizo en paz. En todo caso, la ciudad fue construida entonces completamente de nuevo, sobre el emplazamiento de las habitaciones célticas, cuyos restos aparecen por todas partes debajo de la nueva ciudad (Fig. 1). Pero los antiguos habitantes no han sido exterminados, sino que continuaron viviendo allí, y así encontramos, hasta como jefes de los numantinos, a celtas como Rectugenos, Megaravicus, Avaros. Lo que atrajo a los nuevos pobladores fueron el río y la llanura apropiada para el cultivo.

De los primeros tiempos de la ciudad ibérica no sabemos nada. Debieron ser bastante pacíficos, pues Numancia, por ser ciudad grande, no tenía en sus proximidades un enemigo de su condición. Ese enemigo iba a aparecer, pero venía de muy lejos; es entonces cuando comienza la verdadera historia de la ciudad. En el año 195 a. J. C., ante los muros de Numancia, aparece a la cabeza de un ejército romano el famoso Censorius, el cónsul Marco Porcio Catón.

III

EL TEATRO DE LA GUERRA

Y LOS CONTENDIENTES

El país (Mapa 2)

Antes de dar comienzo al relato de la guerra numantina será necesario describir el escenario en que se desarrolló.

Sus características y sus dificultades son, en gran parte, la explicación de los muchos fracasos de Roma y de la larga duración de la guerra. Las dificultades de la guerra celtibérica comenzaron ya antes de que los romanos pusiesen el pie en España. Para trasladarse de Roma a Tarragona era necesario recorrer una distancia de unos 1.300 km y realizar una marcha o una navegación de 30 y hasta 40 días, de suerte que para Roma resultaba más lejos España que para nosotros el teatro de la guerra del Sudoeste africano, distancia que se salvaba por mar en solo 14 días. Como era corriente que los romanos fueran acosados por las belicosas tribus montañesas en el último trecho de la costa de Liguria, varias veces se hizo por mar esta parte del viaje desde Génova hasta España. Llegados, por fin, felizmente a Tarragona, para alcanzar el teatro propio de la guerra en la Meseta, todavía quedaba por realizar una marcha de 14 días por lo menos. Y esta caminata conducía por montañas que en abril todavía se hallaban cubiertas de nieve y a través de peligrosos desfiladeros donde acechaba un enemigo muy ágil y muy familiarizado con las particularidades del terreno.

Esos desfiladeros serán una y otra vez la pesadilla del ejército romano, obligado a atravesarlos en pesada columna de 10 y hasta de 15 km de largo. Asimismo también en los altos llanos había que temer la emboscada, pues el terreno era apropiado para tales golpes de mano a causa de las ondulaciones y barrancos formados por la erosión. Además había entonces allí espesos bosques donde era difícil la descubierta, a la vez que aumentaban la posibilidad de la sorpresa. Otro obstáculo era la monotonía del paisaje, que dificultaba la orientación. Lo que dice la obra del estado mayor alemán sobre el teatro de la guerra del sudoeste africano puede

aplicarse enteramente a la Celtiberia, puesto que la meseta española tiene puntos de contacto con aquel país: «Todas las partes del Protectorado son de una desértica uniformidad; hasta la propia montaña se repite siempre en las mismas formas sin ninguna variación. Nada más difícil para un europeo, habituado a contemplar la variada naturaleza de su patria, que orientarse en la yerma uniformidad de este país».

Como acontece en África, la meseta española tiene escasez de agua, lo que suponía un peligro para un ejército de 20.000 a 30.000 hombres con miles de caballos y animales de tiro. Durante el verano del año 134 tuvo Escipión que abrir pozos ante la carencia de agua, pero solamente pudo extraer de ellos agua salobre. Los pocos ríos se secan casi por completo en el estío, las fuentes son escasas, de mayo a septiembre no se conoce la lluvia y hay parajes en los cuales en varios años apenas llueve una que otra vez. Al revés, en otoño y primavera las lluvias torrenciales originan inundaciones que constituyen un peligro. Eso es lo que le sucedió a César en la campaña de Ilerda. Yo mismo soy testigo de cómo el arroyo Merdancho, junto a Numancia, que atravesábamos de un salto, a causa de una lluvia en la montaña se llenó de agua en una anchura de 100 metros en solo el término de una hora. Por esta razón los mercenarios de Aníbal y de César hacían uso de una invención del Oriente llevando consigo pellejos de cuero con los cuales una vez hinchados podían nadar.

Por aquellos sitios, estando las montañas peladas y careciendo de humus, el agua desenfrenada se despeña al valle llevándose por delante piedras y troncos que encuentra a su paso. El suelo es pedregoso y pobre, y solamente produce un poco de trigo, así que el ejército romano había de ser asistido por medio del transporte que tenía que realizarse desde sus bases lejanas, por etapas, a través de campo enemigo bajo constante amenaza. Se puede suponer lo dificultosa que sería esta manera de abastecimiento. Moltke escribe en cierta ocasión con su habitual buen humor: «Pensemos solamente que incluso los generales más emprendedores quedaron encadenados a sus almacenes de aprovisionamiento por una cadena de 40 kilómetros impuesta por sus panaderos y no pudieron hacer operaciones más allá de esta distancia».

Había dicho Catón, al rechazar los proveedores del ejército en España, que «la guerra se debe alimentar por sí misma» («bellum se ipsum alet»), pero él tenía a su disposición las ricas provisiones de la costa oriental. En la Meseta no era posible la requisa, y si Napoleón dijo, lo mismo que Catón, «¡que no se me hable del aprovisionamiento!», tuvo por ello una triste experiencia en España, donde perdió la mitad de su ejército por la escasez de víveres y las enfermedades. Pompeyo y Augusto, durante sus guerras en España, se procuraron los cereales importándolos de las Galias o por mar. En la época de las guerras celtibéricas, únicamente la costa levantina pudo ser tomada como base del abastecimiento, puesto que la Galia no pertenecía todavía a los romanos. Pero esa costa se hallaba a una distancia de 14 jornadas del teatro de la guerra en el Jalón y en el Duero. Esta circunstancia hacía necesario establecer una base intermedia más asequible, para lo cual eran apropiados el Jalón y el valle del Ebro, pero aun estos se hallaban a 4 jornadas de Numancia. La falta de carreteras contribuía a dificultar grandemente la marcha de las tropas y el transporte de los suministros. El ejército romano necesitaba carreteras para el transporte en carros de las tiendas de campaña, las balistas con su munición, el trigo, etc. Escaseaba también el forraje para los animales, y constantemente se nos dice que los encargados de este suministro tenían dificultad en recoger los forrajes y cómo eran perturbados en su cometido por la ágil caballería del enemigo.

De igual manera que faltaba el trigo, ocurría lo mismo con el aceite, el vino, el vinagre, la sal, a todo lo cual estaban habituadas las gentes del sur, y la alimentación a base de carne, nada apropiada para ellos, les producía la disentería. El soldado romano se alimentaba de pan y algún condimento, y solamente en caso de necesidad comía carne, de manera que no debe extrañar aquella frase de César, que escribe en cierta ocasión que su gente «con carne apenas había aplacado el hambre». Apiano señala los ciervos y conejos como animales de los cuales se alimentaban los romanos en la Celtiberia. El conejo procede de España y aquí se encuentra, todavía hoy, en cantidad enorme; aparece como símbolo del país en las monedas hispánicas de Adriano, y Catulo denomina a Celtiberia la «tierra de los conejos» (cuniculosa Celtiberia). La palabra conejo procede del ibérico cuniculus. El ciervo ya no existe hoy en la Meseta; se ha retirado a los bosques de las altas montañas.

Sobre esas pobres tierras hay un cielo nada favorable, el clima riguroso de las altiplanicies. Frecuentemente en septiembre mismo comienza ya el invierno que se prolonga hasta mayo, así que había de limitarse la campaña a los tres meses del verano. Una invernada en tales altitudes acumulaba todas las penurias: carencia de medios de vida, y frío con nieve y hielos; de tal modo que hombres y animales morían a montones. La permanencia a la intemperie se hacía, para mayor tormento, bajo un viento que soplaba casi constantemente: viento del noroeste, el «cierzo» violento y helado. Y sin leña para calentarse. El cierzo, hermano del mistral de la Provenza y de la bora de Dalmacia, ha sido inmortalizado por Catón, quien aprendió a conocerlo el año 195. Dice este, que ese viento derriba a un hombre provisto de todo su equipo, lo cual no es exagerado. También fue para nosotros el viento norte la plaga más terrible durante los ocho años en la comarca numantina, y de este tiempo rico en preocupaciones el cierzo constituye uno de mis peores recuerdos. El frío de la Celtiberia ha hecho necesario entre los romanos el uso de los calzones y la capa, el sagum, de los naturales del país, prendas que desde entonces pertenecen al equipo de los legionarios. También el verano es malo; la temperatura asciende hasta los 40º C y el ejército de Escipión tuvo que hacer sus marchas durante la noche en el verano del año 134. El calor se hacía más penoso por la escasez de agua.

El clima de la meseta española apenas tiene semejante en Europa. Cuando leemos que la marcha de Escipión por la llanura de Valladolid tuvo que realizarse de noche por el calor, que se vio obligado a abrir pozos para procurarse el agua, que perdió muchos hombres y animales por falta de alimentos, nos parece estar leyendo la relación de la marcha de Alejandro Magno a través del desierto de Gedrosia. Y si consideramos las penalidades de Nobilior y de Pompeyo entre la nieve y los hielos del invierno en las altas llanuras de la Celtiberia, esto nos hace pensar en la marcha de los diez mil de Jenofonte por las montañas nevadas de Armenia. El mariscal Junot compara su marcha de Salamanca a Abrantes del Tajo en el año 1807 con la que llevó a cabo con Napoleón el año 1799 por el desierto sirio entre El Cairo y Akka. ¡Tan poco europea parece por su clima la meseta española!

A primera vista, el teatro de la guerra numantina parece ofrecer la

coyuntura, especialmente favorable, de una doble base de operaciones desde la cual podía ser atacada Numancia por dos líneas que se unían en un ángulo recto: por el nordeste desde el Ebro, por el sudeste desde el Jalón. Del mismo modo que en la Germania se atacó a los queruscos simultáneamente desde el Rin por el camino del Lippe y desde el mar del Norte por el camino del Ems o del Weser.

Pero realmente el valle del Ebro no se hallaba en condiciones de ser empleado como base de operaciones, pues estaba separado del teatro de la guerra por una alta montaña que dominaban los numantinos, razón por la cual Escipión evitó ese camino el año 134. Hasta hace poco Soria estaba unida por el ferrocarril solo con el Jalón pero no con el Ebro.

El enemigo

Así el país ofrecía dificultades en todos los aspectos. Y este país se hallaba defendido por un enemigo habituado al clima y a la penuria, ágil, ingenioso, familiarizado con su tierra y que sabía adaptar su manera de pelear a las condiciones del país.

De esta compenetración de la gente con su terreno depende lo que llamaban los antiguos la «guerra de terreno» (τοπομαχία), la que aún hoy se conoce en España con el nombre de «guerrilla». Con la misma maestría con que los bereberes de Yugurta practicaban la guerrilla, lo hicieron sus parientes los íberos y los lusitanos, y Viriato y Sertorio deben sus éxitos a esa manera de guerrear. En la utilización del terreno, particularmente en la emboscada, son los íberos superiores a los romanos, en los cuales solo más tarde hallamos tal habilidad (Mario, Sertorio, César). Aníbal consiguió algunas de sus mejores victorias (Trebia, Trasimeno) valiéndose de la emboscada, que aprendió de los bereberes. La guerra de guerrillas fue practicada por los íberos exactamente lo mismo que la practicaron los carlistas en el siglo xix.

Ese enemigo ágil y bien provisto de caballería es infatigable en el asalto de los ejércitos pesados de Roma, en el acoso a los que buscaban el forraje, en la expoliación de los convoyes de provisiones. Por ello era necesario asegurar los forrajeros y convoyes por medio de destacamentos, los cuales procuraban a los íberos un fácil botín y además iban reduciendo el contingente del ejército romano. Los íberos saben sustraerse de la persecución recurriendo a la fuga hacia la montaña y los bosques y no se dejan obligar a batalla campal. Lo mismo que sus jinetes, veloces como el viento, salen con la rapidez del rayo de las oquedades de la llanura, así salieron de las emboscadas de los montes y los bosques sus no menos ágiles guerrilleros a pie. Prefieren unos y otros la lucha a distancia con la jabalina, en parte o enteramente de hierro (la falarica y el solliferreum), el modelo del pilum romano. En la lucha

cuerpo a cuerpo los íberos son menos diestros, y para ella no tienen otras armas que el puñal y el pequeño escudo de cuero (caetra) y la practican con escaramuzas y constantes alternativas de ataque y fuga, en tanto que los romanos tenían por costumbre luchar en formación. Al propio tiempo que a los guerrilleros celtíberos, es preciso tener en cuenta sus excelentes caballos sin los cuales no sería factible la «guerrilla». Son los caballos de raza íbero-africana, que en aquel tiempo se hallaban aún en estado salvaje y que hoy todavía se conservan domesticados en Asturias y Galicia. Eran pequeños y de mala apariencia, pero muy veloces y hábiles en correr por tierra fragosa; soportaban el hambre como los hombres, estando como identificados con ellos en su vida montaraz y teniendo la misma estatura pequeña. Por esto procuraron los romanos reemplazar sus caballos itálicos por caballos ibéricos. El caballo ibérico se llamaba celdo, palabra conservada en la vascuence zaldi y en la alemana zelter. En la Edad Media los caballos españoles fueron apreciados por su paso de andadura.

Los generales romanos fueron llevados a la desesperación por los guerrilleros, a quienes denominaban latrones (bandidos), lo mismo que Napoleón I, en cuyas memorias encontramos idéntico cuadro de la guerra de guerrillas española y la misma palabra de bandidos (brigands) que en Apiano.

No es extraño que en Roma se temiese la guerra hispánica como el mismo Hades, que se rehuyera la obligación militar, que las tropas acantonadas en España exigiesen su relevo y que hasta los propios oficiales y generales soslayasen esa guerra horrible. Observamos que los romanos entraban en la meseta española con el mismo pánico que antes en los bosques del Apenino en los cuales los etruscos acechaban, o posteriormente en la selva de Teutoburgo, donde se pudrieron los huesos de Varo y sus legiones.

«Salvaje y dura guerra» (saevum et durum bellum) llama el caballero y poeta Lucilio a la guerra hispánica, que aprendió a conocer en el séquito de Escipión. Durissimum bellum, dice Cicerón.

El total de las tropas celtíberas alcanzaba a unos 25.000 hombres: 20.000 infantes y 5.000 de a caballo, de los cuales 5.000 pertenecían a los belos y tittos, y 20.000 a los arevacos. Este número es muy verosímil puesto que Montenegro, que tiene la

misma extensión y naturaleza que el territorio de los arevacos, mantuvo 36.000 hombres en el campo. El ejército romano llegó a contar 30.000 hombres cuando alcanzó el más alto número y por tanto los íberos consiguieron ser tan numerosos como el enemigo.

Una guerra popular sostenida con energía puede dar jaque mate hasta a un ejército enemigo poderoso, como sucedió a Napoleón en España. Pero la guerra popular no debe encalmarse y debe evitar dos peligros: la batalla abierta y el bloqueo. Toda concentración, sea en la batalla, sea en la ciudad, se aviene mal con las características de la guerra de acoso cuya tarea estriba en la división del enemigo practicando una táctica de dispersión.

Los celtíberos sucumbieron por cansarse sus ciudades una tras otra, de manera que al fin les quedó solo Numancia, y los numantinos cometieron la falta de dejarse encerrar en su ciudad. La tragedia de Vercingetórix consistió en que cuando César ya abandonaba el campo, vencido por la guerra de guerrillas, le atacó y se dejó encerrar en Alesia, por lo cual el mismo que había logrado la insurrección de todos los galos, redujo toda su obra a la nada y precipitó a su pueblo a la ruina. Clausewitz, el gran teorizador de la guerra, escribe acerca del levantamiento en una guerra de independencia: «Es mejor desperdigarse en ella y sostener la defensa con el asalto insospechado, que dejarse atraer y encerrar en un rincón como último refugio... Por valiente que sea un pueblo, por guerreras que sean sus costumbres, por favorable que sea su suelo, por grande que sea su odio al enemigo, es evidente que la guerra de independencia no puede sostener el peligro de una atmósfera demasiado densa. Si bien ha de acumular en alguna parte el combustible necesario para un gran incendio, debe hacerlo en puntos alejados donde tenga aire y no pueda ser apagado con un gran golpe».

El ejército romano

Es una suerte que precisamente para esta época de las grandes guerras hispánicas poseamos una exposición del ejército romano, y de un hombre tan experimentado como Polibio, el amigo y consejero de Escipión. El ejército romano de aquel tiempo era una milicia que recibió escasa preparación y fue perfeccionada solo por la misma guerra. No se reclutaba de entre todos los ciudadanos, sino solamente de los que podían disponer por lo menos de 4.000 ases (unas 350 pesetas), componiéndose particularmente de aldeanos, gente sana física y moralmente. Mario es el primero que constituye un ejército de proletarios desheredados, que técnicamente era mejor, pero resultó cada vez más indisciplinado.

Todos los años se formaban 4 legiones; 2 por cada uno de los cónsules. La fuerza de la legión varía entre 4.200 y 5.000 hombres; esta última cifra se alcanza en las guerras más duras; así pues hay que calcular a base de ella en la guerra de España desde el año 153. La legión estaba constituida por 4 clases distintas, según edad y censo.

Los obligados eran todos los varones comprendidos entre los 17 y los 46 años. Los más jóvenes y los más pobres formaban los velites y servían armados con armas ligeras (jabalina, puñal, escudo redondo y gorro de cuero), y ellos eran los encargados de iniciar el combate con escaramuzas para retirarse después. En el campamento no tenían cuarteles propios sino que habitaban en los departamentos para equipajes de los legionarios.

Las otras tres clases, armados de armas pesadas, se llamaban hastati, principes, triarii. Los triarios eran los más viejos. Todos iban armados con el gladius hispaniensis que los romanos en la guerra con Aníbal adoptaron de los celtíberos: espada excelente de unos 70 cm de largo, recta y de filo y punta para cortar y pinchar. Esta arma notable se llevaba en el costado derecho colgando de un cinturón guarnecido de metal. Además tenían el pilum, pesada jabalina

terminada en un hierro de unos 70 cm de largo, con punta barbada, y que estaba dotada de gran eficacia. La lucha se iniciaba lanzando el pilum, para continuar luego con la espada. En lugar del pilum los triarios llevaban una lanza de estoque. Como armas de defensa los legionarios tenían un chaleco de cuero con una chapa de metal (pectorale) para proteger el corazón (solo los ricos llevaban cota de malla), un escudo rectangular y abombado de 4 pies de largo por 2 1/2 de ancho, el cual cubría muy bien, y un casco de hierro con tres plumas rojas o negras. La legión normal de 4.200 hombres contaba con 1.200 velites e igual número de cada una de las clases de hastati y principes y 600 triarii. Las tres clases más viejas estaban divididas en 10 manípulos (compañías) de 120 hombres. Las 10 compañías de cada clase formaban una al lado de la otra en filas de 20 hombres y columnas de 6, dispuestas las tres clases una detrás de la otra. Cuando se necesitaban profundas columnas para ruptura o asalto, se reunían las 3 compañías, que estaban una detrás de la otra, en una cohorte (batallón) de 360 hombres. El manípulo era la unidad táctica más pequeña y se hallaba dotado de gran movilidad. Iba dirigido por dos centuriones, hombres experimentados y que constituían el sólido puntal del ejército de entonces. Sobre los centuriones estaban, como oficiales, los tribuni militum, seis por legión, y que no eran militares de profesión, sino principiantes, como los propios generales. Tampoco eran mucho mejores los ocasionales legados que agregaba el Senado a los generales. Así sucedía que el mando era bastante malo, a pesar de que todo depende de él.

La nobleza ha eludido la formación de un ejército profesional con jefes de carrera, por el temor de una dictadura militar, y ha preferido sacrificar miles de valientes soldados a su hegemonía política.

Por su fuerte armamento y la cuidada formación para el combate, era el legionario un adversario peligroso en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero era pesado, y frente al ágil íbero, especialmente en terreno montañoso, luchaba con desventaja. Además llevaba consigo el legionario, aparte de su pesado armamento, útiles de cocina, provisiones, palos para empalizadas, un total de alrededor de 50 libras, y eso en el ardor del verano de España.

De muy poco servía la caballería romana armada con lanza, espada y casco y formada por los ricos. Venía a ser como una guardia noble del general. Casi siempre rehuía el combate y solo se podía confiar en ella en el campamento, donde, con los oficiales, tenía a su cargo el servicio de la guardia. En el campo fue reemplazándose poco a poco esa caballería por los jinetes que iban reclutándose en España o en África. A cada una de las dos legiones pertenecían 300 caballeros, divididos en 10 escuadrones.

Cada legión contaba además, por lo menos, con otros tantos aliados itálicos, así que para una legión de 5.000 hombres estos eran otros 5.000. La infantería itálica se componía de 10 cohortes de a 500 hombres, dos de las cuales, los extraordinarii, constituían una tropa selecta. Además había 900 caballeros itálicos distribuidos en 15 turmas de 60 caballeros cada una y constituyendo 5 de ellas la caballería selecta. Los itálicos iban mandados por «prefectos» romanos, 6 por cada legión. Armados como los romanos no los seguían en valor, sino que los superaban, pues el mejor material humano lo proporcionaban las montañas de Italia.

Muy útiles para la guerra con España eran las reclutas hechas entre los íberos aliados (auxilia), particularmente la caballería. Estaban habituados al clima y armados con armas ligeras eran más apropiados para la guerrilla que las pesadas tropas itálicas. Pero no se los consideraba muy seguros; su defección ocasionó la derrota y muerte de los dos Escipiones en el año 211 a. J. C., y el hecho de que Nobilior los tuviese internados en un campamento especial prueba cuán poca era la confianza que se les tenía. En total constaba el ejército consular, durante la guerra celtibérica, con sus dos legiones, los itálicos y auxilia, de unos 30.000 hombres. Esto no supone más que un cuerpo de ejército de la actualidad, pero en la Antigüedad raramente se formaban grandes ejércitos, y el propio Alejandro dio comienzo a su conquista de Asia con solo 35.000 hombres.

Tampoco hay que olvidar la artillería romana, lo que será tratado con detalle al ocuparnos del asedio de Escipión. La artillería iba transportada en carros y bastaba una pareja de animales de tiro para el acarreo de una catapulta, mientras que los elementos de las grandes balistas necesitaban muchos más vehículos.

Un accesorio tan necesario como pesado era el tren –denominado impedimenta–, que no solo estaba constituido por numerosos carros y unos 2.000 animales de carga para las tiendas, municiones, utensilios de fortificación y de asedio, provisiones, etc., mozos (calones) y esclavos, sino también por cantineros y comerciantes (que de los soldados compraban el botín) y prostitutas, cuadro que nos recuerda los ejércitos de la Guerra de los 30 años.

La guerra celtibérica ha tenido extraordinaria importancia, lo mismo para la propia constitución del ejército como para el Estado romano. El mando de varios años, que resultó tan peligroso para la estabilidad de la República, es un resultado de la guerra de España (p. 66) y es asombroso el considerar cómo casi todo el equipo de los legionarios romanos fue tomado de los celtíberos (la espada, el puñal, el pilum, el sagum, el calzón corto) y cómo el armamento de los vélites, con jabalinas, puñal, escudo redondo, viene del ligero equipo celtibérico.

Ningún pueblo de la Antigüedad ha copiado de los demás tanto como Roma, pero tampoco ningún pueblo ha comprendido como ella el modo de aprovechar lo que tomaba de los otros y de usar contra el propio inventor las armas que este había creado.

LAS PRIMERAS LUCHAS

(181 - 179 a. J. C.)

La península ibérica, el país más occidental de Europa, ha sido visitada desde muy antiguo por los pueblos del lejano Oriente. España ha sido en la Antigüedad el país más rico en metales como oro, plata, cobre, plomo, hierro, y en su mercado de Tartessos, el Tarschisch de la Biblia, se podía encontrar el estaño necesario para la fabricación del bronce y que traían los tartesios de la Bretaña francesa. La importancia de España en aquellos tiempos era muy distinta de la actual: se la puede comparar con Méjico y Perú, cuyas riquezas en oro y plata ejercieron una fuerza de atracción semejante. Asimismo, se hallaba a mayor distancia que actualmente América, ya que para realizar el viaje de Asia Menor a la Península eran necesarias de 4 a 6 semanas.

Ya por el año 2500 a. J. C. se hallaban en explotación las minas de plata de la provincia de Almería. Los objetos de marfil, las turquesas y amatistas encontradas allí proceden sin duda alguna del Oriente, y atestiguan viajes muy antiguos de los traficantes orientales a España. Los navegantes orientales, al encontrarse con plata maciza en la desembocadura de los ríos, buscan los yacimientos e inauguran la industria de la minería que ya conocían y que entonces aprenden de ellos los indígenas. Hacia el año 1200 antes de J. C. los tyrsenos (etruscos), que iban a la busca de metales, fundaron la ciudad de Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir, para explotar las minas de cobre de Río Tinto y las de plata de Sierra Morena. Tartessos fue el blanco, primeramente, de los fenicios, que establecieron en sus proximidades, allá en 1100 a. J. C., la factoría de Gadir (Cádiz), y después, de los griegos de Focea. Pero finalmente fueron también objeto de codicia y botín para los cartagineses, quienes el año 500 a. J. C. destruyeron la ciudad y se apoderaron de su vasto reino que abarcaba desde el Guadiana en la costa occidental hasta el cabo de la Nao en la costa oriental, comprendiendo toda Andalucía y Murcia.

Los sucesores de los cartagineses fueron los romanos. También a estos atrajo hacia España la codicia del oro y de la plata. Ello está probado por la enorme cantidad de oro y plata de España que en el triunfo fue presentada a los ojos ávidos del pueblo romano y que tan cuidadosamente se anotaba en los anales. Según ellos, Catón recogió como botín el año 195 a. J. C. 150.000 libras de plata y 1.400 libras de oro. En segundo lugar también atrajo a los romanos su natural deseo de dominio. Dominando Roma toda Italia con Sicilia y Cerdeña, quería por suyo también el Mediterráneo occidental, con sus costas del sur y del oeste, el norte de África y España. Al igual que hoy es artículo de fe para Inglaterra el dominio del mar, entonces Roma creía ser el primer pueblo del mundo, con un derecho para el dominio de todo él. Los pueblos que aún no le estaban sometidos eran considerados por ella como «rebeldes» cuando resistían a su poder, y Roma sabía de modo magistral crearse, en todos los países, aliados y esferas de influencia, hallándose siempre en posesión de algún pretexto que le permitiera intervenir si era preciso. Cuando Cicerón escribió aquella grotesca frase: «Nuestro pueblo logró el dominio del orbe defendiendo a sus aliados», esta era la opinión general. Roma siempre estaba en su derecho, nunca era agresor, sino siempre el desinteresado defensor de sus queridos aliados.

Pero mientras decía luchar por sus aliados, de hecho resultó ser su señor. Para vengar a su aliada Sagunto, destruida por Aníbal, conquistaron los Escipiones, particularmente el gran Escipión, vencedor de Aníbal, en la segunda guerra púnica y en muy pocos años –del 218 al 206–, primero el norte de la costa oriental y el valle del Ebro, después la parte sur de la costa levantina y Andalucía, o sea todo el imperio cartaginés en España. En el año 197 a. J. C. aparecen señaladas por vez primera las dos provincias españolas: la «citerior», a saber, toda la costa oriental hasta Cartagena, y la «ulterior», esto es: Murcia, Granada, Andalucía. Desde entonces se procuró conquistar asimismo la Meseta, cuyas tribus belicosas eran un peligro, pero que una vez sometidas proporcionarían buenos soldados. Además, los bordes de la meseta eran ricos en metales, el norte en hierro, el sur en plata y plomo. En todo el largo tiempo de su dominio en España los cartagineses no pudieron conquistar la Meseta, pero los valientes hijos de este territorio les habían servido como mercenarios en las campañas de

Aníbal y en muchas de sus batallas ellos decidieron el éxito.

Los celtíberos también sirvieron a Roma, y en el año 211 su traición ocasionó la derrota y muerte de los dos Escipiones. Estas luchas de los celtíberos en contra o en favor de Roma fueron más que nada negocio particular de algunos jefes de tribus, sin influencia de ninguna especie sobre la independencia territorial de la Meseta. En el año 197 se promovió en ambas provincias un peligroso levantamiento. Ambas habían aprendido a conocer las ventajas del dominio romano: sus vergonzosos robos y exacciones. También participaron en aquel movimiento los celtíberos y prestaron ayuda a los rebeldes turdetanos, habitantes de la provincia ulterior. Ello dio origen a que en el año 195 el cónsul Catón lanzase un primer ataque sobre la Meseta. No alcanzó mucho al parecer; asedió sin éxito a Segontia, hoy Sigüenza, en cuyas proximidades puede verse todavía su campamento, y después se retiró con siete cohortes hacia el Ebro. En esta marcha se paró en Numancia. Lo que se proponía Catón con esta ciudad escapa a nuestro conocimiento. Parece ser que los campamentos I y II, los más antiguos de los cinco campamentos romanos del monte «Gran Atalaya», cerca de Renieblas, fueron establecidos por él (mapa 3). Porque estos campamentos son más antiguos que el de Nobilior del año 153 –campamento III– y fuera de Catón no es probable que ningún general romano haya llegado a ese territorio antes del año 158. La extensión del campamento I –12 hectáreas– corresponde a las siete cohortes de Catón –2.500 hombres– como su campamento de Sigüenza, de 12,4 hectáreas. El campamento I posee la sólida construcción de un campamento de invierno, y es posible que Catón se haya detenido en la Atalaya algún tiempo. Leemos que Catón en Numancia ha censurado a la caballería romana, que, reclutada entre la perezosa juventud de la nobleza romana, servía de poco (p. 104). Aquella aparición de un ejército romano ante sus murallas debió causar una profunda impresión a los numantinos, ya que sabían cuál era la fuerza que tenía Roma. Pero pasó mucho tiempo hasta que un nuevo ejército romano volvió a presentarse ante ellos.

Una nueva colisión entre Roma y los celtíberos se produjo el año 193, cuando en la batalla de Toledo, además de los vetones (de los alrededores de Salamanca) y los vacceos (de las proximidades de Palencia), vecinos occidentales de los celtíberos, intervinieron estos

también. Parece ser que entonces se decidió Roma a someter la mitad meridional de la Meseta (Castilla la Nueva), por lo cual los celtíberos, al verse amenazados, trataron de ayudar a sus vecinos. También de los años siguientes se refieren luchas con los celtíberos, que se hallaban aliados con los lusitanos. En su propio territorio no fueron atacados los celtíberos, descontando la breve estancia de Catón, hasta el año 181. Empieza con esto la verdadera lucha de los celtíberos por la libertad, lucha que iba a durar hasta la destrucción de Numancia el año 133 y que aún no se había apagado del todo en tiempos de Sertorio. Una vez que Roma hubo rodeado la Celtiberia por el norte y por el sur –sometido el valle del Ebro y Castilla la Nueva–, el vencer a los celtíberos se presentaba como una necesidad, lo mismo política que militarmente, puesto que constituían como una cuña metida en el territorio que ya pertenecía a los romanos.

La primera tarea a realizar fue el sometimiento de la Celtiberia citerior y de los vacceos, la segunda el de la Celtiberia ulterior, en la cual no podían aventurarse mientras no hubiesen vencido a los vecinos y aliados de los celtíberos por el este y el oeste, dejándolos de ese modo aislados. El primer encuentro –año 181– tuvo lugar, como es natural, con las tribus próximas de la Celtiberia citerior. El pretor Flaco se trasladó de Castilla la Nueva al valle del Jiloca y allí sitió la ciudad de Contrebia, cerca de Daroca, a la que se había retirado el ejército de los lusones. Esta tribu, que tenía su asiento en la divisoria de las vertientes del Jalón y del Tajo, y cuyo nombre parece sobrevivir en los actuales Luzón y Luzaga del alto Tajuña, era cabeza de las tribus de la Celtiberia citerior y tenía por capital a Contrebia, que significa «reunión de pueblos». Al principio los sitiados resistieron y hasta exigían del general romano que les diese por cada uno de sus muertos una espada, un caballo y una capa y se marchase en seguida. Pero después perdieron el ánimo y abandonaron la ciudad. No nos encontramos aquí con aquella valentía propia de los celtíberos, y en estos episodios se comprende, como está ampliamente confirmado por los hechos posteriores, que las tribus de la parte citerior no eran tan valientes como los otros celtíberos.

En 180-179 continuó la conquista de la Celtiberia citerior, pero un gran ataque combinado contra la parte ulterior no tuvo realización

completa. Uno de los dos pretores, marchando Duero arriba, debía atacarles por el oeste, donde se hallaban los vacceos; el otro, Graco, padre de los tribunos, debía buscar contacto con el primero por el Jalón. El resultado de esta guerra fue que las tribus de la parte citerior quedaron sometidas, debiendo pagar un tributo y proporcionar tropas auxiliares al ejército romano. Como tribus vencidas se citan los belos y tittos, comarca del bajo Jalón; los lusones parece ser que fueron sometidos anteriormente. También los arevacos concertaron un tratado con Roma, pero no por eso quedó afectada su independencia. Entre las ciudades que entonces entraron en tratos con Roma estaba Numancia. Por desgracia no sabemos más detalles sobre su tratado, pero podemos suponer que le era favorable. Pues cuando los numantinos el año 137 liberaron a Mancino, que se hallaba cercado con sus 20.000 hombres, obtuvieron del joven Graco la garantía de paz prometida, que consideraron segura puesto que del padre de este habían alcanzado algunos beneficios. Con tal moderación consiguió Graco que la paz durase 25 años, desde el 179 hasta el 154. Un pueblo orgulloso como el íbero se dejaba ganar por el buen trato mejor que por la fuerza. A su indulgencia debieron gran parte de su éxito también Asdrúbal, Escipión Africano y Sertorio. Como producto material la guerra había proporcionado 40.000 libras de plata, la mayor parte procedente de las tribus de la Celtiberia citerior. Graco sometió unas 300 ciudades, pero hay que tener en cuenta que en el número de ciudades se incluyen los pequeños poblados de los clanes, los cuales conocemos por las excavaciones realizadas en las comarcas de Teruel y de Numancia. A causa de los indulgentes tratados de Graco, su recuerdo se perpetuó en el nombre de una ciudad del alto Ebro, la cual se había llamado Ilurcis y ahora se llamó Glaccurris. Era la primera vez que una ciudad tomaba el nombre de un general romano.

V

LA SEGUNDA GUERRA CELTIBÉRICA

(153-151 a. J. C.)

Las fuentes

Muy escasa información hemos tenido para reconstruir hasta este momento la historia de Numancia. En realidad, las fuentes exactas aparecen con la iniciación de las grandes guerras de Celtiberia y Lusitania en el año 154 a. J. C. Estas guerras han sido descritas detalladamente por el griego Polibio, íntimo amigo de Escipión, conquistador de Numancia. Polibio estaba familiarizado con los asuntos militares y políticos y poseía las mejores fuentes en los informes que los generales enviaban al Senado y en las comunicaciones personales de Escipión y sus parientes que tuvieron mando en España. El propio Polibio participó en el último acto del sangriento drama: el cerco y destrucción de Numancia, como compañero y consejero de Escipión. Así, él contaba con todas las condiciones necesarias para hacer una exposición digna de crédito: buenas fuentes, clara intuición del teatro de la guerra, experiencia militar. Además, Polibio dijo la verdad, mientras que los informes romanos disculpaban la perfidia de Roma, aminoraban sus pérdidas y exageraban las del enemigo. Mientras que la cifra de las pérdidas propias en las relaciones oficiales es tan mentirosa como en el caso de Napoleón I, se puede confiar en los datos de Polibio. Lástima que el relato de tan destacado historiador no se conserve en su original, excepto unos pocos fragmentos, sino solamente en una abreviada adaptación: la de Apiano, del siglo ii de J. C., basada en Posidonio, gran naturalista e historiador, quien por su parte había copiado a Polibio. Solo, pues, a través de esta doble refracción poseemos el relato de Polibio. Pero aun así el relato de Apiano figura entre las más sugestivas y exactas relaciones que poseemos de una guerra de la Antigüedad, lo que ocurre también con la descripción que él mismo da de la última lucha entre Roma y Cartago (149-146 a. J. C.), tomada igualmente de Polibio-Posidonio. La descripción topográfica de Numancia hecha por Apiano, que yo estudié durante el invierno de 1901-1902, es el punto de partida de mis estudios sobre Numancia. Es de lamentar la pérdida de la «Vida de Escipión» de Plutarco, pues también este bebió en Polibio y escribió de una

manera muy detallada. Escipión era un carácter a lo Plutarco, uno de aquellos hombres llenos de problemas que Plutarco amaba. Además de Polibio, otros testigos oculares han descrito los hechos de Escipión en España, tales el poeta Lucilio, que tituló a Escipión «el Grande», y Rutilio Rufo, cuyas memorias aprovechó Posidonio para la guerra hispánica. Es lamentable que no nos queden de estos escritos sino breves fragmentos.

Pero la guerra de independencia de los numantinos es conocida no solo a través de buenas fuentes históricas, sino también gracias a monumentos bien conservados, por lo cual podemos relatarla con gran precisión y certeza. En la colina junto al Duero se han encontrado los restos de la Numancia destruida por Escipión el año 133 a. J. C., y en torno de ella los siete campamentos con que la cercó, a la vez que en una montaña situada a 6 km al este de Numancia todavía hoy podemos ver el campamento grande y muy bien conservado desde el cual el cónsul Nobilior había iniciado la guerra 20 años antes. ¡Con qué interés, tan distinto del que sentimos por otros monumentos arqueológicos sin historia, contemplamos estos restos bien conocidos históricamente y famosos por los grandes nombres que van unidos a ellos!

La ruptura de hostilidades

Polibio ha comparado la guerra celtibérica con el incendio de un bosque, que, apenas sofocado, estalla de nuevo, y por eso habla de una duración de 20 años de guerra (153-133), aunque hubo una tregua desde el año 151 hasta el 143. La comparación con los incendios de bosques es muy acertada, pues, en efecto, habiéndose ya en el año 151 vislumbrado la terminación de la guerra a consecuencia de una paz aparente, la guerra permanecía latente, ya que el motivo de la contienda, la voluntad de aniquilación por parte de Roma, seguía en pie; y en el año 143, por causa de un impulso exterior, por los éxitos de los lusitanos y de su caudillo Viriato, el incendio se aviva de nuevo para arder ya durante diez años sin interrupción en la meseta española.

Segida

Si desde el año 179 a. J. C. reinó la paz en Celtiberia durante 25 años, esto no se debe a la indulgencia de los gobernadores ni a la justicia del gobierno de Roma, sino solamente a la paciencia o pasividad de los oprimidos. Sabemos por los anales romanos que ya entre el 178 y el 173 se formulaban constantes quejas contra las exacciones, y que en el año 171 se constituyó con tal motivo un tribunal, que absolvió a los culpables. Pero al fin la medida se colmó y después de haber estallado algunos pequeños levantamientos, las tribus de la parte citerior se prepararon para la guerra en el año 154. El impulso vino de Segida, la capital de la tribu de los belos que habitaba el bajo valle del Jalón. El nombre de Segida es celta, como el de tantos otros lugares celtibéricos. Yo creo que Segida se debe indentificar con la ciudad ibérica muy fortificada por grande muralla que encontré cerca de Belmonte, junto al Perejil, a 12 km al sudeste de Calatayud. Porque de aquí procede una extraordinaria cantidad de monedas ibéricas con la inscripción Segisa, que es lo mismo que Segida, pues en céltico el sonido que corresponde al de th inglesa se escribe indistintamente lo mismo d que s. Otras tres veces se encuentra este nombre Segida o Segisa en el sur de la Península.

Segida, al igual que las restantes ciudades de la Celtiberia citerior, había concertado la paz con Roma el año 179, y cumplido, hasta entonces, sus condiciones. La fuerza determinante del rompimiento fue sin duda aquel Caros de Segida que inmediatamente apareció como su jefe. Los grandes movimientos casi siempre están originados por un caudillo que arrastra tras de sí a la masa. Los indolentes íberos necesitaban ante todo un caudillo. Se comenzó por rodear a la ciudad de una nueva muralla cuyo gran circuito tenía 8 km, unas dos horas, y se convenció u obligó a las restantes aldeas, entre ellas las de los vecinos tittos, a abandonar sus poblados y trasladarse a Segida. De este modo se convirtió esta ciudad en una gran fortaleza, como había sido Contrebia y como lo fue Numancia.

Encontramos fortalezas tribales, en las que en el momento del peligro se refugia toda la tribu, en las Galias con más frecuencia que en España, y aquí más bien en suelo céltico. Tal concentración viene a contradecir al particularismo ibérico, que se desperdigaba en mil pequeños y diminutos poblados, cada uno de los cuales luchaba con su propia fuerza hasta perecer. Cosa distinta acontece en la Galia, que políticamente se nos presenta en un grado superior, y donde hay muchos ejemplos de fortalezas tribales, como Gergovia y Alesia. La concentración de todas las fuerzas de una tribu en una ciudad, que así resultaba muy fuerte, no era impolítica, pero el peligro estaba en que Roma la conquistase, y de este modo acabara con toda la tribu de un solo golpe, mientras que una resistencia distribuida en muchos centros pequeños era difícil de vencer (página 100).

Naturalmente, muy pronto tuvo el gobernador romano noticia de tales preparativos y tomó sus medidas. Exigió que se interrumpiera la construcción de la muralla, pues estaba prohibido por el tratado concertado con Graco. Además pidió el alistamiento de los contingentes de tropas que el tratado estipulaba para la guerra contra los lusitanos, y el pago del tributo, de lo que se deduce que Segida había faltado también a estos deberes. La respuesta fue que se hallaban libres por decreto posterior de prestar un contingente y pagar el tributo, y en cuanto a la muralla, se dijo que su construcción estaba permitida, pues el tratado solo prohibía la construcción de nuevas murallas, pero no la ampliación de las antiguas. El Senado no aceptó ni una ni otra excusa, pues el tributo y los contingentes solo circunstancialmente eran dispensados, y en cualquier momento podían ser de nuevo impuestos, y con respecto a la erección de la muralla, esto era evidentemente una preparación para la guerra. Como Segida no replicó, estalló la guerra, que debió empezar el año siguiente, 153 a. J. C.

La guerra celtibérica era muy inoportuna para Roma, pues los valientes lusitanos estaban sublevados y ya habían ocasionado a los gobernadores de la provincia ulterior terribles derrotas. Con sus trofeos de armas e insignias romanas los lusitanos se presentaron ante los celtíberos, mofándose de su paciencia soportando la tiranía de Roma. Esto parece haber sido decisivo y tal vez los celtíberos, un tanto pasivos, fueron llevados a la lucha por los lusitanos, del

mismo modo que en el año 143 supo inflamarlos Viriato para nuevos combates. Una estrategia conjunta de ambos pueblos según un plan y con un mismo jefe no parece que se intentara en el año 153; pero en cambio diez años más tarde tendió a ello Viriato.

Preparativos romanos

Como en Roma se preveía que la guerra iba a ser dura, se levantó, en lugar del corriente ejército pretoriano de 10 a 15.000 hombres, un fuerte ejército consular de 30.000. Recibió el mando de él uno de los dos cónsules elegidos para el año 153, Quinto Fulvio Nobilior, descendiente de una vieja y orgullosa familia. Este personaje era por completo inadecuado para tal cometido, pero ambos cónsules habían sido ya elegidos antes de estallar la guerra y por tanto sin consideración a su aptitud para el mando y, como de costumbre, de entre la pandilla dominante. El Senado al parecer confió a Nobilior la guerra hispánica porque su padre había luchado en la Península el año 193 contra los oretanos, vetones y vacceos, lo que ciertamente no era una garantía suficiente para las condiciones del hijo. En realidad, Nobilior era muy distinto de su padre, el vencedor de los etolios, cantado por Ennio. Nobilior dirigió muy mal la guerra, y sus sucesores no lo hicieron mejor, pero el Senado sólo en la extrema necesidad se decidió a elegir, apartándose de las consideraciones políticas, a un jefe capaz (pág. 67 y sigs.). Según la práctica usual hasta entonces, Nobilior debía ocupar su cargo el 15 de marzo de 153, al comienzo del año oficial. Pero en tal caso, por tener que ocuparse antes de su partida de la movilización y de otros asuntos consulares, no llegaría a España hasta el verano y sólo hubiera podido realizar una corta campaña. Si el cónsul tomaba posesión el 15 de marzo y partía a primeros de abril no podía estar en la Meseta antes del 1 de junio (v. pág. 91) y solo tendría 3 meses para hacer la guerra, puesto que en la Meseta con los primeros días de septiembre comienza la mala estación. Por esa razón se tomó el acuerdo de trasladar el comienzo del año al 1 de enero –¡nuestro Año Nuevo ha sido originado así por la guerra celtibérica!–. Esta fue una de las muchas alteraciones a que obligó la guerra hispánica (v. pág. 65).

La campaña de Nobilior (153 a. J. C.) (Mapas 2, 3)

Así pues, el cónsul Nobilior debió llegar ya antes de abril a Tarragona. Con ello había ganado dos meses y podía hacer la guerra durante cinco si fuese necesario. Su primer objetivo era la sumisión de la rebelde Segida. El mejor camino para llegar allí llevaba hasta Zaragoza por el Ebro, después Jalón arriba, y no ofrecía gran dificultad, mientras que el otro, el que corre primero a lo largo de la costa levantina hasta Sagunto y luego, por las alturas de Teruel, conduce al valle del Jiloca, era dificultoso en aquella estación a causa de la nieve. Por otra parte, este camino requería 20 jornadas y el otro solo 14. Nobilior pasaría el mes de abril en Tarragona ocupado en los preparativos de la campaña; el mes de mayo lo empleó en su marcha hacia Segida. A principios de junio pudo aparecer ante Segida con su imponente ejército de casi 30.000 hombres. Este ejército de Nobilior se componía de dos legiones de 5.000 hombres, o sea de 10.000 ciudadanos romanos, además de 10.000 aliados itálicos, 2.400 jinetes, en parte romanos, en parte itálicos, y finalmente de unos 7.000 auxiliares ibéricos de la provincia, tropa en que podía confiarse poco. A fuerza tal, no podían oponerse en campo abierto los belos y tittos, que solo disponían de unos 8.000, hombres y no había que pensar en una defensa tras los muros de Segida, ya que la nueva muralla no se había terminado. En estas condiciones renunciaron a la defensa y se marcharon con mujeres e hijos, atravesando las alturas de Almazán, hacia las tribus del Duero, de las cuales eran aliados y parientes. Numancia recibió con solicitud a los fugitivos y echó sobre sí el peso de la guerra.

Ocilis

Después de la huida de sus habitantes debió destruir por completo Nobilior las murallas de Segida. Más tarde siguió Jalón arriba y organizó un depósito en Ocilis. Ocilis, nombre que parece sobrevivir en el de Medina-celi, corresponde a la ciudad ibérica de «Villavieja», cerca de Medinaceli, y ésta al campamento y depósito romanos. Medinaceli se halla situada al este de Sigüenza, sobre alta meseta, y es un lugar fuerte, apropiado para el depósito, que era necesario por la pobreza de la región y la hostilidad de sus habitantes (v. pág. 94). Solo tenía este depósito el inconveniente de hallarse en terreno enemigo, y en efecto se perdió tras las primeras derrotas de Nobilior. De Medinaceli al campamento de Nobilior en Renieblas hay unos 80 km, que representan cuatro días de marcha. Probablemente Nobilior hizo practicable el camino dotándolo además de puestos de etapa, estaciones de señales con comunicación óptica: el humo durante el día y el fuego por la noche.

Con la destrucción de Segida y otras fortalezas del valle del Jalón y la organización de los depósitos, parece ser que transcurrieron junio y julio, pues fue en agosto cuando se continuó la marcha. Después de haber tomado Segida, el objetivo de las operaciones de Nobilior era el ejército enemigo, y por haberse concentrado en ella todas las reservas celtibéricas, fue Numancia su objetivo más próximo. Antes de la apertura de las hostilidades enviaron los numantinos algunos emisarios a Nobilior para que intercediesen por los fugitivos de Segida. Pero Nobilior exigió la entrega de las armas, cosa que fue rehusada. Como el enemigo solo contaba con 25.000 hombres a lo sumo, ligeramente armados y su cuidado era evitar una batalla, no era verosímil que fuesen a colocarse ante los 30.000 hombres de Nobilior. Por el contrario, debían contarse desde un principio con la sorpresa de alguna emboscada, tal como correspondía a la manera particular de lucha de los íberos y como había ocurrido muchas veces en aquellos territorios en las guerras anteriores (v. pág. 92).

Esto es lo que habría debido saber Nobilior por los informes sobre estas campañas enviados al Senado. El camino hacia Numancia lo hizo por la meseta de Almazán, divisoria de las vertientes del Jalón y el Duero.

Almazán

Después de dos días de marcha, Nobilior llegó a Almazán, sobre el Duero (935 m). Próxima a esta vieja ciudad se pueden ver todavía hoy los restos de la muralla de un campamento romano. Señala un punto importante en la ruta Ocilis-Numancia, pues se halla a mitad de camino, distando lo mismo de Ocilis que de Numancia, 35 km, que suponen dos jornadas. Es posible que haya habido entre Medinaceli y Almazán y entre Almazán y Numancia un campamento de enlace, pues de ese modo las etapas se hallarían a una jornada de camino. El campamento de Almazán está situado a 3 km al nordeste de esta ciudad, sobre la escarpada orilla del Duero. Desde él se puede abarcar con la mirada, por la parte norte, hacia Numancia, un trecho de 20 km que es una jornada completa; por el sur, hacia Medinaceli, alcanza la mirada hasta la divisoria de la vertiente del Jalón y el Duero, donde tal vez, cerca de Adradas se hallaba establecido un campamento de enlace; en tal caso también en esta dirección se divisaba todo el trayecto de un día de marcha.

En el año 1912, en ocasión de mi primera visita, todavía se podían reconocer bien las murallas, rectamente delineadas, del campamento de Almazán, con varias puertas defendidas por muros colocados delante (tutulus); pero en mi segunda visita, el año 1923, encontré destruida una buena parte por el progreso de la agricultura. El campamento no tiene ninguna construcción interior, por lo que no es un campamento invernal, sino solo de verano, en el que se vivía bajo tiendas. Como el campamento de invierno de Nobilior en Renieblas abarca una extensión de 45 hectáreas, el de Almazán, con sus 40 hectáreas, tenía suficiente para su ejército de aquel, pues las tiendas no necesitan tanto espacio como las construcciones de piedra. La presencia de una construcción adyacente en la parte norte también confirma que se trata de un campamento de Nobilior, ya que en el levantado por este en Renieblas se encuentra una construcción parecida para las tropas ibéricas auxiliares.

Se puede admitir, pues, que el campamento de Nobilior en Almazán fue construido en su marcha contra Numancia a fines de agosto del 153. Entre el campamento y esta ciudad había una distancia de solo dos jornadas. El camino seguía Duero arriba, y el próximo campamento fue establecido por los romanos cerca de Ribarroya, a 20 km, una jornada, en el punto en que el Duero tuerce hacia el sudoeste. De allí solo quedaba una jornada hasta Numancia. Ningún enemigo se había dejado ver hasta el momento y Nobilior debió creer que los arevacos no se aventurarían a oponérsele, puesto que ya los belos y tittos habían huido ante él. Prosiguiendo su marcha se desvió del valle del Duero, que en ese punto se estrecha, y entró en un pequeño afluente, el río Baldano, a lo largo del cual corría el camino más corto hacia Numancia.

La batalla del 23 de agosto de 153 a. J. C

Este camino era un valle enteramente seco en el verano, que formaba un desfiladero de 4 km de largo, en el cual la columna en marcha quedaba cercada a ambos lados por un monte tupido de boscaje. Descuidado, sin servicio de descubierta, hacía Nobilior su camino. Entonces sucedió algo terrible. En el desfiladero se hallaba Caros con 20.000 hombres de a pie y 5.000 de a caballo, todas las fuerzas reunidas de los celtíberos aliados. Era la emboscada. En aquellos montes entre los cuales marchaba desprevenido, lenta y pesadamente el ejército romano, la Muerte estaba en acecho. Apenas la cola de aquella columna había entrado en el desfiladero, cuando de los matorrales de ambos flancos silbaron dardos y proyectiles de piedra sobre la compacta formación. ¡Cuál no sería la confusión la sorpresa! Y este adversario, que atinaba en el blanco de una manera tan certera con lanzas y proyectiles, no podía ser cogido, pues ágil y armado de armas ligeras, rehuía los ataques de los legionarios escondiéndose en el bosque, adonde estos no podían seguirle. Tal acción hubieron de aguantarla los romanos bajo el calor sofocante, habitual para los íberos, del 23 de agosto, día de la fiesta que se celebra en Roma en honor de Vulcano, dios del fuego. El pánico debió de ser formidable. Cuanto más se apretaban los romanos acorralándose por miedo, mejor blanco ofrecían a los proyectiles enemigos, y más fácilmente los íberos, en la turbación de los vencidos, hacían una carnicería con la espada y el puñal.

Aquel día cayeron unos 6.000 sólo entre los legionarios –algo así como la mitad de las dos legiones–, debiendo alcanzar a 10.000 hombres las pérdidas en total. Suponía ello casi la mitad del ejército. Porque naturalmente Nobilior había dejado en el depósito de Ocilis un fuerte destacamento y el camino debió quedar defendido por grupos de enlace, por lo cual le quedaban solo unos 25.000 hombres. El día consagrado a Vulcano se estimó desde entonces como nefasto (dies ater), tal como lo era el día de Allia, de Cannas y de la batalla de Arausio, y ningún general se aventuró

desde entonces a librar combate el 23 de agosto. Tan solo cuando por fin los romanos, a costa de terribles pérdidas, lograron salir del desfiladero a campo libre, se produjo un cambio en la situación, pues ya las tropas podían desplegarse y la caballería entrar en acción. Ahora les tocaba a los íberos, que avanzaron imprevisores, lamentar pérdidas cuantiosas, y sobre todo la desdicha de perder a su jefe Caros. La pérdida de su caudillo, que parece fue hombre destacado, causó mella entre los bárbaros, gente sin disciplina que no se confiaban fácilmente, ni mucho menos, a un nuevo jefe. Esta pérdida y la llegada de la noche explican que no obstante ser vencedores los íberos, estos se apartasen de los romanos y volviesen a la cercana Numancia. De este modo pudo Nobilior establecer su campamento en el campo de batalla. Triste fue la noche siguiente para ambos frentes; los romanos habían perdido casi la mitad de sus efectivos; los íberos, 6.000 guerreros y su jefe. Dos días después de la batalla prosiguió Nobilior su marcha. Un día emplearía en enterrar a los muertos, atender a los heridos y poner en completo orden el ejército maltrecho; después se marchó de allí para ir a acampar en una montaña de las proximidades de Numancia.

El campamento de Nobilior (Mapa 3, plano 2)

Unos 6 km al este de Numancia, no lejos de la aldea de Renieblas, se yergue una montaña. Su nombre es «la gran Atalaya» por una vieja torre que se levanta en su cima (1.152 m). Desde hace 2.000 años dormitan en aquel monte los restos bien conservados todavía de cinco campamentos romanos de distintas épocas de la guerra celtibérica (Mapa 3). Los dos más antiguos (I-II) parecen erigidos por Catón, cuyo paso ante Numancia hemos reseñado más arriba (página 110). El campamento III es obra de Nobilior. Los dos más recientes, IV y V, proceden de la guerra de Pompeyo contra Sertorio y son del año 75 y 74 a. J. C.

El campamento de Nobilior es el mejor conservado de los cinco, ya que por hallarse emplazado en un cerro estéril no ha sido afectado por los trabajos agrícolas que han destruido grandes trozos del campamento V. Es asombroso cómo han podido conservarse en pie los muros de este campamento, pues se ha podido levantar el plano de muchas de sus partes sin previas excavaciones. Al descombrar las piedras caídas de los muros se van señalando las líneas de los cuarteles, y otras construcciones del campamento. Nunca olvidaré cómo lo descubrí en el otoño del año 1908. Ni idea de que existiese tenía nadie en la comarca; los cazadores de la vecina Soria habían pasado entre las ruinas a centenares y construido muchas veces sus puestos de acecho de la perdiz entre los muros romanos sin sospechar nada. El primer investigador español que estudió científicamente Numancia, Eduardo Saavedra, supuso que aquellas ruinas eran parideras para ganado. Ciertamente, los muros romanos han sido usados de vez en cuando como tales, pero muy bien se dejan ver en todas partes los cimientos romanos bajo las modernas construcciones añadidas.

Como los íberos le dejaron tranquilo, tuvo tiempo Nobilior de construir un campamento sólido. Ello le era necesario contra un enemigo cuya temible fuerza hacía poco había experimentado.

Aparte de que en aquellas comarcas, en el mismo septiembre sucede el frío al ardor del verano y no es posible acampar bajo tiendas. El campamento de Nobilior fue construido con gran circunspección y cuidado, y nadie supondría que sus constructores hubiesen sido soldados de un ejército tan mal parado: tan fuerte era la disciplina de los romanos. Los campamentos de que rodeó Escipión a Numancia están mucho peor construidos, porque solo dispuso de malas tropas. También merece elogio la elección del lugar, pues se halla en la bifurcación de dos caminos que se dirigen al Ebro, base de operaciones de los romanos: el uno a Calahorra, el otro a Balsio. Además, el campamento se hallaba a suficiente distancia de Numancia para prevenirse contra un asalto por sorpresa, y sin embargo bastante cerca. De lo alto de la Atalaya se divisaba toda la región hasta Numancia, que se ve perfectamente; podía por lo tanto advertirse a tiempo un ataque enemigo. Lo alto de la montaña ofrecía seguridad y podía tomarse el agua lo mismo del Merdancho que del Moñigón a 400 y 1.000 metros de allí. Los bosques cercanos les procuraban la leña necesaria; solamente forraje era lo que en aquellos montes debía faltar. El lugar era ya conocido de los romanos, como se deduce por los campamentos anteriores que parecen proceder de Catón. Es muy hábil también la manera de aprovechar el monte para la erección del campamento. Nobilior situó, para mejor seguridad, su campamento en lo alto, de manera que casi en todo su contorno la muralla tenía por delante pendientes más o menos escarpadas. Pero no obstante lo accidentado del suelo, se mantuvo en lo posible el esquema del campamento con sus largas líneas rectas: compromiso entre la naturaleza y el plano que causa admiración. La muralla del campamento de Nobilior rodea en forma oval como un anillo la cima del monte, hallándose el pretorio en el mismo centro. Es digna de notar la orientación del pretorio, diferenciándose de las demás construcciones del campamento, pues sólo el frente de aquel mira a Numancia: así tenía el general continuamente ante sus ojos al enemigo temible.

Las grandes ideas de la táctica y la estrategia no han sido pensadas en Roma sino en Grecia, pero Roma conquistó el mundo con la disciplina y la tenacidad. El símbolo de la disciplina romana es el campamento romano. Al parecer, los romanos lo tomaron de los etruscos, así como estos de los asirios, cuyos campamentos de

guerra son asombrosamente parecidos a los romanos. En el campamento ordinario, que se levanta cada día, se crea una base de ataque y un refugio en caso de derrota, por lo que podría denominarse una fortaleza ambulante. El campamento romano ha sido admirado por los extranjeros, por ejemplo Pirro y Polibio, e imitado por los francos, y finalmente incluso por Luis de Nassau (1574), quien inspirado en los escritos militares de la Antigüedad creó una nueva manera de hacer la guerra. Había diversas clases de campamentos: el campamento de marcha para descanso de un día (castra), el campamento para estar durante unos cuantos días (castra stativa) y el que se establecía para un tiempo de más larga duración, con sólidas construcciones y fuertes defensas, como campamento de invierno (castra hiberna).

Dentro de los vastos dominios del antiguo orbe romano son muchos los campamentos que se conservan: en el Rin y el Danubio, en Escocia, en las lindes del Sahara y en el desierto arábigo, pero todos ellos pertenecen a la época del Imperio. Solo en España se conservan campamentos de la gran época de la República romana; abarcan del 217 a. J. C. hasta los tiempos de Augusto, ilustrando 200 años de lucha entre Roma y los íberos. El más antiguo es el de los dos Escipiones del año 217 a. J. C. situado junto a Almenara, a 9 km de Sagunto, y mencionado por Polibio. Le siguen cuatro campamentos de la campaña celtibérica de Catón en el año 195 a. J. C.: campamento I y II de Renieblas y los de Aguilar y Alpanseque cerca de Sigüenza, después los de Nobilior (153) en Almazán y Renieblas, y uno de Bruto Callaico (138), la «Cava de Viriato», en Viseo (Portugal), perteneciente a la guerra contra los galaicos, y posteriormente tres de las guerras de Sertorio, a saber, el de Metelo, cerca de Cáceres, en Extremadura (79 a. J. C.), y los IV y V de Renieblas, de las luchas de Pompeyo contra Sertorio (75-74 a. J. C.).

Los romanos construían sus campamentos a base de estacas y tierra, consolidando los vallados hechos con esta por medio de empalizadas. También los campamentos de invierno se construían de este modo en parajes ricos en madera, y así tenemos que los campamentos de invierno en el río Lippe en Alemania, cuando las campañas de Druso y Germanico, se construyeron enteramente de tierra y madera, sin piedra alguna. Por el contrario, el campamento

de Nobilior es de piedra todo él, porque en esta comarca la madera escaseaba y la piedra calcárea la tenían a mano en cómodos estratos. Solamente para el tejado tuvieron que emplear palos y ramas. Causan asombro los gigantescos bloques empleados de hasta 2 metros de largo y 1 metro de alto: una verdadera construcción ciclópea. Las murallas de tres metros de ancho están abundantemente guarnecidas de torres, en las cuales se colocaba la artillería: catapultas para flechas y bolas de piedra pequeñas, balistas para balas pesadas. Las puertas estaban defendidas por medio de torres de flanqueo. Tres de ellas se han conservado: la puerta oriental, porta decumana, como se llamó por los décimos manípulos que están junto a ella, y dos puertas en la parte norte, que corresponden, la occidental a la Via principalis, la oriental a la Via quintana, que recibe su nombre por los quintos manípulos. La puerta pretoria, hacia el oeste, en dirección al enemigo, no ha sido encontrada. Si hubo otras dos puertas en la parte sur, en tal caso el campamento ha contado con seis puertas. La Via principalis es una faja de 100 pies de ancho todavía bien perceptible. Por ella paseaban los soldados en las horas libres de servicio, en ella se formaba el ejército cuando el jefe desde el Tribunal les dirigía la palabra, allí también se aplicaban los castigos y ejecuciones por faltas militares. Tres pequeñas construcciones en esta calle deben de haber sido las letrinas, que no podían faltar. También las otras calles se conocen como espacios libres entre los cuarteles, y aún hoy nos podemos pasear por ellas. Las construcciones más notables del campamento (pretorio, casas para el séquito y cuarteles de los caballeros romanos) se asientan en lo alto de la montaña; los cuarteles de las dos legiones en las pendientes norte y sur; y en la parte más baja, junto a gargantas y torrenteras, los aliados itálicos. A estos aliados itálicos, no obstante proceder de la misma raza, los romanos imponían los servicios más penosos de la guerra y les daban el trato más despiadado, así que los trataban en el campo lo mismo que en la política interior. Esto tuvo como consecuencia su rebelión del año 129 y la guerra entre los itálicos y Roma el año 90, tras lo cual esta se vio obligada a conceder a sus aliados itálicos la ciudadanía romana tanto tiempo denegada. Las tropas ibéricas auxiliares eran alojadas en un campamento apartado construido al este del campamento principal, pues no se tenía confianza en ellas. Los cuarteles estaban calculados para un ejército completo de dos legiones con los correspondientes itálicos, si bien Nobilior ya no

contaba más que con 15.000 hombres (sin incluir las fuerzas que guarnecían sus líneas de comunicación). Pero debió contar con refuerzos, y es principio romano que se construya el campamento siempre, si es posible, según el mismo plano, a fin de que cada jefe sepa cómo tiene que montarlo y cada tropa dónde debe buscar su sitio.

Constituye una circunstancia en extremo feliz el que se haya conservado este campamento tan antiguo, e históricamente tan importante. Otra circunstancia afortunada es la de que dispongamos de la descripción que hace Polibio precisamente de un campamento de aquella época. Por eso podemos explicar y completar el campamento de Nobilior por medio de Polibio, y a este por medio del campamento de Nobilior.

En esas cuatro hileras de 10 cuarteles en forma de herradura se hallaban establecidas las cuatro partes de la legión romana: arriba, en la parte llana y en el mejor sitio, los caballeros romanos; debajo de ellos los triarii, la clase más vieja; luego los principes, los de edad mediana, y los hastati, los jóvenes reclutas, en tanto que los más jóvenes, los velites, se hallaban distribuidos en todos los cuarteles (pág. 101). Cada cuartel de infantería albergaba un manípulo de 120 hombres, habiendo en cada lado de la herradura 10 piezas (contubernia), cada una con cabida para 6 hombres (fig. 7). En las piezas que unían estas dos alas estaban los animales de tiro, unos 20, pues había un animal para cada contubernium. Los cuarteles están separados entre sí por pasadizos de 1 a 2 metros de ancho. En el borde septentrional y del nordeste se encuentran los cuarteles grandes de los itálicos, enormes herraduras de 80 metros de largo por 56 metros de ancho, cada una capaz para 500 hombres, y entre ellas las cómodas casas para sus seis prefectos, que eran romanos. Al este del campamento, en la aislada edificación hecha para las tropas ibéricas, se pueden distinguir todavía los cuarteles para 7 cohortes de infantería y 7 turmas de caballería. Estos tienen la forma de herradura usual entonces, mientras que aquellos poseen la forma corriente más tarde, de un cuartel rectangular formado por dos alas separadas por un intervalo. La plaza rodeada de tiendas que hay en medio del campamento es el foro, donde los comerciantes vendían sus mercancías. Los grandes almacenes de la parte oriental pertenecen al quaestorium para la

intendencia, donde se hallaban las provisiones y el tren del ejército.

El pretorio, en el cual tantas horas penosas debió pasar Nobilior, era un gran edificio de 200 × 200 pies con patio abierto y las habitaciones en derredor. Es el plano de la casa griega con peristilo que procede del Oriente y que en el siglo ii a. J. C. se empieza a construir en Italia, donde se encuentra en Pompeya al lado del atrium, la casa techada del Norte. Lástima que no se haya conservado del pretorio más que el ángulo del sudeste, destruido el resto por el campamento V. En este ángulo se hallaba el punto medio del campamento pues está situado a una distancia de 1.200 pies de cada uno de los cuatro lados. Al este del pretorio se hallan, semejantes a él, las grandes edificaciones donde se alojaba el séquito del cónsul, los amigos (amici). Encontramos aquí el lujo de los triclinios, los lechos para tenderse a la mesa. Vemos gran número de ellos en el campamento V y algunos incluso en el del severo Escipión. En cambio, en la época del Imperio no fueron tolerados. Los 8 campamentos de la circunvalación de Masada (fig. 10) en los cuales cada contubernium tiene un triclinio, son una excepción. En la via principalis se hallan, frente a la legión, las 6 casas para los 6 tribuni militum de la misma. Peor se conservan las construcciones –destruidas por los trabajos del campo– de la segunda legión en la ladera sur de la montaña, pero también se puede distinguir su esquema.

Todo ello aparece todavía a flor de tierra, y la grande y silenciosa soledad de la selvática montaña donde en otro tiempo chocaron las armas y sonaron las tubas le ofrece un ambiente apropiado. Aparte de la ruina de los edificios, poco ha variado en los 2.000 años transcurridos. El humus apenas se ha acumulado y la vegetación tan solo se hace presente en unas yerbas raquíticas.

De entre las ruinas de los cinco campamentos de Renieblas han sido extraídos muchos restos de armas y otros útiles de guerra (v. figs. 2-8), entre ellos 20 ejemplares del pilum, la famosa arma de tiro de la legión, diferentes de su forma posterior, pero de acuerdo con la descripción minuciosa que Polibio le dedica. También están representadas las otras dos armas: la espada y el puñal de los legionarios y sus armas defensivas, cota de malla y chapa para la defensa del corazón (v. pág. 103); la lanza de los triarios; la jabalina

de larga punta de los vélites, armados ligeramente; la larga espada de filo de los caballeros. No faltan las flechas, las bolas para honda (glans) y las flechas largas de catapulta. De arreos de la caballería hay bridones y discos adornados (phalerae) pero ni una sola herradura, pues entonces todavía no se usaban.

Se encontró gran cantidad de cerámica: ánforas para el trigo, el aceite y el vino, negras y brillantes vasijas griegas en las casas de los oficiales y caballeros, cerámica ordinaria y objetos de uso corriente entre soldados, como lámparas, piedras de afilar, molinos de mano, piedras para juegos. De monedas se encontraron además de un tesoro de 120 piezas de plata, de las cuales trato más adelante, otras 70 piezas; pero todavía debe de haber muchas más monedas en aquellas ruinas, pues no ha sido excavado todo. Las monedas romanas son ases y fracciones de as; las monedas con inscripciones ibéricas proceden de la costa oriental y del valle del Ebro. En el foro ha sido encontrado un cántaro para vino de la isla de Rodas, una buena marca para los señores oficiales.

No faltan raspadores de bronce, de los cuales estos se servían después del baño, ni otros utensilios de tocador como pinzas y cucharillas. El número insignificante de objetos enteros encontrados, especialmente armas completas, se explica porque al marcharse las tropas de Nobilior solo se dejaron las cosas inútiles o extraviadas, mientras que en los campamentos fronterizos del Limes, en Alemania, que fueron tomados al asalto e incendiados, encontramos muchos de los efectos de la guarnición. Además, los campamentos de Numancia solo fueron habitados durante unos meses, mientras que los del Limes lo fueron más de 100 años.

Los elefantes

Cuando Nobilior acampaba en la montaña de Renieblas recibió refuerzos de un país lejano, del norte de África: 300 caballeros y 10 elefantes que enviaba Masinisa, el viejo rey de los bereberes, amigo de los romanos y de Escipión. Los africanos llegaban muy a punto, pues la caballería romana valía poco; en cambio la caballería númida, lo mismo jinetes que cabalgaduras, era excelente, como la de sus hermanos de raza, los íberos. De los elefantes se podía esperar mucho, toda vez que debían causar a los íberos un enorme terror. En una gran edificación que está situada fuera de la muralla occidental del campamento de Nobilior parece haberse conservado el establo de los elefantes. Para ellos aquel era el mejor sitio, pues no tenían que temer ningún ataque, y dentro del campamento hubiesen estorbado. Los elefantes como elemento de guerra fueron empleados primeramente en la India, donde Alejandro Magno los encontró. Se los encuentra después en el ejército de los sucesores de Alejandro y en el cartaginés, y por fin también en el romano. Estos gigantescos animales debían perforar las formaciones de batalla, al igual que hoy lo hacen los tanques. Así lo han hecho en ocasiones, pero también ha sucedido a menudo que el perjudicado fuese el propio ejército, pues se espantan fácilmente y embisten a la inversa. Esto había de sucederle también a Nobilior. Una vez que hubo montado una base segura con el sólido campamento de la Atalaya, podía decidirse al ataque sobre su enemigo.

Ataque sobre Numancia

Con la concentración de todas las reservas de las tribus celtíberas aliadas, unos 25.000 hombres, Numancia se había convertido en un gran campamento militar. Pero allí se hallaban además sus mujeres y sus hijos, y allí estaba también el ganado que habían puesto a recaudo los helos y tittos. En la ciudad, sobre la colina, no había sitio para tal gentío, pero sí lo había en las laderas y sobre todo en la llanura que se extiende por el ángulo que forman el Duero y el Merdancho. En ella había espacio para todo aquel incremento de gente y de ganado. Los ríos eran suficientes para abastecerlos de agua ya que el Duero lleva un buen caudal aun en el mismo verano, y el ganado podía pastar en el contorno; los propios fugitivos habrían traído consigo los víveres. El mando, a la muerte de Caros, fue encargado a dos hombres: Ambón y Leucón. Tal vez el uno procedía de las tribus del Jalón, y el otro de las del Duero; sus nombres son célticos. No había motivo para atacar al enemigo en su sólido campamento; se esperaba su ataque, y este se realizó pronto. Un día –sería a mediados de septiembre del 153– vieron los numantinos cómo los romanos salían de su campamento para llegar hasta ellos. Entonces se decidieron a responder al ataque, y así se produjo, en la vasta llanura al este de la ciudad, donde tanta sangre debía derramarse, la primera batalla. Cuando Nobilior vio acercarse al enemigo, formó al ejército en orden de combate.

Los elefantes se hallaban detrás y quedaron ocultos. Pero cuando se creyó llegado el momento se abrieron las filas y los enormes animales se lanzaron contra el enemigo, sorprendido de su presencia y espantado. Aunque no tengamos el testimonio directo de Polibio, podemos imaginar qué terror debieron ocasionar aquellos monstruos hasta entonces nunca vistos. En Azaila, ciudad ibérica del valle del Ebro, por tanto en la ruta de Nobilior, se ha encontrado una pesa de telar en la que se halla grabado un elefante de guerra con la torre del guía, auténtico testimonio de la impresión que produjeron los elefantes entre los íberos. No sabemos por qué

clase de seres los habrán tomado; por seres terrenales seguramente no: hay que pensar en el terror de los mejicanos ante los caballos de los conquistadores españoles, que para ellos era una visión tan extraña como los elefantes para los íberos. Por lo tanto, la impresión que causaron los elefantes sería extraordinaria; los hombres presa del terror, los caballos espantados, huyendo todos a refugiarse en la ciudad. Alentado por el éxito, el general no titubeó en atacarla. El ataque se realizó sobre la parte de oriente, donde la colina es menos escarpada que en las otras. Precedían los elefantes, de los cuales se podía esperar todavía otro resultado. Fueron conducidos ante las murallas de la ciudad y debían ahuyentar de las almenas a los defensores, arrebatando tal vez a alguno con la trompa. Al principio todo marchó bien; los soldados estaban animados y atacaban llenos de coraje. Pero de pronto surgió lo inesperado, y esta vez en perjuicio de los romanos. Un elefante fue alcanzado por una gran piedra que habían arrojado desde la muralla. En esto lanza el animal un espantoso berrido, da media vuelta y arrolla a los primeros soldados que encuentra al paso. Se transmite el pánico a los demás elefantes, y entonces pueden ver los numantinos cómo los monstruos, de los cuales habían huido ellos, se enfurecen contra las filas de los romanos aplastando con sus patas a los que alcanzaban o lanzándolos al aire con la trompa. Y vieron después cómo el ejército romano, ya en desorden, se dispersaba y huía. Esto les proporcionó nuevo aliento; se arrojaron sobre los fugitivos y mataron a 4.000 de ellos y también a tres elefantes, a quienes habían perdido todo temor.

Pero no alcanzaron la victoria sin pérdidas propias, pues una parte del ejército romano se rehízo, y cayeron 2.000 íberos. Así dio fin el día, que tan favorable había comenzado para Roma, con una gran derrota; y la nueva pérdida de 4.000 hombres era tanto más grave cuanto que no cabía esperar refuerzos inmediatos. Nobilior ya no tenía a su disposición por el momento más que unos 10.000 hombres. Hay que reconocer que prosiguió sus operaciones a pesar de tales pérdidas y desastres. Como un segundo ataque sobre Numancia habría de ser infructuoso, trató de apoderarse de un depósito de trigo que tenían los celtíberos en Uxama, a 60 km al occidente de Numancia.

Contra Uxama

Uxama, todavía hoy Burgo de Osma, se hallaba situada en una colina a orillas del Duero y era una gran ciudad, mayor que Numancia, pero con la cual no podía compararse en lo que atañe a prestigio. Concertó la paz con Roma, como se desprende de las monedas que con la leyenda Usamus acuñó por encargo de Roma, y solo participó en la última guerra con Sertorio. Tampoco tuvo éxito el ataque sobre Uxama, y el destacamento encargado de ello –al parecer de caballería– sufrió tales pérdidas que se vio obligado a regresar de noche al campamento de Renieblas.

Como escaseaba en caballería, envió Nobilior un pequeño cuerpo al mando de un tal Blaesius a una tribu vecina, hasta el momento amiga, al parecer de los vacceos del Duero medio, en demanda de adhesión y de fuerzas de caballería. En efecto, se consiguieron esas fuerzas, pero al regreso los celtíberos cayeron sobre Blaesius matándolo con muchos de los suyos, en tanto que los caballeros aliados huyeron. Así sucedió una derrota a otra, resultando la situación cada vez más amenazadora, y de momento no había que pensar en ayuda. Si Nobilior pedía esta a Tarragona o a otro acantonamiento, no podía esperar más que una ayuda insignificante. Ninguna cabía esperar de la provincia ulterior, porque su gobernador tenía que aguantar las acometidas de los lusitanos. Y en cuanto a Roma, no antes de tres meses, ya que la noticia tardaba un mes por lo menos en llegar hasta allí.

Caída de Ocilis

Pero sucedió algo más penoso todavía. Nobilior recibió la mala nueva de que su depósito de Ocilis había caído en manos del enemigo. Esto significaba un golpe más duro, puesto que la comunicación con su base y los suministros quedaba interrumpida. Es sorprendente que Nobilior no haya intentado la reconquista de Ocilis, pero no confiaba en sus fuerzas, que se hallaban reducidas a unos 5.000 hombres. De sus 30.000 hombres había perdido 15.000 en el campo de batalla, y es probable que a causa de las enfermedades perdió casi otros tantos.

No quedaba más remedio que abrirse un nuevo paso para ponerse en relación con el territorio sometido a los romanos, el alto valle del Ebro, por la cordillera. Pero este camino a través de los montes imponía cuatro días de marcha y se hallaba expuesto al asalto del enemigo. No faltaron seguramente intentos para procurarse refuerzos por este camino, pero tuvieron poco éxito, de manera que pronto escasearon los recursos en el campamento de Nobilior. Por esta razón y porque la estación no permitía ya operaciones, hubiera podido Nobilior regresar al Ebro. Pero ello significaría una confesión de su derrota ante el propio enemigo, y en Roma se habría considerado como una mancha.

De invernada

Así pues, Nobilior se encerró en su campamento de la Atalaya para invernar allí. Poseemos en Apiano una descripción viva de lo que hubieron de sufrir los romanos durante el invierno del 153-152 en aquellas alturas azotadas por los helados vientos del norte. Leemos que faltaban los víveres y el forraje, que las tropas padecían en sus barracas bajo la nieve y el hielo, que muchos murieron de frío. Y no hay para asombrarse, pues a causa de la escasez de leña no era posible entibiar aquellas habitaciones mal cerradas, y los romanos, habituados al dulce clima de Italia, estaban también mal equipados de capas y cobertores. Todavía pueden verse en los rincones de los contubernios los primitivos hogares de piedra que servían a la vez para cocinar y calentarse. Así como muchos sucumbieron a los rigores del clima dentro del campamento, sucumbieron otros en busca de forraje y de leña. Tal vez tenemos allí, fuera del campamento, un monumento de esa campaña: al pie de la Atalaya y en el camino que va por el Moñigón hacia el Ebro, se eleva un túmulo artificial bastante alto (plano 3), a cuyos pies han aparecido cenizas. Tal vez se trate de un enterramiento de los caídos del año 153.

Así terminó el primer ataque contra Numancia, con un total fracaso para Roma. Ciertamente los celtíberos también sufrieron graves pérdidas, pero estaban compensadas por la conciliación lograda entre las tribus de la parte citerior de Celtiberia y la ulterior. En la primavera del año 152 debió llevar Nobilior al resto de su ejército hasta el Ebro para entregarlo allí a su sucesor. A pesar de su derrota no desapareció Nobilior del escenario de la política, sino que se aventuró a defender a Galba, que había asesinado a 8.000 lusitanos, y hasta llegó al puesto de censor, uno de los más altos cargos de la República.

La campaña de Marcelo (152 a. J. C.) (Mapa 2)

Las desastrosas nuevas de España determinaron al Senado a confiar la sucesión de Nobilior a uno de los mejores generales de que disponía: Claudio Marcelo, de la famosa familia de los Marcelos, descendiente de aquel Marcelo que aniquiló a los celtas del valle del Po y que conquistó Siracusa.

Marcelo había ya combatido con bastante éxito en la provincia ulterior unos 20 años antes (169-168) y luchado también con los salvajes ligures de la alta Italia, un peligroso enemigo muy parecido a los íberos. Ya había sido cónsul dos veces, la última tres años antes, y para investirlo de nuevo con el más alto cargo hubo necesidad de derogar una importante ley de la República: la que prohibía la reelección antes de pasados diez años, ya que la frecuente investidura podría promover veleidades más o menos monárquicas. Esta desconfianza es típica de la aristocracia romana y se encuentra también en otras aristocracias. Por el mismo temor se prefería adjudicar el consulado a hombres incapaces pero políticamente favorables, que a generales capaces, de los cuales podía temerse un pronunciamiento. Se repite en aquel tiempo con frecuencia el caso de sólo atribuir el mando a jefes capaces cuando no cabía ya otro recurso: así, las guerras macedónicas se hicieron durante varios años dirigidas por hombres incompetentes hasta que fueron confiadas a Emilio Paulo; así en la guerra yugurtina, confiada a Metelo después de desastrosas derrotas, y así en las luchas con los cimbrios y teutones que costaron varios ejércitos antes que se decidiera enviar a Mario. La derogación de la ley de elección era una de las modificaciones importantes ocasionadas por la guerra celtibérica (v. pág. 69). Otra ocurrió cuando se comprendió que convenía dejar el mando durante varios años al mismo jefe, toda vez que sólo así podría habituarse a las dificultades propias de aquel teatro de guerra. También esto constituía una arriesgada innovación, pues por medio de un mando de varios años obtenía el caudillo militar una autoridad peligrosa

para la aristocracia; y en efecto, más adelante, sobrevino su caída a consecuencia de uno de estos mandos a largo plazo, cuando César marchó sobre Roma con su ejército de las Galias.

Como todavía se mantenía en pie en España el resto del ejército anterior, Marcelo recibió tan solo un suplemento de tropas: 8.000 hombres de infantería y 500 jinetes. Como a Nobilior apenas si le quedaron 5.000, aquel refuerzo era insuficiente, pero ya entonces comienza a experimentarse la dificultad de reclutar las necesarias tropas, puesto que las pérdidas de la guerra de España iban haciéndose muy graves (v. pág. 66).

Marcelo en el Jalón

Es probable que Marcelo haya llegado a España en abril del año 152, encargándose en el Ebro del resto del ejército de Nobilior. Su primera tarea fue reconquistar Ocilis; para esto, como antes lo hiciera Nobilior, debió marchar primero por el Jalón. En el camino también le prepararon una emboscada los celtíberos, pero era más previsor que su antecesor y eludió el ataque. Este se realizó en un desfiladero de la zona montañosa del nordeste, al parecer en el puerto de Morata, al este de Bílbilis, lugar muy apropiado para un asalto. Allí, en la primera guerra, en 195 antes de J. C., los íberos habían asaltado al pretor Manlio –por cuyo motivo el desfiladero se llamaba saltus Manlianus–, y en el año 180 a Flaco.

Marcelo alcanzó pronto la sumisión de Ocilis, pues trató de ligarla a Roma por la persuasión, por cuyo medio en efecto consiguió más que su antecesor con la fuerza. Ocilis solamente tuvo que entregar unos rehenes y 30 talentos de plata (alrededor de 180.000 pesetas). La blandura de Marcelo movió también a la ciudad de Nertóbriga a pedir la paz. Nertóbriga se hallaba igualmente situada en el Jalón, al este de Calatayud, en el sitio que hoy ocupa Calatorao, donde se han encontrado restos antiguos. Su nombre es céltico: la palabra céltica briga, que significa «castillo», es frecuente en España y nertos quiere decir en céltico «fuerza»; así pues, Nertóbriga equivale a «Castilfuerte». Hay monedas de esta ciudad con la inscripción nertopis, forma ibérica de aquel nombre. De Nertóbriga solo exigió Marcelo, como rehenes, 100 jinetes de entre la gente principal. Todo se hallaba listo para el cumplimiento del pacto, cuando Marcelo fue atacado de improviso en el camino por gentes de Nertóbriga, al parecer contra la voluntad de aquella comunidad, que se disculpó y le envió los 100 caballeros. Pero Marcelo no estaba para bromas; tomó los caballos, los vendió, llevó consigo a los jinetes encadenados y se presentó delante de Nertóbriga, y con todas las reglas del arte de la guerra de aquellos tiempos, con artillería y obras para el ataque, le puso sitio. Al mismo tiempo era

saqueada la rica llanura del contorno y distribuido el botín entre los soldados, según acostumbraban a hacer los jefes romanos para contentar a la tropa.

Los de Nertóbriga no eran numantinos; en cuanto vieron las máquinas y construcciones se amilanaron y se apresuraron a solicitar la capitulación por intermedio de un emisario, el cual, como distintivo de su calidad, llevaba una piel de lobo. El general romano estaba dispuesto a ello bajo una condición: que todos los celtíberos se sometieran a la paz. Todas las ciudades del Jalón estuvieron conformes con la propuesta; y finalmente también las tribus del Duero, y hasta los numantinos, enviaron embajadas a la lejana capital de su enemigo. Fue un momento en que las armas se envainaron en el Jalón y en el Duero, y se negociaba en Roma entre el Senado y las comunidades celtíberas. Sabemos que solamente fueron recibidos en la ciudad los emisarios de las comunidades aliadas de la parte citerior; los de los arevacos, como enemigos, debieron acampar fuera.

En las negociaciones con el Senado afirmaban las tribus de la región citerior que los arevacos eran los únicos culpables e imploraron para sí el perdón con un castigo moderado. Dijeron también que se debía enviar todos los años un fuerte ejército a España para tener sujetos a los arevacos y defender contra ellos a los súbditos de Roma. Esta sumisión hace poco honor a las tribus del Jalón: querían la paz a toda costa y ahora se apartaban de las tribus del Duero que en el año anterior les habían abierto tan hospitalariamente sus puertas. La propuesta de las tribus del Jalón sería hoy considerada como una traición, pero hemos de tener en cuenta que entonces no existía una nación ibérica y que no había surgido todavía el sentimiento nacional. Lo mismo sucedía con los germanos, entre los cuales no solo los ubios se concertaban con Roma, sino que también entre los queruscos, el pueblo de Arminio, había bastantes gentes que se hallaban inclinadas a la paz con Roma, por ejemplo el hermano de Arminio, Flavus, y su suegro Segestes, que entregó a su propia hija Thusnelda. Tanto más hemos de estimar el amor por la libertad de los numantinos y su comportamiento altivo en el Senado.

Los embajadores de los arevacos se expresaban en un lenguaje

moderado pero daban a conocer que hasta el momento habían vencido ellos, y no Roma. Sin embargo, se hallaban dispuestos a la paz, y a pagar una pequeña indemnización, pero querían a cambio que se mantuviese asegurada su autonomía, reconocida por el tratado de Graco. Luego que fueron escuchados los emisarios de los íberos, se interrogó a los enviados de Marcelo. Estos aconsejaron concertar inmediatamente la paz. En el Senado las opiniones se hallaban divididas: los unos estaban por el castigo los arevacos; los otros reconocían con Marcelo que era ventajoso pactar con ellos. Se había de considerar también la cuestión de la guerra lusitana, que tomaba cada vez más vastas proporciones y aparecía más peligrosa. Después de vivo debate prevaleció el partido de la guerra, recibiendo Marcelo la orden de emprenderla de nuevo. A los emisarios de los íberos se les dijo que Marcelo les daría la respuesta definitiva.

Marcelo contra Numancia

Marcelo había aprovechado el resto del año 152 haciendo llegar su ayuda al teatro de la guerra lusitana, para lo cual se fue a invernar a los cuarteles de Córdoba. Córdoba, ciudad ibérica, que todavía conserva su antiguo nombre, venera en aquel al fundador de su ciudad como «colonia» romana.

Marcelo debió recibir el mensaje del Senado a principios del año 151, así que en cuanto la estación lo permitió se presentó ante Numancia; probablemente allá por abril. Todavía se conservan algunas huellas del campamento que construyó a 1 km al norte de Numancia, en el cerro Castillejo. Los muros construidos por Marcelo quedan debajo de los del campamento desde el cual dirigió Escipión el asedio de la ciudad, y se distinguen también de los de este último por su dirección diferente (plano 8). El campamento de Marcelo fue construido cuidadosamente, empleándose en su fábrica una hermosa clase de piedra arenisca de colores que se encuentra en aquellas proximidades. Todavía se conservan algunas partes del pretorio donde residía el general: una sala grande con seis columnas de basamento de piedra y fuste de madera. Y con ello se reanuda la guerra con los celtíberos y especialmente contra Numancia.

Pero Marcelo no estaba dispuesto a dejarse llevar de la voluntad de su gobierno en el sentido de una política de fuerza, sino que hizo su política propia, creyendo que era más conveniente para Roma mantenerse en paz con los íberos. Tal insubordinación era frecuente en aquellos tiempos y revelaba la peligrosa autonomía de los nobili romanos frente a su gobierno. Seguramente fue un juego preparado de antemano que los de Numancia huyeran ante Marcelo y que su jefe Litennón solicitara y mantuviera una conversación con él, negociando en nombre de todos los celtíberos. Ya que inmediatamente se llegó a un acuerdo. Marcelo concedió –en oposición a las órdenes de su gobierno– la renovación del tratado de Graco. Esto significaba para las tribus del Jalón el pago de un

tributo y el aporte de refuerzos; para los arevacos y Numancia, la libertad absoluta. Esta contribución de refuerzos de las tribus del Jalón se deduce de que el año 146 enviaron para la guerra lusitana 5.000 hombres; y en cuanto a la libertad de los numantinos queda atestiguada por la falta de monedas con su nombre. Pues las monedas acuñadas con caracteres ibéricos, que poseen todas los mismos tipos y patrón, lo fueron por las comunidades ibéricas que se hallaban sometidas a Roma. Es sorprendente que el Senado haya confirmado esas benignas concesiones desautorizándose a sí mismo. Resulta que había logrado finalmente preponderancia el partido que defendía la paz contra los partidarios de la guerra.

En la tradición basada en Polibio, la manera de conducir Marcelo los negocios fue ásperamente censurada; se le acusó de cobardía, lo que realmente no era verdad, y se dijo que tan solo concertaba una paz para anular a su sucesor. Hasta fue acusado de alta traición y de hallarse en secreta inteligencia con el enemigo. Igualmente fue criticada su campaña en la Lusitania. Se dijo que trocó prematuramente la guerra por el campamento de invierno, «el atrio por el gineceo». En estas palabras se refleja el odio de Escipión, que ya entonces era el paladín del partido de la guerra, que pretendía el aniquilamiento de los celtíberos. Escipión es el representante del imperialismo romano. En tanto que Marcelo pretendía un simple predominio de Roma sobre aliados apaciguados, quería Escipión dominarlos como súbditos que políticamente debían ser esclavos. En esta disputa quedó Escipión vencedor; Marcelo consiguió que la paz se mantuviera durante ocho años (151-143), pero Escipión quemó a Numancia. De la sangre derramada a causa de aquel odio contra los íberos que demostraba Roma, no eran aquellos culpables; la culpa cae enteramente sobre los romanos, ya que los íberos permanecían en actitud pacífica, ahora como antes. Ya había pasado mucho tiempo desde que estuvieron al servicio de Cartago contra Roma como mercenarios o, a la inversa, al de Roma contra Cartago. El tributo a que estaban obligadas las tribus del Jalón parece que fue satisfecho de una vez. Leemos que Marcelo entregó al erario la cantidad de 600 talentos de plata (tres millones y medio de pesetas aproximadamente). Para aquellos tiempos se trata de una suma cuantiosa que pudo contribuir a la confirmación de la paz por parte del Senado. Esa cantidad revela cuál no sería la riqueza en plata de que España entonces disponía. Las minas de Carthagonova

(Cartagena) proporcionaban según Polibio un rendimiento diario de 25.000 denarios o pesetas, lo que representa nueve millones de denarios o pesetas por año. Es verosímil este dato, puesto que todavía de 1870 a 1885 y en esa misma comarca se han obtenido 50 millones de pesetas, lo que viene a resultar una media anual de 3,4.

Marcelo salió de la guerra en España, no con laureles, que no necesitaba, sino como pacificador, al igual que Graco; y como tal ha de ser recordado con gratitud por los íberos. Erigió un monumento en Roma a su abuelo, a su padre y a sí propio con la siguiente inscripción a la vez sencilla y orgullosa: Tres Marcelli, novies consules — Tres Marcelos, nueve veces cónsules. Muy pocas familias podían proclamar otro tanto. Aquel monumento ha desaparecido, pero en la colina junto a Numancia todavía duermen hoy los restos del campamento de Marcelo que las excavaciones han sacado a la luz y que han sido tapados otra vez para conservarlos a la posteridad, como es el deber del excavador, ya que en aquel clima los muros excavados no se pueden conservar al aire libre, pues enseguida se desmoronan por la acción de la lluvia y las heladas.

En la meseta celtibérica, desde la primavera del 151 reinó la paz, que se mantuvo hasta el 143, en que estalló de nuevo la guerra. Pero el Senado, ya anteriormente, en 152, había decidido la guerra, y preparado inmediatamente un nuevo ejército a las órdenes de L. Licinio Lúculo, nombrado cónsul para el año 151, abuelo del Lúculo famoso por su lujo. Aquel se puso en camino hacia España allá a principios del año 151, de modo que cuando se recibió en Roma la noticia de la paz concluida por Marcelo ya era tarde para retroceder. Aquella vez había sido muy difícil la recluta. Los relatos de Nobilior y sus soldados sobre la salvaje intrepidez de los íberos y el clima inhóspito promovieron un pánico tal, que hubo resistencia a la incorporación y hasta los mismos oficiales rehuyeron el servicio. ¡El que va a la Celtiberia está perdido!, se decía. Entonces, según Polibio, Escipión realizó un acto sensacional: él mismo se ofreció como oficial y dejó de ese modo abochornados a los otros. Se ve cuán poco imparcial era la pluma de Polibio en el contraste entre la exaltación de la valentía de Escipión y el calificativo de «cobarde» con que moteja a Marcelo.

Como la soldadesca promovía dificultades y se inculpaba de parcialidad a la comisión de enganche, fue abandonado el sistema de elección que hasta entonces se venía usando y se procedió al sorteo. Asimismo se decidió reducir el tiempo de servicio de 16 a 6 años. Así la guerra hispánica seguía provocando amplias innovaciones en la constitución del Estado romano (pág. 65).

Escipión

Con la recluta para la guerra de España en 151 entramos por vez primera en relación con el hombre que había de terminarla y alcanzar más tarde un fin victorioso donde tantos otros habían fracasado. Era Publio Cornelio Escipión, nacido en 185 e hijo de Papiria y de Emilio Paulo, el que en 168 había salido vencedor del rey Perseo. Por parte de ambos procedía de noble familia. De su padre, hombre chapado a la antigua, heredó el desinterés, por cuyo motivo los españoles lo habían proclamado su patrono, pero también la severidad para consigo mismo y para con los demás y la gran previsión en los asuntos de guerra. Como sus padres estaban divorciados, lo mismo el propio Escipión que su hermano mayor Fabio Máximo fueron adoptados por otras familias: el primero por la de Cornelio Escipión el Africano, el vencedor de Aníbal, y su hermano por la de los Fabios. Los Fabios, Cornelios y Emilios eran en aquel tiempo los tres linajes principales de Roma, de manera que la adopción de uno y otro significaba un gran acto político: el de establecer un parentesco entre las tres familias principales. Para el porvenir de Escipión suponía aquello un magnífico apoyo. Escipión encontraba lo mismo en su padre que en su abuelo adoptivo unos grandes modelos y los imitó. A los diecisiete años se había distinguido por vez primera por su valentía en la batalla de Pydna (168 a. J. C.) que costó el trono al rey de Macedonia. Luego tomó parte en un viaje con su padre, admirador del helenismo, a través de las tierras y monumentos de la Hélade, y parece ser que tal viaje le causó una profunda impresión. Desde entonces alentó en su corazón el helenismo, el amor por la cultura griega. Más tarde entró en estrecha relación con uno de los rehenes que la Grecia vencida tuvo que enviar: Polibio. Este fue su mentor; le introdujo en la filosofía griega y en la ciencia del Estado, y asimismo en el arte de la guerra, y fue su consejero en el arte del asedio delante de Numancia y de Cartago.

En el año 151 tenía Escipión 34 años y se hallaba en la plenitud de

su vigor. Su constitución física era sana de naturaleza y él la iba desarrollando con la gimnasia y con la caza. La guerra hispánica le prometía nueva ocasión para ganar laureles. España era para Escipión como el predestinado campo de sus triunfos. Allí su abuelo adoptivo Escipión había aniquilado a los cartagineses; allí su padre Paulo guerreó victoriosamente contra los lusitanos. Con tales antecedentes se encaminaba Escipión hacia España por vez primera el año 151. Servía entonces bajo el mando de Lúculo como legatus; es decir, como mensajero del Senado, para acompañar al general con su consejo y ayuda, a la vez que para informar acerca de él a dicha asamblea. Este cargo, que después adquirió tanta importancia y se hizo especialmente famoso por Labieno, el legado de César, pertenece a una de las muchas innovaciones ocasionadas por la guerra hispánica.

La campaña de Lúculo en 151 a. J. C. (Mapa 1)

Cuando Lúculo llegó a España, en lugar de la guerra encontró la paz, lo cual no le satisfizo nada. Tenía el dinero preciso y había calculado un rico botín en el país de la plata. Por tal motivo, ni por asomo pensó en regresar, como hubiese sido su deber. Y como los celtíberos se hallaban en paz con Roma, provocó a la guerra los vacceos, sus vecinos, no obstante no haber causado estos el daño más insignificante a los romanos; antes bien, según parece, les enviaron caballería en el año 153 cuando Nobilior guerreaba contra Numancia (v. pág. 147).

Esta guerra contra los vacceos no nos interesa de una manera inmediata, puesto que Numancia no tomó parte en ella, pero sí de un modo indirecto, pues más adelante encontramos a los vacceos en estrecha unión con los numantinos. Además en esa guerra adquirió relieve Escipión en diferentes ocasiones, y la perfidia de Lúculo debía repetirse en la guerra de Numancia.

Los vacceos

Los vacceos son los vecinos occidentales de los arevacos y habitaban la vasta llanura, rica en trigo, de Valladolid y Palencia, la «Tierra de Campos», uno de los graneros de España. Su territorio es cuatro veces más extenso que el de los arevacos y muy rico, pero estos les aventajan por su valentía en la guerra. Son sus compañeros de infortunio y a menudo serán nombrados conjuntamente con ellos y hasta bajo la denominación de celtíberos. En la guerra numantina les apoyaron hasta el último extremo con soldados, con dinero y con grano, que tenían en abundancia, y por eso serán hostigados constantemente por los romanos. Los arevacos tenían más relaciones con los vacceos, con los cuales por naturaleza se hallaban unidos a través del ancho valle del Duero, que con las tribus celtíberas de la parte citerior, de las cuales estaban separados por la meseta de Almazán. Hoy subsiste esta misma relación, toda vez que Castilla la Vieja (arevacos) se halla en relaciones más estrechas con León (vacceos) que con Aragón (celtíberos citeriores). En estrecha amistad con los arevacos, los vacceos son enemigos de los cántabros, sus vecinos por el norte, porque esas rudas tribus montañesas devastan sus campos. Igualmente parece que han sido enemigos de los carpetanos, sus vecinos de la parte sur. Los vacceos, al igual que los celtíberos, eran celtas iberizados. Es digno de nota el comunismo agrario que dominaba entre ellos. Todo el campo era propiedad del común y su cultivo había de asignarse cada año a los respectivos ciudadanos, y estos debían entregar su cosecha para ser repartida. Aquel que se quedaba con alguna parte era castigado con pena de muerte. Hasta hace poco tiempo, por lo menos, en algunas comarcas de Burgos y de León eran propiedad privada solamente las casas y los huertos, en tanto que las tierras de cultivo pertenecían a la comunidad y se repartían de nuevo cada dos o tres años. Al igual que de los celtíberos, se dice de los vacceos que no enterraban a sus muertos ni los quemaban, sino que los dejaban abandonados a los perros y a las aves de rapiña, según la costumbre que sabemos existía también entre los persas.

La primera vez que los vacceos se encontraron en contacto con Roma fue en el año 179, cuando fueron atacados los celtíberos a la vez por la parte occidental, la de los vacceos, y por el este (v. pág. 112). Puede que ya entonces estuvieran aliados con los celtíberos. Pero más tarde, en 153, enviaron a Nobilior algunas fuerzas de caballería, y si cuando estalló en este año la guerra entre Roma y los celtíberos tomaron parte en ella, tal vez en ayuda de los numantinos, la paz concertada con Marcelo también debió extenderse a ellos. Por esto el ataque de Lúculo contra los vacceos se hizo contra todo derecho; el argumento aducido como pretexto era que los carpetanos, aliados de Roma, habían sido injuriados por ellos, y que por lo tanto debían ser castigados los culpables, argumento a todas luces inconsistente.

Cauca

El primer objetivo de Lúculo fue la ciudad de Cauca, hoy Coca, al noroeste de Segovia y en la confluencia de dos ríos que proceden del Guadarrama. Coca, que tiene la gloria de ser la patria del gran emperador Teodosio, no ha desempeñado por lo demás ningún otro papel en la historia del mundo y es actualmente un pequeño y olvidado pueblo al que solo presta alguna significación su castillo árabe, uno de los más hermosos de España. Cuando Lúculo, sin más ni más, envió a sus tropas a la corta de leña y de forraje, los de Coca se aprestaron a la defensa y ocasionaron un desastre a los romanos, pero no obstante hubieron de refugiarse en su ciudad porque les llegaron a faltar las jabalinas. Vemos, por tanto, que aquellos combatían, al igual que los celtíberos, más con las armas de tiro, según es uso corriente entre los ibero-africanos, que con las de lucha cuerpo a cuerpo. Como en la retirada sufrieron graves pérdidas, se apresuraron a pedir la paz por mediación de sus ancianos. Lúculo exigió rehenes, 100 talentos de plata –unas 600.000 pesetas– y toda la caballería. Parece extraño que las gentes de Coca, cuyo número se elevaba a 20.000, aceptasen esas condiciones que les arruinaban desde el punto de vista financiero y los anulaban en lo militar; pero con ello procuraron quedar en buenas relaciones con Roma. Por esto se conformaron con todo y debieron por consiguiente obtener la paz.

Pero Lúculo no pensaba en cumplir por su parte el tratado sino que pidió mantener una guarnición en la ciudad. Y en efecto, también esto fue concedido. Verdaderamente era una increíble torpeza la confianza que los bárbaros depositaban en la política de Roma, que al parecer todavía no conocían bastante. Apenas la guarnición había ocupado las murallas cuando a una señal de Lúculo, todo su ejército, unos 20.000 hombres, penetró en la ciudad. En vano los de Coca invocaron a los dioses: fueron acometidos de improviso y muy pocos pudieron escaparse. Una perfidia tan infame no era cosa particular y afrenta personal de Lúculo, sino fenómeno que entonces

se producía constantemente, lo mismo en las guerras lusitánicas que en las guerras con los celtíberos, y por esos mismos medios se llegó a dejar inerme a Cartago para después aniquilarla. El lamentable principio de política que desde la Antigüedad hasta nuestros días ha venido imponiéndose de «que el fin justifica los medios» y que en la guerra valen toda clase de armas, lo mismo las rastreras que las nobles, ha sido aplicado por Roma con admirable maestría. De una manera formal se podría sostener en la mayoría de los casos la tesis de que para Roma toda rendición –deditio– era incondicional y que el enemigo podía esperar, pero no exigir, indulgencia. Pero en el caso de Coca la paz y el buen trato habían sido asegurados por juramento, como lo prueba la reclamación hecha ante el perjurio de los romanos. Tan honrados eran los romanos en la vida privada como faltos de escrúpulos en la política. La misma contradicción se encuentra entre la moral privada y la moral política de otros pueblos imperialistas.

Que Escipión estuvo de perfecto acuerdo con la perfidia de su general es cosa segura, dada su manera de pensar con respecto a los íberos, y lo contrario se hubiera dicho en la relación de Polibio que le es tan favorable. Al tener conocimiento de la crueldad de Lúculo, todos los vacceos se refugiaron en las plazas fuertes llevando consigo lo que podían y quemando lo restante.

Intercatia

Desde Coca, Lúculo se dirigió a Intercatia (hoy Villalpando, al nordeste de Zamora), otra ciudad de los vacceos a seis jornadas al norte, situada al otro lado del Duero. Hubo de atravesar, dice el relato, «vastas y yermas comarcas». Con dos palabras simplemente no se puede dar mejor descripción del país: una infinita y parda llanura con míseros poblados, sin agua y sin bosques. Se dice que alrededor de 20.000 almas se refugiaron en Intercatia. Este número podría parecer excesivo, pero no debemos olvidar que tanto Coca como Intercatia eran fortalezas tribales, lo mismo que Numancia, que cobijó entre sus muros a 25.000 hombres en la concentración de la alianza celtibérica.

Al requerimiento que Lúculo hizo a los de Intercatia de que se rindiesen, le contestaron con ironía si también quería concederles un tratado como el de Coca. En aquel momento fue cercada y asediada la ciudad. Los romanos lograron abrir algunas brechas, pero fueron rechazados, y en la huida muchos de ellos perecieron ahogados en una gran balsa. En la descripción muy sugestiva de las fatigas que había que soportar día y noche se reconoce el relato de Escipión, testigo de los hechos. Por la noche los romanos eran atemorizados con salvajes aullidos que lanzaba la caballería que venía en ayuda de los sitiados, contestando estos con aullidos semejantes; podemos figurarnos el efecto que causarían en los sitiadores aquellos gritos procedentes de ambos lados. Lo más peligroso era la alimentación insuficiente. Como escaseaban los cereales, los romanos se veían obligados a alimentarse de carne de conejo y de ciervo, alimentación a la que no se hallaban habituados y que ocasionó entre ellos la disentería. Además la carne tenían que comerla sin sal, puesto que la sal faltaba. Y tampoco había ni vino, ni vinagre, ni aceite, y el agua era escasa y mala. Todos los ejércitos extranjeros han experimentado en España parecidas penalidades, y el relato de las campañas de Napoleón atestigua penurias semejantes. La alta meseta española es un país que se defiende por

sí solo a causa de su pobreza, de su escasez de agua y de sus grandes distancias.

Delante de Intercatia se distinguió notablemente Escipión. Un audaz guerrero enemigo se adelantó a caballo y desafió a combate singular a los romanos, tal como era costumbre entre los íberos. Como nadie aceptaba el reto, porque no era uso entre los romanos, el íbero hizo chanza burlándose de estos con gestos y palabras. Entonces Escipión pidió y obtuvo permiso para aceptar el desafío, y logró dar muerte a su adversario, no obstante ser este mayor y más fuerte, y estar el caballo de Escipión tan malherido que hubo de apearse y combatir a pie. Realmente fue una acción valerosa. No menos lo fue la que hizo Escipión al escalar el primero la muralla, hecho por el cual se ganó la corona muralis –alta distinción militar–, aunque su éxito fue solo momentáneo y no se tomó la ciudad.

Con estos incidentes el cerco se alargaba, pero también a los sitiados les faltaban los víveres, por lo que se hallaron dispuestos a capitular en favorables condiciones. Lúculo, aparte de la entrega de 50 rehenes, no exigió ni recibió más que víveres y 10.000 capas de lana. Estas prendas son el sagum, una capa larga de lana negra sin mangas y anudada al pecho, como la llevan todavía hoy los ancianos de la meseta y que parece que procede de los celtas, los cuales se distinguían por la fabricación de prendas de vestir hechas de lana. El sagum ha realizado una victoriosa marcha a través del mundo, pues los romanos lo adoptaron durante la guerra hispánica y perteneció desde entonces al equipo de los legionarios lo mismo que el calzón celtíbero. Con todo el dolor de su corazón Lúculo no pudo lograr ni oro ni plata, ya que según manifestaron los indígenas no eran ni poseídos ni estimados. Esto es una prueba del primitivismo en que se desenvolvía la economía de los íberos, que no apreciaban mucho la posesión de los metales preciosos. Un tratado como aquel, nada brillante para Roma, seguramente se concertó solo porque lo apoyó Escipión. Los vacceos tenían confianza en él, porque vivía en ellos el recuerdo del gran Escipión, que había conquistado de tal modo el corazón de los íberos que hasta quisieron hacerlo su rey.

Palantia

De Intercatia se dirigió Lúculo a Palantia (Palencia), que se encontraba a cuatro jornadas hacia levante. Era la ciudad más importante de los vacceos y fortaleza de las tribus convecinas. Tenía esa ciudad para Lúculo un particular atractivo: el de considerarla una ciudad rica. Pero tampoco aquí tuvo éxito, pues acosado constantemente por la caballería enemiga, y sin posibilidad de abastecerse, hubo de renunciar al intento y dar la vuelta hacia el Duero. Luego se dirigió a Andalucía, donde pasó el invierno, y prestó ayuda, el año siguiente, a Galba, gobernador de la provincia ulterior, contra los lusitanos.

Así terminó la razzia contra los vacceos emprendida sin orden del Senado. Se dice expresamente que Lúculo no fue castigado en modo alguno por su arbitrario y perjudicial proceder: los nobles romanos se perdonaban mutuamente sus propias faltas. El rendimiento positivo de la campaña, botín de Coca y tributo de Intercatia, no superó la contrapartida negativa: que los vacceos irritados por Lúculo fueron convertidos en adversarios de Roma dispuestos a ayudar a los celtíberos. Hubiera sido más inteligente no provocarlos, sino atraerlos, para evitar por tal procedimiento la ayuda que pudiesen prestar a los numantinos.

Lúculo en Lusitania

Durante el año 150 Lúculo parece haber alcanzado algunos éxitos en la guerra de la Lusitania. Pero ante todo aleccionó a Galba con sus consejos, toda vez que vemos que este se sirve de las mismas perfidias que aquel había usado en Coca. A los lusitanos, pobres tribus montañesas obligadas por la necesidad a la rapiña, Galba prometió darles tierras si se le sometían. Cuando los tuvo sometidos, les indicó que debían dejarse conducir a tres diferentes sitios, supuesto que allí recibirían buenos terrenos. Cuando tuvo a cada grupo en su respectivo territorio, les pidió las armas, y una vez las tuvo en su poder, e indefensos, los pasó a cuchillo, y solo muy pocos pudieron escaparse, entre ellos Viriato, que pronto había de convertirse en el vengador y el héroe de la libertad lusitana. También Galba fue absuelto, aunque defendió a los lusitanos el octogenario Catón, como más tarde su biznieto el «Uticensis» apoyó a los germanos engañados y oprimidos por César. En el año 149 fue establecido un tribunal permanente contra las exacciones en la provincia, por haber dado motivo a ello las perfidias de Lúculo y de Galba.

Escipión no participó en la última etapa de la campaña de Lúculo. Había sido enviado al África con el fin de solicitar de Masinisa elefantes y caballería. Aquella campaña contra los vacceos fue interesante para el que había de ser conquistador de Numancia, pues por medio de ella aprendía a conocer el futuro teatro de su guerra al mismo tiempo que la manera de luchar de los íberos. Además resultó célebre su intrépida hazaña delante de Intercatia y su éxito diplomático en las negociaciones con aquellas gentes, lo que le colocaba en lugar preeminente para empresas futuras. Parece ser que Escipión mandó hacer un sello en el que estaba grabado su duelo de Intercatia. Si es cierto lo que se nos dice, que el hijo de su contendiente poseyó después tal anillo, sólo pudo recibirlo de Escipión.

VI

LA GUERRA NUMANTINA HASTA ESCIPIÓN

(143-134 a. J. C.)

Viriato

En tanto que en la España ulterior, después de la perfidia de Galba, ardía poderosa la rebelión capitaneada por Viriato, nuevo héroe popular, y un ejército romano tras otro era derrotado, la paz reinaba con los celtíberos y los vacceos desde el año 151. Sabemos que prestaron al ejército romano el concertado refuerzo y que su ciudad de Segovia resistió a Viriato. Cuando en el año 148 estalló de nuevo la guerra en la meseta, el impulso fue dado por Viriato, de la misma manera que había acontecido el año 153, cuando los celtíberos fueron impulsados a ella por los lusitanos. Viriato es el héroe popular de los lusitanos, como Arminio lo es de los germanos y Vercingetórix de los galos. Todavía hoy en Portugal anda su nombre en boca de todo el mundo[8]. Nacido en las abruptas montañas de Sierra Estrella y en un principio pastor, cazador y bandolero, se convirtió en el año 147 en el caudillo de los lusitanos, siendo durante 10 años el constante sobresalto de los romanos, no solo saqueando la Andalucía sino penetrando hasta el Guadarrama. Pero lo mismo que Sertorio, había de presenciar la deserción de los íberos y caer de igual manera bajo el puñal de los asesinos al servicio de Roma.

Viriato venció en los años 147-146 a los pretores Vetilio y Claudio, pero fue rechazado por L. Fabio Máximo, el hermano de Escipión. Esto le obligó a llamar en su ayuda a los celtíberos, a los que había despreciado hasta entonces como esclavos de Roma. Las tribus celtíberas, lo mismo los arevacos del Duero que los belos y los tittos del Jalón, estaban dispuestos a ello. Seguramente, había más motivos para la guerra por parte de las tribus del Jalón, oprimidas con los tributos y las obligaciones militares, que por parte de los libres arevacos; pero estos eran belicosos y debían temer un nuevo ataque de Roma. En cuanto a los vacceos, no parece que hayan participado en la guerra desde un principio.

«Bellum numantinum»

Con esto comienza la última y más importante fase de la guerra celtibérica: esa lucha de diez años consecutivos que se desarrolla en Numancia, que ha recibido el nombre de «guerra numantina» y que ha proporcionado gloria eterna a aquella pequeña ciudad.

Entre los años 143 y 139 la guerra celtibérica y la guerra lusitana corren paralelas. Pero la lucha de aquellos dos pueblos no era cosa común y concertada, antes bien cada uno de ellos combatía para sí, y no vemos nunca ayudarse el uno al otro, mientras que se ayudaban mutuamente en sus respectivos teatros de guerra los generales romanos. Viriato, que era un notable caudillo y no sólo poseía condiciones para la táctica, sino que era también un gran estratega, quizás ha pensado en una estrategia unificada para hacer la guerra, pero a esto se oponía el individualismo de las gentes de la Meseta. Así sucedió más tarde con Arminio, el caudillo de los germanos del Norte, que no pudo determinar a Marbod, jefe de los del Sur, a emprender conjuntamente la guerra contra Roma. Vercingetórix consiguió una unión de todos los pueblos de la Galia, a la que estuvo casi a punto de sucumbir el propio César. Solamente un extranjero, el romano Sertorio, logró más adelante unir a lusitanos y celtíberos bajo sus banderas, pero no tanto en el sentido de una guerra nacional de los íberos contra Roma cuanto para conseguir sus propios propósitos.

La campaña de Metelo (143-142 a. J. C.)

La nueva guerra sorprendía a Roma en un mal momento. Hacía algunos años que los lusitanos se hallaban en subversión y la guerra en aquel país costaba mucho dinero y mucha sangre. Ahora se agregaba a la guerra en el sur, la del norte, y era forzoso por lo tanto sostener dos ejércitos consulares, cada uno de 30.000 hombres más o menos. Esto resultaba ya entonces superior a las fuerzas de Roma, pues la precedente guerra macedónica y la guerra de África, que terminó Escipión en el año 146 con la destrucción de Cartago, habían aminorado mucho su poder combativo. Por lo demás, el Senado parecía que hacía frente esta vez a su pesada tarea mejor que lo había hecho al principio de la guerra en el año 153 al depositar su confianza en un hombre tan incapaz como Nobilior.

La guerra celtibérica quedó transferida al cónsul elegido para el año 143, Q. Cecilio Metelo, el que había sometido la Macedonia y adquirió el sobrenombre de «Macedónico». Los Metelos figuran entre las primeras familias de la nobleza y han proporcionado al Estado romano un plantel de hombres sobresalientes como el Metelo vencedor de Yugurta, y su hijo, el repetidas veces vencedor de Sertorio. Metelo se hallaba en desavenencia con Escipión y era poco grato al pueblo a causa de su severidad, por lo cual había sido rechazada dos veces su pretensión al consulado. Pero esta vez consiguió triunfar; se daban cuenta de que era necesario un hombre de su temple y disciplina. Metelo recibió un ejército consular completo compuesto de 30.000 hombres de a pie y 2.000 de a caballo, tropas que en su mayoría ya se habían visto frente al enemigo. Como entonces las tribus del Jalón también estaban sublevadas, debió comenzar Metelo con la conquista del valle del Jalón, lo mismo que hizo Nobilior el año 153 y Marcelo el 152. El primer año de su mando bianual, 143, conquistó la ciudad de Nertóbriga, próxima a Calatayud y que ya conocemos por la campaña de Marcelo. Lo mismo que sus dos antecesores, también hizo su marcha por el Jalón, bien desde el Ebro, bien desde la costa

levantina. Metelo siguió la política de Marcelo y consiguió someter a Nertóbriga por medio de la clemencia. Con igual suavidad trató a otra ciudad del mismo territorio, Centóbriga, cuyo emplazamiento nos es desconocido. También esta ciudad lleva un nombre céltico, que significa «fortaleza de Cento». Delante de Centóbriga parece que tuvo lugar un episodio, que de ser real, honra de igual modo a Metelo que a Retógenes[9]. Así se llama un ilustre íbero que se mantuvo al lado de Metelo, en tanto que sus hijos se hallaban en la ciudad sitiada. Los sitiados ataron a los muchachos en un determinado lugar de la muralla que era blanco de la artillería romana y los próximos disparos iban a destrozarlos. Se contaba con que Retógenes no podría soportar aquello y movería a Metelo a levantar el asedio. Pero Retógenes declaró que quería ofrendar su carne y su sangre al interés de Roma. Con gran alteza de miras obraba Retógenes, pero más aun Metelo; este no quiso aceptar el sacrificio y levantó el sitio de la ciudad. Pero al obrar así no fue menos prudente que magnánimo, pues con nada se conquistaba a los íberos mejor que con la nobleza. Escipión Africano, Graco y Marcelo habían conseguido mucho con el buen trato. En efecto, la generosa decisión de Metelo dio el resultado que se deseaba: Centóbriga concertó la paz y otras ciudades hicieron lo propio. Pero algunas ofrecieron resistencia y Metelo, después de pasar el invierno en el Jalón, hubo de proseguir la guerra el año 142. Tuvo cercada durante largo tiempo a Contrebia, que en el año 181 aparece como capital de los lusones y foco de rebelión (v. pág. 112). El asalto fracasó. Tenemos noticias de que el general amenazó con la muerte a cinco cohortes que retrocedieron ante el enemigo y les obligó a plantar cara. Lo que con la fuerza fue un fracaso se logró por medio de la astucia. Metelo, yendo y viniendo por otras regiones, logró que las gentes de Contrebia se descuidaran, hasta que repentinamente se presentó de nuevo ante la ciudad y la tomó al asalto. Fue elogiado en tal ocasión por haber poseído el don tan valioso para un general de mantener secretas sus intenciones; parece que dijo que «ni su túnica había de conocer sus planes».

La guerra contra las tribus de la parte citerior había exigido casi dos años de campaña, de modo que solo en julio del 142 nos encontramos a Metelo en el Duero. Combatió primeramente a los vacceos y destruyó sus cosechas para que no pudieran ayudar con suministros a los numantinos. Con frecuencia nos encontraremos

todavía con este método de hacer primeramente inofensivos a los vacceos, y sólo entonces empezar la guerra con Numancia.

Como el trigo no madura antes de fines de julio en tierras de los vacceos, debía ser el mes de agosto del año 142 cuando Metelo terminó con estos y pudo dirigirse contra el principal enemigo, contra Numancia. Junto con esta se cita por vez primera a Termancia o Termes, que en adelante iba a ser su compañera de infortunio. Como solamente se hace mención de estas dos ciudades, parece ser que los arevacos se concentraron en esas dos fortalezas como ya lo habían hecho en el año 153, a pesar de la victoria sobre Nobilior. A esa táctica estrictamente defensiva, y en decidida oposición con la tajante ofensiva de Caros contra Nobilior, se han mantenido fieles desde entonces los arevacos. De este modo, en lugar de combatir atacando al enemigo, se dejaban cercar por él, jugándolo todo a una carta, y así con la conquista de una ciudad se decidía la guerra.

Por haber llegado tarde a la Celtiberia, ya no podía pensar Metelo en la conquista de Numancia y de Termancia y tenía que dejar esta tarea, la más difícil, a su sucesor. No se puede hablar de cobardía respecto de un hombre como Metelo. Si los anales romanos refieren que este, al tener conocimiento del nombramiento de su adversario Pompeyo para sucederle, licenció tantos soldados como pudo y abandonó los depósitos y destruyó las armas a fin de dificultar la campaña de aquel, ello está desmentido por la más fiel tradición de Apiano (Polibio), que expresamente subraya el perfecto estado en que el ejército fue entregado. Evidentemente, Pompeyo trató de disculpar su derrota cargando la culpa sobre Metelo. Muy pronto vamos a conocer otras de sus mentiras, de las cuales tenemos noticias por Posidonio. Este, gran investigador y filósofo, se hallaba en relación íntima, lo mismo que Polibio, con la nobleza romana, y así como este ensalzó a Escipión en todas sus vicisitudes, del mismo modo se comportó Posidonio con la familia pompeyana, pues disfrutaba del favor de Pompeyo Magno.

Metelo pasó el invierno del 142-141 en el valle del Jalón, donde debía hacer entrega del ejército a su sucesor y adversario Quinto Pompeyo. No tuvo motivo de invernar ante Numancia, puesto que la próxima campaña correspondía a su sucesor y no a él, y por otra

parte tenía necesidad de vigilar a las tribus del valle del Jalón, que no ofrecían mucha confianza.

La elección de Q. Pompeyo, el primero de la familia de los Pompei que alcanzó el consulado, fue promovida por el pueblo, al cual adulaba, pero no por ser el hombre a propósito para la campaña de la península Ibérica, como Metelo, sino por razones políticas. Escipión hizo cuanto pudo para que fuera elegido su amigo Lelio, pero no lo consiguió. La elección del pueblo no hubiera podido recaer en un hombre más inepto. Pompeyo en España se ha cubierto con la doble afrenta de sus derrotas militares y de su vergonzosa deslealtad, como 10 años antes sucedió con Lúculo. Ya de antemano resultaba inadecuado, pues no había visto nunca la guerra. Hay que reprochar a la nobleza, e igualmente al partido popular, el que reiteradamente promovieran al consulado y encargaran la dirección de una guerra peligrosa a hombres gratos a su partido antes que a los capacitados.

La campaña de Pompeyo (141-140 a. J. C.)

Pompeyo llegó a la Península en la primavera del año 141. Las fuerzas que recibía de Metelo constaban de 30.000 infantes y 2.000 caballos, lo que constituía un ejército consular completo, ya que Metelo casi no había sufrido pérdidas. Pompeyo siguió el acostumbrado camino por los altos de Almazán hacia Numancia y estableció allí su campamento. Este se debe buscar en el llano al nordeste de la ciudad, desde donde la atacó, y sin duda en el cerro Castillejo, donde al año siguiente construyó un campamento de invierno. Castillejo se hallaba en una situación ventajosa para el ataque contra Numancia. No había ningún sitio mejor para un ataque por la parte oriental, toda vez que el cerro dominaba toda la llanura y su distancia de la ciudad, unos 1.000 metros, lo ponía a cubierto de una sorpresa del enemigo.

En Numancia, naturalmente, estaban de tiempo atrás preparados para la guerra, que había comenzado ya el año antes con la campaña contra los aliados vacceos. En los 10 años transcurridos desde la paz de Marcelo habían tenido tiempo para prepararse, pero parece que lo hicieron en forma muy insuficiente. Desde que en el año 158 se convirtió Numancia en fortaleza y refugio de todos los celtíberos, había sido necesario ensanchar hasta el río la ciudad, hasta entonces limitada a la colina. A tal ensanche debía corresponder un nuevo circuito de murallas más extenso que asegurase sobre todo la parte de levante, donde la pendiente no era tan pronunciada y permitía un ataque, como en efecto lo había acometido Nobilior. Esta muralla debía ir por el este al pie de la colina para seguir junto al Duero por la parte noroeste y correr en la parte sudeste a orillas del Merdancho hasta su desagüe en aquel río. Pero no hay resto alguno de tal muralla inferior y es de suponer que no llegó a construirse. Cuando Pompeyo atacó por la parte oriental no tuvo que salvar más obstáculos, debajo del viejo recinto de la ciudad, que unas zanjas y piedras de punta, pero ninguna muralla inferior. Se conformaban pues los defensores con una

fortificación muy insuficiente. Lo mismo que los otros barrios de la parte de levante, el arrabal Saledilla, muy expuesto, carecía de muralla. Su única fortificación consistía en los muros de las casas que lo rodeaban y un par de torres construidas en estos muros.

El número de los defensores de Numancia ascendía a la sazón a 8.000. Esta cifra no es ya la de los 25.000 que sumaba la fuerte reunión de todos los celtíberos en el año 153, sino solamente el conjunto de los de la comarca más próxima. La propia Numancia, con un número aproximado de 2.000 casas y familias, apenas podía poner en pie arriba de 2.000 hombres.

Pompeyo ante Numancia

Como Nobilior no había tenido éxito en su asalto, Pompeyo presentó la batalla a los numantinos. Los íberos la aceptaron y salieron, empleando la antigua estratagema de la guerra íbero-africana: la fuga simulada. Después de corta resistencia huyeron hacia la ciudad; los romanos los seguían y comenzaron el ataque abriéndose paso a través de las series de zanjas y piedras puntiagudas colocadas para proteger la parte de levante. Pero cuando los romanos se hallaban en medio de tales obstáculos, se lanzaron los numantinos fuera de la ciudad cargando sobre ellos, probablemente por ambos lados. Los romanos se hallaban en muy mala situación. Tuvieron que retroceder a través de las zanjas y por entre las piedras de punta, acosados por el enemigo y casi sin defensa. Así terminó el día con grandes pérdidas para los romanos. Aquel obstáculo contra la aproximación consistente en numerosas hileras de piedras puntiagudas fuertemente hincadas, de cerca de un metro de alto, se encuentra en muchos sitios en la región numantina; su origen es céltico, pues lo hallamos exactamente igual en Irlanda. Aún podemos determinar el lugar en que atacó Pompeyo y antes Nobilior (Mapa 3). Dice Apiano: «Numancia está en posición fuerte entre dos ríos y valles... y solo existe una bajada al llano, defendida con zanjas y piedras puntiagudas». Esa bajada es la rampa de 800 metros de ancho entre la hondonada «El Hoyo» y el barrio de la Saledilla que formaba como un baluarte saliente: el lugar más llano de la ladera oriental. Las zanjas y las piedras se hallaban como a mitad de la pendiente a unos 30 metros de la muralla de la ciudad, pues su objeto era contener al enemigo para poder dispararle cómodamente desde la muralla. Las pérdidas de Pompeyo tuvieron que ser importantes, ya que suspendió el ataque sobre Numancia. Se dirigió entonces contra Termancia, a la que pensaba vencer más fácilmente.

Termancia

Termancia o Termes, que ya hemos citado (véase página 180), parece haber sido, lo mismo que Numancia, una fortaleza tribal en la cual se cobijaban los vecinos de los pequeños poblados de la región. La ciudad se encuentra a unos 80 km al sudoeste de Numancia, en las altiplanicies de 1.100 metros de altura, yermas y azotadas por los vientos, que se extienden al sur del Duero hasta la sierra de Guadarrama. A no ser la mísera hierba, pobre vestido del páramo, falta allí casi toda especie de vegetación. Solo aquí y allá se advierten pequeños boscajes de encinas, restos de antiguos bosques, o enebros, que vistos de lejos semejan gigantes. Cuando el sol declina y resplandece a través de aquellos árboles oscuros y el viento helado mueve sus filas, un escalofrío nos traspasa al corazón en medio de paisaje tan sombrío. En tal paisaje habría que pintar un campo de batalla ibérico.

Aquellos páramos se encuentran surcados por numerosos y profundos barrancos de escarpadas paredes, por cuyo fondo corren pequeños ríos hacia el Duero. Uno de estos es el Manzanares, homónimo del famoso río de Madrid. Allí donde las hoces del Manzanares y del Pedro se juntan, formando una espaciosa cuenca, se levanta la ciudad sobre una escarpada roca de arenisca roja, accesible únicamente por un lado. Su nombre se conserva en Santa María de Tiermes, pequeña ermita, donde parece sobrevivir, como en tantos otros sitios, el culto de la antigua divinidad local. El lugar es todavía más silencioso y solitario que Numancia, ya que el pueblo más próximo se halla a media hora de allí. Sobre las rojizas peñas se encuentran muchas huellas de la antigua ciudad, particularmente una subida excavada en la roca, y una sólida muralla en la parte de levante, única accesible. Cuando Numancia pereció entre las llamas, subsistió Termes, por haber concertado una paz con Roma. Pero 35 años después, en el año 98, se levantó de nuevo, y el cónsul Didio tuvo que destruir la fortaleza, cuyos habitantes trasplantó a la llanura. Todavía se sublevó Termes otra

vez cuando Sertorio llamó a los íberos a luchar por la libertad. Por última vez es citada la ciudad como patria de un íbero que habiendo dado muerte al gobernador romano, soportó voluntariamente el martirio cuando se pretendió que delatase a sus cómplices y se estrelló por fin la cabeza contra una roca, muestra irrecusable de lealtad y tenacidad ibéricas.

Pompeyo se dirigió hacia dicha ciudad por el camino aún hoy perceptible que por el páramo de Villaciervos va de Numancia a Uxama y que aquí se desvía hacia el sur para atravesar luego el Duero y llegar a Termes; la distancia es de 80 kilómetros, que representan cuatro jornadas. La peña sobre la que se asienta Termes debió contener unas 2.000 chozas y un número igual de guerreros, pero contando los refuerzos se le puede atribuir un número de defensores tan crecido como el de Numancia.

Termes era todavía más difícil de atacar que Numancia, y Pompeyo tampoco aquí tuvo éxito. El primer ataque le costó unos 700 hombres. Entonces los de Termes se lanzaron a su vez al ataque. Además, el mismo día pusieron en fuga a las tropas que protegían una columna de aprovisionamiento y cargaron sobre el ejército en retirada junto a una de aquellas gargantas profundas, precipitándose en el abismo gran cantidad de hombres y caballos. Ocurrieron pues tres descalabros en un mismo día; era para temer algo peor, y se permaneció en guardia toda la noche. Alentados por sus éxitos, los termestinos se decidieron al día siguiente a una batalla formal, que por lo general los íberos suelen evitar. En batalla abierta compite el romano ante el íbero mejor que en un desfiladero, y así aquella batalla, que duró todo el día, quedó indecisa, aunque los anales la señalan como victoriosa para Pompeyo. Pero a lo más fue una victoria táctica, pues Pompeyo se retiró hacia la costa de levante para ir a invernar a Valencia.

Segundo ataque contra Numancia

En la primavera del año 140 se dirigió Pompeyo por segunda vez contra Numancia. Como un nuevo asalto ofrecía pocas perspectivas, esta vez trató de poner en práctica un sistema en el que eran maestros los romanos y por medio del cual conquistó Escipión más adelante la ciudad invencible: ponerle cerco para rendirla por hambre. Numancia se hallaba rodeada de ríos y colinas por todas partes a excepción de la de levante, por lo cual se la puede bloquear con bastante facilidad por el norte, por el oeste y por el sur; más difícil es hacerlo por la parte del llano levantino, donde no corre río alguno y las alturas son pequeñas. Por tales razones Pompeyo intentó la empresa de unir por medio de una zanja el Merdancho, en el sudeste, con el Duero, en el noroeste, a fin de cerrar el paso de la llanura oriental (mapa 3). Pero la tarea era dificultosa, pues la zanja debía tener una longitud de 2.500 metros y en parte una profundidad de 13 metros, ya que entre ambos ríos hay una elevación de terreno de 11 metros (entre los cerros de Valdevorrón y Valdebajardo), y los numantinos estaban en guardia. Sus constantes asaltos dificultaban los trabajos del bloqueo y Pompeyo experimentaba grandes pérdidas y se vio obligado a abandonar la circunvalación que se había propuesto.

Era su tercer gran fracaso. Pero Pompeyo demostró al menos tenacidad decidiéndose a invernar para realizar en la primavera un nuevo intento. Construye entonces en el cerro Castillejo un sólido campamento de invierno del cual todavía nos quedan algunos restos, en particular dos puertas con torres, una al norte y otra al sur (Plano 3). Entre tanto habían corrido los seis años de servicio militar de sus tropas y apareció un nuevo ejército de reclutas, con legados del Senado, cuya misión era aconsejar al mal general. Esto significaba un cambio desfavorable, pues las nuevas tropas eran del todo inexpertas y no estaban aclimatadas al país, mientras que el ejército veterano ya estaba avezado al clima y a la guerra. No hay que asombrarse, pues, de que otra vez, como aconteciera ya con

Nobilior, se nos haga el relato de las penalidades ocasionadas por el frío, por la lluvia, por el viento y por la mala alimentación. Continuamente el ágil enemigo interrumpía el aprovisionamiento y consiguió atraer a una parte del ejército, por medio de la fuga simulada, a una celada preparada en las proximidades del campamento, en la que cayeron muchos soldados y oficiales.

Ante esta dificultad se decidió Pompeyo a renunciar a la campaña y abandonar el campamento de invierno de Numancia para ir a pasar el resto de la mala estación a la costa de levante. Pero antes intentó una vez más conseguir a lo menos alguna ventaja por medio de negociaciones. Los numantinos y los termestinos se hallaban dispuestos a ello. También por su parte habían sufrido considerables pérdidas, estaban cansados de la guerra y veían su existencia amenazada por la destrucción de varias cosechas.

Pompeyo les notificó que debían entregarse a los representantes del Senado romano, pero él en secreto les garantizaba la paz si le entregaban rehenes, le devolvían los prisioneros y los desertores y pagaban una suma de 30 talentos de plata (unas 180.000 pesetas). Consiguió Pompeyo los rehenes, los prisioneros, los desertores y una parte del dinero. Con estos resultados se alejó de allí y en la primavera del 139 hizo entrega del mando en la costa levantina a su sucesor M. Popilio Lenas. Allá enviaron los íberos el resto del dinero. Pero cuando hubo recibido satisfacción a todas sus demandas, negó Pompeyo haber concertado una paz válida, a pesar de que una paz concluida ante enviados del Senado tenía plena y decisiva fuerza, y solo la que concluía un general por sí mismo podía ser cancelada por el Senado. Los íberos protestaron, pero Pompeyo remitió el asunto a este último; ahora se veía ya libre de esos hombres desagradables, y sin embargo había conseguido alguna cosa de ellos. Era la tercera vez que un general faltaba ante los íberos al compromiso jurado por él y por otros, y la segunda que el Senado recusaba un tratado concertado por un general. Pompeyo siguió el ejemplo de Lúculo y Galba (véase pág. 173), y en cuanto al Senado, poco antes, el año 140, había rechazado la paz concertada entre Serviliano y Viriato, y rechazó también tres años después el tratado de Mancino.

Es interesante el intento de excusar a Pompeyo que se halla en la

tradición que deriva de Posidonio.

Según esta tradición, fueron los numantinos y los termestinos quienes faltaron a su palabra, pues si entregaron 300 rehenes, 4.000 capas, 3.000 pieles y 800 corceles, se quedaron con las armas no obstante haber prometido entregarlas. Es este el tercer caso de falseamiento de la verdad en favor de Pompeyo (véase págs. 182, 190).

Como el año 139 se pasó discutiendo la paz en Roma, debió sufrir un paréntesis la guerra con Numancia. Era una situación semejante a la del año 151, cuando Lúculo, deseoso de guerra, encontró la paz. Mientras tanto, Popilio se apresuró a prestar ayuda a su colega de la provincia ulterior, Servilio Cepión, que se hallaba amenazado por Viriato. Pero no lo realizó por medio de las armas, sino con la diplomacia. Consiguió, gracias al mismo engaño que había aplicado Pompeyo contra los numantinos, que Viriato le entregase los jefes de tribu. Una vez estos en sus manos pidió Popilio que le entregasen también las armas. Como Viriato se negase a ello, dio por rotas las negociaciones, pero no devolvió a los rehenes que tenía en su poder. Es notable cómo hacía escuela la perfidia romana: al igual que Galba había imitado a Lúculo en el año 151, en aquella ocasión Popilio imitaba a Pompeyo.

La campaña de Popilio (138 a J. C.)

El resultado de las negociaciones de la paz en Roma fue que el Senado se puso de parte de Pompeyo, aprobó la ruptura de la paz y dio orden a Popilio de que reanudase la guerra. Esto correspondía a la política que ahora dominaba, que tendía al sometimiento absoluto o al exterminio completo de los celtíberos. Desde que Escipión destruyó Cartago, en el año 146, librando a Roma de un peligroso enemigo, se convirtió de hecho en dictador; y él quería el exterminio de los rebeldes íberos. Polibio califica de vergonzosa la paz concluida por Pompeyo y aprueba asimismo su repulsa por el Senado. Ese era el criterio de Escipión.

Así pues, Popilio, vuelto de la Lusitania, donde entretanto había sido asesinado Viriato por Servilio Cepión, se dispuso a continuar la guerra contra Numancia en el año 138. Cuando vio que los numantinos se quedaban detrás de sus murallas, pensó que era por cobardía y creyó que podía tomar la ciudad sin gran esfuerzo. Confiado, colocó las escalas para el asalto. Pero como tampoco entonces se veía ningún defensor, se atemorizó y llamó a su gente para retirarse. Aquel era el momento favorable para los sitiados: se arrojaron sobre los romanos que se retiraban y les ocasionaron graves pérdidas. Entonces Popilio renunció definitivamente a Numancia y se dedicó a guerrear contra los lusones, sin motivo aparente. Pero tampoco allí alcanzó éxito alguno. Luego se fue a invernar a la costa levantina, residiendo sobre todo en Carthagonova (Cartagena), donde hay una puerta construida o restaurada por él que se llama Porta Popillia.

La campaña de Mancino (137 a. J. C.)

El nombre del nuevo general C. Hostilio Mancino es uno de los más desdichados de la Historia romana. Lleva el estigma de un ultraje como Roma hasta entonces solo había tenido que soportar en una ocasión: cuando se rindió todo un ejército consular en la guerra con los valientes samnitas (321 a J. C.). Cosa semejante le aconteció a Mancino con 20.000 hombres. Este procedía de una familia plebeya que hasta entonces no podía presentar ningún hecho notable. Su abuelo había ocasionado su propia ruina y la de sus soldados en la guerra con Aníbal por su descuido. Su padre alcanzó el consulado (en 170 antes de J. C.), pero solo diez años después de haber obtenido la pretura, cuando el intervalo normal era de tres años. Tampoco se señaló más tarde en Macedonia desde el punto de vista militar, a pesar de haberse esforzado en mantener la disciplina y el orden. De igual manera su hijo hacía su carrera con lentitud; pero en el año 137 subió al consulado que iba a serle tan nefasto. Parece mentira que el Senado enviase a una guerra tan arriesgada como la hispánica a un hombre sin ninguna práctica militar; pero la culpa recae sobre el pueblo romano, que no paraba de imponer la elección de los suyos no obstante la desastrosa experiencia que hacía poco había hecho con Pompeyo.

Mancino se hizo cargo del ejército en la costa levantina en la primavera del año 137 y desde allí emprendió el camino por el valle del Jalón y tierras altas de Almazán hacia Numancia. Con razón alegó más tarde para su disculpa que sus tropas no valían nada. Era cierto. Aquel ejército, que ya hacía tres años que se hallaba en España, no había cosechado más que derrotas y por lo tanto debía estar desmoralizado. Esto se podría decir con mayor razón respecto al mismo ejército cuando en el año 134 lo tomó Escipión bajo su mando, pero Escipión supo transformarlo forjando un instrumento útil, lo que Mancino no era capaz de hacer. También en el número había quedado reducido aquel ejército, que al principio contaba 30.000 hombres, pues solo alcanzaba a la sazón los 20.000; pero

con todo, era muy superior a las fuerzas numantinas, que ya no subían de 4.000, contando los refuerzos (véase pág. 199).

En la llanura al este de Numancia, que tanta sangre romana había ya bebido, se desarrollan entonces varios encuentros que siempre fueron desfavorables para Mancino, que hubo de retirarse a su campamento, según parece en el cerro Castillejo. Pero aun allí mismo, en su propio campamento, no se sentía Mancino seguro, y como llegó la noticia de que los vacceos y los cántabros acudían en ayuda de los numantinos, decidió huir. El valle del Ebro era su objetivo. Hasta allí tenía cuatro días de marcha por terreno montañoso y expuesto a las emboscadas del enemigo. No iba a ir muy lejos. Saliendo por la noche y marchando por el camino que primero conduce a Renieblas a través del llano oriental y luego a la montaña por el valle del Moñigón, fue sorprendido al romper el día en el desfiladero que hay entre el campamento de Nobilior y el lugar «Torre Tartajo» (a 3 kilómetros al sudeste de Renieblas), y al huir al próximo campamento de Nobilior, quedó bloqueado (mapa 3). Este campamento derruido no tenía condiciones para la defensa, pero Mancino disponía de 20.000 hombres, mientras que los numantinos solo sumaban 4.000. Mancino no debía tener ninguna confianza en su gente, pues tomó la dura decisión de capitular para salvarse, fiando en la probada nobleza de los íberos. No se engañaba. Los numantinos estaban dispuestos a concertar una paz que les asegurase completa autonomía, comprometiéndose a dejar marchar libremente al ejército romano. ¡Increíble tontería! ¡En vez de aprovechar aquella magnífica ocasión de asestar un golpe mortal al Estado romano, aniquilando aquel ejército de 20.000 hombres, lo que le habría quitado durante largo tiempo la posibilidad de seguir la guerra, lo dejaban en libertad a cambio de un mero tratado, cuya endeblez tantas veces habían comprobado ellos mismos! Solo dos años antes habían sido engañados por Pompeyo, y sabían además que el Senado se reservaba el derecho de anular los tratos concertados por sus generales, como había hecho hacía muy poco con la paz concluida entre Serviliano y Viriato. Justamente aquel ejemplo debiera tenerles advertidos, pues también Viriato tuvo cercado a todo un ejército, y sin embargo el Senado recusó el tratado gracias al cual los romanos se habían salvado.

Parece que todas estas consideraciones no fueron tenidas en cuenta

por un motivo de orden personal. En el ejército de Mancino se encontraba entonces como cuestor Tiberio Graco, el hijo del Graco que en el año 179 había concedido favorables condiciones a los celtíberos. Por esta razón se tenía confianza en su hijo, y la garantía dada por él y Mancino se consideraba como suficiente, del mismo modo que la garantía dada por Escipión el año 151 a los vacceos (véase pág. 172). Esa ingenua confianza confiere tanto honor al carácter de los íberos como deshonor a los romanos su perfidia. Así, pudo el ejército de Mancino sustraerse a la muerte que había tenido ante los ojos.

A esta catástrofe se añade un bonito episodio que muestra igualmente lo agradecidos que eran los íberos con sus bienhechores. Entre el botín que había caído en sus manos se encontraban los libros de cuentas del cuestor Graco. Tenía gran interés en recuperarlos, y mientras el ejército se retiraba, volvió él a Numancia con algunos compañeros. Los numantinos le recibieron lo más amistosamente posible y le instaron a sentarse con ellos a la mesa, y no solo le devolvieron sus libros de cuentas, sino que le invitaron a llevarse del botín lo que quisiese.

En el campamento de Nobilior, que después de 16 años de soledad y de abandono recibió nuevamente en aquella ocasión un ejército romano, se ha hecho un notable hallazgo que parece proceder de la catástrofe de Mancino. En un rincón de uno de los cuarteles fue encontrado un pequeño tesoro de 120 monedas de plata. En el ejército de Nobilior, que salió tranquilamente, nadie tendría motivo para ocultar aquel tesoro; en cambio sí se dio en el de Mancino, que por causa de la capitulación fue saqueado a conciencia. Hay, pues, que suponer que las 120 monedas de plata fueron enterradas entonces.

Para ese año se nos da nuevamente la cifra de los guerreros de Numancia: les quedaban sólo 4.000. Al principio de la guerra, el año 143 a. J. C., habían sido 8.000, y del 143 al 137 muy bien pudieron haber disminuido en 4.000. Comparando el número de 8.000 con los 25.000 que se habían reunido en Numancia el año 153, se ve que había disminuido en dos tercios, parte debido a las pérdidas experimentadas, parte por la sumisión de las tribus del Jalón. Todavía se notó más esta disminución cuando desde el año

143 retuvo Termancia para sí una parte de los refuerzos,

La campaña de Lépido (136 a. J. C.)

Cuando llegó a Roma la noticia de la capitulación de Mancino, fue inmediatamente llamado allí para exponer su justificación y, todavía en aquel año (137), su colega M. Emilio Lépido era enviado a España, adonde no llegó hasta fines del mismo. El nuevo general, adversario político de Escipión, pertenecía a la antigua nobleza y era hombre elocuente, pero en el terreno militar se hallaba a la misma altura que Mancino y su obesidad le había valido el apodo de Porcina (cochinillo). Por otra parte, se debe considerar que no tenía el encargo de hacer la guerra, ya que la paz había sido concertada. Pero una vez en España, Lépido pretendió enriquecerse. Pensó e hizo igual que Lúculo en el año 151, quien habiéndose encontrado con la paz, atacó a los vacceos para conseguir un botín.

Lépido acusó a los vacceos de haber suministrado trigo a los numantinos. Disfrutó durante su campaña de la ayuda de su pariente y colega de la provincia ulterior, D. Junio Bruto, que venció en Galicia a los galaicos montaraces, adquiriendo por tal motivo el sobrenombre de Callaicus. La campaña preparada durante el invierno comenzó allá a principios del año 136. Cuando llegó a Roma la noticia de tales planes, envió el Senado dos legados a Lépido con orden de impedir la guerra. Pero este no se dejó convencer y aquellos se volvieron a Roma sin haber cumplido su misión.

Lo mismo que Lúculo, Lépido había puesto especialmente sus miras sobre Palantia, capital de la comarca, que era tenida por rica, pero tuvo tan poca suerte como él y nuevamente debió renunciarse al prolongado cerco a causa de la escasez de víveres. Ya habían caído muchos soldados y se habían perdido todos los animales de tiro, lo cual dificultaba la retirada. La marcha se hacía de noche, dejando abandonados los numerosos heridos y enfermos. Lépido fue pronto alcanzado y perseguido durante todo el día, sufriendo fuertes pérdidas. Aquello hubiera acarreado el total exterminio de un

ejército medio deshecho, si no hubiera acontecido un hecho singular. En la noche del 31 de marzo al 1º de abril de 136 se produjo un eclipse de luna; los íberos, adoradores de este astro, tuvieron a mal agüero el tal fenómeno y cesaron en la persecución. De ese modo escapó Lépido después de haber perdido 6.000 hombres. Fue destituido y, más adelante, a causa de su desobediencia, penado con una simple multa.

Entretanto se discutía en Roma, entre el Senado y los enviados de Numancia que habían acompañado a Mancino. Ya en las primeras entrevistas se dieron cuenta los numantinos de lo que podían esperar como premio a su nobleza. Tuvieron que aguardar fuera de la ciudad como si fueran enemigos y exactamente igual que había acontecido con ellos en el año 152 (véase pág. 154). Entonces se les permitió exponer ante el Senado su criterio de que el tratado jurado por el general y sus oficiales tenía validez. Se nos dice que presentaron el tratado concluido con Mancino, que por tanto había sido formulado por escrito, naturalmente, en lengua latina. Se comprende que Mancino y sus oficiales, sobre todo Graco, apoyaran el tratado; lo habían jurado de buena fe y les interesaba personalmente que se confirmase. Pero el Senado era de otro parecer. Para este no existían los conceptos de lealtad y fidelidad sino el interés político, y además siempre sostuvo que un tratado sin su consentimiento no le obligaba. Se discutió tal asunto por ambas partes con vehemencia, y pocas veces se habrá visto en la curia un debate tan apasionado. Pero al fin quedó decidido que el tratado concertado por Mancino no era válido. Era la tercera vez que Roma rechazaba un tratado pactado entre un general y los íberos, pues ya el Senado había revocado también el de Serviliano con Viriato y la paz concertada entre Pompeyo y los numantinos (véase pág. 192). Con razón Orosio, que como español simpatiza con los numantinos, haciendo el relato de esta violación de la paz, clama con un grito de indignación: «¡Porque vosotros, los romanos, pretendéis la gloria de la justicia, de la fidelidad y del valor, cuando todas esas cosas pudierais ir a aprenderlas mejor de los numantinos!».

El máximo culpable de aquella resolución tan vergonzosa para el honor romano fue Escipión, que era desde hacía tiempo el enemigo mortal de las gentes de Numancia, cual lo fuera antaño Catón de los cartagineses. En el alma medio helenizada de aquel hombre tan

humano en su vida privada predominaba sin embargo el elemento romano. Como acontecía con todo auténtico romano, en la política exterior lo decisivo era la razón de Estado. De la otra parte, quien particularmente se afanó en defensa del tratado fue Graco. Era en vano. Graco fracasó frente a su cuñado Escipión y esta fue la causa de la enemistad de esos dos grandes hombres, que más adelante llegó a su colmo en las violentas palabras de Escipión al conocer el asesinato de Graco: «¡Merecía morir así!». El pueblo aprobó la decisión del Senado. Se comprende la rabia e indignación de los numantinos. La de Graco no era menor.

Para cohonestar de algún modo el perjurio, determinó el Senado obrar de la misma manera que ya lo había hecho con los samnitas 200 años antes, entregando el general con sus oficiales al enemigo para expiación por incumplimiento de la palabra empeñada. Con tal expediente creía el Senado descargarse de responsabilidad, echándola sobre otro, inocente. Pero tampoco esta decisión fue mantenida con todo su rigor, ante todo por culpa del pueblo, pues se decidió entregar solamente a Mancino, en tanto que Graco y los demás oficiales quedaban libres. Únicamente esto fue lo que se cumplió.

La campaña de Furio Filo (136 a J. C.)

Uno de los dos cónsules de 136, L. Furio Filo, fue quien recibió el encargo de entregar a Mancino y de hacer la guerra a los numantinos, pues toda vez que se rechazaba la paz, se volvía al estado de guerra. Debía Furio tan difícil comisión a la amistad con Escipión, quien decidía casi en absoluto el nombramiento de los generales. Es extraño que Escipión haya elegido un hombre tan poco apto. ¿Quería extremar el peligro para presentarse luego como salvador de Roma? Hemos de creer que había muchos que no estaban dispuestos a concederle un mando en España.

Con Furio iban como legados Metelo y Pompeyo, los generales de los años 143 y 141, que eran adversarios suyos y de Escipión, pero Furio les quería probar que entendía la guerra en España mejor que ellos. Había de sufrir un amargo desengaño. La tarea más inmediata no era agradable, pero era fácil de cumplir. Debía el cónsul comunicar a los numantinos que el Senado no había aprobado la paz concertada con Mancino, por lo que les entregaba el general. En efecto, Mancino, vestido de simple túnica y atadas las manos, fue conducido delante de las murallas de Numancia y dejado allí. Los numantinos, naturalmente, se negaban a tomarlo, y allí permaneció el general romano durante todo un día delante de la muralla de la ciudad invencible, lastimoso espectáculo, vergonzosa picota en que la nobleza se colocó a sí misma. Después Mancino fue llevado al campamento y luego pudo regresar a Roma. Más tarde fue admitido otra vez en el Senado, y parece que tuvo entonces el humor de erigirse a sí mismo una estatua que lo representaba en aquel lastimoso trance.

El cónsul Furio debiera haber reanudado en aquel punto la guerra contra Numancia, pero no podía hacerlo con las ineptas tropas de Mancino. Prefirió atacar a los vacceos, cosa que se había hecho usual como sustitución de una guerra con Numancia. Los anales romanos dicen que fue batido, pero en las monedas de su hijo

aparece un trofeo de armas ibéricas, nuevo ejemplo del falseamiento de la historia de aquellos tiempos. Al cabo de un año ya se hizo volver a Furio, no obstante la regla de que el mando en España durase dos; en el término de doce meses había dado suficientes pruebas de su incapacidad política y militar.

Su sucesor Q. Calpurnio Pisón, cónsul del año 135, siguió el ejemplo de Furio: evitó Numancia e hizo la guerra a los vacceos, también sin éxito.

Elección de Escipión

Se comprende que el pueblo romano, cansado de ese modo que tenían de hacer la guerra los generales ineptos, exigiese finalmente a un auténtico caudillo. Desde el 141, hacía ya seis años, había sido la guerra con Numancia una sarta de derrotas, o cuando menos fracasos, que habían costado mucho dinero y mucha sangre. Pompeyo y Popilio, Mancino y Lépido, Furio y Pisón, todos habían fracasado amontonando vergüenza sobre vergüenza.

Todos los romanos sabían que Roma poseía un hombre del cual se podía esperar la terminación de la guerra numantina: Escipión. Su nombre estaba en todos los labios e imperiosamente se exigió que él fuera el general. Ya había ocurrido una cosa semejante doce años antes, el 147, cuando en la guerra contra Cartago fracasaron todos los demás y sólo Escipión resultó capaz de salvar el honor militar, de tal modo que el viejo Catón le aplicó aquella frase homérica: «Solo él tiene inteligencia, todos los demás son sombras». Ya entonces contaba Escipión con la confianza del pueblo. ¡Y cuán brillantemente había correspondido a ella con la destrucción de Cartago! ¡Cuánto más debía aparecer ahora como el salvador, después de realizada aquella grande hazaña!

Escipión no era, ciertamente, un hombre popular; lo mismo que su padre, aparecía frío y orgulloso frente a la multitud, pero a pesar de ello debió fascinarles. Desde el año 152 Escipión era el alma de la política hispánica. Había logrado entonces la ruptura de los tratos con los celtíberos y en el año 151 tomó parte personalmente en la campaña de Lúculo contra los vacceos, demostrando en ella lo mismo su valor que sus condiciones de diplomático (v. pág. 171). Ya entonces poseía un prestigio internacional: sirvió de mediador entre Macedonia y los aqueos, entre Cartago y Masinisa, y fue designado albacea de este último. Desde que se convirtió en salvador de Roma al vencer a Cartago (146), nadie tenía más influencia en la política extranjera y particularmente en la guerra

hispánica, que desde el año 145 hizo dirigir por miembros o amigos de su familia. En el año 142 fue censor, distinguiéndose por su severidad contra el lujo y la inmoralidad de la clase dominante, lo que aumentó su popularidad. En el año 141 viajó por las provincias orientales y fue en ellas honrado como el primer hombre de Roma. En el 137 se conquistó nuevamente la estimación del pueblo logrando la votación secreta para los procedimientos judiciales, medida muy popular. Otra vez en el año 136 había intervenido en la política hispánica y conseguido la recusación de la paz de Mancino. Pero precisamente a causa de su predominante significación militar y política, Escipión fue envidiado y temido por sus compañeros de clase. Si se le confiaba el mando podía temerse que derrocase la Constitución valiéndose del ejército. Esta consideración había determinado al Senado a hacer la guerra a los numantinos desde el año 143 como si no existiese un Escipión. Pero entretanto las pérdidas se habían hecho demasiado grandes, y de buena o mala gana había que atender la voz del pueblo.

Así es que, en el 134, Escipión es llamado por segunda vez al consulado, y la ley del año 152 que prohibía la reelección fue suspendida para este caso. A la elección como cónsul siguió la atribución del mando en España. Escipión había apetecido desde mucho tiempo antes tal encargo, y no era culpa suya que no lo recibiera hasta ahora. Veía cuán mal realizaban los demás su cometido, y sentía dentro de sí la fuerza necesaria para vencer a Numancia como había vencido a Cartago, en comparación de la cual la ciudad ibérica no era más que una aldea. Pero, en verdad, pequeña como era la ciudad, en razón inversa valerosos y fanáticos eran sus habitantes. Escipión no menospreciaba las dificultades de su cometido; por el contrario, se preparó y preparó sus tropas con la precaución y el método romanos.

Plan de guerra de Escipión

Durante el invierno de 135-134 tuvo tiempo Escipión para preparar su campaña. Su gran antepasado había tomado Carthagonova por un rápido ataque y él mismo había realizado el asalto de Cartago. Pero por lo que respecta a Numancia no había que pensar en un asalto, que múltiples veces había fracasado, y con tan malas tropas tampoco se lograría en esta ocasión. El ejército de Escipión era una arma embotada que no se podía esgrimir. Pero tal vez se pudiera emplear esta arma embotada en algún otro intento: en los trabajos de trinchera de un bloqueo, para reducir por hambre a los numantinos invencibles en el combate. Sabía Escipión que Numancia se prestaba a un bloqueo. Él no había estado allí todavía, pero naturalmente conocía la topografía de la ciudad por los relatos de los generales que le precedieron. Su plan de campaña debía tender, de antemano, al bloqueo y a la rendición por hambre. Y tenía que realizarlo con el miserable ejército que le esperaba en España, ya que otro nuevo y mejor no podía poner a su disposición el gobierno con toda su buena voluntad, no obstante haber transcurrido los seis años de servicio del ejército anterior. Roma se había desangrado en la guerra hispánica, aparte que en el año 136 había estallado en Sicilia una peligrosa sublevación de los esclavos. Pero es menos comprensible que el Senado no concediese por lo menos medios pecuniarios, y cabe pensar si no andaba de por medio alguna intriga.

De todos modos se le permitió que llevase consigo 4.000 voluntarios, parte de ellos clientes y amigos de su casa, y parte auxiliares que le enviaron príncipes amigos, como Antíoco de Siria, Átalo de Pérgamo y Micipsa de Numidia, según habían hecho ya en la campaña contra Cartago. Escasa en verdad era esta tropa, pero era segura y formaba el núcleo a base del cual debía reorganizar el ejército de España. De los 4.000 eligió 500 para su cohors amicorum, una guardia de corps que necesitaba, dada la total indisciplina de su ejército. Esta cohors amicorum es un fenómeno

notable, no tanto porque de ella proceden los famosos pretorianos del Imperio, sino porque era como una adaptación de la Ile, regimiento real de los reyes macedónicos, que Escipión conoció en la campaña contra Perseo. Se ve cómo Escipión no evita en modo alguno las formas monárquicas, aunque no aspiraba a la monarquía.

Séquito de Escipión

El círculo más íntimo de Escipión se halla formado por un grupo de hombres, entonces jóvenes, que más tarde fueron llamados a influir en la historia de Roma de diversa manera, pero en su mayoría no de acuerdo con el espíritu de Escipión, sino como adversarios de la nobleza. Entre ellos se encontraba Cayo Mario, cuyo futuro encumbramiento profetizó Escipión delante de Numancia; Yugurta, el que también ante Numancia aprendió a despreciar a los nobles romanos y estimar el sistema de circunvalación, medio con el cuál más adelante tomó a Cirta; C. Graco, el gran tribuno del pueblo; C. Memmio, el que refrenó la corrupción de la nobleza en la guerra yugurtina. También estaba allí la promesa de las letras latinas: el poeta Lucilio, íntimo amigo de Escipión, en cuyas poesías se encuentra el elogio de este y múltiples episodios de la guerra hispánica; Rutilio Rufo, conocido como hombre de Estado y escritor, y el historiador Sempronio Asellio. Pero entre todos tenemos que destacar en el séquito de Escipión a Polibio, su mentor, admirador y heraldo de sus hechos, el que más tarde ha relatado la guerra numantina en una obra especial, que todavía a través del sumario de Apiano nos muestra su participación en aquella tragedia. A pesar de sus 70 años, aguantó el griego las penalidades de una campaña en la Península a fin de aconsejar a su héroe como había hecho ante Cartago, y especialmente en las cosas del arte del bloqueo. Hemos de suponer que el influjo de Polibio sobre Escipión fue muy grande, lo mismo en lo político que en lo militar. Al igual que hizo en su tiempo Alejandro Magno, se rodeó Escipión de un séquito de literatos, imitando una vez más con ello a las monarquías helenísticas.

Relevante ayuda encontró en su hermano mayor L. Fabio Máximo Emiliano, que marchó con él como legado. Fabio, como Escipión, había hecho la guerra contra Perseo y, después, en los años 145-144, salvó el honor de las armas romanas en Lusitania. Procedentes de la misma escuela paterna, era común en ambos la

gran precaución, condición que su padre Paulo practicaba y predicaba siempre, y a la que Escipión también debió sus éxitos. Aunque menos destacado que este, poseía Fabio igualmente bastante experiencia militar y se sometió de manera incondicional a las órdenes de su hermano menor, lo que era muy importante. Como cuestor tuvo Escipión a Fabio Buteo, hijo de Fabio Máximo. Buteo tuvo que conducir a España los 4.000 voluntarios, mientras que Escipión con un pequeño acompañamiento se adelantó apresuradamente.

VII

EL CERCO DE NUMANCIA POR ESCIPIÓN

(134-133 a. J. C.)

Preparativos

Escipión subió al consulado el 1 de enero de 184 a. J. C. Parece que partió a principios de febrero, y a mediados de marzo llegó a Tarragona después de un viaje realizado todo por tierra como era costumbre. El ejército había invernado en la Carpetania (Castilla la Nueva), pero seguramente fue concentrado en Tarraco, que en todo tiempo fue la base de los romanos. Tarraco, la Tarragona de hoy, al parecer fundación de los etruscos, es ya desde la segunda guerra púnica (218 a. J. C.) el punto de apoyo de Roma en España. Es apropiada para ello por su situación sobre una elevada roca que domina ampliamente tierra y mar, y por sus poderosas murallas.

El ejército se encontraba en un deplorable estado de ánimo militar y moral. Llegados a España en el 140 como reclutas, estos soldados no habían tenido más que derrotas, primero bajo Pompeyo, después bajo Popilio y Mancino, finalmente con Lépido y Pisón. Podemos imaginarnos cómo habrán debido padecer tales tropas con las inclemencias del clima mesetario, la mala alimentación y las marchas penosas. Por fin llegó con el invierno del 135 el ansiado descanso, pero el agradable cuartel invernal en la rica Carpetania, y más aún la estancia en la lujosa ciudad costera de Tarragona, fueron casi más dañinos para la moral de aquellas tropas que las penalidades anteriores. Durante aquel invierno debió desaparecer el último resto de disciplina militar que aún quedaba. Cuando llegó Escipión, se encontró en el campamento nada menos que 2.000 individuos de uno y otro sexo dedicados a la prostitución, y un montón de mercaderes que vendían lujosas mercaderías, amén de multitud de agoreros por los que se dejaba embaucar aquella canalla militar con predicciones y sacrificios. Este ejército hispano nos muestra el típico cuadro de una tropa consumida y desmoralizada por desastrosas y largas campañas. Se puede presumir con qué sentimientos debía aguardar la llegada de Escipión aquella turba sin moral. Conocida su severidad, debía esperarse que ya no fuera posible seguir con la anterior vida fácil,

pero se confiaba en que también con este caudillo se arreglarían las cosas.

Escipión se encontraba ante una tarea muy difícil. La situación era parecida a la del año 147, cuando tuvo que vencer a Cartago con un ejército semejante. Lo mismo que entonces, lo primero que tuvo que hacer fue limpiar de parásitos el ejército para restablecer la disciplina militar. Así pues, antes que nada fueron desterrados del campamento las sabandijas de las rameras, los mercachifles y los malos sacerdotes, y fue prohibida toda clase de lujo. Fueron consentidos solamente los carros y animales de carga necesarios para el transporte de los bagajes: tal había sido el abuso, que una parte de la infantería hacían sus jornadas montados en dichos animales. El equipaje, pues, fue reducido al mínimo. El soldado raso no podía llevar otros útiles para la comida que la copa, la marmita y el asador, y la vajilla de plata de los oficiales no debía pesar más de dos libras. Todo lo demás fue destruido o vendido. De utensilios de aseo fueron tiradas no menos de 20.000 pinzas para la depilación, lo que quiere decir que cada uno de los 20.000 soldados llevaba la suya. También hubieron de desaparecer las camas de campaña, y el mismo Escipión, para dar ejemplo, dormía sobre un saco de paja. Para guarecerse del viento y de la lluvia, usaba él la burda capa ibérica, el sagum, cuyo tono negro le daba motivo para decir, con sarcástica broma, que «la llevaba como luto por las malas tropas que tenía». Los baños calientes fueron prohibidos, lo mismo que el servicio de fricciones y ungüentos. El desayuno debía ser tomado en pie y solo se componía de pan y un condimento, no pudiendo encenderse fuego con tal motivo. Solo durante la comida principal podían los soldados sentarse o tenderse y tomar además del pan un potaje o alguna carne.

Se nos ha conservado toda una serie de frases de Escipión, que aluden al afeminamiento de aquel ejército. Le decía a uno de sus oficiales: «Solo poco tiempo me servirás a mí; pero para el Estado serás una carga todavía mucho tiempo». C. Metelo, el hijo del general del año 143, tuvo que escuchar que «si su madre hubiera parido otro hijo después, habría sido sin duda un solemne asno». A un soldado que hacía ostentación de su escudo lleno de ornamentos, le replicó con ironía: «No es extraño que tengas tan pulida el arma en la que tú más confías».

Así logró Escipión al poco tiempo hacer dócil ese ejército hasta entonces desatendido y rebelde. ¡Qué diferencia entre este decidido general y el tímido mozo que era Escipión a sus 18 años, como Polibio lo pinta! En verdad, aquel hombre había crecido a la par de sus altas empresas.

Después de haber restablecido en cierto modo la disciplina y la frugalidad, se pudo adiestrar aquella tropa, desacostumbrada a la guerra y a las empresas bélicas, para su futura y nada fácil tarea. Los soldados debían aprender día tras día a construir un campamento y a demolerlo, a cavar fosos profundos y a llenarlos de agua, a levantar sólidos vallados y a derribarlos. Claramente se ve en estos trabajos los preparativos para la circunvalación de Numancia, a la que Escipión estaba ya resuelto de antemano. Desde la mañana hasta la noche asistía a los entrenamientos, y nuevamente en tal ocasión se le oyeron palabras aceradas. A un hombre que gemía bajo el peso de un tronco para una empalizada le dijo: «¿Por qué confías más en la empalizada que en la lucha?». A la gente que cavaba los fosos les decía que si no querían mancharse con sangre enemiga debían ensuciarse de barro.

Cuando estuvo el ejército suficientemente adiestrado en el manejo de la azada y de la pala, tuvo que aprender a marchar. «Porque (dice el reglamento del servicio de campaña alemán) la mayor parte de la actividad en la guerra consiste en la marcha». En este punto, Escipión prefería la formación de marcha en ancha columna, de la cual se podía sacar inmediatamente un orden de batalla. Además esta formación, a modo de cuadro, ofrecía protección contra la caballería enemiga, pero también mantenía la mayor cohesión entre los soldados, que siempre pensaban en desertar. Significativo de la inseguridad de la tropa era el que Escipión solía ponerse en la marcha al frente de la retaguardia. El que se salía de la formación era apaleado, incluso los ciudadanos romanos; pero como, según la ley, no se podía pegar a estos con varas, introdujo Escipión el bastón de vid, que fue desde entonces la temida insignia del centurión. Mientras estaba prohibido a los infantes ir a caballo, a veces los soldados de caballería tenían que ir a pie, dedicándose sus monturas al transporte de los enfermos. Además del porte de las armas, el soldado debía adiestrarse para poder llevar trigo para un mes y siete estacas. Una particular atención dedicó este general tan

cauto al servicio de descubierta, tal como lo había aprendido de su padre.

Todas estas particularidades nos las refiere Apiano, a través de cuya relación se advierte claramente la fuente de que proceden: Polibio, testigo de vista y oído. Escipión no se conquistó el cariño de su ejército con tal severidad, pero sí ciertamente el respeto y la confianza. Así como el general debe tener confianza en sí mismo, las tropas deben tenerla en su general. Probablemente todos aquellos entrenamientos y marchas ya no se hicieron en los campos de Tarragona, sino en las amplias llanuras del Ebro central, zona que se hallaba en la ruta del ejército de Escipión. El llenar los fosos con agua indica la proximidad de un río.

Marcha contra los vacceos

Cuando Escipión consideró suficientemente preparado su ejército, emprendió la marcha al encuentro del enemigo. Su objetivo más próximo no era sin embargo Numancia, sino el país de los vacceos, las llanuras alrededor de Valladolid. Quería Escipión primeramente cortar a los numantinos el refuerzo y el aprovisionamiento y recoger la mayor cantidad de trigo posible. Para llegar al país de los vacceos desde el valle del Ebro, donde se hallaba el ejército romano, había dos caminos. El más directo salía de Tudela y atravesando la cordillera pasaba por Numancia, correspondiendo a la carretera actual Tudela-Soria-Almazán-Valladolid; el más largo, que rodeaba la cordillera, conducía de Logroño a Burgos a través del paso que hay entre las montañas del borde de la Meseta y la cadena cantábrica, correspondiendo al camino actual Logroño-Burgos-Valladolid. A pesar de que su séquito quería tomar el camino más corto para llegar a Numancia, prefirió Escipión el camino más largo, evitando el posible asalto de los numantinos en plena sierra. A favor del camino directo se argüía que por él se llegaría en cuatro días a Numancia, que tal vez así se pudiera asaltar la ciudad por sorpresa y que seguramente se apoderaría de la cosecha de aquel año. También se diría que resultaba absurdo interceptar a los numantinos el aprovisionamiento que les venía de los vacceos y en cambio dejarles su propia cosecha. Pero Escipión calaba más hondo y pensaba en lo más inmediato, en el peligro de una marcha por la sierra. El general había proporcionado a sus tropas lo que podía proporcionarles: el entrenamiento en las marchas y en los trabajos de atrincheramiento; pero no podía darles valor, y era necesario, por lo tanto, evitar una emboscada.

Escipión, no queriendo atacar por sorpresa a Numancia, no tenía prisa y quería llegar al país de los vacceos en la época de la cosecha, a fines de julio. Por tal razón remontó lentamente el Ebro e hizo allí provisión de forraje para el ganado, puesto que esto en la Meseta faltaba. El trigo todavía estaba verde en el Ebro, de lo que

se deduce que sería a fin de mayo o principios de junio, pues allí no madura hasta fines de este mes. Así, en las prostrimerías de julio debió alcanzar Escipión el país de los vacceos. Su territorio fue tratado y saqueado como país enemigo, como ya habían hecho anteriormente Lúculo (151), Lépido (137) y Pisón (135). El pretexto dado fue, entonces igual que antes, que los vacceos habían suministrado trigo a los numantinos. En todo caso, el saqueo tendía a privar a los numantinos de esta fuente de aprovisionamiento y procurarse la mayor cantidad posible de cereales. De la misma manera, en el sitio de Cartago lo primero que hizo Escipión fue cortar el aprovisionamiento procedente de las comarcas interiores.

Desde el Ebro, atravesando el famoso desfiladero de Pancorbo –entre Miranda y Briviesca– Escipión llegó a la meseta castellana, internándose primero en la comarca de Palantia. Conocía personalmente aquel país por su campaña con Lúculo (véase pág. 172). Se entabló un combate en una llanura situada al pie de los montes que bordean la Meseta, llamada el «campo coplánico». Cuando el ejército se hallaba ocupado en la recogida del trigo fue atacado por el enemigo, y Escipión dio orden a Rutilio Rufo de que rechazase el ataque con cuatro escuadrones. Rutilio cumplió la orden, pero tan precipitadamente que cayó en una emboscada, de la que tuvo que ser liberado por Escipión. Con cariño refiere Polibio tales episodios, en los que se pone de manifiesto la superioridad de Escipión sobre sus lugartenientes. De Palantia siguió la marcha hacia Cauca, situada precisamente al sur de aquella. El río «fangoso y de difícil paso» que entonces tuvieron que atravesar es el Duero, que sólo lleva agua verde y clara en su curso superior. El agua enfangada y amarilla es característica de los ríos españoles de la Meseta, que corren profundamente encajonados en un lecho arcilloso. Aquel mismo camino pero en inverso sentido, de sur a norte, había sido recorrido por Escipión el año 151. A causa del terrible calor del verano fue necesario hacer las marchas de noche, teniendo que cavar pozos por la escasez de agua y no obteniendo de ellos más que agua amarga. En esa marcha se perdieron muchos caballos y animales de tiro. La época debía ser mediados de agosto, la del calor más sofocante, que aquí alcanza los de 40 grados.

Al acercarse a la ciudad de Coca, huyeron los habitantes, recordando la vileza que antaño había cometido Lúculo con ellos,

pero Escipión les aseguró que no tenían nada que temer. Pasó al norte de la ciudad y continuó Duero arriba camino de Numancia. Se hallaba todavía a unas 10 jornadas de esta ciudad. Del territorio de Coca pasó al de los arevacos, los enemigos principales, y Escipión tenía motivos para extremar la vigilancia. Por el camino cayeron en una nueva celada en un barranco, y una vez más Escipión fue el salvador. El tal barranco era una de esas hoces profundas que van del Guadarrama al Duero y que conocemos ya por la campaña de Pompeyo contra Termancia (v. pág. 189).

Escipión ante Numancia

A principios de septiembre del 134, en los comienzos de la mala estación, llegó el ejército ante Numancia. Se puede señalar con bastante seguridad el sitio desde donde contempló Escipión por vez primera la indómita ciudad. Si realizó su marcha hasta llegar allí por la orilla izquierda del Duero, lo que es probable, porque así se hallaba defendido por el río contra los ataques del enemigo, tuvo que divisar la ciudad desde lo alto del cerro Canal, situado al sur de Numancia (lámina I). Pues como el cauce del río se estrecha allí, un ejército que venga de Ribarroya, en vez de seguir a lo largo del río tiene que subir a la meseta, sobre la cual hoy mismo pasa el camino más corto a Numancia. Desde lo alto de Canal contempló el general romano todo el campo de sus actividades futuras: en primer término el Duero y el Merdancho, los dos ríos que se unían al pie de la colina de la ciudad y que a modo de fosos la defendían; más allá, la colina de Numancia, ascendiendo suavemente desde el río, y detrás de la ciudad la ancha llanura numantina empapada de tanta sangre romana; a derecha y a izquierda, las alturas aledañas del Merdancho y del Duero que parecían cercar a Numancia en un semicírculo a manera de circunvalación natural y que iban a ser la base de su futura línea de bloqueo. En una simple ojeada debió, advertir el general las favorables condiciones del terreno: la natural circunvalación por el oeste, el sur y el sudeste, pero al propio tiempo sus dificultades: el vacío de la parte de levante donde no había ni ríos ni colinas, sino la ancha llanura que formaba un paréntesis en el circuito natural.

¡Y qué asombro no sería el suyo al ver la diminuta ciudad en la baja colina! ¡Este era pues el peligroso enemigo que hacía veinte años que mantenía en jaque a Roma, y que no solo había rechazado de sus murallas a varios ejércitos, sino que los había derrotado en la llanura donde la superioridad romana podía desplegarse! Por la mente de Escipión cruzó la imagen de Cartago, la otra enemiga hereditaria de Roma, que él había destruido doce años antes. ¡Qué

chiquito se le aparecía sin embargo aquel nido de los íberos frente a la poderosa capital africana, con sus gigantescas murallas y la formidable protección que le ofrecía el mar por tres partes! Y esa ciudad ibérica podía no obstante alabarse de haber obtenido sobre Roma éxitos mucho más importantes que los de Cartago en sus últimos tiempos.

Cuanto más insuficiente fuera la protección exterior de Numancia, tanto más debía estimar Escipión la fuerza interior de su enemigo y tanto más difícil debía aparecerle la tarea de dominarlo. Admiramos toda aquella previsión y circunspección típicamente romana que usó aquel en los preparativos para la guerra, primero en el entrenamiento de su ejército y luego aislando a la ciudad enemiga. Con ello ya se había asegurado una parte del éxito, aun antes de presentarse ante la ciudad. Pero también puede fracasar una empresa tan cuidadosamente preparada. Tampoco se habían descuidado sus antecesores en interceptar los aprovisionamientos procedentes de los vacceos, y mejores ejércitos que el suyo tuvieron que soportar descalabros ante Numancia. Escipión tenía pues motivos hondos para realizar todavía con mayor precaución el cerco tan meticulosamente preparado, dejar al azar lo menos posible y sólo apoyarse en factores en los que pudiera contar con seguridad.

Una ojeada al mapa 3 nos muestra que, al revés de lo que ocurría con tantas fortalezas ibéricas, no era el bloqueo el único medio para vencer a Numancia. Es verdad que por el oeste, por el sur y por el sudoeste, lo mismo los ríos que la escarpada pendiente de la colina dificultaban el ataque, pero toda la parte oriental se prestaba fácilmente al asalto a causa de la moderada pendiente de la colina y de la carencia de ríos. Ya nos hemos ocupado de los tres intentos realizados por Nobilior (153), Pompeyo (141) y Popilio (139) para el asalto de la valiente ciudad. En el caso de Pompeyo, está claramente atestiguado que el asalto se dirigió contra la parte de levante de la ciudad; en los otros dos ataques es verosímil que ocurriera lo mismo. De modo que la posibilidad de un asalto era manifiesta. Sin embargo, Escipión no la tomó en consideración. No podía intentar con sus malos soldados lo que mejores tropas no habían logrado. Por eso le vemos desde un principio entrenar a su ejército para el bloqueo (v. pág. 217).

Entre los personajes de su séquito había, naturalmente, temerarios que apetecían una decisión por medio de las armas, como ya antes habían aconsejado una marcha directa hacia Numancia. Contra tales gentes van dirigidas claramente las palabras anotadas por Polibio y que nos han sido conservadas a través de Apiano y de Plutarco (en su colección de las sentencias de Escipión). Por ejemplo, la siguiente frase: «Mal general es aquel que se lanza a combatir antes de que sea necesario; en cambio es buen general el que solamente en caso de necesidad combate, del mismo modo que los médicos no usan del fuego y del bisturí antes que de la medicina». Y esta otra: «No consideraba razonable empeñarse en la lucha con hombres desesperados, sino que prefería cercarlos y someterlos por el hambre». También declara Escipión que «solo se debe dar la batalla cuando se está en condiciones muy favorables o muy desfavorables». Esta sentencia procede de su padre Emilio Paulo. Asimismo acostumbraba decir que un general nunca debía dejarse sorprender y debía serle desconocida la frase «yo no esperaba tal cosa» (non putaram). Sila y César creían en su suerte y ganaron muchas acciones por un arriesgado golpe. Escipión era de otra manera. Si se le quiere aplicar el lema de Moltke: «Primero calcular y después arriesgar»[10], hay que poner el acento de la frase en el calcular.

Se le puede discutir sobre el acierto que en general pueda haber en una estrategia tan precavida, en la cual casi desaparece por completo el gran factor del riesgo, pero en su caso, para un general cuyo ejército no servía para la batalla ni para el ataque, se debe considerar acertada, o mejor dicho, como la única acertada. Su éxito le ha dado la razón. Lo que no consiguió ninguno de sus antecesores, entre los cuales había sin embargo algunos excelentes generales como Marcelo y Metelo, lo consiguió él en pocos meses con insignificantes pérdidas y gastos. Así como no se censura a Fabio, al que honró el pueblo romano con el sobrenombre de Cunctator, el contemporizador, por su acertada estrategia de dilaciones contra Aníbal, tampoco se debe vituperar a Escipión por no haber vencido a Numancia con un audaz asalto en vez de hacerlo con un estudiado bloqueo. Quien lo moteja llamándole «verdugo de Numancia», empequeñece de modo injusto su eminente personalidad. Pero aún hoy se considera acción más gloriosa la de cercar a un ejército enemigo en el campo obligándole a la

capitulación (Sedán), que por bloqueo de una fortaleza, y el príncipe Federico de Prusia se quejaba en 1870 porque le habían dado el empleo de «carcelero de Metz»[11]. Realmente, desde Napoleón I, se considera como la mejor estrategia la decidida ofensiva realizada sin miramiento alguno para el ejército propio. Decía Clausewitz: «No quisiéramos saber nada de generales que pueden vencer sin derramamiento de sangre». Pero antes, cuando el coste del material humano obligaba a la máxima economía en los soldados, se pensaba de otro modo, y el mismo Federico el Grande escribe al final de la Guerra de los Siete años, cuando le obligaron las circunstancias a proceder en contra de su deseo de ofensiva y de batallar: «¿Qué general avisado recurrirá para alcanzar sus fines a un procedimiento tan inseguro y tan arriesgado como una batalla cuando tiene a su alcance otros medios?».

En la Antigüedad domina absolutamente este punto de vista y la moderna estrategia que tiende al rápido exterminio del enemigo le es extraña. Lo mismo que Escipión, pensaba y hacía César, el cual bien sabía ganar batallas. Decía este que se debe operar como lo hacen los médicos, no con el hierro sino con el hambre, y cuando hubo rodeado a los pompeyanos cerca de Ilerda preguntaba «por qué había de exponer los soldados al albur de una batalla. El arte de un buen general debe ser el vencer con astucia y no con la espada». Del mismo modo opinaba Sertorio, antecesor de César y gran conocedor del arte de la guerra. Este método tan eficaz como económico de buscar la decisión por el bloqueo, mejor que por medio de las armas, es típicamente romano. Es un principio de Roma el que «sedendo romanus vincit» (el romano vence sentado) y «tegi magis quam pugnare» (es mejor cubrirse que combatir). Los soldados romanos eran temibles en la batalla campal, pero mejores aún en las trincheras, en la guerra de pico y pala. Lo mismo que los mejores generales romanos han opinado también los estrategas griegos, cual Lisandro, cuya estrategia consistió en vencer a Atenas, no en una batalla, sino interceptando el Helesponto y cortando el aprovisionamiento de trigo, y Jenofonte, que en la Ciropedia, el libro favorito de Escipión, elogia el bloqueo por el hambre.

Claro que la conquista de Numancia no es una gloria de la Historia romana: la más hermosa palma de la victoria sólo la gana el que vence en franca batalla a un enemigo poderoso; pero tal como

estaba la situación en aquel momento, no era posible ganar aquella palma, pues la necesidad, señora de todas las cosas, imponía el bloqueo. Y era un gran éxito realmente el vencimiento de un adversario de largos años y tan peligroso como ese. El éxito en la guerra, lo mismo que en la política, viene a ser un juicio de Dios. Algún lector es posible que considere el bloqueo por hambre como un recurso inadmisible e inmoral, sobre todo enjuiciándolo desde el punto de vista cristiano. Pero es preciso considerar que este recurso se ha empleado aun en la guerra mundial. En la guerra parece que todos los medios estén permitidos. ¡Qué lejos se halla de nosotros aquella época caballeresca y hermosa en que en Eubea, cuando la guerra entre Eretria y Calcis, fueron prohibidas todas las armas de tiro!

Se inicia el bloqueo (Mapa 3)

Ya sabemos que Escipión no quiso tomar Numancia por medio del asalto (oppugnatio) sino por el bloqueo (obsidio). El cerco de una ciudad que se sitia por medio de sólidos vallados que forman una línea continua se llama entre los griegos περιτείχισις, y entre los romanos, que tomaron de aquellos esta técnica, circumvallatio. La primera circunvalación romana que conocemos, aparte la de Veyes (que no es un dato histórico muy seguro), es la de Agrigento, el año 262, pero se cita ya una griega (la de Plateas) durante la guerra del Peloponeso. Los griegos aprendieron este arte de los pueblos del Oriente, donde se encuentra ya entre los asirios, que eran los maestros en las cosas de la guerra, un tipo elaborado de circunvalación. Como en tantas cosas y especialmente en la esfera militar, los romanos han aprendido en este punto de los pueblos más antiguos, pero también en esta especialidad han aventajado a sus maestros. Precisamente los mejores generales de Roma han sido maestros en el arte de la circunvalación. Escipión y César le deben sus mayores éxitos: aquél Cartago y Numancia, éste Alesia. Con frecuencia otros pueblos imitaron la circunvalación romana, como acontece con Yugurta, que la conoció en Numancia, empleándola contra Cirta; y con los galos, que la emplearon para cercar un campamento de César.

La línea de bloqueo consistía en los campamentos en los cuales se hallaban las tropas y en la muralla que los unía entre sí, cuyas distintas partes situadas entre los campamentos se llamaban entre los romanos «brazos» (bracchia), por cuanto los campamentos formaban los «cuerpos», de cada uno de los cuales salían dos «brazos». El número de los campamentos, naturalmente, varía, pero por regla general son a lo menos dos, situados diametralmente frente a frente, dividiendo el circuito en dos partes más o menos iguales. Con tal disposición se podía abastecer con tropas y material y defender independientemente cada mitad desde un campamento. Entre esos dos campamentos principales había por regla general

varios campamentos intermedios menores (de enlace), cinco en Numancia y seis en Masada (fig. 10).

Obstáculos parra la aproximación

La circunvalación daba comienzo comúnmente con la colocación de obstáculos para la aproximación, provisionales, bajo cuya protección era construida la verdadera línea de bloqueo. Esos obstáculos eran necesarios para que pudieran defenderse las tropas empleadas en la construcción de la línea definitiva contra las acometidas del enemigo, y consistían, por lo general, en empalizadas o zanjas, lo que era suficiente para rechazar los primeros ataques. Se emplazaban esos obstáculos por lo menos 100 metros delante de la línea principal, para que esta no pudiera ser tiroteada por el enemigo que había avanzado hasta el obstáculo. Así, César en Alesia emplazó los obstáculos, una zanja, a 400 pasos (120 metros) de la muralla principal. La preparación de estos obstáculos constituye el primer paso de la circunvalación, y como ocurre a menudo también en este asunto el primer paso es el más difícil, pues el enemigo naturalmente ponía todo su empeño en romper el bloqueo mientras no estaba todavía fuertemente consolidado.

Para Escipión la tarea más urgente era rodear a Numancia lo más rápidamente posible de una empalizada y arrojar la red a la cabeza del terrible enemigo sin que se diera cuenta. Por medio de la sorpresa, uniendo el secreto y la celeridad, su abuelo, el gran Escipión, en el año 209 a. J. C. había conquistado a Carthagonova por asalto. Evidentemente, Escipión tuvo que traer consigo las estacas necesarias para la construcción de la primera empalizada, a fin de montarla en el más breve espacio de tiempo. No podía perder tiempo cortando y arreglando la madera, y mucho menos escaseando esta en los alrededores de Numancia. Y ahora se comprende por qué entrenó a su gente a llevar estacas (véase pág. 218). Verosímilmente mandó preparar todas las estacas necesarias sobre la marcha, unos días antes de la llegada, transportándolas ya en los carros, ya a hombros de su gente. Con toda probabilidad conocía de antemano la topografía de Numancia tan bien, que pudo

calcular la cantidad necesaria de estacas para la primera empalizada. Esta era necesaria en primer lugar en la llanura oriental, puesto que toda la otra parte estaba rodeada por los ríos Tera, Duero y Merdancho. Dicha zona del llano comprendía 2.400 metros. Si se añade el trecho a lo largo del Tera, que no es muy ancho ni profundo, tenemos 1.200 metros más, lo que da un total de unos 4.000 metros. Para cerrar aquel espacio de 4.000 metros se necesitaban unas 16.000 estacas, calculando, contando ampliamente, a razón de 4 estacas por cada metro. No utilizaban los romanos para estas empalizadas troncos fuertes, sino estacas del grosor del brazo pero con varias ramas laterales que se podían enlazar unas con otras. Si se trajeron las estacas para los 9.000 metros de la línea total, hicieron falta 36.000 de ellas. Incluso 36.000 estacas delgadas eran fácilmente transportables por un ejército de 20.000 hombres provistos de carros y animales de carga. Casi puede presumirse que Escipión levantó su empalizada ya el primer día, sorprendiendo de ese modo a los numantinos. Seguramente estos tenían noticias hacía tiempo de su marcha, pero no debían temerle mucho, recordando cuantos ejércitos romanos habían ya rechazado; en todo caso no debieron contar con la rapidez con que hemos de suponer obró Escipión, ya que todo estribaba en ella.

Según Apiano, los obstáculos para la aproximación consistían en empalizadas y zanjas. Pero la zanja seguramente solo era necesaria en el llano oriental, siendo sustituida en el resto del circuito por los ríos que, creciendo con las lluvias del otoño, bastaban por completo como primer obstáculo. Debemos imaginar que primeramente se cavó un estrecho foso de medio metro de profundidad colocando en él las estacas y asegurándolas con piedras y con tierra. La segunda operación fue el entrelazado de sus ramillas laterales.

Tan pronto como vieron los numantinos lo que les amenazaba, seguramente trataron con todas sus fuerzas de romper aquel dogal que se les echaba al cuello. Pero Escipión disponía de gente bastante para oponerse a esto al propio tiempo que para seguir fortificando. No obstante, algunas veces parece haberse promovido algún peligroso pánico, ya que leemos cómo el propio Escipión hubo de cargar contra los fugitivos. Así, parece que en algunos puntos llegó el enemigo a abrir unas brechas. Eran momentos

angustiosos para Escipión, en los cuales todo parecía perdido. Pero siempre se restableció la situación. Para la protección de los soldados que trabajaban en la obra, había establecido el general romano dos campamentos principales provisionales, desde los cuales se podían enviar refuerzos a los que trabajaban, en cuanto se notase el primer síntoma de un ataque, lo que se comunicaba de día por medio de banderas rojas y de noche con hogueras. En uno de esos dos campamentos se hallaba preparado el propio Escipión, en el otro su hermano Fabio. Hay que identificar el de Escipión con el que fue después su campamento principal en Castillejo, y el otro con el de Peña Redonda. Se hallaban situados diametralmente opuestos, en la mejor posición para la defensa de todo el recinto de la empalizada.

La muralla de bloqueo

Cuando por fin estuvo terminada la empalizada, pudo levantarse con más sosiego la verdadera circunvalación con muralla y foso, que se emplazaron unos 100 metros detrás de aquella. Su curso puede seguirse por los restos encontrados y por el dato de Apiano de que su circuito medía 48 estadios = 9.000 metros, lo que coincide con los restos. Se ha encontrado especialmente en toda la parte que media entre el castillo ribereño Molino y el campamento Dehesilla, luego entre Dehesilla y el campamento Alto Real, entre el de Castillejo y Valdevorrón y entre el Merdancho y Peña Redonda. En los otros trechos se deduce su curso, parte por los siete campamentos, que han sido encontrados todos, y parte por la disposición del terreno.

La anchura de la muralla en los sitios donde está mejor conservada es de unos 4 metros. Apiano da la medida de 8 pies (2,40 m) pero se refiere al remate de la muralla, teniendo esta una escalera por la parte posterior que llenaba la diferencia entre los 4 metros de abajo y los 2,40 de arriba. La escalera era necesaria para subir a lo alto de la muralla, la cual estaba construida con grandes piedras en sus dos frentes y un relleno entre ambos formado de tierra y piedras pequeñas. En algunas partes había entre esas dos caras de la muralla todavía un tercer muro, para dar más solidez al conjunto. La altura de la muralla era de 10 pies, o sea 3 metros, sin contar el parapeto. De los 2,40 metros de la anchura, 0,40 pertenecían sin duda al parapeto, sirviendo los otros 2 m al paso necesario para defensa y circulación.

Del foso que, según Apiano, se abría delante de la muralla, no hay huella alguna; y sin duda se hallaba solamente en la parte que da al llano oriental y no en las partes escarpadas del recinto donde la pendiente lo suplía. Según el propio autor, cada cien pasos (30 m) se alzaba en la muralla una torre de madera de dos pisos: el de abajo para las catapultas y el de arriba para las señales. En efecto,

se han encontrado restos de tales torres, particularmente en el trecho bien conservado entre el castillo Molino y el campamento Dehesilla. En esa parte se encontraron varios grandes y profundos hoyos para los postes de las torres, los dos anteriores junto a la muralla y los dos posteriores unos cinco metros detrás. Tenía pues la torre una superficie de unos 4×5 metros, lo que era suficiente para el emplazamiento y uso de una o dos catapultas, cada una de las cuales necesitaba 2 metros de largo por 1.50 de ancho. En el piso superior había un mástil para enarbolar la bandera roja de señales. La distancia entre la muralla y la otra orilla del río, la numantina, es en el trecho mejor conservando, entre Alto Real y Dehesilla, de 100 a 300 metros, de modo que se podía enfilar la otra orilla con las catapultas, dificultando así cualquier ataque del enemigo aun desde lejos. Allí donde corre la muralla por las alturas a lo largo del Merdancho, la distancia es de 600 metros y en esta parte no era posible hostigar al enemigo en la otra orilla, pues las catapultas solo alcanzaban a 300 metros. Este trozo estaba determinado por la favorable situación de la muralla en el borde de la meseta. Nuevamente, en el campamento de Peña Redonda, la distancia desciende a 200 metros. Por el contrario, en la llanura oriental, el lugar más peligroso, la distancia aumenta mucho, llegando a los 500 metros en el campamento Valdevorrón y hasta a 1.000 en el de Castillejo. Pero preciso era tener en estos sitios no protegidos por la naturaleza un amplio espacio intermedio para la observación del enemigo.

La laguna

En cierto lugar, la línea se hallaba cortada por una pequeña laguna, que no se podía rodear por su gran extensión longitudinal (SO-NE), sino que era preciso atravesar. Todavía se reconoce esta laguna por el embalse que allí forman actualmente las fuertes lluvias; se halla en el punto medio entre los campamentos de Valdevorrón y Castillejo. Podemos darnos cuenta, en efecto, de que su longitud era de unos 700 metros, mientras que el atravesarla solo exigía un dique de unos 100 metros de longitud, sobre el cual se erigió la muralla.

Los puentes

Los ríos interrumpían la línea en cuatro sitios; uno al sudeste, al pie del cerro Contadero, por el Merdancho; otro al noroeste, junto al campamento Alto Real; un tercero al sudoeste, cerca del castillo ribereño Molino, por el Duero, y en cuarto lugar al norte, en las proximidades de Castillejo, por el Tera. En tales sitios se debió establecer una comunicación, ya fuera por medio de puentes o de cualquier otra manera, pues importaba mucho que el cerco formara un todo conexo para que pudieran pasar tropas y material por todas partes y ofrecerse mutua ayuda las diversas zonas de guarnición. Como Apiano solo menciona la interrupción por el Duero, parece que el establecer puentes sobre el Tera y el Merdancho resultó fácil, pues son mucho más angostos. El Duero en cambio ofrecía gran dificultad. Dice Apiano que sobre «el ancho río de muy rápida corriente» no se logró construir un puente. Podemos imaginárnoslo fácilmente; aun hoy día resultaría dificultoso en invierno establecer un puente sobre el Duero.

Es una gran suerte que podamos reconocer todavía uno de los dos sitios en los cuales se trató de tender ese puente. Unos 400 metros por debajo del lugar donde la circunvalación llega al río Duero procedente del campamento de Dehesilla, hay en su escarpada orilla meridional un fuerte dique consolidado por muros al cual corresponde en la orilla del norte, más llana, otro dique semejante. Ambos tienen, como se ha establecido por la nivelación, exactamente la misma altitud (1.021 metros) y sus ejes longitudinales coinciden. Como además el lecho del río está dividido aquí por una isla, nos encontramos sin duda alguna ante las ruinas del puente de Escipión. ¡Tan maravillosamente se han conservado en estos parajes solitarios durante 2.000 años esas antiguas construcciones!

Una reconstrucción hecha por un perito y que figura en mi obra grande sobre Numancia (T. III. página 156), señala para el puente

una longitud de 140 metros, 80 de ellos sobre el río (que en esa parte tiene 40 metros de anchura en verano pero alcanza los 80 en el invierno) y otros 30 en cada una de las orillas; los pilares tendrían una altura de 7 metros. De ellos había 5: uno en la isla y dos en cada orilla. El remate del dique norte se halla a 1.021,30 metros de altitud, el del sur a 1.021,50. ¡Con tanta exactitud nivelaban los zapadores de Escipión! Que no se construyese el puente en la misma línea de la muralla de circunvalación, sino a una distancia de 400 metros, se explica por la isla que se quiso aprovechar; además, así se defendía mejor el puente de un ataque enemigo. Verosímilmente fracasó la erección del puente por la imposibilidad de asentar el pilar central entre las impetuosas aguas del Duero; pero quizá también se debiera a la falta de vigas de 17 a 25 metros que eran necesarias para la unión de pilar a pilar.

En la otra parte donde el Duero interrumpe la línea romana, por el noroeste, cerca de Alto Real, no se ve rastro alguno de puente; allí, en la confluencia del Duero y el Tera, sus restos debieron desaparecer pronto a causa del ímpetu de la corriente. Como no se logró cubrir el Duero con un puente, el cerco se hallaba cortado en dos sectores por aquel: uno mayor, el oriental, de 7.000 metros con 5 campamentos, y otro menor, el occidental, de 2.000 metros de longitud, con dos campamentos, Dehesilla y Alto Real. Cada una de ambas partes hubo de defenderse por sí sola[12], a lo menos al principio, durante el invierno; más adelante, en el verano, cuando el agua disminuye, se establecería la comunicación. Tal aislamiento ofrecía menos peligro para la parte mayor, la oriental, provista de cinco campamentos, entre ellos los dos campamentos principales, que para la occidental. Hay que suponer que esta se hallaba de antemano bien provista de tropas y de provisiones para bastarse a sí misma. Si ya desde un principio hubiera sido imposible cruzar el Duero, habría debido Escipión trasladar la guarnición del trozo Alto Real-Dehesilla a un lugar más vadeable o más estrecho, a costa de un rodeo; pero, verosímilmente, la riada que impidió la construcción del puente, o lo destruyó, no vino hasta más tarde. Dado el aislamiento del trecho occidental, era su abastecimiento el cuidado más importante. Pero precisamente aquella zona no tenía mucho que temer de los numantinos, por la dificultad de cruzar el río, que era la misma para los sitiados que para los romanos.

El bloqueo del río

Para impedir que los sitiados pudiesen introducir víveres por el río, por medio de botes o a nado, colocó Escipión en él una barrera fluvial. Consistía en dos vigas largas, guarnecidas de afiladas puntas de hierro, uno de cuyos extremos estaba fijado en la orilla y con el otro empalmaban entre sí, dando vueltas por la corriente del río. Esas barreras debieron ser colocadas en dos sitios, en Alto Real y junto a Molino, puesto que el aprovisionamiento lo mismo podía intentarse desde aguas arriba que desde aguas abajo.

Los castillos ribereños

Ambas barreras se encontraban junto a dos castillos ribereños, uno de los cuales, Molino, se conserva, y el otro, Vega, aún puede apreciarse. Según Apiano, el transporte de víveres y de hombres en ayuda de Numancia fue intentado no solo en botes a remo sino también a vela. Asombra tal afirmación, porque hoy se ve en el Duero apenas una barquilla por toda esta región, pues su profundidad en general es demasiado pequeña. El río entonces llevaba por consiguiente más agua, y esto se halla comprobado en otros ríos que eran en aquel tiempo navegables y hoy en verano se secan. Este cambio se halla en relación con la tala de los bosques.

La circunvalación terminada

Aparte de los cuatro puntos donde era interrumpida por los ríos, y en la laguna, la línea de circunvalación no tenía que superar ninguna dificultad especial. En la mayor parte de su recorrido podía deslizarse por terreno bastante llano y solamente en tres sitios tenía que remontar o descender un tanto, entre Dehesilla y Raza, entre Castillejo y el Tera y entre Peña Redonda y Merdancho.

Si nos preguntamos cuánto tiempo ha costado la erección de la muralla y de los 7 campamentos, podemos tener en cuenta algo semejante, cual es el hecho de que Tito con un ejército parecido (60.000 hombres) construyó el cerco de Jerusalén, no tan extenso como el de Numancia, y con topografía semejante a este, en solo tres días. Por otra parte, la construcción de la doble muralla con que cercó a Cartago por la parte de tierra costó a Escipión 20 días, no obstante que con sus 11 km no era mucho más larga y disponía entonces de más de 80.000 hombres. Podemos, por lo tanto, calcular que el cerco de Numancia pudo completarse en unos diez días.

Si Escipión se encontraba en tierras de los vacceos en la época de la cosecha, a principios de agosto, y llegó ante Numancia en los primeros días de septiembre, la circunvalación pudo hallarse terminada, con sus 7 campamentos, en los comienzos de octubre del 134. Realmente, parece que el campamento de Castillejo ha sido construido en esa época (véase página 268). En el cerco de Cartago poseía Escipión un buen modelo para el de Numancia. Se diferenciaban entre sí en que el primero estaba formado por una doble muralla, la una frente a la ciudad y la otra posterior, para hacer frente a los socorros. Esta muralla posterior no existió en el cerco de Numancia, ya que no había que contar con intentos de auxilio. La circunvalación de Escipión en Numancia es sencilla: la primera empalizada es sólo un obstáculo provisional y no una segunda muralla.

Apiano alaba a Escipión por haber sido el primero en triunfar, valiéndose de la circunvalación, de un enemigo antes no vencido y dispuesto a la batalla. Es justo y realmente merece alabanza, pues no era fácil empresa la de encerrar a un adversario tan valiente que seguramente se habrá defendido de ello de manera desesperada, cosa que Pompeyo no consiguió en el año 140. El mismo César fracasó rotundamente en su intento de cercar a Pompeyo en Dyrrachium.

Ya en mi primer escrito sobre Numancia, el año 1905, señalaba, a base de mapas incompletos, la probable situación de los 7 campamentos, y a excepción de uno, el de Castillejo, todos los otros han sido encontrados en los sitios señalados: hasta tal punto determinó la disposición del terreno el curso de la circunvalación. Numancia se hallaba, por el sur, sudoeste y sudeste, o sea toda la zona bañada por los ríos Duero y Merdancho, rodeada por colinas diluviales que forman, prescindiendo de la amplia brecha del Duero, una serie continua de alturas que solo presenta reducidos cortes. De laderas escarpadas por el lado de Numancia, difíciles de atacar por tanto, y bañadas por los ríos a manera de fosos, estas alturas parecen haber sido creadas exprofeso para la instalación de una línea de bloqueo. Su superficie casi llana facilitaba la construcción de los campamentos y las murallas que los unían entre sí. Como estos cerros alcanzan más o menos la misma altura que la ciudad o incluso la superan, como en el sur, desde ellos se puede contemplar toda la ciudad baja, que llegaba hasta los ríos, y parte de la ciudad vieja sobre la colina. Por el norte y por el este, en la llanura, los alrededores carecen por el contrario de elevaciones, pues los cerros inmediatos y pequeños de Rivillas, Peñas Altas y Valdelilo no se tuvieron en consideración para el bloqueo a causa de su escasa altura; pero a una distancia conveniente también se levantan aquí algunos cerros como los llamados Contadero, el Valdevorrón y el de Castillejo, que eran a propósito para continuar la circunvalación. Sólo los tramos Valdevorrón-Castillejo y Castillejo-Alto Real, cada uno de una extensión de 1.200 metros, eran completamente abiertos, lo que constituye únicamente la cuarta parte de la línea total, que mide 9.000 metros.

Alesia

Ya quedó indicada en mi primer estudio la sorprendente semejanza de la topografía de Numancia con la de Alesia, en la Galia, que César sometió el año 52 por medio del bloqueo. Es sorprendente cómo una y otra ciudad, tan semejantes en su destino, la ruina de un pueblo valeroso, también coinciden en su aspecto exterior. Las proporciones de Alesia son ciertamente más vastas: la ciudad es mayor; también son más altas y más extensas las mesetas circundantes, los valles más anchos y profundos; la línea de cerco de César mide 16 km, mientras que la de Escipión sólo tiene 9. Todo lo demás coincide: la corona de colinas y el amplio intervalo en un lado (en Numancia la llanura al este, en Alesia el llano de Les Laumes al oeste); además la misma altura de las colinas circundantes entre sí y con la ciudad (en Numancia unos 1.050 metros, en Alesia 400 m); el aislamiento de la ciudad por dos ríos que se unen al pie de la colina (en Numancia el Duero y el Merdancho, en Alesia el Ose y el Oserain).

Jerusalén

Hay otro lugar histórico que es igualmente el último baluarte de un pueblo que luchaba por su libertad, y que también fue sometido por el bloqueo, que muestra la misma topografía: Jerusalén, conquistada por Tito el año 70 de nuestra era. Esta ciudad está de idéntica manera rodeada de colinas por todas partes menos en el oeste, por donde Tito atacó. También nos hallamos aquí con igual altura de las mesetas (800 metros), no menos que con la conjunción de dos valles: el Hinnom y el Cedrón.

La notable coincidencia de las tres famosas ciudades, tanto en su destino como en su topografía, no es un capricho del azar, sino uno de los más elocuentes testimonios de la dependencia de los hechos históricos respecto de las condiciones naturales. Las tres ciudades han sido cercadas porque sus alrededores se prestaban a ello, y la semejanza topográfica deriva de igual formación geológica originada por los depósitos diluviales. De ahí la misma altura de las mesetas, sus superficies llanas y el estar divididas por la erosión; de ahí la unión de los dos valles de erosión al pie de la colina de la ciudad. Tales alturas aisladas y rodeadas por alturas diluviales parecen hechas a medida para este tipo de bloqueo. César nos dice que fue la topografía de Alesia lo que le decidió a usar la circunvalación.

Las diferentes partes de la circunvalación

El cerco de Numancia se hallaba dividido en cuatro secciones por el Duero, el Tera y el Merdancho: la línea del Duero en el oeste con los campamentos Alto Real y Dehesilla; la del Merdancho al sur, con Raza y Peña Redonda; el llano oriental con Valdevorrón, Travesadas y Castillejo, y la línea del Tera. En línea recta, las secciones 1, 2 y 4 tienen aproximadamente la misma longitud, a saber: 1.600 metros la del Duero, 1.800 la del Merdancho, 1.200 la del Tera; la sección del llano oriental mide 2.400 metros. Con gran sentido de lo topográfico, el soriano Francisco de Mosquera, autor del poema «La Numantina» (1612), comprende la topografía del bloqueo poniendo en boca de Escipión la siguiente orden[13]:

Repártase por todos el trabajo:

Yugurta acabará el partido bajo[14]*,*

Yo y Mario por los altos cavaremos[15]*,*

Sertorio junto a Duero y juntamente

En tercios nos imiten nuestra gente.

Sólo falta en esta referencia la línea del Tera, ya que el autor no podía saber que al comprender el Castillejo, la línea abrazaba también una parte del Tera.

1. La línea del Duero. En la parte bañada por los ríos y acompañada por alturas, la circunvalación está determinada por la topografía misma. La meseta al oeste de Numancia, rodeada por el Duero, está formada por un gran depósito diluvial coronado por el cerro Dehesilla, que se eleva 50 metros sobre el Duero. Esta meseta del

Duero está compuesta de tres partes: las cimas de Dehesilla y Alto Real, que se levantan respectivamente en sus extremos norte y sur, y las pequeñas eminencias que las enlazan con el saledizo a modo de baluarte de Peña Judía. Por esto los puntos de apoyo de la fortificación debían situarse en las dos alturas de Alto Real y Dehesilla. Alto Real se levanta a 20 metros sobre el río, Dehesilla a 50 metros. Dehesilla está indicada, por lo tanto, como posición principal de la zona del Duero. Además, su extensión permitía un amplio campamento, y la fuerte pendiente hacia el río facilitaba su defensa. En Dehesilla se ha encontrado, pues, el mayor de los dos campamentos; el menor se halla en Alto Real. También la zona intermedia era apropiada para la defensa, aunque no tanto como aquellos dos cerros, puesto que aquí el borde de la meseta se curva hacia el interior formando a manera de una ensenada, alejándose un tanto del río protector. Favorable para la defensa era el bastión de Peña Judía, que se adelanta en la parte media entre los dos campamentos y divide el frente en dos mitades de 300 m de longitud, así que al enemigo que atacara por el lugar más favorable y llano, entre Peña Judía y Alto Real o Peña Judía y Dehesilla, se le podía disparar desde ambos flancos alejados solo 150 metros.

2. La línea del Merdancho. En tanto que las eminencias del Duero sólo se elevan a 50 metros, las del Merdancho alcanzan 70. Desde estas alturas se domina mejor que desde cualquier otro punto todo el contorno de Numancia, ofreciendo el cerro Canal el panorama más hermoso (v. pág. 222). La línea del Merdancho se hallaba dividida en dos secciones por una profunda garganta al oeste de Peña Redonda. En su sección mayor, la occidental, se encuentra el campamento Raza; en la más pequeña, la oriental, el campamento Peña Redonda. Creeríamos deber encontrar el campamento occidental en la dominante altura de Canal, pero se colocó un poco más hacia levante, porque allí una hondonada facilitaba el ataque del enemigo. El campamento de Raza está exactamente a mitad de camino entre el de Dehesilla y Peña Redonda a unos 1.000 metros de distancia de cada uno. La ladera de la meseta es empinada en todo este trozo, pero en cambio la distancia del río Merdancho es demasiado grande (más de 500 metros), para que pueda enfilarse el río con las catapultas. Solamente junto al campamento de Peña Redonda se acerca la línea a unos 200 metros del río. Peña Redonda venía a ser, gracias a las dos profundas gargantas que la aíslan,

como un bastión avanzado audazmente hacia Numancia. La punta norte de la colina solo se halla a 100 metros en línea recta de la ciudad y seguramente ha servido a los sitiadores como observatorio.

3. La llanura oriental. La llanura al este de Numancia no es enteramente llana; posee pequeñas eminencias cuyo eje tiene en su mayoría, como el de la colina de Numancia, una dirección Norte-Sur. Por eso resultaban apropiadas para la circunvalación. La serie de cerros más próxima, con Peñas Altas al sur y Rivillas al norte, no fue tomada en consideración por hallarse solamente a 100 ó 200 metros del enemigo y ser demasiado propicias para sus asaltos. Por esta razón se retiró la circunvalación más atrás, a la línea de colinas Contadero-Valdevorrón, que se halla a 500 metros de distancia. Esos cerros de escasa elevación son decididamente menos favorables para la defensa que las alturas del oeste y del sur, y además tienen una pendiente muy suave. Ante todo les faltaba la cobertura de un río, defecto que intentó soslayar Pompeyo por medio de un canal derivado del Merdancho (v. pág. 190). Con estas condiciones desfavorables, la mayor distancia de la línea, que obligaba a un considerable rodeo, tenía la ventaja de que se podía observar mejor, desde lejos, un ataque de los numantinos. El lugar más peligroso de toda esa zona era la depresión completamente llana que se extiende entre Valdevorrón y Castillejo (v. pág. 247). Por eso, entre uno y otro, cuya distancia venía a ser la normal de unos 1.000 metros, se estableció otro campamento más, inmediato a la laguna: el de Travesadas. El campamento de Valdevorrón está sobre la baja colina de este nombre. El de Travesadas está completamente en lo hondo y es el más bajo de los siete campamentos, así como el de Raza es el más elevado. La parte norte de este trecho la defiende el campamento de Castillejo. La colina así denominada es una gran masa diluvial que abarca todo el espacio comprendido entre la laguna y el Tera.

Como una atalaya, Castillejo domina por una parte la llanura oriental, por la otra el valle del Tera. Desde aquí se divisa casi todo el circuito, quedando tapada por la colina de Numancia solo la parte sur que va de Canal a Peña Redonda. La considerable distancia de 1 km que separa Castillejo de la ciudad tenía la ventaja de que permitía observar cualquier ataque enemigo desde que asomase por las puertas de la misma. La pendiente de la colina

Castillejo hacia el sur, por la parte de un posible ataque, es bastante abrupta; la oriental, que es suave, estaba defendida por la circunvalación. La llana y espaciosa cumbre de la colina ofrecía lugar para un amplio campamento. Así se ganó Castillejo en todos los aspectos la preferencia que le concedió Escipión, estableciendo allí su cuartel general, como ya habían hecho antes que él dos de sus antecesores (v. página 266).

4. La línea del Tera. Una vez alcanzado Castillejo, la línea debía seguir el curso del Tera que servía como foso. Faltando aquí alturas, la línea del Tera, después de la llanura oriental, era la parte más peligrosa. Pero entre Castillejo y Alto Real no se ha encontrado ningún otro campamento.

Se ve que la mayoría de los campamentos –Castillejos, Dehesilla, Valdevorrón, Peña Redonda– se hallaban a la misma altura (1.050 m), del mismo modo que los de César en Alesia se encontraban al mismo nivel de 400 metros. Así pues, la naturaleza ya había predeterminado la circunvalación. Y a ello se agregó el general que supo sacar partido de las condiciones favorables del terreno.

El curso de la circunvalación

Josefo ha descrito con bastante exactitud el curso de la circunvalación de Jerusalén. Lástima que no poseamos una descripción semejante de la de Numancia, pero con los trozos conservados y la disposición del terreno se puede reconstruir la línea de bloqueo de Escipión con precisión suficiente.

Comenzaremos el recorrido por Peña Redonda. La muralla arranca de la parte norte del campamento, sigue una cresta que baja al Merdancho, tuerce en ángulo recto hacia el este y corre 200 metros a media altura de las colinas, formando una terraza de 2 metros de anchura, en la que había quizás una empalizada; por lo escarpado de la pendiente, aquí no hacía falta una muralla. El trozo desde este punto al campamento de Valdevorrón no se ha conservado, pero dadas las condiciones del terreno la muralla seguía la ladera hasta frente al cerro Contadero y atravesaba después el Merdancho siguiendo hacia Contadero y Valdevorrón. Entre Valdevorrón y Castillejo se conservan dos largos trozos de la muralla. El primero de ellos señala en parte el frente del campamento de Travesadas y pertenece en la otra parte al tramo Travesadas-Castillejo; el segundo trozo alcanza el flanco oriental del campamento de Castillejo en un doble arco en forma de S. En el tramo de Castillejo-Alto Real no se ha conservado ninguna muralla, pero su curso está indicado por el Tera. Frente a Alto Real debió de hallarse el castillo ribereño superior (Vega), del que se han encontrado huellas en el rincón de la confluencia del Duero y el Tera. El tramo de Alto Real a Dehesilla se ha conservado casi del todo. Lo mismo sucede con el de Dehesilla al castillo ribereño de Molino. Este tramo no termina en el actual lecho del río sino en un brazo muerto, que representa el lecho de aquellos tiempos. En este tramo se encontraban, detrás de la muralla, múltiples edificaciones para la guarnición. Del castillo ribereño Molino debió continuar la línea hacia el campamento de Raza subiendo por el actual sendero. De Raza hasta Peña Redonda el curso de la muralla está dado por el borde escarpado de la

meseta.

Mide la circunvalación alrededor de 9.000 metros, lo que coincide con la indicación de Apiano que dice haber sido de unos 50 estadios, equivalentes a 9.200 metros. Esta diferencia hay que atribuirla a que en el plano la longitud de las pendientes resulta algo disminuida por la proyección. Comparada con la línea de bloqueo de Alesia y Jerusalén resulta mucho más larga la de Alesia con 16 km y más pequeña la de Jerusalén con 7 solamente. El cerco de Masada mide 5,5 kilómetros, 4 el de Bettir, refugio de los judíos en su último levantamiento del año 135; el de Birrenswark, en Escocia, tan solo 2,7. Augusto cercó el Monte Medulio, junto al Miño, último baluarte de los galaicos, con una línea de 27 kilómetros de desarrollo, pero, naturalmente, sólo se trataba de un atrincheramiento de campaña y no de una muralla como aquí. Casi 80 kilómetros abarcó la línea de sitio de París en 1870-71, la más extensa circunvalación que el mundo ha visto hasta el momento presente.

Una línea de bloqueo debe ser lo más estrecha posible y tan amplia cuanto sea preciso, pues todo rodeo innecesario da lugar a un trabajo inútil. Contemplando la obra de Escipión, hay que reconocer que supo utilizar lo favorable del terreno con maestría, y allí donde este no se prestaba encontró la mejor solución. En el tramo Tera-Duero-Merdancho la línea estaba indicada por los ríos y las alturas; por el contrario, el trazo Contadero-Castillejo se desarrolla por la llanura oriental de modo artificial, y hubiera sido posible un trazado más estrecho o más amplio. Después de haber decidido utilizar las colinas de Valdevorrón y Castillejo, el resto de la línea se imponía por sí mismo. También la distribución de los campamentos es la apropiada. Están dispuestos de tal manera que su distancia es casi la misma, alrededor de los 1.000 metros, excepto el campamento de Travesadas que se halla en una posición especial (v. pág. 255). A una distancia parecida se hallaban también los castillos de César y de Pompeyo en Dyrrachium; los campamentos de César en Alesia están a unos 700 metros unos de otros, los de Tito en Jerusalén a unos 550 metros.

Con una distancia de 1.000 metros, la guarnición de los dos campamentos entre los que se realizaba el ataque podía llegar en

pocos minutos a la parte media, distante de ambos unos 500 metros. Los dos campamentos principales se encontraban diametralmente frente a frente, y estaban en la margen izquierda del Duero, que era con mucho la más importante. Todos los campamentos, excepto el de Travesadas, estaban emplazados en las alturas. En esto y en la estrechez de los campamentos se manifiesta su carácter defensivo. Pues, corrientemente, el general romano situaba su campamento en una eminencia apropiada para el ataque, como correspondía al espíritu de ofensiva de la táctica romana. Si Escipión prefirió las seguras alturas lo hizo atendiendo al escaso valor de su tropa. El abastecimiento de agua de la línea de bloqueo se obtenía de los ríos. Los campamentos de Castillejo, Dehesilla y Peña Redonda, donde el arranque de la línea de bloqueo se ha conservado, adelantan sobre ella de 100 a 200 m, como una especie de bastión, y probablemente ocurría lo mismo en los otros campamentos. Con tal disposición se podía disparar por los dos flancos sobre el enemigo que atacase en el espacio intermedio. A pesar del estudiado aprovechamiento del terreno quedaban en la circunvalación algunos puntos débiles. El más peligroso era el trayecto de 2.400 metros a través del llano oriental, que no estaba defendido ni por un río ni por alturas escarpadas. La parte más amenazada era el trecho de 700 metros desde Valdevorrón a la orilla norte de la laguna; por ello se erigió en su punto central el campamento intermedio de Travesadas. Era ese el punto más importante de la defensa romana y donde debió regarse nuevamente con sangre el llano, solo que esta vez fueron los numantinos, más que los romanos, quienes cubrieron con sus cuerpos este suelo que ya había sido tantas veces disputado acremente.

Los 7 campamentos (mapa 3; planos 3, 4; fig. 8)

Solo cuando estuvo lista la muralla de bloqueo se procedió a la construcción de los siete campamentos, pues antes que nada urgía la tarea de cercar la ciudad por muralla y fosos. La edificación de los campamentos no corría tanta prisa, y antes de que se completaran, las tropas podían vivaquear, hasta que el invierno exigiera sólidas construcciones, habiendo llegado Escipión frente a Numancia en otoño. De los 7 campamentos de Escipión ya conocemos los dos principales de Castillejo y Peña Redonda, que, a lo menos provisionalmente, fueron edificados desde un principio para poder rechazar los ataques del enemigo a los soldados que trabajaban en los obstáculos de aproximación (v. pág. 231).

En el curso de los cuatro años, tres meses cada uno, que dediqué a la exploración del sitio de Numancia, he logrado descubrir los siete campamentos. Esto no era nada fácil, puesto que nadie sospechaba su existencia y había que aprender a reconocer primeramente los restos visibles todavía en el suelo. Tales huellas son, ante todo, los muros que rodean los campamentos y parte de los cuales todavía subsisten, por ejemplo en los de Peña Redonda, Castillejo y Dehesilla. También se puede ver aún la muralla oriental del campamento Raza con dos puertas. Esa maravillosa y excelente conservación es debida a las circunstancias de que en estos lugares, en las alturas que rodean a Numancia por el oeste, el sur y el sudoeste, apenas si se han efectuado cultivos. En cambio, en la parte oriental casi no se veía sobre la superficie rastro alguno de los campamentos de Castillejo, prescindiendo de su muralla norte, Valdevorrón y Travesadas, porque en estos parajes los trabajos agrícolas han arrancado todos los muros que sobresalían del suelo. El descubrimiento y la excavación de estos campamentos ha costado muchas fatigas y mucho dinero, en tanto que en Peña Redonda han resultado más fáciles y baratos esos empeños, dado que los muros se veían todavía en parte y la excavación para sacar a luz el resto no fue penosa porque solo había una ligera capa de humus de 10 a 20

centímetros de espesor encima de aquellos. Otro vestigio de los campamentos eran fragmentos de las vasijas, ánforas especialmente, que el arado había sacado a flor de tierra prestando un estimable servicio al arqueólogo.

Todos los domingos, parados los trabajos, yo iba, acompañado de mi fiel capataz Juan Ibáñez[16], por las alturas del contorno de Numancia y allí nos poníamos a porfía a rebuscar restos antiguos. Los ojos, cada vez más habituados al terreno, reconocían cualquier vestigio artificial en la superficie: aquí, sobresaliendo del suelo, una piedra de los muros, allí un amontonamiento, bajo el cual debía encontrarse algo antiguo, o fragmentos de ánforas. El momento más propicio para la rebusca era la caída del sol, porque entonces las sombras son más acusadas y podían ser advertidas incluso cosas que apenas sobresalían a ras del suelo. Así descubrí yo una tarde, con los prismáticos, la muralla del campamento de Peña Redonda. Los primeros vestigios de este campamento tan bien conservado ya fueron descubiertos por mí el año 1905, y eran no solamente cacharros, sino también una azada de zapador romano (dolabra): ¡era el primer saludo de los campamentos de Escipión! Donde se notaba algo sospechoso, se levantaba una señal o mojón con las abundantes piedras desperdigadas alrededor, para poder encontrar de nuevo el lugar.

También obteníamos algunos datos de los pastores, pues ¡quién había de conocer esos parajes mejor que ellos, que se pasan año tras año apacentando allí su ganado! Con algún pequeño regalo conquistaba su amistad, y siempre se hallaban dispuestos a acudir con su rebaño cuando se trataba de sacar alguna fotografía. El rebaño de ovejas es el adorno vivo de la meseta castellana. Aquellos solitarios paseos por las tranquilas lomas de Numancia son para mí inolvidables, como lo es el penetrante aroma, que el romero y el tomillo despiden al atardecer. Los pastores llevan este aroma impregnado en su atavío lo mismo que los corsos, de los cuales decía Napoleón que los conocía por el parfum de mâquis (perfume de los matorrales). Es bien sabido que el recuerdo de los olores es particularmente tenaz.

¡Y qué alegría cuando en los sitios señalados con los mojones descubría después el azadón un trozo de muro! ¡Nunca olvidaré el

gozo de aquellos descubrimientos! Todavía me parece estar viendo cómo el año 1906, en los matorrales de Peña Redonda, surgían de la tierra los muros de los primeros cuarteles y cómo pronto iban formando largas hileras resultando cada vez más la forma de un campamento completo. Piénsese que parecía ilusorio esperar el hallazgo de un campamento de época tan remota, especialmente porque los campamentos más antiguos que se conocían hasta entonces, los campamentos del tiempo de Augusto en el río Lippe, estaban hechos enteramente de tierra y madera, y debía suponerse que los campamentos de Escipión, erigidos solo para corta temporada, debían ser también de tierra y madera y había que contar con su completa desaparición. Aquella temporada es la época más feliz de mi vida. No hay nada más hermoso que dedicar los mejores años a una tarea tan libremente elegida por uno mismo y favorecida por la suerte en rara medida. Por ser Peña Redonda el primer campamento que descubrí era para mí lo más querido, pero al mismo tiempo también por presentar su descubrimiento dificultades especiales. Cuando en el rodar del tiempo encontré los cinco campamentos mucho mejor conservados y construidos de la Gran Atalaya de Renieblas, no experimenté tanta alegría como en Peña Redonda. On revient toujours à ses premiers amours!

Campamento de Castillejo (Plano 3)

De los siete campamentos de Escipión, los principales son dos: Castillejo y Peña Redonda, pues cada uno alojaba una de las dos legiones. El primero de los citados tiene la preferencia, pues allí estaba el cuartel general desde el que Escipión dirigía el sitio de Numancia. Así la colina, hoy tan tranquila, por la que no transitan sino pocos campesinos, es un lugar histórico, consagrado por aquel nombre famoso. Ya el propio nombre de Castillejo, correspondiente al alemán Alteburg –nombre que aparece frecuentemente en el Limes–, indica que había allí unas ruinas antiguas. El nombre fue dado por los campesinos que empuñando la azada año tras año tropezaban con paredes y ponían al descubierto numerosos objetos, incluso monedas. En mi primera exploración en 1905, encontré trozos de ánforas y vasos campanienses de color negro brillante, pero las zanjas de entonces no dieron resultado. El año siguiente estuve más afortunado. Al excavar en un lugar el borde occidental, de donde había arrancado piedras el peón caminero, tropecé en seguida con paredes: ¡era el pretorio de Escipión!

En los años siguientes fue excavado todo lo que pudo encontrarse mediante catas, y pocas paredes habrán quedado sin descubrir. Una vez hecho el plano cuidadoso de los muros excavados, fueron cubiertos nuevamente en razón de las labores de la tierra, de modo que actualmente del campamento de Escipión no se ve otra cosa que el escarpado talud que indica la muralla del norte en unos 300 metros, con el ángulo nordeste. Como muestra el plano 3, la conservación de los muros es muy desigual en las diversas partes del campamento. Llama la atención el buen estado en que se conserva la parte norte, lo que se explica por la gruesa capa de humus que hay allí, lo que obedece a la inclinación del terreno desde la parte media del campamento hacia el norte y hacia el sur. Por el contrario, la destrucción de los muros en la zona central del campamento encuentra su explicación en la escasa capa de humus en esta parte más alta y más expuesta a la denudación. Como ya

sabemos (v. pág. 255), la línea de bloqueo escala el cerro Castillejo en un amplio doble arco en forma de S, encerrándolo en la circunvalación. Ninguno de los otros campamentos se halla tan lejos de Numancia. Mientras la distancia de estos últimos es, por término medio, de 800 a 500 metros, Castillejo, en cambio, se hallaba a 1.000 metros. Las desventajas que ello suponía y las ventajas que, en cierto modo, las compensaban, han sido ya discutidas (v. pág. 253).

La plataforma de la colina queda limitada al occidente por la empinada pendiente hacia el Tera y en los otros lados por un borde menos escarpado, en la curva de nivel de 1.040 metros. Dentro de esos límites se utilizó la parte central y más alta para el campamento, en tanto que este toca el tajo en el lado de occidente, mientras por los otros lados dista unos 70 metros de la curva de 1.040 metros. Numerosos fragmentos de la característica cerámica del período hallstáttico con motivos geométricos incisos muestran que la colina ya estaba habitada en tales tiempos, quizá por pescadores cuyos vestigios se descubren también en el castillo ribereño de Molino (v. página 293). Al lado de estos cacharros célticos hay también algún raro ejemplar ibérico. A estos poblados prehistóricos, de cuya historia nada se sabe, siguen los campamentos romanos.

Los tres campamentos de Castillejo

En el esquema del plano 3a, se puede ver cómo han existido aquí nada menos que tres campamentos. La inmensa mayoría de los muros pertenecen al campamento en negro. Son: en el este una larga fila de cuarteles, orientada perpendicularmente al borde septentrional; al oeste otra faja similar, también de cuarteles, y en el borde occidental un gran edificio cuadrado, el pretorio de Escipión; al norte una larga hilera de pequeñas construcciones siguiendo la muralla de ese lado y formando ángulo recto con la fila oriental de los cuarteles.

Puesto que el campamento señalado en negro se ha conservado en su mayor parte, es de presumir que en él tenemos el más moderno de los tres, o sea el de Escipión. Este debe haberse conservado mejor que los de sus antecesores, por la sencilla razón de que las nuevas construcciones siempre vienen a deteriorar las anteriores y porque seguramente los numantinos no habían dejado de destruir aquellos campamentos anteriores, lo que no pudieron hacer con el de Escipión, que les sobrevivió. Pero, además, puede probarse que el campamento negro es el escipiónico, el más moderno. Sus muros descansan tanto sobre los del representado en blanco como sobre los del sombreado y son, por tanto, más recientes que estos. Siendo el negro el más moderno de los tres campamentos, ha de ser el de Escipión, que fue el último general que levantó un campamento delante de Numancia. Por otra parte, como los muros del campamento sombreado aparecen por encima de los muros del blanco, debe ser considerado este como el más antiguo de los tres y el sombreado como el intermedio.

Si nos planteamos la cuestión de quiénes han sido los constructores de los dos campamentos más antiguos, solo podemos tomar en consideración como constructores dos de los generales que han luchado contra Numancia del 153 al 151 y del 143 al 135. El primer general que acampó ante Numancia, Nobilior, en 153,

construyó su campamento sobre la Gran Atalaya de Renieblas, pero Marcelo, el sucesor de Nobilior (152-151), estableció su campamento –según Apiano– a 5 estadios de Numancia. Como esta es precisamente la distancia a que se encuentra Castillejo, hemos de atribuir el más antiguo de los dos campamentos anteriores a Marcelo. Su sucesor Metelo (143-142) no atacó a Numancia (v. pág. 182), y por tanto no acampó en sus inmediaciones. En cambio sabemos que Pompeyo (141-140) estableció un campamento de invierno delante de Numancia: este debe ser el segundo de los tres campamentos, ya que los generales que le sucedieron no establecieron ningún campamento de invierno frente a Numancia, pues unos se marcharon tras un corto fracaso y otros ni estuvieron en sus cercanías. De manera que el campamento más antiguo pertenece a Marcelo, a comienzos del año 151, el segundo a Pompeyo, a fines del año 140, el último a Escipión, de fines del 134 a. J. C.

Como vemos, se explica muy bien la destrucción de los dos primeros campamentos y más bien hemos de sorprendernos de que aún quede algún resto de ellos. Esto puede explicarse de la siguiente manera: los muros más antiguos no dificultaban gran cosa la construcción del nuevo campamento, ya que solamente se conservaban los cimientos, por encima o junto a los cuales se podía edificar. Tenemos aquí en pequeño lo que puede observarse en grande en Roma, en los palacios imperiales del Palatino y en las termas de Tito, donde los muros de los palacios anteriores han sido utilizados como cimientos para los posteriores. De igual manera los constructores de la Numancia romana han dejado en pie y aprovechado muchos muros de la ciudad ibérica (fig. 13). Se pueden distinguir los tres campamentos también por sus distintas orientaciones y por el diverso trazado de sus murallas. Tal superposición de campamentos se encuentra también en la montaña de Renieblas, que tiene cinco (v. pág. 131), y en el Limes de Alemania y de Inglaterra, donde frecuentemente se superponen varios campamentos, como acontece por ejemplo en la Saalburg.

El cuartel general de Escipión (Plano 8)

Vimos que el campamento marcado en negro es el de Escipión. Entre los siete campamentos hemos de atribuirle con razón sobrada el primer puesto y reconocerlo como el cuartel general de dicho caudillo. Como la mitad oriental de la circunvalación es con mucho la más importante, solo en esa zona hay que buscar el campamento principal. Y en esta mitad oriental, la parte norte, la llanura, es más importante que la meridional del Merdancho por estar más expuesta a los ataques del enemigo. Y en el norte, Castillejo es el mejor lugar, porque desde aquí se puede divisar casi toda la circunvalación y por hallarse este cerro mejor defendido que Valdevorrón, ya que tiene más abruptas pendientes y se encuentra más alejado de la ciudad. Además, Castillejo tenía una guarnición más fuerte que Peña Redonda, el otro campamento legionario, pues se acuartelaba en él una legión completa y todos los escogidos de los aliados itálicos, mientras que en Peña Redonda solamente había dos tercios de una legión y una parte de los itálicos. Asimismo el pretorio es más grande y el campamento está mejor construido. Como la muralla por el sur, el este y el norte se manifiesta en muchos trozos y la escarpa occidental hacia el Tera forma un límite natural, la extensión del campamento es exactamente conocida: abarca una superficie de 7,85 hectáreas. Es menos extenso que Peña Redonda (11,2 ha), a pesar de que la guarnición era más numerosa, porque en Castillejo los cuarteles son más pequeños. Adaptándose a la configuración del terreno, el campamento forma un pentágono. Ya encontramos en el de Nobilior tal forma irregular que se apartaba de la norma rectangular. Esto indica un campamento defensivo adaptado a las circunstancias del terreno, en oposición a los campamentos provisionales, rectangulares, dispuestos para la ofensiva.

Se ha establecido que los edificios están orientados a la salida del sol a principios de octubre, de lo que se deduce que el campamento de Castillejo fue construido en esta temporada. También otras veces

vemos a los romanos orientar sus campamentos y ciudades al sol naciente, lo que parecía traer buena suerte. Así lo hicieron con el campamento de Lambaesis y la ciudad de Thamugadi en el norte de África, que fueron orientados según el orto del sol el 18 de septiembre, aniversario del nacimiento de Trajano, fundador de ambos.

El campamento tiene su frente al este, en el eje de la circunvalación. Los muros de las edificaciones, contrariamente a lo que ocurre con los de Peña Redonda, están cuidadosamente construidos; notable diferencia que ha de atribuirse a que Escipión lo vigilaba. El material de construcción lo forman en su mayoría los cantos aluviales, que se encuentran en toda la comarca y que permitían una construcción mucho más esmerada que los grandes bloques de caliza de Peña Redonda. El espesor de los muros es generalmente de 1 pie romano que equivale a 0,295 metros; la altura debió ser de 2 metros; como trabazón se usaba solo el barro, y los techos eran de ramajes asegurados con grandes piedras para defenderlos del viento. En los rincones de los contubernios se encuentran frecuentemente hogares, formados por grandes piedras, que servían para la cocina y la calefacción. La muralla del campamento tiene 4 metros de espesor, lo mismo que la de la circunvalación. No ha quedado ninguna puerta. De las calles se aprecia la ancha via principalis, que corre al este del pretorio, y la via praetoria, que va del pretorio a la puerta pretoria en el lado oriental y cuyo sitio se reconoce por un espacio existente entre los cuarteles.

La más interesante de las edificaciones es el pretorio, cuadrado de 120 de lado pies con gran patio abierto, alrededor del cual se agrupan en tres de sus lados varias hileras de habitaciones, quedando abierto el lado del oriente. Lástima que el lado occidental, donde debían estar las habitaciones privadas de Escipión, se halla en mal estado, pero todavía podemos reconocer una cocina con dos hogares construidos al exterior para evitar el peligro de incendio. No debemos imaginarnos la habitación de Escipión, a pesar de su frugalidad, como demasiado primitiva; sabemos, por ejemplo, que tenía triclinio, tal como los hemos encontrado en el campamento de Peña Redonda. En este pretorio vaticinó Escipión a Mario su brillante porvenir, previno a Yugurta

que no intrigara contra Roma y platicó con Rutilio Rufo acerca del Estado.

En la fila occidental de los cuarteles se alojaban, de norte a sur: primeramente los 300 caballeros romanos de la legión en 10 grandes cuarteles, por tratarse de tropa distinguida (17'-21' y 17-21); seguían a continuación los tres cuerpos de infantería: los triarios en una fila (1-2'), luego los príncipes en dos (3-4''' y 5-6'''), y por fin, igualmente en dos filas (7-8''' y 9-10'''), los astados. Todos juntos con el cupo completo y con los 1.200 vélites, armados a la ligera, que vivían en las tiendas de los demás, suman 4.200 hombres; pero entonces solo llegarían a la mitad de esta cifra. El cuartel es rectangular y se compone de dos hileras de siete contubernios separados por una calle; en cada contubernio se alojaban de 4 a 5 hombres y en total en cada cuartel unos 60, aunque con el cupo completo debían tener cabida para un manípulo completo de 120 hombres. El contubernio consta aquí en general de dos departamentos: uno anterior para las armas y equipos y otro posterior para dormitorio; los vélites se debían contentar con el cuarto de equipajes. Encontramos esta forma de cuartel rectangular en la parte atribuida a las tropas ibéricas auxiliares en el campamento de Nobilior (v. pág. 138), pero las tropas itálicas se alojaban allí en cuarteles cuadrados en forma de herradura. Si Escipión prefirió la forma rectangular se debe a lo estrecho del espacio disponible. En los campamentos posteriores, especialmente en la época del Imperio, predomina esta forma alargada. En el ala oriental de los cuarteles estaban alojados en su parte de occidente, en cinco grandes cuarteles (11, 13-16) las cinco turmas (escuadrones), de 60 hombres cada una, de la guardia itálica de caballería, 300 hombres en total; en la parte de oriente, en 6 cuarteles (12'-17'), los seis manípulos o dos cohortes de la guardia itálica de infantería, que eran 1.000 hombres; en conjunto, en cupo completo, unos 1.300 hombres; pero aquí en realidad apenas si llegaban a la mitad. En la fila occidental está además de los cuarteles de caballería un almacén de grano (12) (horreum), identificable por sus gruesos muros y los contrafuertes que los reforzaban. El general Wahle, al que debemos el precioso libro Feldzugserinnnerungen römischer Kameraden (v. pág. 59), ha calculado que el almacén tenía cabida para una provisión de 15 a 16 días. Naturalmente, Escipión podía llenarlo de nuevo, pues el

aprovisionamiento no debió ofrecer ningún cuidado hallándose sometido todo el país vecino.

En la muralla de la parte norte hay 4 pares de edificios grandes (6 × 6 metros) sólidamente construidos (33-34; 35-36; 37-38; 39-40). Son baterías para la artillería pesada, las balistas, cada una de las cuales ocupaba uno de los 8 departamentos, pues requerían un espacio de cinco metros de longitud por unos tres de anchura. Las baterías se hallaban enfiladas contra un posible socorro para los sitiados, siendo el lado norte el más accesible.

La guarnición del campamento debía ser teóricamente de 5.500 hombres, pero de hecho solo alcanzaba a la mitad: unos 2.500. Si se compara este campamento con otros, como el de Nobilior, sorprende su angostura. Esto obedecía a la mayor facilidad de la defensa, pues, naturalmente, se defiende mejor un circuito pequeño que uno mayor. Comparado con el campamento de Nobilior se nota ante todo el estrechamiento de los cuarteles, que en el campamento de Nobilior miden 100 × 100 pies, en Castillejo solo 80 × 80, y la falta de las calles entre los mismos. Solo de esta manera era posible alojar una legión en 7,5 hectáreas cuando normalmente necesitaba 12.

Entre los hallazgos del campamento sorprenden varias piezas de metal precioso que en los otros campamentos, aparte de monedas, nunca se encuentran. Hay dos anillos de plata, dos bonitas plaquitas decoradas de plata y dos pendientes de hilo de oro retorcido. También debemos mencionar un anillo de bronce con la figura de un «Amor». En cuanto a monedas, Castillejo no nos ha ofrecido más que 10 piezas, 4 de ellas con inscripciones ibéricas, 6 con inscripciones romanas. El número de armas (v. página 140) es también aquí escaso: 3 puñales, 2 pilos, 1 chapa defensa del corazón, 2 cinturones de bronce ricamente decorados, 2 espuelas, 2 bolas de honda de plomo y 3 de barro, 3 balas de balista, una de ellas de 10 libras. Castillejo ha proporcionado menos hallazgos que el campamento de Nobilior o el de Peña Redonda. Tan escasa cosecha se explica por el hecho de que Castillejo hace siglos que viene siendo labrado, por lo que ha venido dando muchos hallazgos, que han sido desperdiciados por los campesinos.

Campamento de Peña Redonda

Peña Redonda, junto con el vecino campamento de Raza, es el que tiene todavía el aspecto más agreste. En tanto que Castillejo y Valdevorrón se han convertido en monótonos campos de cultivo, en Peña Redonda yacían los muros romanos bajo los característicos matorrales de la meseta castellana. A no ser el suave zumbido de las abejas no se percibe allí durante el largo día de verano ningún ruido; solamente a la caída de la tarde se oyen los balidos de los rebaños que atraviesan la puerta decumana y se desparraman por callejas y cuarteles pastando las hierbas. En primavera brotan de los montones producidos por las excavaciones rojas amapolas y retamas amarillas, blancos gamones y anémonas violetas, corto adorno que pronto agosta el ardiente sol. Hacia el oriente domina la vista la amplia y parda llanura, hacia el oeste las lomas sobre el Merdancho, al norte la cercana colina de Numancia, y tras ella, se divisan lejos, muy lejos, los azules picos de la cordillera que rodea la llanura numantina. Lo mismo que en el monte de Renieblas, también aquí podía descubrir la mirada del investigador, bajo los brezos, restos del campamento romano en las piedras que sobresalían, pero la capa que los cubría tenía aquí más espesor. Mientras que en la Gran Atalaya se podían reconocer cuarteles completos, en Peña Redonda podía conocerse aquí y allá, a lo más, un trozo de pared, y en el mejor de los casos una habitación entera, y no era posible, como allí, levantar el plano de un cuartel sin previa excavación. Por lo demás Peña Redonda se halla casi en tan buen estado de conservación como el campamento de Nobilior y es con mucho el mejor conservado de los 7 campamentos de Escipión. Por deseo de su propietario no han sido vueltos a tapar los muros descubiertos, por lo cual todavía puede verse hoy este campamento en el caso de que no haya sido en los últimos años destruido por el clima, los hombres y el ganado. El contorno del campamento está dado en la parte anterior por la pendiente de la colina hacia el Merdancho, y, en ambos lados, por profundos barrancos; en cambio la parte posterior es artificial, porque allí la colina se une a la

meseta. La muralla posterior del campamento separa de la meseta una superficie de 590 metros de largo. Son exactamente 2.000 pies romanos. La superficie es de unas 112 hectáreas. La mayor anchura del campamento es de unos 240 metros; en el frente mide solo 80 metros y por la parte de atrás termina en forma de punta redondeada. También aquí es obligada la forma del campamento por la configuración del terreno, a la cual se adaptó este buscando la mejor defensa, casi con mayor preocupación todavía que el de Castillejo.

Como las construcciones están limitadas a la meseta mientras la muralla corría a media altura de la pendiente, se originaba una zona libre en la parte occidental; esta servía para la formación de la tropa contra el ataque del enemigo que, por esa parte, aprovechando el barranco que penetra en la colina, podía atacar más fácilmente. La parte del campamento ocupada por las edificaciones es bastante llana, y la periferia corre en su mayor parte por la misma curva de nivel de 1.057 metros. El punto más alto se halla en las proximidades de la puerta decumana, la puerta posterior, de acuerdo con la norma romana. En varios sitios de la colina afloran las peñas calizas, y los muros se hallan inmediatamente colocados sobre la peña. Ya en la Antigüedad no tenía aquel cerro vegetación alguna. La única planta grande que yo encontré fue un zarzal que había arraigado en el estrecho pasadizo existente entre los cuarteles 23 y 26 y fue respetado por las azadas de los trabajadores. También en los alrededores se ve por todas partes la roca pelada. Era pues natural que el campamento fuera construido en piedra. Lo mismo en lo que se refiere al descubrimiento que a la excavación de los muros la delgadez de la capa de humus fue una gran ventaja, pues así era posible ir amontonando la tierra sacada en el interior de las habitaciones, sin necesidad de transportarla. Por otra parte, el escaso espesor de tierra ha contribuido al deterioro del campamento por la acción del arado; en la parte de atrás se podían reconocer los cuarteles en los montones de piedras sacadas por los labradores («borrocales») estando los cuarteles mucho más destruidos aquí que en la parte anterior.

Desde el punto de vista militar, la elevada situación del campamento ofrecía la ventaja de que se dominaba toda la ladera

meridional de Numancia y podía seguirse cualquier movimiento enemigo desde el comienzo. Igualmente se dominaba la mayor parte de la circunvalación, a saber: por el oeste todo el tramo de la línea del Merdancho hasta el puente del Duero y el tramo del Duero hasta Peña Judía; por el este la llanura con los campamentos Valdevorrón y Travesadas; solamente por el norte quedaban cubiertos Alto Real y Castillejo por la colina de Numancia. Por su proximidad era Peña Redonda el campamento más expuesto a un asalto enemigo, particularmente por las laderas occidental y meridional, las más suaves, razón por la cual estaba defendido aquí por una batería situada en su borde occidental. Además del ataque directo era de temer otro por medio de un rodeo, aprovechando el enemigo el profundo barranco del lado oeste, por cuyo fondo podía aquel acercarse sin ser percibido, y alcanzar la parte posterior del campamento, defendida solo por la muralla; por ello había también aquí una batería, dirigida contra la entrada del barranco, sobre la que se podía disparar a una distancia de 60 metros. En cambio la entrada por el barranco oriental se hallaba interceptada por la circunvalación.

Era este campamento el principal de la línea del Merdancho y se hallaba precisamente en su punto medio, a igual distancia –unos 1.000 metros– del cerro Contadero por el este, que del campamento de Raza por el oeste. La fortificación consistía en una muralla de 4 metros de espesor; tan solo junto al escarpado barranco del este la muralla estaba reemplazada por una empalizada de altas piedras, de las cuales todavía hoy se mantienen en pie algunas. No existía foso tampoco en las partes llanas, ya que hubiera sido necesario excavarlo en la misma roca. La puerta delantera del norte –porta praetoria– se halla en buen estado de conservación. Tiene una anchura de 5 metros y los extremos de la muralla estaban hechos de grandes bloques y formaban una especie de torre, ensanchándose aquí la muralla de 4 a 8 metros. A través de la puerta pretoria corre una canalización hacia el exterior. La puerta oriental tenía una anchura de 6 metros y se hallaba cubierta por un muro colocado delante, de modo que el atacante no podía entrar directamente: este tipo de defensa de puerta era llamado tutulus (de tueri, proteger). Lo hallamos igualmente en el campamento de Raza y en la Gran Atalaya. No existe puerta alguna en la parte de poniente. La puerta del sur, porta decumana, parece que medía 6 metros de ancho.

En este campamento se reconocen bastante bien sus calles. La via praetoria, que une la puerta pretoria con el pretorio, es claramente perceptible en el espacio de 50 pies que existe entre los cuarteles delanteros. La via principalis es una ancha faja de 100 pies que separa la parte posterior, que abarca un tercio del campamento, de la parte anterior. Junto a esa calle se alojaban como era costumbre los tribunos, los 6 oficiales de la legión. La segunda vía transversal del campamento, via quintana –llamada así porque conducía a los quintos manípulos de la infantería–, fue suprimida por falta de espacio. La parte posterior del campamento se hallaba dividida en dos mitades por una calle intermedia que corría de norte a sur y que podemos llamar via decumana por desembocar en la puerta de este nombre.

Los muros de los cuarteles se construyeron con la piedra caliza del lugar, lo mismo que los del campamento de Nobilior; pero en tanto que en este las alineaciones han sido trazadas a cordel a pesar de ser toscos los sillares, los muros de Peña Redonda se apartan en su mayor parte bastante de la línea recta. Todavía es más sorprendente la diferencia con respecto del campamento de Escipión en Castillejo y se conoce que la legión que este mandaba trabajó mejor que la de Fabio. Claramente se ve cómo se levantaron primero las largas paredes medianeras entre los cuarteles y que unos manípulos construyeron mejor que otros. Las casas de los tribunos son las mejor construidas. La orientación del campamento estaba dada por el terreno: el eje longitudinal corresponde a la mayor dimensión de la colina y los cuarteles están dispuestos perpendicularmente al eje.

Por el plano 4 se pueden reconocer fácilmente las líneas principales para medir el campamento. La construcción del campamento romano tiene como base una cruz formada por el eje longitudinal, el decumanus, y el transversal, el cardo; esto vemos aquí también. Si se prolonga el borde occidental de la vía decumana conservado junto a la construcción 44, se ve que esta línea coincide exactamente con la parte oeste de la casa 36 de los tribunos, con el frente occidental de los cuarteles de la parte central del campamento, especialmente con los 34, 31, 28, y finalmente con el lado oeste de la puerta pretoria. Con esto tenemos el decumanus, la línea principal del campamento. El cardo corresponde a la via principalis. Por el estrechamiento natural de la meseta en el lado de

poniente está dividido el campamento en dos mitades.

A esta división externa corresponde otra interna, pues la parte más angosta viene a coincidir con el paso que separa a los principes de los hastati, desde el cual, por el decumanus, hasta la esquina exterior de la muralla, hay 295 metros en dirección norte y 292 en dirección sur, lo que equivale a unos 1.000 pies (295,7 metros), la mitad de la longitud del campamento. Esta línea que divide todo el campamento en dos mitades está marcada por el único pasadizo que hay entre los cuarteles y divide igualmente la parte central del campamento, ocupada por la legión, pues a partir de ella se miden por una parte, hasta el sur de la via principalis, 91 metros, y por la otra, hasta el frente norte del pretorio, 97 metros, o sea por cada lado unos 325 pies (96 metros). Esta línea divide también a la misma legión, correspondiendo a los triarios y príncipes en conjunto 225 pies y a los astados solos igualmente 225 pies. Además el campamento se hallaba dividido en el sentido de su longitud en tres tercios de 650 pies (192 metros). El límite entre el primero y segundo tercio está en el frente del pretorio y el límite entre el segundo y el tercer tercio está en el lado sur de la única vía transversal existente en el campamento, la via principalis. El tercio situado al norte contiene la plaza de armas septentrional y la caballería romana; el tercio central, el pretorio y la legión; el tercio sur, los itálicos y la plaza de armas meridional. La distancia que hay a lo largo del decumanus entre el borde interior de la puerta pretoria y el frente del pretorio mide 193 metros; 189 metros la que media entre este punto y el borde sur de la via principalis; 196 metros la de aquí a la esquina interior de la muralla meridional. Se calculaba pues cada tercio en 650 pies (192,2 metros), toda vez que el interior del campamento medía 1.950 pies, pues de los 2.000 pies de la longitud total correspondían 50 (25 a cada lado) a muralla y foso (15 pies a la muralla y 10 al foso, que aquí no se ha ejecutado pero estaba previsto en el esquema). El tercio norte se midió, pues, con bastante exactitud, el central resulta unos 3 metros demasiado corto, el del sur 4 metros demasiado largo. Tales inexactitudes aparecen incluso en los campamentos permanentes mejor construidos de la época imperial. Esta rara medida de 650 pies corresponde al estadio olímpico de 600 pies olímpicos a razón de 32 cm. el pie (192,27 metros) o 650 pies romanos de 29,57 cm (192,20 metros). Este estadio se indica en los autores como «itálico»

y como medida agraria romana. En un campamento romano esta medida griega aparece aquí por vez primera; pero se encuentra también en los campamentos posteriores. A los tres tercios del campamento corresponden además de los tres grupos de tropas, las tres plazas de armas: la del norte en el tercio septentrional; la del centro, junto con el tribunal, en el mediodía; la del sur en el meridional. Los tres tercios se distinguen también exteriormente por la diversa disposición de los cuarteles. En el tercio norte se hallan estos a ambos lados de la vía pretoria, en el central forman unas líneas continuas, en el sur se encuentran a uno y otro lado de la vía decumana. La anchura del campamento en el cardo corresponde a un tercio, de manera que la relación de longitud y anchura es 3:1. La situación de la única vía transversal del campamento es sumamente rara: corresponde a la via principalis, pero esta no corre como en otras partes por delante del pretorio, sino más atrás, entre la legión y los itálicos. Esa desviación tenía por objeto, sin duda, el separar rigurosamente a los aliados itálicos de los ciudadanos romanos, privilegiados en todos los aspectos, los cuales, por este medio, se hallaban separados por la calle ancha como por una profunda sima. Ya sabemos que en el campamento de Nobilior los cuarteles para las tropas itálicas tenían el peor emplazamiento (v. pág. 137).

Si subiendo desde el valle del Merdancho entramos en el campamento por la puerta pretoria, llegamos primero a una espaciosa plaza que ocupa la mitad del tercio norte. Es la plaza de armas septentrional que era allí necesaria puesto que se alojaba en aquel lugar la caballería romana. Se hallaba instalada esta en 10 cuarteles (1-10), cada uno para 30 hombres, a ambos lados de la vía pretoria. Con 140×70 pies para solamente 30 caballeros, son mucho más espaciosos estos cuarteles que los de infantería, que miden solo 100×75 pies y alojan a unos 60 hombres. La misma diferencia se observa en el campamento de Nobilior y en Castillejo. La casa construida transversalmente sobre la vía pretoria entre los cuarteles 2 y 7 es una villa del tiempo del Imperio semejante a otras que se encuentran en las proximidades de Numancia. A los cuarteles de la caballería romana sigue una hilada con tres edificios, 11, 12, 13: el pretorio (12), el cuestorio (13), el foro (11).

No puede haber duda de que el edificio 12 es el pretorio, la

residencia del general Fabio Máximo, hermano de Escipión. Porque en primer lugar la vía pretoria desemboca aquí; segundo: aquí está el límite entre el tercio norte y el central, donde suele hallarse el pretorio, y aquí está el centro de la legión; tercero: el edificio tiene el plano de una casa romana con atrio, como está atestiguado para el pretorio antiguo; cuarto: la construcción está flanqueada de dos edificios que no son cuarteles sino que corresponden a las características del foro y del cuestorio, los cuales siempre se sitúan bien al lado, bien delante o detrás del pretorio. De la vía pretoria, y a través de una amplia entrada de 10 a 11 metros de anchura, se penetra en un gran zaguán de un 11×7-8 metros. Este zaguán, especie de vestibulum, es mencionado varias veces por los escritores. En él se reunían por la tarde los oficiales para recibir la consigna y ser despachados por el general. En las habitaciones a ambos lados del vestíbulo había una guardia. Se entra en el pretorio mismo por una entrada de unos 6 metros de anchura. Su principal departamento es una gran sala de $12 \times 8{,}50$ metros, en medio de la cual se halla un hogar, de donde se deduce que estaba cubierto como el atrio. Fabio Máximo, el comandante de Peña Redonda, ha conservado, por lo tanto, el antiguo atrio en su campamento, mientras que en el de Escipión en Castillejo vemos el moderno peristilo griego, grande y abierto patio con habitaciones en derredor. En aquel atrio comía el comandante con sus oficiales, unos 30 hombres, y se reunía el consejo de guerra; en las habitaciones a derecha e izquierda del atrio vivían el general y su séquito; en la parte de atrás había otra guardia.

El foro (11) es un gran patio abierto, rodeado de pequeños departamentos: son estos las tabernas de los mercaderes que siguen al ejército. Las hallábamos ya en el campamento de Nobilior. Recientemente he descubierto un foro muy bien conservado en el campamento de Metelo cerca de Cáceres, del año 79 a. J. C. El foro de Metelo ha proporcionado bellos hallazgos, entre ellos estatuillas en bronce de Mercurio y Minerva, pesas de piedra y de plomo, gran número de monedas, etc.

El cuestorio (13) tiene varias piezas de 9 metros de largo por 3 de ancho. En él habitaba el intendente y las piezas servían como almacenes de provisiones y de botín. El hecho de que el pretorio, el foro y el cuestorio no están uno tras otro como es costumbre

(Nobilior, Cáceres, etc.) sino uno al lado de otro, significa una importante modificación del esquema general, como aconteció también con la via principalis, que no corre por delante del pretorio, sino detrás y lejos de él.

Al pretorio, foro y cuestorio siguen los cuarteles de la legión: primero los triarios en 6 medios cuarteles (14 a 19), toda vez que el cupo de los triarios es solo la mitad de los restantes cuerpos (v. pág. 102). Siguen luego 6 cuarteles de los príncipes (20 a 25). Consisten estos como en Castillejo en dos hileras de unos siete departamentos cada una, separados por una calle. Como triarios y príncipes tenían cada uno 10 manípulos y solo encontramos 6 para cada uno, faltan 2×6 manípulos, que encontramos en el castillo ribereño de Molino (v. pág. 293). Los príncipes estaban separados de los astados por el estrecho corredor que yo he llamado «corredor de los manípulos», ya que en otros lugares separa los manípulos, que en cambio en este campamento tienen una misma pared medianera. Vimos ya (v. pág. 280) que este corredor señala el centro del campamento. Tampoco los 10 cuarteles de los astados son completos: no son más que 9, del 26 al 34, así que falta un manípulo. La agrupación de los cuarteles de tres en una fila, corresponde a la distribución de la infantería en cohortes de tres manípulos, como fue más adelante cosa corriente (v. pág. 102).

A los cuarteles de la legión sigue el ancho espacio de 100 pies de la via principalis. Se encuentran en ella dos construcciones (35 y 36): son las casas de los 6 tribunos, 3 de los cuales vivían en cada una de ellas, según puede advertirse en la casa 35. Lo mismo que el pretorio, tienen estas casas un pequeño atrio cubierto, en el cual se halla el hogar; luego un departamento donde se halla el triclinio, sitio de comida para 3 personas, y varios cuartos de dormir y para los equipajes. Junto a las casas de los tribunos se encuentra el «tribunal» (36 a), que de ellos recibe su nombre. Es el podium para las arengas del general a la guarnición reunida en la plaza de armas occidental. La parte posterior del campamento se halla peor conservada que la anterior y la central. Las edificaciones 37 y 42 parece que estaban destinadas a los oficiales de los aliados itálicos, cuyos cuarteles podrían reconocerse en los números 38, 43, 39 y 40. Las grandes construcciones 41 y 44 parecen ser almacenes, que no podían faltar.

Finalmente hay que describir las dos baterías existentes en el campamento. Una se encuentra en el borde noroeste, algo al exterior de los cuarteles 6 y 7. Se compone de tres piezas cuyas diferentes anchuras corresponden quizá a los diversos calibres de las balas de piedra encontradas aquí y de las máquinas respectivas. La bala más pesada, de 9 libras, corresponde a las balas encontradas en el campamento de Escipión, de unas 10 libras, el calibre mayor; las otras tres pesan 820, 700 y 225 gramos. Esta batería emplazada en la curva disparaba por encima de la muralla de tres metros de altura que corría por la curva de 10,40 metros, y podía alcanzar con su tiro el pie de la ladera a 150 metros de distancia. La segunda batería ocupa una habitación situada en el ángulo sudoeste del edificio 41 al sur del campamento, que tiene otra orientación. Esta batería enfila exactamente el sitio donde el barranco alcanza la muralla (véase página 277).

El número de soldados del campamento era, con el cupo completo (10 turmas de caballería romana = 300, 6 medios manípulos = 360 triarios, 6 manípulos = 720 príncipes, 9 manípulos = 1.080 astados, 1.200 vélites), de unos 3.660 ciudadanos romanos, lo que con los 1.600 itálicos, aproximadamente, daba un total de unos 5.200 hombres, pero de hecho debieron sumar solo la mitad, de manera que debemos calcular 2.500 hombres.

En cuanto a los objetos encontrados, Peña Redonda es pobre en comparación con otros campamentos, particularmente el de Cáceres, pero no obstante, más rico que Castillejo. Se ha encontrado en él: 4 monedas romanas, 15 ibéricas, 4 espuelas, varias bonitas fíbulas, apreciadas en especial entre los caballeros romanos, 1 pilum pesado y otro ligero, muchas puntas de flecha, 5 balas de balista, varios útiles de aseo, molinos de mano, piedras afiladoras, ánforas, etc. Ya hemos dicho que el primer hallazgo aparecido en este campamento fue una azada (dolabra), principal herramienta para la construcción de campamentos y trincheras, tan importante como la espada y el pilum. Tan numerosas como en otras partes fueron aquí también las piezas circulares de cerámica para jugar, con las cuales se divertían los soldados, ya entonces muy aficionados al juego, en sus largos ratos de ocio. Son notables dos inscripciones, una ibérica en una plancha de bronce que se lee mukaiqum, nombre gentilicio, y otra romana, Maxi(mus), en un fragmento de cerámica. Este es el

nombre de Fabio Máximo, el comandante de Peña Redonda, y tal vez el cacharro representa una tablilla con la consigna (tessera), como se usaba en los campamentos para distribuir el santo y seña.

Campamento de Valdevorrón (Mapa 3)

Este campamento situado en la llanura oriental, sobre aplanada colina, ha sido muy destrozado por los trabajos del campo. Existen suficientes restos, sin embargo, para poder afirmar que tenía unas 9 hectáreas de extensión –por lo tanto era algo más pequeño que Peña Redonda– y que contenía aliados itálicos, tal vez 1.000 hombres. La muralla del campamento también corría aquí a media altura y la puerta pretoria ha sido encontrada con una canalización lo mismo que en Peña Redonda. En el borde occidental, mirando hacia Numancia, hay una batería de cuatro piezas, al parecer balistas del calibre de 10 libras, a juzgar por las dimensiones de las habitaciones, y dos balas de este tamaño que se han encontrado allí. Fuera de ello solo se conservan algunos muros aislados, que estaban bien construidos. Entre los hallazgos de Valdevorrón tenemos muchos fragmentos cerámicos, particularmente de cerámica negra campaniana, además una moneda romana y otra ibérica, una flecha de catapulta de la artillería ligera, puntas de lanza y de flecha, 2 balas de balista, piedras de molino, lámparas de barro, piedras para afilar.

Campamento de Travesadas

Del campamento de Travesadas se ha conservado algo más, ante todo una parte de los cuarteles, que tienen el mismo plano que los de Castillejo y Peña Redonda y nos indican que alojaron también tropas itálicas. La superficie parece haber sido solo de unas 4 hectáreas. También aquí existe la puerta pretoria, que tiene dos torres sobresalientes por la parte de dentro. No se encontraron otras armas que un puñal y una flecha de catapulta, y solo una moneda romana.

Campamento de Alto Real

Los aldeanos de Garray llaman «Alto Real» a la cabeza septentrional de la meseta rodeada por el Duero, contrapuesta a la cabeza meridional, Dehesilla. El cerro Alto Real está limitado al sur por el barranco encima del molino de Garray, al norte y al este está bañado por el Duero, al oeste va ascendiendo poco a poco, pero aquí, por su parte posterior, Alto Real estaba menos amenazado. De antemano se podía presumir la existencia de un campamento sobre esta colina que dominaba el valle del Duero por dos partes y que cubría el paso de la línea de circunvalación sobre este río, y en efecto, se han hallado claras huellas del campamento, especialmente vasos romanos, entre los cuales hay una ánfora. Los muros descubiertos están mal construidos y muy destrozados por el cultivo. No se han conservado cuarteles a la manera romana y se podrían relacionar mejor las irregulares estructuras con tropas ibéricas auxiliares. Si ocupaba toda la extensión de la colina, este campamento medía unas 8 hectáreas.

Campamento de Dehesilla

Toma su nombre este campamento de la «dehesa», la tierra de pastos comunal de la aldea de Garray. También ha sido alterado Dehesilla por los trabajos agrícolas, de modo que solamente encontré muros romanos en un sitio, que mostraban la misma buena técnica que en Castillejo a base de piedras pequeñas. Tampoco faltaban aquí otros vestigios romanos, como cerámica abundante, molinos, etc. Todavía se halla rodeada toda la colina por la muralla del campamento, de 4 metros de espesor, limitando una superficie de 14,6 hectáreas. Dehesilla es el mayor de los campamentos de Escipión. Es el único campamento donde se halla conservado el arranque de la muralla de bloqueo por ambos lados. Por el lado de occidente un vacío de unos 6 metros de amplitud indica al parecer la puerta posterior, la puerta decumana.

Campamento de Raza

El campamento de Raza, que defendía las alturas entre el Duero y la Peña Redonda, se reconocía en una muralla conservada en 300 metros como ligera prominencia, con dos puertas que están protegidas por el tutulus, lo mismo que la puerta oriental de Peña Redonda. El campamento pudo tener una superficie de 6 hectáreas. Las excavaciones realizadas en el interior no nos han proporcionado ni muros ni hallazgo alguno, de modo que cabe conjeturar que aquí se hallaban establecidas tropas ibéricas alojadas en rústicas cabañas de ramaje.

Castillo ribereño de Molino

Sabemos ya (v. pág. 241) que Apiano da cuenta del establecimiento de dos castillos ribereños, cerca de los cuales había colocados unos maderos flotantes para cerrar el paso del Duero. Uno de estos castillos ha sido encontrado junto al molino de Garrejo. Mientras que los demás campamentos tenían, por término medio, una extensión de 6 hectáreas, este castillo venía a tener solamente 1,9. Sus límites son al norte el Duero, al sur las alturas y a cada lado un pequeño barranco. Se halla situado sobre una terraza fluvial, tan solo a 15 metros del talud, que en invierno constituye la orilla del río. A pesar de los laboreos del campo, en el humus que en parte alcanza casi un metro de espesor, se han conservado todavía importantes restos del campamento, los cuales pertenecen, junto con Castillejo, a las partes mejor construidas de la circunvalación escipiónica. Ello es tanto más sorprendente cuanto que aquí se alojaban partes de la legión del campamento de Peña Redonda, que está tan mal construido. Se encuentran aquí los 4 medios cuarteles y 4 cuarteles completos que faltan en Peña Redonda (v. pág. 287), siendo la medida del cuartel la misma: 100×75 pies; además había aquí un escuadrón de caballería itálica alojado en un largo cuartel, donde se pueden distinguir establos y dormitorios. La guarnición se componía en teoría de 780 hombres, de hecho no eran más que 400. Naturalmente, no solo tenían el cometido de atender a las barreras del río, sino que debían cubrir, ante todo, el desfiladero entre el río y las colinas, por donde los numantinos después de atravesar el Merdancho podían fácilmente atacar. Los hallazgos que nos ha proporcionado este castillo ribereño son un pilum, un puñal, una moneda de plata, una espátula para ungüentos y un compás. De especial interés son varias grandes vasijas del periodo hallstáttico que fueron encontradas aquí (hoy en Maguncia y Berlín) y que son testimonio de un poblado probablemente céltico (v. pág. 78).

Castillo ribereño de Vega

Del otro castillo ribereño, que hay que suponer frente a Alto Real, se han encontrado escasos restos de muros, pero mayor número de cerámica, por ejemplo un ánfora y cerámica campaniana. Este castillo debía hallarse colocado en el ángulo que forman el Duero y el Tera, de manera que su lado meridional se apoyaba en el Duero y el lado oriental en el Tera. De este modo utilizaba los ríos como propia cobertura e impedía el cruce del Tera en aquel lugar, que no podía ser defendido ni desde Alto Real, por encontrarse el Duero en medio, ni desde Castillejo por su excesiva distancia.

Artillería

Mención especial merece la artillería de Escipión. La artillería de la Antigüedad, las catapultas y balistas, es invención debida a un técnico griego al servicio de Dionisio I de Siracusa, allá por el año 400 a. J. C. Extendido su uso por el mundo griego, fue adoptado después por los romanos, sin ser empero perfeccionado por ellos. Los proyectiles eran lanzados por la fuerza de nervios de animales en extrema tensión, por «torsión», y las catapultas alcanzaban una distancia de 350 metros, como se ha demostrado en las pruebas realizadas en la Saalburg con las piezas reconstruidas por el general Schramm[17]. La artillería en tiempos de Federico el Grande no tenía mucho más alcance, y aun después de la invención de la pólvora competían las balistas de torsión con los cañones de pólvora. Las catapultas (εὐθυτονα) disparaban balas de 1 o 2 libras, o largas flechas con un recorrido horizontal de unos 350 metros, y podían emplearse también contra pequeños blancos. Las balistas (παλίντονα) lanzaban a 150 metros sus pesadas balas en curva y solamente se empleaban contra amplios objetivos como murallas o grupos compactos de enemigos. Las balas de 10 libras, tales como las de los campamentos de Escipión, también han sido encontradas en Cartago y en los campamentos romanos de Lambaesis y Novaesium, por lo que es de presumir que ese calibre ha sido muy empleado. En el campamento de Cáceres, encontré más de 30 balas de balista de 26 a 76 libras. A juzgar por lo que dicen los antiguos tratados sobre la materia, el calibre más pesado era de 3 talentos, equivalentes a 156 libras, y balas de este tipo se encontraron en los arsenales de Pérgamo.

Como en cada una de las torres de la línea de bloqueo había una o dos catapultas y el número de torres era alrededor de 300, Escipión disponía de más de 300 piezas de artillería ligera por lo menos. El número de balistas era de unas 50, siendo la relación normal con las catapultas 1:6, y se han hallado más balas de 1 a 2 libras que pesadas. Las balistas se hallaban emplazadas sobre las murallas de

los campamentos, pues en Valdevorrón, en Castillejo, en Peña Redonda, se han encontrado sus balas de 10 libras y allí se conservan también algunos emplazamientos. A la idea de sitio, nosotros solemos asociar ante todo la idea de bombardeo. Pero no se nos dice por los autores, ni es verosímil, que Escipión lo haya realizado, pues parece que se limitó estrictamente a la defensiva. Las balas y flechas de catapultas encontradas en la ciudad de Numancia y en el arrabal de Saledilla deben más bien proceder de los asaltos de sus predecesores.

Y ya hemos dicho lo suficiente sobre la circunvalación de Escipión. Con su circuito de 9.000 metros, sus murallas de 4 metros de espesor y 3 de alto, las muchas torres, los 7 campamentos y los dos castillos ribereños, resulta todo ello una obra realmente poderosa y un ejemplo de la perseverancia y disciplina romana. Es sorprendente que se hayan conservado tantos restos de esta obra, pero ello se explica por la soledad del paisaje, donde se edifica poco, de manera que los muros antiguos en gran parte han sido dejados en paz. Y aun allí donde el arado alcanza los muros enterrados apenas si los deteriora, pues el ligero arado castellano, que todavía es el romano, no hace más que arañar la tierra. Se debe gratitud al arado castellano por haber tratado con tantos miramientos estas memorables ruinas.

Otras circunvalaciones

En los ámbitos del orbe romano, todavía se han conservado otras circunvalaciones. Napoleón III encontró importantes huellas de los campamentos y fosos pertenecientes al bloqueo de Alesia por César, pero allí todo era tierra y madera. En Escocia, cerca de Birrenswark, se ha conservado una línea de bloqueo de las campañas de Agrícola que rodea, con un desarrollo de solo 2.700 metros y con tres pequeños campamentos, un castro británico. Mucho mejor se conserva la circunvalación con la cual el legado de Vespasiano, Silva, cercó en el año 72 de nuestra era la fortaleza rocosa de Masada, en la orilla occidental del mar Muerto, en la que se defendían 960 judíos (figura 10). En aquel solitario paraje del desierto de Judea, está excelentemente conservada la línea de bloqueo que mide 4.500 metros, construida toda ella en piedra, con 8 campamentos –dos grandes y seis pequeños– y muchas torres. Con el general Lammerer, hemos podido levantar un plano exacto de todo esto sin necesidad de excavación. También se ven en aquellos campamentos los cuarteles con triclinios de piedra y hogares circulares, y en uno de los mayores (B), podemos contemplar el pretorio con el gran triclinio en el que el comandante comía rodeado de sus oficiales; delante del pretorio está el tribunal para las arengas y el auguratorio para los auspicios. Asimismo, existe todavía el gigantesco terraplén de piedra y tierra, de 100 metros de largo y 20 de altura y espesor, con el cual se abrió paso el legado Silva hacia la fortaleza, y que constituye una obra asombrosa de la tenacidad romana. Los 960 judíos de Masada superaron el heroísmo de los propios numantinos, dándose muerte todos ellos la última noche[18].

Lo mismo que el levantamiento del año 65 y siguientes, la última sublevación de los judíos en tiempos del emperador Adriano, el año 135, terminó con una circunvalación, y también esta se conserva: en Bettir, a 11 kilómetros al oeste de Jerusalén, con un circuito de 4.000 metros, por tanto algo más pequeño que el de Masada, pero

sin restos de campamentos.

La guarnición de la circunvalación

Desde la incorporación de los contingentes indígenas, según Apiano, dispuso Escipión de un total de más de 60.000 hombres. De momento esta cifra parece exagerada, pero la fuente es buena y el número verosímil. El ejército que Escipión recibió de Mancino, que originariamente tenía 20.000 hombres, todavía debió contar con 16.000, lo que con los 4.000 que Escipión llevó consigo, da un total de 20.000 hombres. Las numerosas tribus sometidas del valle del Ebro y de la meseta citerior, muy bien pudieron contribuir con 40.000 hombres, ya que los belos y los tittos tuvieron que dar un contingente de 5.000 hombres. Por otra parte Escipión seguramente recogió hasta el último hombre, a fin de hallarse en las mejores condiciones posibles para hacer frente al temible adversario. Desconocemos la cuantía de la caballería de los contingentes ibéricos, pero desde luego hay que suponer fue numerosa, por lo necesaria que le era a Escipión para aislar a Numancia e impedir un intento de socorro. De los 20.000 hombres que componían el núcleo del ejército, solo 10.000 eran romanos e itálicos y 10.000 pertenecían a las tropas auxiliares. Así disponía Escipión de un total de 60.000 hombres, pero en realidad no pasaban de 10.000 los soldados romanos e itálicos en quienes en cierto modo podía confiarse. Pues los aliados ibéricos no eran nada seguros, como se comprobó frecuentemente y tal como indica el hecho de que en los campamentos de Nobilior se alojaran en un recinto propio (v. pág. 137).

Apiano nos da la distribución de la fuerza total de 60.000 hombres de la siguiente manera: 30.000 en los campamentos y 30.000 en los trayectos intermedios; 20.000 de estos últimos situados junto a la muralla y 10.000 algo detrás, como reserva. Entre los 30.000 que ocupaban los campamentos, se hallaban con toda seguridad los 10.000 romanos e itálicos, pues los campamentos constituían los puntos de apoyo del conjunto. Y efectivamente, en cada uno de los dos campamentos principales, Castillejo y Peña Redonda, nos

encontramos con una legión reducida y con itálicos, al igual que con cuarteles de tropas itálicas en los campamentos de Valdevorrón y Travesadas, no menos que en el castillo ribereño de Molino. Y en los restantes campamentos, Dehesilla, Raza y Alto Real, guarnecidos por tropas auxiliares ibéricas, tampoco podían faltar del todo tropas itálicas para vigilar a los íberos. Con una distribución proporcional de los 30.000 hombres de guarnición, entre los que había 10.000 itálicos y 20.000 íberos, habrían correspondido 4.300 a cada uno de los 7 campamentos, correspondiendo 1.800 a los itálicos y 8.000 a los íberos. En realidad predominaban los itálicos en los campamentos principales y verosímilmente también en Valdevorrón y Travesadas, y los íberos en los restantes, Dehesilla, Raza y Alto Real. De la guarnición de los campamentos servía una parte a la defensa de los mismos y otra estaba prevenida para acudir corriendo a los lugares amenazados de la zona intermedia. En cambio, los 30.000 hombres emplazados a lo largo de la línea tenían por misión ocupar inmediatamente la muralla en caso de alarma; de esto se deduce que debían de hallarse muy próximos a la muralla. Cada uno tenía señalado su puesto, que no podía abandonar. Seguramente se hallaban instalados en chozas o en cuevas subterráneas, manera muy usual entre los íberos. Así vivían los antecesores africanos de los íberos, así vivían los numantinos y así viven todavía hoy miles de gentes en España, especialmente en Andalucía. La cifra de 30.000 hombres para cubrir los espacios entre los campamentos representa una guarnición muy densa, pues de los 20.000 junto a la muralla, calculando en 6.500 metros el frente a defender (9.000 menos unos 2.500 metros de los frentes de los campamentos), tocan a tres hombres por metro. La reserva, compuesta de 10.000 hombres, se hallaba situada algo más atrás, en guardia y dispuesta para acudir al sitio de peligro. Debieron de hallarse distribuidos en pequeños grupos, estando asignada a cada grupo una parte determinada de la circunvalación. La guarnición de los campamentos, que se hallaba en estado de alarma, puede llamarse «reserva principal»; la formada por los 10.000 hombres acampados detrás de la guarnición de la muralla, «reserva de sección».

Sistema de señales

La línea de bloqueo con sus 60.000 hombres fue convertida en un organismo vivo gracias a un inteligente sistema de señales de alarma. Los centinelas se sucedían a lo largo de toda la línea, comunicándose entre sí. Se producía un ataque: inmediatamente era izada una bandera roja en la torre más próxima al lugar atacado, si el hecho ocurría de día, o se encendía una antorcha si era de noche, tal como se halla representado en la columna de Trajano. En seguida resonaban en todas las torres los cuernos de alarma e inmediatamente la guarnición de la muralla ocupaba su puesto, mientras las reservas de sección se preparaban, lo mismo que las reservas principales en los campamentos. Un oficial perteneciente a la guarnición del lugar amenazado se dirigía al campamento más próximo o al cuartel general, para dar noticia exacta de las fuerzas del enemigo y de cuantos datos poseyera, y para recibir las órdenes del mando. El sistema de señales merece mención especial, pues las banderas aparecen aquí por primera y última vez en la telegrafía antigua, sustituyendo a las señales entonces usuales por medio del humo. No nos equivocaremos si atribuimos esta innovación a Polibio, el cual en su obra histórica (libro X) ha dado un ingenioso sistema telegráfico, con cuya ayuda se podían transmitir hasta palabras.

Como es necesario representarse las cosas concretas concretamente, quiero transcribir cómo se imagina el general Wahle la alarma y la intervención de las distintas guarniciones:

Parte n.º 1 del comandante del campamento de Raza: «Ataque enemigo sobre el castillo Molino en curso. He puesto en acción la reserva de sección. Caso que la lucha se ponga más seria, ruego permiso para pedir a Fabio Máximo[19] la reserva principal». Al mismo tiempo llega al cuartel general el parte n.º 2 procedente de Valdevorrón: «Compactas masas enemigas atacan Travesadas; fuerzas más débiles parecen simular ataque contra Valdevorrón.

Guarnición de la muralla dispuesta, reserva de sección se ha acercado, reserva principal de Valdevorrón, en actitud de alarma, espera órdenes». El parte n.º 8 procedente de Travesadas, objetivo principal del ataque, dice así: «Todo se halla dispuesto para la defensa contra intento de ruptura por fuerzas superiores del enemigo». ¿Qué hacía Escipión cuando se convencía de que se trataba ante todo de un intento contra Travesadas? 1.º Conformarse con el parte de Raza y dar órdenes a Fabio Máximo para que tomara a su cargo el mando del castillo Molino. 2.º Aprobar las medidas provisionales del comandante de Valdevorrón con advertencia de que el general daría otras órdenes sobre el terreno. 3.º Movilización de la reserva principal de Castillejo emplazándola más o menos en el punto 1034.6[20] para contraatracar de flanco. 4.º Dirigirse él mismo al punto 1034.6 para observar mejor los movimientos y poder tomar ulteriores determinaciones.

EL FIN DE NUMANCIA

Los sitiados

Para el bloqueo romano poseemos el detallado relato de Polibio, que tomó parte en el mismo, pero en lo que se refiere a los sitiados carecemos de noticias. Se nos dice tan solo que en el 137, o sea tres años antes, el número de hombres no pasaba de 4.000, cuando a principios de la guerra, el año 143, alcanzaba a 8.000. Frente a los 60.000 soldados sitiadores, había pues únicamente 4.000 sitiados.

La ciudad de Numancia contaba unas 2.000 casas y unos 2.000 guerreros el año 133. Del total de 4.000 la mitad debían pertenecer pues a las fuerzas auxiliares de las pequeñas aldeas del contorno. Hay que contar además las mujeres y los niños, que tal vez dado el coraje de la mujer ibérica tomaron parte en la defensa de sus murallas, pero en el campo no podían ser utilizadas, y no hacían sino aumentar el número de bocas. El número de mujeres y de niños se puede solo calcular aproximadamente, pero cabe estimarlo en 6.000 si se calcula a razón de solo 3 por cada casa. Es decir, que el cómputo total de la ciudad se elevaba a 10.000 habitantes.

Ahora bien, como durante varios años no había tenido Numancia enemigo alguno ante sus puertas, disponía, por lo menos, de la última cosecha; las anteriores ya habían sido consumidas, dado que la cosecha de cereales era escasa en esa pobre comarca.

Además, no sospechando en modo alguno los numantinos el bloqueo que se les avecinaba, no debieron proveerse de otros suministros. Era grave que en esta ocasión tuvieran que confiar por completo en ellos solos, pues Escipión se había apropiado del trigo de los vacceos. No obstante, poseían su ganado, sin el cual no hubieran podido resistir un cerco de nueve meses. También se les presentaba muy mal la cuestión del forraje necesario para las 4.000 cabezas de ganado vacuno y lanar que puede calcularse que tenían, contando a razón de dos animales por casa; una vez cercados, solo podían apacentarlos en el espacio comprendido entre el Duero y el Merdancho. Casi no tenían heno, por falta de prados.

Pero, ante todo, la ciudad estaba muy mal fortificada. Como han mostrado las excavaciones, la vieja muralla de la ciudad que circundaba la meseta faltaba en muchas partes, especialmente al este y al sur, donde habían crecido los suburbios, y se había construido encima de ella, por tanto estaba desmantelada. No se levantó una nueva muralla inferior que hacía falta y los numantinos se contentaron con asegurar de manera precaria la parte más débil de la colina en la ladera oriental con zanjas y piedras puntiagudas, del mismo modo que se levantó alguna torre en el arrabal de Saledilla (v. pág. 134). Numancia, por lo tanto, al ser bloqueada por Escipión, era una ciudad abierta. En este abandono de la fortificación se revela por una parte el desprecio al enemigo pero también la indolencia peculiar de los íberos. Claro que contra Escipión no hubo necesidad de muralla alguna, puesto que el general romano se limitó a bloquear la ciudad. Esto fue una suerte, teniendo en cuenta el reducido número de los defensores, pues con los 4.000 hombres apenas se podía defender en caso de varios ataques simultáneos todo el perímetro de la ciudad baja, que medía más de 4.000 metros. De todos modos tuvieron que establecer una fuerte guarnición en la parte oriental y otra línea de defensores en la orilla del río a fin de no verse privados de agua.

Para el ataque contra la línea de bloqueo los numantinos no dispusieron por consiguiente de la totalidad de sus 4.000 soldados, sino solamente de unos 3.000. Pero esos tres mil hombres, valientes, avezados a la guerra, desesperados, constituían un enemigo peligroso incluso para la línea de circunvalación defendida por 60.000 romanos. Con que solamente hubieran logrado romper la línea en un punto, habría prendido el pánico en el enemigo, hundiendo en el fracaso una empresa tan laboriosa como la del bloqueo y perdiéndose otra vez la guerra para los romanos. Y realmente tales líneas están condenadas a ser forzadas. Una fuerza exaltada hasta el extremo por la desesperación puede atacar un solo punto, con superioridad y de modo imprevisto, mientras que el defensor debe esperar el ataque en todos los puntos y se ve obligado a dispersar su fuerza combativa. Pero realmente los tres metros de altura de la muralla de circunvalación, defendida además por ríos o fosos, no eran fáciles de superar en un primer asalto, y en pocos minutos las reservas de sección habrían acudido al lugar del ataque, y a no tardar también las reservas principales. Hay que suponer, lo

que parece afirmar Apiano, que los numantinos desencadenaron a la vez varios ataques en distintos sitios a fin de desconcertar al adversario y disimular su principal intento, aunque, por otra parte, no podían desparramar demasiado sus fuerzas que resultaban bastante reducidas. A lo mejor podía el ataque producirse en dos sitios simultáneamente: por ejemplo, mientras se realizaba un amago por el sur sobre el castillo Molino, el ataque principal tendría su objetivo al este, contra Travesadas (v. pág. 291).

Ya hemos dicho que Escipión había terminado la erección de sus 7 campamentos antes de la entrada del invierno. Los menos habituados al clima de la meseta, que eran las tropas itálicas, se hallaban alojados en sólidas barracas. Las tropas ibéricas, como hijos del país, moraban en simples cabañas y en cuevas. De este modo se podía combatir un tanto el siniestro aliado de los numantinos, el invierno celtibérico, que dura hasta el mes de mayo.

Ataque y defensa

A pesar de las malas tropas con que contaba, Escipión había logrado acabar la obra difícil de la circunvalación. Una vez terminada la construcción de la línea había superado la parte más espinosa de su tarea. Los ataques de los sitiados eran mucho menos peligrosos ahora que cuando la circunvalación estaba incompleta. El general romano podía estar satisfecho de su obra. Sin embargo, esto solo significaba la primera parte de su tarea. Ahora había otro cometido que cumplir: impedir que la desesperación de los sitiados pudiera hacer brecha en el cerco. La primera obligación era una extrema vigilancia, de noche aún más que de día, y según Apiano el propio Escipión hacía la ronda una vez durante el día y otra por la noche. Pero tal supuesto no es admisible; pues, 1.º, a lo menos en invierno, no era posible el paso a la parte occidental de la línea por el fracaso de los puentes sobre el Duero; 2.º, hubiera sido demasiado penoso para un general tener que hacer cada día y cada noche un recorrido de dos o tres horas; 3.º, durante el día no era en realidad necesario hacer el recorrido completo, ya que Escipión desde Castillejo y Fabio desde Peña Redonda podían observar todo lo que acontecía en la circunvalación; 4.º, resultaba también peligroso que el general se alejase durante mucho tiempo, puesto que un ataque en cualquier momento podría requerir su presencia en el cuartel general. En definitiva, hay que suponer que Escipión y Fabio solo comprobaron la vigilancia de su gente poniéndola algunas veces a prueba.

Ya se hallaba forjado el sólido anillo de hierro que había de sojuzgar a la ciudad invencible. Ahora el valiente puñado de los sitiados, en tanto el hambre no los debilitase, podía medir su fuerza con la muralla de cuatro metros de espesor y tres de altura, profusamente provista de numerosos soldados y torres de defensa, piedras y armas de tiro. Como dice un escritor romano, se habían trocado los papeles: los romanos se habían puesto a la defensiva, y eran los numantinos quienes habían de atacar. La verdad que

entraña esta observación está comprobada por las excavaciones, que nos muestran la circunvalación como una línea de defensa terriblemente fuerte y casi inexpugnable. Muy significativa es la estrechez de los campamentos, dispuestos totalmente para la defensiva. Así como las ovejas se aprietan unas con otras en la majada ante la presencia del lobo, así se apiñaban los romanos en sus campamentos. El altivo aforismo romano de que se debía confiar más en las armas que en los muros vino a trocarse en su contrario.

Los campamentos se hallaban casi todos en alturas a prueba de asalto protegidas por los ríos. Desde ellos, durante el día, podía advertirse a tiempo la iniciación de un ataque, pues desde las alturas se domina la ladera de la colina de Numancia e incluso parte de la ciudad alta, y entre la ciudad y la línea de bloqueo existía por todas partes y en especial por el este, donde la distancia llegaba a medir entre los 500 y 1.000 metros, un campo suficientemente amplio para permitir observar con tiempo el punto contra el cual se dirigía el asalto. El espacio intermedio permitía además disparar con las catapultas que alcanzaban los 300 metros contra el atacante, antes de que este pudiese llegar a la circunvalación. En las torres había catapultas de pequeño calibre para balas y para flechas y en las murallas de los campamentos grandes balistas para balas de 10 libras. También disponía Escipión de numerosos arqueros y honderos. En estas condiciones, ya la simple aproximación resultaba difícil, pero aún debían los atacantes superar, primero, los ríos y las pendientes, o donde faltaban estos obstáculos naturales, por lo menos los fosos y la muralla, y tan defendida se hallaba la muralla –3 ó 4 hombres por metro–, que en la lucha cuerpo a cuerpo se producía una marcada superioridad que muy pronto era aumentada todavía por las reservas. El circuito no solo era sólido, sino que aún pudo ser reforzado en las partes peligrosas. El sistema de señales, bien organizado, posibilitaba el poner en estado de alarma, rápidamente, toda la línea.

Todavía, a través de la lectura de Apiano, sentimos nosotros la impresión conmovedora que experimentaba Polibio cuando veía a los numantinos agotarse en sus ataques desesperados, constantemente repetidos y siempre infructuosos, contra aquella obra del arte bélico romano. Leemos cómo los sitiados arremetían

ora acá, ora acullá, pero inmediatamente eran izadas las banderas de señales, los cuernos resonaban, las guarniciones se precipitaban a la muralla, los enlaces corrían. ¡Con qué preocupación debió seguir Escipión en un principio el curso de los ataques!, ¡con qué satisfacción, luego de haberse demostrado que sus muros los resistían! De igual modo contempla el constructor de un dique el asalto de las olas furiosas contra su obra rota muchas veces, pero que esta vez las olas no pueden vencer. ¡Y con qué esperanzas, con qué ansiedad, con cuánta angustia no habrán contemplado los que se quedaban en Numancia, ancianos, mujeres, niños, las tentativas de sus valientes, y cómo habrán implorado aquellos pobres seres desesperados la protección de sus dioses!

Retógenes

Como todos los intentos de ruptura fracasaban, se decidió Retógenes Caraunios[21], uno de los notables de la ciudad, a emprender una última tentativa para procurarse socorros. El relato de su atrevida hazaña se lee con la misma emoción que el famoso relato de Tucídides sobre la salida de los defensores de la cercada Plateas.

Una oscura noche de la primavera del año 133, a través de la «tierra de nadie», se dirigió Retógenes con cinco compañeros y otros tantos mancebos que llevaban sus caballos, a la muralla enemiga. Y efectivamente, no solo pudieron remontar la muralla los cinco, sino también –empresa difícil– los caballos, valiéndose de unas tablas. Los guardias que de una y otra parte acudieron fueron inmediatamente pasados a cuchillo. Los cinco audaces numantinos, montados a caballo, se lanzaron rápidos hacia las vecinas ciudades de los arevacos. Pero en todas partes encontró la apremiante súplica oídos sordos: la prolongada resistencia había quebrantado el ánimo de aquellas gentes. Solamente en Lutia, ciudad distante de Numancia 55 km, que tal vez podamos identificar con la actual Cantalucia, en territorio de Burgo de Osma, encontró eco la demanda. Pero aun allí tan solo respondió la juventud belicosa: los viejos, por su parte, se apresuraron, en un acto vergonzoso de traidores, a dar parte al general romano de la rebelión que se tramaba. No bien recibió este la noticia en las primeras horas de la tarde, salió él mismo con caballería y al día siguiente al amanecer quedó rodeada Lutia. Fue terrible la sanción que cayó sobre los rebeldes: Escipión hizo cortar las manos a 400 jóvenes. Al igual que su padre y su hermano que usaron de la misma crueldad, podía Escipión, por otra parte tan humano, llegar a ser tan duro en caso de necesidad. A la mañana siguiente Escipión se hallaba de nuevo ante Numancia.

La rendición

Con ello la última esperanza de socorro había fracasado. La intrépida ciudad caminaba a su fin. El hambre apretaba de modo terrible. En situación tan calamitosa enviaron los numantinos cinco emisarios a Escipión, con el fin de alcanzar de él una capitulación honrosa. Con conmovida palabra su jefe Avaros pidió clemencia para un pueblo valiente que combatía por su hogar y su patria. Pero Escipión permaneció inconmovible; sabía por los prisioneros cuál era la situación de la ciudad y exigía su entrega con las armas. Cuando regresaron los enviados con tal respuesta, la ibérica fiereza se encendió hasta el paroxismo: la entrega de las armas equivalía para los íberos al ultraje más vergonzoso. Se culpó a los enviados de traición y fueron muertos. Pero el hambre se hacía cada vez más terrible: el pan, la carne, y hasta el forraje para el ganado estaban agotados. Hubo que cocer las pieles de los animales muertos, y cuando ya se agotó también este medio, se acudió al último y terrible recurso del canibalismo, que tan frecuentemente se ha dado en las ciudades ibéricas cercadas. Primero se echó mano de los muertos, luego se sacrificó a los moribundos, después a los enfermos y finalmente a los débiles, espantosa gradación de la necesidad y de la bestialidad. Solo cuando este horrendo suministro se agotó, se decidió la entrega.

Escipión les ordenó que depositasen las armas en un lugar determinado y al día siguiente se reuniesen ellos en otro lugar. Entonces solicitaron los numantinos un día más de plazo, que fue concedido. Aquel día, el último de Numancia, se dieron muerte, cada cual a su manera, los que no quisieron sobrevivir a la ciudad que había sido su cuna. Al día siguiente, los que quedaron entregaron las armas al vencedor y se entregaron a sí mismos.

Apiano nos ha conservado la descripción que hizo Polibio, como testigo ocular, de la salida de los últimos numantinos. Se les vio llegar (sin duda por la ladera oriental) llenos de suciedad, pelo en

greñas, barba hirsuta, las uñas hechas garras, los vestidos, andrajos, oliendo a pestilencia, pero su mirada llena todavía de un odio mortal. Escipión se reservó 50 de ellos para su triunfo en Roma y vendió como esclavos a los restantes. Cayó entonces sobre Numancia la sanción que poco antes habían sufrido Cartago y Corinto. Numancia fue quemada. Polibio acentúa que Escipión destruyó la ciudad sin estar autorizado por el Senado. Esto coincide plenamente con la actitud que Escipión tomó desde un principio en la cuestión celtibérica. Ya en el año 152 había empujado a la guerra, y en el 137 conseguido el rompimiento del tratado de Mancino. Ahora imponía por su cuenta su castigo al odiado enemigo. Tal arbitrariedad indica la posición casi monárquica de Escipión; él sabía muy bien que nadie le pediría cuenta de nada. Choca un tanto el que Polibio critique esta conducta de su héroe. Ello se explica: no estaba conforme con el procedimiento aplicado contra una ciudad de la cual habla con admiración. En realidad representa Polibio la opinión de que no debe destruirse una ciudad a no ser en el caso más extremo, y un caso tal creía que no se había presentado en Numancia. Esta concepción benigna obedece al concepto de la filosofía estoica que él profesaba y según la cual todos los hombres son hermanos, incluso los propios bárbaros. Así opinaba también el padre de Escipión, Paulo Emilio, quién criticó la destrucción de las ciudades de Iliria. El hijo fue más duro. La destrucción de las ciudades, Cartago, Corinto, Numancia, Fregellae, caracteriza el régimen brutal de la oligarquía; en cambio la vieja aristocracia había salvado de la destrucción a Capua. Escipión viene a ser el primer representante del imperialismo romano, que también Polibio proclama a todas horas (1, 2, 7; 3, 1, 4). La idea del dominio del mundo procede del antiguo Oriente, pero de hecho solo ha sido realizado a medias por Alejandro y enteramente por Roma, dentro del concepto que se tenía entonces del mundo, limitado a los países que rodean el Mediterráneo.

Apiano, basado en el testimonio de Polibio, nos cuenta la caída de Numancia tal como la he referido. La historiografía romana ha hecho del fin de esta ciudad una engañosa obra maestra de la retórica. Según esta, realizaron los numantinos todavía una postrera salida, tras haberse emborrachado con cerveza, su bebida nacional, después de lo cual pusieron fuego a todos sus bienes y a la ciudad y se dieron hasta el último la muerte, y el primero de todos

Retógenes, del cual sabemos que se había ausentado de aquella. De este modo Escipión habría sido engañado en el triunfo y en el botín: «Unum Numantinum victoris catena non tenuit»[22] (Orosio) y «Triumphus fuit tantum de nomine»[23] (Floro). Históricamente puede admitirse a lo más la destrucción de los bienes, pues Escipión no recogió botín alguno. No es justo que todavía hoy sigan repitiendo esta leyenda hasta eruditos españoles. No tienen necesidad los numantinos de tal exageración: su heroísmo resplandece de modo suficientemente claro en la tradición verídica; que se entregaran algunos hombres medio muertos de hambre no rebaja en ningún punto su gloria.

Así disfrutó una vez más un ejército romano la visión de una ciudad destruida, como había acontecido hacía ya trece años con Corinto y Cartago y antes y después con tantas otras ciudades, cuyo único delito fue el no querer someterse voluntariamente.

La loba es el animal sagrado de Roma y no han podido elegir los romanos símbolo más representativo de su hambre de poder. La loba Roma ha destrozado centenares de pueblos pacíficos, y sus anales están escritos con sangre. En ningún pueblo culto de la Antigüedad se mostró mejor la «bestia humana» que en Roma. Aparte del anfiteatro, donde corrían ríos de sangre humana para regocijo de los espectadores, hombres y mujeres, el triunfo, con el que el pueblo romano se embriagaba con el lamentable desfile de reyes encadenados y de sus tesoros, es su espectáculo más característico y la más auténtica expresión de su alma nacional, como Olimpia lo es del alma helénica.

Cayó Numancia en el rigor del verano del año 133 antes de Jesucristo. Su cerco había durado unos nueve meses, tantos como duró el asedio de Sagunto. Tras la caída de la ciudad su territorio fue distribuido entre los pueblos del contorno. Después ordenó Escipión los asuntos de algunas otras ciudades y en seguida se encaminó hacia Roma, a donde llegó antes de las elecciones consulares que se verificaban en noviembre.

En el emplazamiento del barrio oriental de Saledilla existen ruinas de un cuartel romano, al parecer de caballería; este no pudo establecerse sino después de la destrucción de la ciudad. La misión de aquel escuadrón era vigilar la comarca. Un destacamento

semejante dejaron los romanos en Masada después de destruir la fortaleza judía.

El fin de Escipión

El año 132 celebró Escipión en Roma el merecido triunfo acompañado de los últimos 50 numantinos. Como no había recogido botín alguno, hubo de pagar, de su propio peculio, 7 denarios (unas 7 pesetas), a cada soldado, bien poca cosa, toda vez que el parco Emilio Paulo, después de su triunfo sobre Perseo, había dado 100 denarios a cada soldado raso y 300 a cada jinete, sin contar con que Lúculo después de su campaña de Asia dio 950, y Pompeyo, 1.500.

De los tres triunfos en que tomó parte Escipión –el macedonio, el cartaginés, el numantino–, el conseguido sobre Numancia era el más pobre, pero no desmerecía en nada a los otros desde el punto de vista político.

La victoria de Numancia es enteramente personal de Escipión por su preparación y ejecución. Pudo haber escuchado en algunos casos el consejo de sus oficiales, como lo hizo con frecuencia siguiendo el de Polibio, su «jefe de estado mayor», pero las resoluciones importantes las decidía por su cuenta y hasta en contra del parecer de los demás. El hecho de que por dos veces haya logrado triunfar con un ejército al principio totalmente inservible es el más patente testimonio de la gran personalidad de Escipión y una justificación de la doctrina que sostiene que la calidad de un ejército depende de su general. Recuérdese tan solo el ejército macedonio con Alejandro y después de Alejandro, y el ejército prusiano bajo Federico el Grande y después de él.

De esta manera Numancia fue vencida y arrasada lo mismo que sucediera 13 años antes con Cartago. Después de una larga guerra llena de toda clase de ignominias y fracasos, este era el primer éxito y al propio tiempo el supremo: la destrucción total del último y más peligroso enemigo, a quien estaba combatiendo Roma desde hacía 20 años. Con justicia podía Escipión permitir que le honrasen con el título de «Numantino» como antes con el de «Africano». El nombre

de la pequeña ciudad del Duero no pesaba menos en la opinión pública que el nombre de Cartago. Hasta la extraordinaria dificultad de la guerra celtibérica convertía el triunfo final en algo casi mayor que el obtenido sobre la orgullosa reina de los mares que se derrumbó después de solo tres años de resistencia. Seis meses duró el bloqueo de Cartago; el de Numancia, nueve. Numancia, envuelta en el incendio, significaba para Escipión otro triunfo personal: era la esplendorosa justificación de su política de guerra con respecto a los celtíberos.

Tales pensamientos debían rondar a Escipión, y con él a Polibio, testigo de ambas victorias. Pero quizá se mezclaban de nuevo, como ante las llamas de Cartago, en el alegre sentimiento de la victoria, pensamientos más sombríos. Cuando Escipión contempló Cartago incendiada, vertió lágrimas por Roma, profetizándole un fin parecido. Con ello solo puede haber pensado en la guerra civil. Acababa de desencadenarse en Roma la tempestad, que amenazaba desde largo tiempo, contra la forma del Estado que Escipión, a pesar de sus fallas consideraba inviolable, y había corrido la primera sangre ciudadana. Delante de Numancia había recibido la noticia del asesinato de su cuñado Tiberio Graco, y declaró que era justo.

La imagen sangrienta del asesinado y por él maldito, debió perseguirle y advertirle la culpa de la oligarquía y la suya propia. Tal vez presintió Escipión que había alcanzado ya la cumbre de su vida. Recordaba que su padre en los días de su más alta felicidad, del triunfo sobre Macedonia, había perdido dos hijos, y sabía que en la vida humana con frecuencia al más alto encumbramiento sucede la caída más profunda. Así debía ocurrirle a él. En la cima de su gloria, en la plenitud de su vigor, ya bordeaba el sepulcro. Cuatro años más tarde caía, lo mismo que Graco, víctima de la lucha política, bajo el puñal del asesino. Mientras su padre, después de tranquila muerte, fue llorado por todos y llevado al sepulcro por enviados de los pueblos por él sometidos, Escipión fue perseguido por la maldición del pueblo. Nadie tenía la culpa sino él.

En «El sueño de Escipión», Cicerón, en magníficas palabras, hace que el vencedor de Zama muestre a su nieto el camino de la dictadura: «Tú destruirás a Numancia. Pero cuando tú te dirijas en el carro del triunfo al Capitolio, encontrarás amenazado el Estado

por la revolución de mi nieto (Graco). Tú debes, Africano, mostrar entonces la luz de tu espíritu a tu patria... hacia ti se volverá toda Roma, todos te contemplarán, serás tú el único en quien descanse la salud del Estado: entonces debes establecer la dictadura». Así hablaba Roma a Escipión en la palabra de su abuelo, pero él no hizo caso de esta voz. La gran prudencia a la cual debía sus éxitos militares le fue fatal en la política interior. El exceso de precauciones le impidió tomar una decisión. En ello se parece a Mario y a Pompeyo, buenos generales como él y malos políticos. Escipión acarició sin duda pensamientos monarquizantes y más de una vez habría pensado en su abuelo, a quien los íberos querían tener como rey y unos reyes griegos como suegro. Pero no se atrevió a pasar a la acción audaz. En lugar de ello se opuso a la reforma y esta pasó por encima de su cadáver. La agonía de la nobleza todavía duró 80 años, hasta que por fin llegó el hombre adecuado, tan grande como Escipión como general, más grande como político: César.

Lo mismo que su gran abuelo, Escipión es una figura trágica. Al igual que él, no solo África y España, escenarios de sus triunfos, sino el mundo entero estaba al tanto de su fama guerrera, pero, como su antepasado, fracasó finalmente entre sus propios conciudadanos. Para el vencedor de Aníbal resultaba estrecha la constitución del Estado romano, mientras el nieto se declaró contra su urgente reforma. Pero al igual que en el caso de aquel, sobrepasan los grandes hechos primeros al oscuro final: Escipión sobrevive en el panegírico de Polibio y ha alcanzado la fama de su abuelo, hasta el punto que la leyenda reconstruyó la imagen del último con su propia imagen. No solo el heroico ocaso de los celtíberos, sino también el recuerdo de que aquí uno de los más grandes y más nobles romanos vio el último triunfo de su vida, consagra eternamente el solitario lugar de Numancia.

NUMANCIA Y LOS NUMANTINOS

Las excavaciones han demostrado que Numancia pereció consumida por el fuego. Cuando el 12 de agosto de 1905 hallé los restos de la ciudad ibérica, encontré en todas partes bajo la ciudad romana recubierta por una negra capa de humus, una capa roja de un metro de espesor. Consistía en adobes que el fuego había enrojecido y el derrumbamiento convirtió en escombros. Entre esos rojos escombros se han encontrado muchos restos de la ciudad ibérica, reliquias pobres pero históricamente importantes. Ya que, realmente, en un pueblo que a pesar de su barbarie se ha hecho inmortal por su heroísmo, interesan todos sus restos, más que brillantes hallazgos carentes de significación histórica.

Como la ciudad fue totalmente saqueada antes del incendio, no cabía esperar que se encontrara en ella cosas de valor. De modo que han aparecido solo útiles de barro, de hueso, de piedra, de hierro, pocos de bronce y nada de metal precioso. Pero las vasijas han quedado, aunque rotas, en el mismo lugar, y gracias a ellas hemos podido reconstituir muchos aspectos de la vida numantina. Notables son los proyectiles romanos encontrados en la ciudad: balas de piedra de catapulta de una a tres libras y 6 flechas también de catapulta. Han aparecido asimismo hasta 18 balas de plomo para honda (glans), una de ellas con la estampilla griega Αἰτω(λῶν), muchos proyectiles de arcilla en forma de glans que servirían como proyectiles incendiarios, y puntas de flecha. Todos esos proyectiles proceden de los ataques de los antecesores de Escipión.

La ciudad

Ahora vamos a intentar describir lo que se deduce de los resultados de las excavaciones y de lo que nos cuentan los testimonios literarios con respecto a la ciudad y la vida de sus moradores[24].

Numancia era una pequeña ciudad. La ciudad vieja, en la meseta de la colina, tenía una longitud de 400 metros, una anchura media de 200, una superficie de 7,6 hectáreas únicamente, y un perímetro de mil metros. Más tarde se agregaron algunos ensanches, particularmente por el lado oriental, donde adelantaba como un bastión el arrabal de Saledilla, y por el sur, donde se había levantado un barrio sobre la suave pendiente. Sin embargo, el número de casas y familias nunca debió pasar de 2.000, lo que supone 2.000 guerreros y alrededor de 8.000-10.000 habitantes en total. El circuito de 4.400 m. que señala Apiano para el año 148 nos da a entender que la ciudad llegaba entonces por el este al pie de la colina y por el oeste y el sur hasta los ríos Duero y Merdancho, pero de este espacio solo una parte estaba edificada, estando dedicado el resto al ganado y laboreo y teniendo a lo más cabañas. Ya sabemos (v. pág. 87) que la ciudad vieja fue construida tal vez allá por el año 300 a. J. C. según un plan uniforme y que revela una notable unión de elementos indígenas (africanos) y extranjeros (griegos), pues en tanto que el anillo de las casas adosadas a la muralla es de origen africano, el trazado regular de las calles con dos ejes longitudinales y las 10 transversales que los cortan en ángulo recto, es, por el contrario, imitación de prácticas griegas. La muralla de la ciudad tiene un espesor de 6 metros y consiste en dos gruesos muros frontales de piedra sin labrar, con un relleno de material menudo entre ambos. Han sido encontradas dos puertas: una al occidente, defendida en uno de los lados por una especie de bastión, la otra al sur, allí donde las dos calles convergen. Naturalmente, también por la parte de levante, el frente principal de la ciudad, había una puerta. Junto a las puertas había pequeñas plazas. Al anillo exterior de las casas correspondía dentro de la ciudad una calle circular que

también servía para la defensa de la muralla. Esta calle circular y las interiores tienen de 3 a 5 metros de anchura, y en general se hallaban empedradas y provistas de aceras y pasaderas para poder ser atravesadas en la época de lluvias.

La casa de Numancia es corrientemente la usual en Iberia: la casa rectangular; en cambio entre los celtas de Galicia y Portugal se suele encontrar la casa redonda. El lado menor es el que da a la calle. La casa mide 12 metros de longitud, tiene una anchura de solo 2 a 3 metros y cuenta a lo más con tres habitaciones. Delante, junto a la calle, hay una bodega de 2 metros de profundidad que servía como habitación de invierno y de hilado, habiéndose encontrado en ellas muchas pesas de telar. En la parte media estaba el hogar y dormitorio, y en la parte trasera el establo para el ganado menor. El hogar se halla en el suelo, lo mismo que hoy día, de modo que las mujeres tenían que cocinar agachadas, postura tan insana como incómoda. Se dormía también sobre el suelo, envueltos en la capa, como todavía vemos en algunos lugares. Debía servirles de alumbrado la misma lumbre del hogar, aparte de las teas de pino, pues no se han encontrado lámparas ibéricas de ninguna especie. Estas teas todavía son frecuentes. La casa de tres departamentos sin piso superior, en la que hombres y animales vivían en promiscuidad, aún se encuentra actualmente en algunos territorios atrasados de España, ante todo en las Hurdes de la sierra de Gata. No se edificaba con madera, que era rara, sino con piedra sin labrar y con adobes, que en parte tienen una longitud de 50 centímetros. El adobe, secado únicamente al sol, es el clásico material de construcción de la Mesopotamia, que carece de piedra, y traído por los navegantes orientales llegó a España, donde todavía hoy se emplea. El arte de la cantería era tan desconocido de los numantinos como de los germanos de Tácito. Las paredes de las casas están construidas en su mayoría con adobes sobre zócalo de piedras y más raramente con este último material por entero. Si, contrariamente a lo que pasa entre los galos y germanos, se construye aquí con pared medianera, como en los países clásicos, no hay duda que ello se debe a la influencia de la costa levantina. El techo era de ramaje y barro. Faltan ventanas, del mismo modo que actualmente en las casas de las Hurdes; el humo buscaba su salida por hendiduras del techo y de los muros y por la puerta. No se ha encontrado ningún edificio público, aunque no debió faltar una casa

del Consejo, que se cita a menudo en otras ciudades celtibéricas. Tampoco se ha encontrado templo alguno. De manera que la ciudad ofrece un aspecto de gran pobreza y primitivismo.

Los habitantes. El elemento ibérico

Los habitantes, como celtíberos que eran, pertenecían a la raza ibérica, pero ya mezclada con los celtas (v. pág. 84). Ahora bien, el elemento ibérico, tanto en lo corporal como en lo espiritual, parece haber sido el predominante, distinguiendo Posidonio a los celtíberos de los celtas. Los cráneos encontrados en Numancia muestran en conjunto el tipo ibérico dolicocéfalo, de cara muy estrecha, tal como se da en la actualidad en las gentes castellanas en contraposición a los habitantes de la periferia, más braquicéfalos, vascos en el norte, catalanes en levante y andaluces en el sur. Debemos representarnos a los numantinos como hombres de baja estatura y pelo negro, morenos, magros, nervudos, curtidos y frugales, como lo son hoy día sus parientes los bereberes y los actuales habitantes de la Meseta. El tipo céltico, de cuerpo grueso y pesado, pelo rubio y la piel blanca, hoy es raro en estas tierras y lo era ya entonces. Con este tipo físico meridional concuerda también el esbelto talle de los hombres que vemos representados en algunos vasos (lám. VI), y nos dicen los autores que a las mujeres ibéricas se les exigía que su talle no pasara de cierta medida. El arte de la danza, extraño a los celtas, corpulentos y pesados, se cultivó también entre los numantinos y requiere cuerpos ágiles y ligeros. La guerra de guerrillas, que se basa enteramente en la velocidad, también supone el tipo ibérico y tiene este origen, del mismo modo que es ibérico asimismo el armamento ligero propio de aquella, con jabalinas, pequeño escudo redondo, puñal, y la táctica de escaramuza. Los numantinos, como los íberos, luchaban más a distancia con la jabalina; los celtas, por el contrario, combatían cuerpo a cuerpo con la espada. La caballería celtibérica era excelente, la de los celtas no valía gran cosa. Entre los celtíberos nos encontramos con los soldurii, que formaban el séquito de su caudillo, unidos a él a vida y muerte por un juramento; igualmente los hallamos entre los germanos, mas no entre los galos, pues sus clientes, que luchan y mueren por su señor, son algo distinto. Ibéricas son también la casa cuadrangular, el anillo de casas

periférico y la técnica de pared medianera, mientras las casas circulares celtas se yuxtaponen sin plan alguno. En lo que se refiere al traje, la mantilla de las mujeres de los vasos de Numancia constituye un elemento ibérico. También se encuentra en otras tribus ibéricas la costumbre de lavarse con orina, cosa que no se da entre los galos. La cerámica pintada de Numancia es más ibérica que céltica, e ibérica es la escritura numantina.

Desde el punto de vista anímico los celtas son mucho más activos. Son sanguíneos, mientras que los celtíberos, con su indolencia, son flemáticos, pero con arrebatos de cólera como el terrible furor con que recibieron a la última embajada, acusada de traición. Ibérica es la oposición a toda jerarquía, no solo frente al enemigo, sino incluso dentro del orden estatal. Entre los celtas gobierna el rey o la nobleza, los celtíberos solo admiten el consejo de los viejos y a lo sumo, en la guerra, un jefe. En la historia de los celtíberos nunca aparecen los sacerdotes, que entre los galos desempeñaron un papel político tan importante (los druidas). Ibérico de todo punto es aquel paroxismo de su resistencia que los hunde en el canibalismo y en el suicidio por la defensa de las ciudades, que los galos nunca realizaron con tal tenacidad. Mientras que los galos pronto se sometieron, Roma tuvo que luchar con los íberos durante 200 años.

El elemento céltico

Por otra parte son evidentes los elementos celtas. De ellos tomaron los celtíberos la espada, el escudo largo, el calzón, la capa (sagum), brazalete (viria, del céltico viriola) y entre las bebidas la cerveza, que ellos llamaron caerea (caelia) y los propios celtas cerevisia. De los celtas proceden también los galgos, que todavía hoy llevan este nombre («galgo» de canis gallicus). Pero más significativo que todas esas prestaciones materiales es el hecho de que encontremos en el pueblo celtíbero dioses celtas y que todos los caudillos de los numantinos lleven nombres celtas: Rectugenos, Megaravicus, Avaros, etcétera, lo mismo que sucede con los jefes de los cimbrios y teutones (Boiorix, Teutoboduus). De ello se deduce la persistencia e importancia de la nobleza céltica, en la que cabría ver la fuerza animadora e impulsiva y con cuya importancia se puede comparar la de la nobleza báltica para Rusia.

Cultura

La vida de los numantinos la conocemos ante todo gracias a sus vasos pintados, de los cuales el espléndido museo de Soria posee al menos 800. Tales vasos son de buenas y variadas formas y cocción, pero sus pinturas son muy toscas; sin embargo, estas son importantes para nosotros pues nos aportan numerosos datos. En primer lugar nos dan a conocer la indumentaria, que en los hombres consiste en una especie de túnica, calzón corto, pantorrilleras o polainas, a lo que se agrega la capa (láms. V, VI). Estas tres últimas prendas eran de lana y casi siempre del color natural, negro, como es hoy todavía el traje masculino. Parece que los hombres también llevaban el cabello largo. Las mujeres se vestían con largos ropajes ceñidos, provistos de mangas, usaban medias y se tocaban con la antigua mantilla ibérica que todavía se conserva en el tocado de nuestros tiempos (lám. VII, 1). El calzado era en parte simples sandalias, en parte estaba provisto de tacón. En cuanto a alhajas, es natural que haya sido encontrada poca cosa en las ruinas de una ciudad saqueada tan a fondo como lo fue Numancia, y solamente son abundantes las fíbulas de bronce usadas para sujetar los vestidos. Las mujeres llevaban el pecho cubierto con dos placas ornamentales redondas (lám. VII, 1). También se representan los pendientes para las orejas; han aparecido con frecuencia brazaletes y collares de metal o cuentas de vidrio.

Contrariamente a los usos de los países clásicos, la alimentación de los celtíberos era más a base de carne que de pan y parece ser que esta se comía sin sal y medio cruda. Se deduce también que fueron preferentemente carnívoros por los mataderos que ocasionalmente son citados. A juzgar por los huesos encontrados en la ciudad incendiada se comía mucha caza, particularmente ciervos, jabalíes y conejos. Los pocos cereales (trigo) de aquella tierra proporcionaban pan y cerveza, su bebida principal, pues el vino había de traerse de la costa de levante y resultaba caro. Orosio, hijo del país, nos describe la elaboración de la caelia, cerveza. Con vino y la miel que

proporcionaban las abejas silvestres se hacía otra bebida, una especie de hidromiel. También se dedicaron a la pesca, pues tenían barcos a remo y a vela y a menudo encontramos peces representados en la cerámica. Vemos que los caracoles y los moluscos fueron igualmente comidos en abundancia. Faltaba el aceite, el vinagre y al parecer también la sal. Para friccionarse el cuerpo y limpiar los dientes usaban la orina corrompida, práctica que se usa todavía en algunos pueblos salvajes de otros continentes, tales como los hotentotes y los groenlandeses. Esta costumbre subsistía aún en tiempo de César y hoy mismo en este territorio se trata con orina la piel cuando se agrieta.

Del ajuar doméstico lo que mejor conocemos son las vasijas de barro, de las que muchas se han conservado, aunque sea en fragmentos. En un rincón de la cueva suele encontrase un gran recipiente circular rebordeado, para provisiones, que es característico de la cerámica ibérica. Como cosa corriente tenemos largas pilas de piedra, en las que se lavaban ropas y cacharros, y los conocidos molinos de mano. Usaban también una tosca y panzuda copa, pero la mayoría de los vasos presentan forma bastante bella, pudiendo calificarse a los numantinos como hábiles alfareros. Fueron también tejedores, y así estuvieron en condiciones de entregar al ejército romano 9.000 capas. En las cuevas han aparecido muchas pesas de telar, de barro, no siendo menos frecuentes las fusayolas de la misma materia.

Los numantinos se dedicaron preferentemente a la cría del ganado, sobre todo el lanar, y en segundo término al cultivo de sus campos, que es lo que hoy prevalece allí. La trilla se hacía y se hace con el tribulum de procedencia oriental, hoy todavía llamado «trillo». Eran además aquellas gentes aficionadas a la caza, ejercicio que era sobre todo una pasión de los íberos.

Poseían ya los animales domésticos que existen en el país en la actualidad. El preferido era el caballo, animal predilecto y motivo principal de la pintura de sus vasos, y luego el toro, también muy querido y objeto de culto, lo mismo que ahora. El vaso numantino de mayor tamaño y al propio tiempo el más hermoso nos ofrece dos toros pintados con especial cariño (lámina VII). El comercio careció de importancia y sólo se hizo a base del trueque, quizá de sus capas

y vasos. No se acuñaban monedas y faltan en absoluto las extranjeras, lo mismo que casi todo vestigio de importación. Para el transporte se hizo uso de carros, cuyas huellas han quedado en las calles de la ciudad, valiéndose para el tiro generalmente de mulos y de asnos. La mujer compartía fuertemente el trabajo y es probable que participara también en la misma guerra, como se nos cuenta con frecuencia de las tribus ibéricas.

El armamento es, como hemos visto, en parte ibérico, en parte céltico; la mayor parte de los guerreros iban armados a la ligera (caetrati), con la jabalina, el puñal y el pequeño escudo redondo ibérico; los menos iban armados pesadamente (scutati), con la espada y el grande y alargado escudo de los celtas. Los cascos cónicos, que encontramos pintados en los vasos, eran raros y todavía más las corazas. En general se combatía más a distancia con la jabalina (provista en ocasiones de un amento) que cuerpo a cuerpo con la espada y el puñal. Además de la jabalina se usó también la honda, como todavía se usa hoy, cuyos proyectiles eran los guijarros redondos aluviales. Las numerosas balas de barro en forma de glans halladas dentro de Numancia son proyectiles incendiarios de procedencia romana. Notables son unos cuernos circulares de cerámica y sabemos por los textos que en la guerra se usaba el cuerno. No faltan las escenas guerreras en los vasos: duelos, como gustaban a los íberos y a los celtas (lámina VI), representaciones de guerreros caídos sobre los cuales ya se han abatido los buitres. Se luchaba a pie y a caballo y de ambas maneras el mismo individuo, según las circunstancias; si el jinete echaba pie a tierra, el caballo le aguardaba amarrado a una pequeña estaca de hierro. Los numantinos, en el año 140, entregaron a los romanos 800 corceles, por lo que resulta lógico que debían contar entonces por lo menos con un millar de jinetes.

La táctica particular en la guerra de los numantinos era la ibérica, la de guerrillas, con sus asaltos a las columnas de soldados y de aprovisionamiento, sobre todo en emboscada. La batalla campal se evitaba. Como sucede en otras tribus ibéricas, se daba entre los celtíberos la costumbre de agruparse muchos jóvenes combatientes alrededor de un jefe querido bajo juramento de no sobrevivirle: los soldurii.

Poco sabemos de sus creencias religiosas. No obstante, el culto del toro parece atestiguado por unos danzantes cuyos brazos están metidos en astas de toro. Una figurita de un toro en arcilla, más que una imagen de culto debe ser un exvoto. Tal vez también el caballo haya tenido un carácter sagrado; en un bastón de mando hay representaciones de caballos. No es seguro que la figura humana con cabeza de caballo que hay pintada en un vaso represente a un dios. También vemos figuras mitad humanas y mitad animales que hacen pensar en las máscaras animales de los pueblos primitivos. La costumbre de atraerse el favor de los dioses por medio de exvotos está atestiguada por las figuritas de barro representando hombres, pies, etc. Como amuletos se llevaban colgados pequeños pies, cabezas de toro, cuernos de toro, hachas, etc., de bronce. En uno de sus vasos tenemos representada una escena en que sacerdotes o sacerdotisas con altos gorros puntiagudos sacrifican una víctima, que por desgracia no se puede reconocer si se trata de un animal o de un ser humano. Hay que contar con que practicaron el sacrificio humano, como es referido de los lusitanos. Lo mismo que sus vecinos y aliados los vacceos, también los celtíberos y, por tanto, los numantinos, dieron culto a la luna. El Moncayo era un monte sagrado y en él había bosques sagrados, por ejemplo el encinar de Beratón en su falda sur. Cosa sorprendente es no haber encontrado ninguna necrópolis en Numancia, a pesar de haber rebuscado por todas partes, y los textos hablan de la costumbre de exponer los guerreros muertos, para ser comidos por los buitres, escena que parece representada en una vasija. Tal modo de proceder nos parece a nosotros horrible, pero no hay que olvidar que la encontramos entre los persas, pueblo culto, y el príncipe de Bismarck decía en cierta ocasión que prefería ser comido por los pájaros del cielo, al aire libre en la cima de un monte, que por negros gusanos en la tierra.

De la escena de danza masculina a que hemos aludido parece deducirse que en aquellos tiempos se gustaba de la danza tanto como ahora. Un baile de espadas que aún hoy se baila en Renieblas debe ser muy antiguo. Los textos nos hablan de bailes y cantos guerreros. En las restantes tribus ibéricas se encuentra la misma afición a la danza. La danza iba acompañada de la música, que no falta ni en los pueblos más atrasados, pues existen pueblos sin vestido ni habitación, pero no se ha encontrado uno solo sin música.

Realmente los cuernos de barro hallados en Numancia no son muy indicados para esta, pero también debieron conocerse las flautas y los instrumentos de cuerda. Numerosos discos de cerámica recortada y un dado son signos que permiten deducir la existencia de variados juegos.

Su vida no estaba enteramente desprovista de arte, que no falta ni en los más primitivos pueblos. Los vasos son de formas agradables y se hallan ornamentados con figuras de hombres, mujeres y animales: caballos y toros, perros y cabras, pájaros y peces (láms. V-IX). Pero el estilo de las figuras es completamente infantil, y extraña la manera de resolverlo todo en formas geométricas, por ejemplo representando el cuerpo humano como dos triángulos que se unen por sus vértices en la parte del talle. La excesiva ornamentación es característica del arte de los pueblos primitivos. También se dibuja el busto de frente y la cabeza y las piernas de perfil. La cara se indica en la mayoría de los casos solo por medio de la nariz a modo de pico de pájaro. Sin embargo se intenta representar incluso escenas como duelos, doma de caballos, danzas, sacrificios, etc. Hombres y mujeres siempre van completamente vestidos como corresponde al duro clima. Pero no se rehuye la representación del desnudo, representándose, por el contrario, en una figurita femenina de barro, la vulva y el ano a los pies de la figura, pues el vestido no permitía verlos. Tenemos pocos restos de trabajos en metal; las estatuillas de bronce que se encuentran a millares en las comarcas meridionales de España faltan aquí en absoluto. Las famosas espadas de los celtíberos fueron forjadas en el Jalón, en Bílbilis, la ciudad del hierro, y no en el Duero. No es posible averiguar la difusión del arte de la lectura y la escritura por los nombres grabados en los vasos en caracteres ibéricos. Algunas personas entendían, naturalmente, la lengua y la escritura romanas, y de ello es prueba el documento escrito del tratado con Mancino que fue presentado en Roma.

Organización política

Primitiva, como todo lo demás, era la organización política. Todavía existía el clan, como suele designarse con palabra escocesa un grupo agnaticio de familias, que toma su nombre del común antepasado y se halla bajo las órdenes de un jefe. En los vasos de Numancia el propietario da como nombre suyo el de su clan; esto significa que el individuo pertenece todavía enteramente a este último. Las pequeñas aldeas en las montañas de la comarca numantina son agrupaciones de un clan, habitadas solo por 100 a 200 personas, pero fuertemente fortificadas e independientes. Numancia representa una reunión de varios clanes. Pero por encima de ello Numancia es no solo la capital de los arevacos, sino también el refugio de las tribus del Jalón y la aliada de los vacceos, por tanto cabeza de una extensa liga, que se extendía más de 300 kilómetros de este a oeste. En el año 158 vemos una leva de 25.000 guerreros bajo su mando, de los cuales parece que solo 2.000 eran numantinos. En el año 148 aún cuenta con más de 8.000 combatientes, por el refuerzo de las comarcas vecinas, y en el 137 todavía con 4.000. Los numantinos se adjudicaron el derecho de guarnecer con tropas otras ciudades celtibéricas y su caudillo Litennón trata en el año 151 en nombre de todos los celtíberos.

Esta supremacía de una ciudad sobre una gran parte de las gentes de la Meseta es algo sorprendente, pues en el resto de los íberos cada pueblo obra por su cuenta y no se ocupa de los demás. Pero aquella situación debió darse solo en caso de guerra. Durante largo tiempo Numancia dispuso de sus confederados, pero en sus horas finales estuvo sola. Roma había conseguido atraer a la paz una ciudad tras otra, y al final incluso Termancia. Este aislamiento significa el fin; los numantinos no eran ya lo bastante fuertes para atacar a los romanos y tuvieron que dejarse encerrar y morir de hambre.

En tiempos de paz el gobierno de la ciudad se limitaba al consejo de

ancianos, los jefes de las familias, la dschemâa de los bereberes, aunque naturalmente tenían un rango preeminente los hombres importantes como Retógenes. Pero nunca toleraron un caudillo para la ciudad o para la tribu, a no ser en trance de guerra, tal como ocurría también entre los germanos. Aun entonces este poder era seguramente muy precario y chocaba con frecuencia con la obstinación del pueblo, opuesto a todo orden y jerarquía. A los enviados que volvían con una respuesta desfavorable se les daba muerte. Notable es un bastón con puño de bronce que representa dos caballos, encontrado en Numancia, y que quizá es un atributo de soberanía, sin que sepamos quién lo usó, si uno solo o varios, si un sacerdote o un magistrado. La vida política se halla pues muy poco desarrollada todavía en Numancia, algo así como entre los germanos de Tácito y los actuales beduinos, cuya constitución estatal se reduce a los clanes con sus caudillos, pues el jefe de la tribu tiene escasa autoridad. Entre los celtíberos, por lo general, parece no haber existido ningún gobierno por encima del clan; nunca nos hablan los textos de jefes de tribu como los había entre los germanos, aunque tampoco entre estos alcanzaron un gran poder.

Los íberos invasores trajeron de la costa oriental una civilización más alta que la de los celtas. Tenían escritura, y tanto el plano regular de la ciudad de Numancia como la pintura de sus vasos muestran la influencia helénica. Pero esta civilización no adquirió ulterior desarrollo, sino que decayó, como es frecuente que un pueblo al ocupar un país pobre se empobrezca y se embrutezca. Ejemplo típico de este proceso son los vasos de Numancia con sus imágenes que desfiguran el modelo griego, lo que recuerda vivamente las toscas imitaciones celtas de las monedas griegas.

El nivel cultural de los numantinos es por consiguiente bajo e incluso nos atreveríamos a afirmar que están en un grado de civilización inferior a los galos, pero en cambio son mucho más valientes y más amantes de la libertad que estos. Esta es la gloria imperecedera de la pequeña y pobre ciudad, cuyo nombre no desaparecerá nunca, sino que en todos los tiempos quedará como uno de los más famosos ejemplos de afán de libertad y amor a la patria.

Mentalidad nacional

El carácter de los numantinos y en general de los celtíberos acusa decididos y fuertes rasgos de virilidad, en tanto que la manera de ser de los galos, con su vanagloria, su traje lujoso, su inconstancia y locuacidad, tiene algo de femenino. Su fidelidad y gratitud se manifiestan de tal modo, que aun después de 50 años se acuerdan de la moderación de Graco y devuelven el favor a su hijo. Por mantener una fidelidad inmutable son constantemente víctimas de la deslealtad romana. Si ello era un error desde el punto de vista político, moralmente es un mérito. Los propios romanos ensalzaron la fidelidad de los celtíberos, la fides celtiberica. Otro de sus rasgos sobresalientes es su acendrado sentimiento del honor, el proverbial «orgullo español». Cuando supieron los numantinos que habían de entregar sus armas, rompieron inmediatamente el trato con Roma, y por fin, los últimos que quedaban, ya minados por el hambre, prefirieron en su mayoría darse la muerte con sus armas antes que entregarlas. Los propios relatos romanos hacen justicia a este fuerte amor por la libertad. Ahora bien, este orgullo tan conveniente frente al enemigo, conducía en el interior al partidismo, al aislamiento de las tribus y clanes entre sí, a no admitir orden ni disciplina. Este rasgo, que podríamos llamar anárquico, hemos de suponerlo herencia africana, que encontramos igualmente perfilada en el carácter bereber. También entre los judíos, que igualmente eran gente de meseta, aparece el valor en la defensa de su libertad, al lado de la anarquía. Su lucha contra la dominación romana muestra la misma tenacidad, las mismas terribles escenas de rabiosa defensa y de suicidio que hacen del final de Jerusalén y de Masada un exacto trasunto del de Numancia. También en los judíos, el orgullo se convierte en obstinación y el amor a la patria en rabia.

Otra característica nada favorable de los celtíberos es la indolencia, reflejada en su estrategia pasiva, en la negligencia en dejar arruinarse la muralla y edificar barrios sin preocuparse de construir un nuevo circuito de murallas, en el abandono del comercio aun

contando con productos para la transacción. Orgullo e indolencia son sin duda dos de sus rasgos preminentes.

En muchos españoles se reconocen aún las cualidades del antiguo celtíbero. Del mismo modo que en el aspecto físico poco ha cambiado a pesar de las posteriores capas de población, indudablemente ligeras, aportadas por los romanos, godos y árabes, así también espiritualmente el hombre de la Meseta ha permanecido igual que era, fuerte y altivo, como han permanecido iguales la nieve de las sierras y la soledad de las parameras.

LA NUMANCIA ROMANA

Últimas luchas de los celtíberos

El nombre de Numancia desaparece de la Historia el año 133 a. J. C. Y si bien parece que pronto algunas gentes de las inmediaciones se establecieron sobre sus escombros (v. pág. 323), con ello no puede decirse que la ciudad, como tal, renaciese. Pero las restantes ciudades de la Meseta, Uxama, Clunia, Termancia, que se habían sometido, continuaban su existencia y en ellas sobrevivía la antigua ansia de libertad. Bastaba un simple soplo, para que las ascuas que todavía ardían bajo las cenizas renovaran el incendio. De los 30 años que siguieron a la destrucción de Numancia nada se cuenta y debió pasar mucho tiempo hasta que los celtíberos se repusieron de los terribles golpes recibidos. Pero el antiguo valor volvió a mostrarse al rechazar a un enemigo que había dominado la Galia: los cimbrios, que después de la batalla de Arausio (105 a. J. C.) cruzaron el Pirineo. Resulta extraño que poco después de esa victoria sobre los germanos, en el año 99, estallase una nueva sublevación contra Roma, como si los celtíberos hubieran sido incitados a la revuelta por aquel éxito. La nueva guerra duró seis años y fue conducida por Roma con la crueldad y perfidia habituales. El teatro de la sublevación fue el mismo de antes, el territorio de los arevacos y el de los vacceos, cuya alianza por consiguiente había subsistido. Entre las ciudades vencidas en aquella ocasión figuran Termancia y otra ciudad, llamada Kolenda, cuya situación desconocemos, que fue sitiada durante nueve meses, lo mismo que Numancia. En el ejército del general Didio figuraba Sertorio, que había de convertirse en el nuevo caudillo de los íberos y que ahora aprendió a conocer aquellas tierras y gentes. Inmediatamente después del triunfo de Didio refieren los textos un nuevo levantamiento, y de nuevo corrió la sangre a torrentes. Con tal ocasión se cita especialmente el lugar de Belgeda. Aquí, la juventud patriótica quemó a los viejos, opuestos a la guerra, dentro de la casa del Consejo, evidenciando el mismo contraste de opiniones que en Lutia (véase pág. 316).

Más tarde surgió para los íberos un gran caudillo en Sertorio. Proscrito por Sila, vino este importante personaje a España y logró crearse una posición y un ejército en Lusitania. Llevó luego la guerra a la provincia citerior y también los celtíberos se le unieron entusiastas, pues sabía de modo especial ganarse a los íberos por el hábil trato de sus peculiaridades. No era menos hábil en adaptarse a la táctica indígena, convirtiéndose en un segundo Viriato. Los mejores guerreros se le unieron y según la norma ibérica le juraron solemnemente no sobrevivirle. En Osca (Huesca), en la cuenca del Ebro, fundó una escuela en la cual los hijos de la nobleza indígena habían de recibir la cultura romana. Durante 9 años (80-72), Sertorio apoyado en los celtíberos hizo frente a las fuerzas superiores de los generales romanos Pompeyo y Metelo y no cayó, lo mismo que Viriato, sino bajo el puñal del asesino. Entonces tuvieron que ser conquistadas de nuevo las ciudades fuertes del país: Termancia, Uxama, Clunia, Belgeda, Palantia, Cauca, y una vez más se renovó el horroroso cuadro de una lucha desesperada. También entonces se luchó en las proximidades de Numancia, levantándose dos nuevos campamentos en la Gran Atalaya de Renieblas (Mapa 3). Uno de ellos (campamento IV) es el campamento de verano desde el cual hizo Pompeyo su campaña del año 75 contra los celtíberos; el otro (campamento V), es el campamento de invierno en el que invernó su legado Titurio con 15 cohortes (75-74 a. J. C.). El primero no tenía ninguna construcción de piedra; en el de invierno algunas de tales construcciones se encuentran bien conservadas, particularmente varios grandes cuarteles para los manípulos, las casas de los tribunos y del séquito, provistas de triclinio, y los almacenes de grano. Igualmente se hallan en buen estado de conservación las murallas, y sobre todo las del campamento IV, en las que pueden reconocerse todavía todas las puertas. Este campamento veraniego no tuvo torres para la artillería, pero sí las tuvo el campamento de invierno, provisto de 16 baterías a lo largo de la muralla norte, que mide 935 metros. Con sus 59 y 61,2 hectáreas respectivamente, estos dos campamentos son más amplios que el de Nobilior, que solo mide 45 hectáreas, siendo el V el más vasto de todos los campamentos romanos hasta ahora conocidos. En tanto que los campamentos anteriores buscaban su seguridad en lo alto de los cerros, el campamento V está parcialmente situado en la llanura; Numancia ya no existía.

Después de la guerra de Sertorio, no tenemos referencia más que de levantamientos aislados que carecían de importancia; y en cuanto a la última gran guerra de los íberos, que fue la sostenida por los astures y cántabros, gentes montaraces de la costa septentrional, contra Augusto, entre el año 29 y el 19 a. J. C., no toman parte en ella los celtíberos. En la coraza de la famosa estatua de Augusto, que se guarda en el Museo del Vaticano, podemos ver representada a Hispania como vencida, revestida con el sagum y empuñando la espada celtibérica. Así sólo después de una lucha secular pudo ser vencido aquel valiente pueblo y extinguida la última chispa del incendio.

La nueva Numancia

En la nueva distribución de las provincias españolas, los celtíberos de la parte citerior fueron adscritos al convento jurídico de Cesaraugusta (Zaragoza), y los de la ulterior a Clunia. Los antiguos nombres de tribus perduraban solo como distritos geográficos. Los arevacos tenían 6 comunidades, los pelendones, en el alto Duero, 4. Las 6 comunidades de los arevacos son: Segontia (Sigüenza), Uxama (Osma), Segovia, Nova Augusta, Termes y Clunia. De las 4 pertenecientes a los pelendones (v. pág. 82), solo conocemos por Plinio el nombre de una: Numancia. Plinio solo se refiere a ciudades existentes, por lo tanto su mención no significa un recuerdo histórico, sino la noticia de una nueva Numancia, la Numancia romana, creada por Augusto. Como Plinio se atiene a lo ordenado por Augusto, debe atribuirse tal fundación a este gran reconciliador del viejo odio, al que se debe asimismo la fundación de otras ciudades de esta comarca: Nova Augusta, cuya situación se desconoce, y Augustóbriga. Quien trajo la paz a un mundo cansado, permitió que la capital de los celtíberos se irguiese sobre sus ruinas, como hizo con Cartago y Corinto. Esto debió ocurrir cuando terminada la guerra cantábrica (en el año 19 a. C.), hizo construir la calzada que sale de Tarragona y, valle del Ebro arriba, llega hasta Cantabria y Asturias, ya que nuestra ciudad se halla en un ramal que va de Turiaso (Tarazona), por Augustóbriga (Ágreda) y Numancia, a Uxama, Clunia y Asturias, ramal que fue terminado por Tiberio. En esta vía se han encontrado cerca de Ágreda (Augustóbriga) columnas miliarias con su nombre, y Estrabón, que escribe en su tiempo, dice que la distancia entre Cesaraugusta y Numancia es de 800 estadios, equivalentes a 160 kilómetros, lo que concuerda plenamente con la realidad. Todavía hoy se puede recorrer esa vía en el trozo comprendido entre Numancia y Renieblas (Mapa 3) y yo he puesto al descubierto cerca del campamento de Travesadas (v. pág. 291) un considerable trecho de la misma. Se corrobora la atribución de la nueva Numancia a Augusto por la copiosa cantidad de monedas suyas encontradas en

la ciudad romana, al propio tiempo que parece proceder de su época una lápida incluida en el muro de la pequeña ermita de la colina.

De la Numancia romana se conservan todavía restos importantes, más que de la ibérica, cuyas ruinas han sido destruidas, como es natural, por las edificaciones romanas. La Numancia romana se halla emplazada sobre la ibérica y de 0,50 a 1 metro bajo la superficie (Fig. 14). Era conocida hace mucho tiempo, toda vez que el arado ponía continuamente de manifiesto tejas romanas, monedas, etc. Se pueden distinguir en ella dos períodos ibéricos: al primero corresponde, en la figura 13, lo que va en punteado, al posterior, lo negro, quedando señalado lo romano por el sombreado. Esto último corresponde a la ciudad de Augusto, que se conserva mejor que las anteriores; lo dibujado en negro es posterior al 133 a. J. C., pero anterior a lo sombreado, pues sus muros descansan sobre los restos numantinos y se hallan debajo de la ciudad de Augusto. Estas casas en negro, de las que poco se conserva y que aparecen desperdigadas, pertenecen por tanto a una época intermedia; obedecen al plano de las casas ibéricas de Numancia, pero la orientación es distinta. Se podría pues suponer que a partir del año 133 a. J. C., a algunos íberos comarcanos, tal vez los que recibieron las tierras de los numantinos, les fue permitido establecerse en las ruinas. Este pequeño establecimiento desapareció luego al levantarse la ciudad romana. Esta se limitó a la meseta de la colina; los fragmentos de cerámica romana faltan por completo en el arrabal de Saledilla. La nueva ciudad carecía de fortificación pues reinaba en todas partes la paz. La red de calles ibéricas fue conservada, mejorándose, pues las calles fueron trazadas en línea recta, ensanchadas y dotadas de canalización. En todas partes se pueden reconocer las calles romanas superpuestas a las ibéricas por su nivel más alto y su mejor construcción. Dentro de las casas encontramos cisternas redondas o cuadrangulares. El material constructivo es de mejor calidad que el ibérico. Los adobes y los toscos pedruscos desaparecen y ceden el puesto a la piedra tallada y al ladrillo. Los techos no eran de ramaje, sino que estaban cubiertos por tejas planas o curvas, y en lugar del barro se empleó la argamasa. No faltan algunos mosaicos y modestas pinturas en las paredes.

Las casas en parte responden al antiguo tipo ibérico rectangular de mayor longitud que anchura, pero en su mayor parte son de dimensiones más considerables, de modo que cada una de las casas nuevas corresponde con frecuencia a varias de las viejas. Existen además casas construidas de acuerdo con el plano romano con pequeño patio abierto en medio y habitaciones en derredor. En algunas de ellas el patio está provisto incluso de columnas según el modelo del peristilo griego. Es este el tipo de casa con patio venido de los países orientales, que se extendió por todo el mundo romano y que perdura todavía en Oriente, Norte de África y Andalucía. Puede servir de ejemplo la casa descubierta por mí en el barrio meridional (figura 13, muros sombreados). Por la entrada, situada al norte, se llega al patio, que tuvo primeramente una pequeña cisterna (c) y fue provisto luego de otra mayor (a). Alrededor del patio se encuentran las habitaciones, repartidas en dos grupos: en la mitad anterior, lo mismo a derecha que a izquierda del patio, hay dos habitaciones en cada lado (b; c, d), cada una de las cuales se halla dividida en dos; la mitad posterior está formada por cinco departamentos, uno en medio (l) y dos a cada lado (h, i; n, o).

Todos los restos encontrados en la Numancia romana son puramente romanos; no hay resto alguno de cerámica ibérica, que fue sustituida por la conocida terra sigillata roja. También los demás restos podrían encontrarse en cualquier otra ciudad romana imperial. En cuanto a inscripciones, Numancia nos ha proporcionado sólo tres: la lápida funeraria en la pared de la ermita, una inscripción consagrada a Júpiter y otra a Marte. También la ciudad romana era pobre, más pobre que las romanas Clunia y Termancia, que poseyeron un teatro. Culturalmente la ciudad era romana, pero los nuevos numantinos debían ser, en su mayoría, no colonos sino indígenas. Al principio no recibió la nueva ciudad el derecho de ciudadanía romana, hasta que Vespasiano concedió el derecho latino a toda la Península. No es de extrañar que en adelante apenas se mentase a la nueva ciudad; tan solo se la cita en los Itinerarios romanos como una estación de la carretera que iba del Ebro hacia Asturias, y situada entre la estación de Volux (Calatañazor), de la que distaba 25 millas, y la de Augustóbriga, a una distancia de 23. Aparte de esto, podemos señalar que Plinio en su Historia Natural menciona entre las variedades de peras más tardías una «pera de Numancia», modesto testimonio de la

incipiente horticultura. La ciudad subsistió hasta la invasión de los germanos en el año 409 de nuestra era, como lo acreditan sus últimas monedas pertenecientes al final del siglo iv. En aquellos tiempos de turbulencias debió ser destruida o abandonada; sus restos están recubiertos por el humus y no hay huellas de incendio.

La historia de Numancia tocaba a su fin, y el nombre de los celtíberos y vacceos se extinguió. No obstante, en su suelo, en tierras de Castilla y León, germinó de nuevo su semilla en aquellos férreos hombres a los que estaba destinado unificar España y dominarla durante muchos siglos.

NUMANCIA EN LA EDAD MEDIA Y EN LA EDAD MODERNA

Al desaparecer la ciudad romana quedó nuevamente convertida la colina en un paraje desolado y así permaneció durante varios siglos. Pero la vida tornó a nacer sobre la colina junto al Duero. De la época visigoda procede la pila bautismal de la ermita, de manera que puede presumirse que ésta es la sucesora de otra visigótica.

La aldea de Garray, situada al pie de la colina de Numancia y donde he vivido durante cuatro años, aparece citada por primera vez en 1016, siendo edificada el año 1241 la pequeña ermita que todavía hoy mantiene la guardia en aquel paraje solitario. Ello prueba que no se había extinguido la memoria de la antigua ciudad, cuyas ruinas todavía se veían, y es probable se haya conservado el culto en aquel alto a alguna divinidad local, tal como aconteció en Termancia, donde perdura la ermita de Santa María de Tiermes. En la mayoría de los castros ibéricos y célticos, que se encuentran por millares, se yergue una ermita en medio de la más profunda soledad. Las ciudades perecen, mas los dioses son inmortales y los campesinos se mantienen tenazmente fieles a la antigua divinidad local.

Pero el nombre de la antigua ciudad no se había perdido, pues cuando en el siglo x se establece en Zamora un obispado, toma su obispo el título de «episcopus numantinus». Resulta pues que entonces se buscaba a Numancia en Zamora, a 300 kilómetros de aquella. En cambio otros identificaron a Numancia con Soria, con lo que se acercaron a la verdad. Pero sólo en el Renacimiento, cuando volvieron a ser leídos los autores antiguos, llegó a ser conocido el verdadero lugar de Numancia, la cual según Apiano se hallaba sobre el Duero y, según el «Itinerario de Antonino», en la carretera de Augustóbriga a Uxama (véase pág. 356), y por tanto en el punto donde esta vía cruzaba el Duero. A fines del siglo xvi, el anticuario Ambrosio de Morales describió para Felipe II las antigüedades del país, y entre ellas incluye la colina de Garray. Poco después (1581) el inmortal Cervantes, creador de Don Quijote, escribe una tragedia, Numancia, que muestra una visión muy justa de la topografía del

lugar. Lo mismo cabe decir del erudito poema La Numantina del soriano Francisco de Mosquera (véase página 249). Las bases para una investigación de la famosa ciudad estaban dadas. Pero nadie mostró interés por estas cosas en los tristes siglos que siguieron. Sólo en el siglo xviii aparece una detallada descripción de lo que era dable ver en aquel tiempo, en la «Historia del obispado de Osma» escrita por Loperraez (1788), con el primer plano de las ruinas.

Notable es el papel desempeñado por Numancia como ejemplo para la guerra de independencia de los alemanes contra Napoleón. En los años de 1806 a 1813 nada menos que cinco obras sobre Numancia fueron compuestas en alemán: dos traducciones de la tragedia de Cervantes (una de De la Motte Fouqué, la otra de A. W. Schlegel) y tres dramas. El año 1843 se comenzó la erección de un monumento en lo alto de Numancia que no fue terminado.

La investigación científica de Numancia empieza con Eduardo Saavedra, uno de los hombres más beneméritos en la investigación sobre la España antigua. En 1853 construyó como ingeniero una carretera a través de la comarca y dedicó un estudio esmerado al camino romano que pasaba por Numancia, al que añade un nuevo plano más exacto de la colina. También algunas excavaciones fueron realizadas entonces y otras después, pero todas ellas sin método y sin otro resultado que el de señalar en la colina una ciudad romana del Imperio y que por el contrario nada se veía de la ciudad ibérica[25]. Era un error, y además trajo como consecuencia el que no se diera a Numancia toda la importancia que tiene y continuasen los aldeanos en su lento trabajo de destrucción, a pesar de haberse declarado la colina monumento nacional en 1883 y ser colocada con ello bajo la protección del Estado.

Un caluroso día de agosto del año 1902 ascendía por la colina un joven investigador alemán. Le había llamado la atención el que Apiano dedicase en su historia de la guerra ibérica a la topografía de Numancia una descripción muy detallada, basada verosímilmente en la propia visión de Polibio, y se había propuesto comprobarla sobre el terreno. Aquella corta visita fue la iniciación de ulteriores investigaciones que dieron como resultado en 1905 mi primer libro sobre Numancia[26]. En él se llegaba a la conclusión de que las ruinas de la ciudad ibérica debían buscarse debajo de las

romanas, y se señalaba el probable emplazamiento de los 7 campamentos. El 12 de agosto de 1905, con cuatro obreros, ataqué por vez primera con la azada la famosa ciudad, acompañado de mi fiel y experto colaborador Constantino Koenen. A las pocas horas aparecían ya bajo los muros romanos inequívocos testimonios de la ciudad ibérica: aquella capa roja con adobes y vasos ibéricos pintados (véase pág. 329). ¡Numancia, la inmortal, había aparecido!

La atención de todo el país se dirigió entonces hacia la colina de Garray, especialmente cuando el 24 de agosto de 1905, en presencia del rey Alfonso XIII, fue inaugurado el obelisco costeado por un hijo de la provincia de Soria. Pero para excavarse necesita dinero, y los 1.500 marcos de las academias de Gotinga y de Berlín, gracias a las cuales había podido yo dar comienzo a los trabajos, se agotaron pronto. Pero pronto también llegó la ayuda. Una tarde lluviosa en que nos hallábamos descorazonados, calculando el empleo de los últimos medios con que contábamos, el cartero trajo un telegrama. Era de mi profesor U. v. Wilamowitz-Moellendorff, al cual había dado cuenta de mis felices hallazgos. Me comunicaba que había dirigido una súplica urgente al emperador y recibido la promesa de su ayuda. En efecto: Guillermo II, que siempre se señaló como un protector de la ciencia alemana, concedió una importante suma y la empresa pudo acometerse ya sobre una sólida base. Se logró entonces fijar el trazado de una parte considerable de la muralla de la ciudad, sobre todo en la parte oriental, y de la red de calles, y además descubrir y estudiar con extremo cuidado una parte de la zona sur de la ciudad, ejemplo típico de lo que era toda ella (figura 13). Mi colaborador Koenen alcanzó un mérito imperecedero con el estudio exacto y dibujo de estos restos en planos y perfiles que muestran los distintos niveles (figs. 1, 14). Cuando todo quedó escudriñado y ya no era posible continuar aquel año los trabajos a causa del frío y de la nieve, nos alejamos del lugar, y con una cena con que se nos obsequió en la Diputación de Soria, donde en agosto nos habíamos sentado a la mesa del Rey, tuvo la primera campaña un magnífico remate.

El año siguiente (1906) era mi propósito dedicarme a la busca de los campamentos de Escipión, de los cuales ya había descubierto algunas huellas. La excavación ulterior de Numancia, que había de durar muchos años y requería grandes medios económicos, debía

quedar a cargo de los arqueólogos españoles, quienes naturalmente tenían además la primacía en una empresa de carácter nacional. En los años que siguieron, hasta 1923, fueron proseguidos los trabajos de descubrimiento de la ciudad por una comisión española. Dos nombres eminentes destacan en ella. El de don José Ramón Mélida, patriarca de la Arqueología en España y maestro de las nuevas generaciones, y el de don Blas Taracena. A este último, actual director del Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, y una de las autoridades científicas más brillantes del país, se debe, además, la organización del Museo Numantino, en Soria, donde se guarda la mayor parte de los restos descubiertos en la vieja ciudad celtibérica. El trabajo de la Comisión está lleno de mérito, especialmente por la cuidadosa rebusca y conservación de los hallazgos, entre los que sobresalen numerosos vasos. Varias publicaciones[27] fueron dando cuenta de los trabajos. Estos no han terminado con la excavación total de la ciudad, dejándose una parte de esta para futuras generaciones de arqueólogos dotados de medios de estudio más precisos y perfectos que los actuales.

En la primavera de 1906, tras de solventar algunas dificultades que se habían presentado, pude excavar mi primer campamento, al que siguieron los otros en los años de 1906 a 1908, y en el otoño de este último año pude considerar terminada mi tarea numantina. Pero en el último día, cuando ya estaban vendidas palas y picos, realicé una pequeña excavación en la colina de Renieblas, en la que, con ocasión de una fugaz visita en 1905, había visto sólo restos prehistóricos, pero donde recientemente se habían hallado monedas romanas de la época republicana. Y ¡oh sorpresa!, encontré armas, monedas y vasos romanos, y un recorrido de la colina mostró que sobre el suelo se conservaban inacabables muros de campamentos romanos. Así pues, al terminar la penosa labor del descubrimiento y descombro de los campamentos de Escipión, después de 4 años de trabajo, venía a presentarse ante mí una tarea tal vez más considerable todavía. Sin titubear, me decidí a acometerla, no obstante hallarse agotados de hacía tiempo los fondos proporcionados por el emperador. Pero como ya antes había obtenido ayuda de otra parte, particularmente del Instituto Arqueológico y del Ministerio de Instrucción Pública de Prusia, podía ahora alimentar la esperanza de encontrar los medios para acometer también la nueva empresa. Y así ocurrió[28]. En los 4 años

siguientes (1909 a 1912) pude explorar los 5 campamentos de Renieblas, y finalmente aún otros campamentos de la guerra celtibérica: el de Almazán y los de Aguilar y Alpanseque en las cercanías de Sigüenza.

Así como al acometer mis primeros trabajos había tenido la suerte de encontrar tan buen colaborador como Constantino Koenen, también para las demás empresas encontré buena ayuda, en especial el general Dr. h. c. Adolfo Lammerer, al cual se deben los mapas y la mayoría de los planos de la obra sobre Numancia, y la del profesor Ernesto Fabricius, director de la comisión alemana del Limes, que tomó parte en dos campañas con su consejo y colaboración.

Después de ocho campañas que equivalen en total a casi dos años, me hallé al final de mis excavaciones, iniciadas modestamente, para adquirir después una amplitud cada vez mayor. Las esperanzas que se habían puesto en una excavación de Numancia y sus alrededores no solo se vieron realizadas, sino que fueron ampliamente superadas. Por esta vez la suerte no ha sido inconstante: me ha permanecido fiel desde el principio hasta el fin. Las perspectivas que expuse al final de mi primer libro en 1905 se han visto confirmadas literalmente. Se ha encontrado la ciudad ibérica con numerosos monumentos de la vida celtibérica, en especial los notables vasos pintados; se han encontrado también los siete campamentos erigidos por Escipión, tal como yo lo deseaba. No solo se ha obtenido una serie de 29 pilos, sino toda una colección de armas y útiles de guerra, los más antiguos monumentos del arte militar de los romanos. De especial importancia son las monedas y los vasos, pues tienen una fecha exacta y pueden servirnos para datar hallazgos semejantes. Cuando terminé con Numancia me obsequió la suerte con los 5 campamentos de Renieblas, incluyendo el maravilloso campamento de Nobilior. Estos campamentos y otros más alejados nos han esclarecido varios otros episodios de la guerra en la Meseta: la campaña de Catón el año 195, las luchas de Pompeyo contra Sertorio en 75-74. Los numerosos campamentos que ilustran la historia de aquellas guerras del 195 al 74 a. C. son documentos como no los poseemos con respecto a ninguna otra guerra de la Antigüedad. Además gracias a ellos la exploración de los campamentos romanos, que con tanta diligencia se viene

efectuando en Alemania e Inglaterra, se amplía en 200 años hacia atrás, toda vez que los más antiguos que se conocían antes eran del tiempo de Augusto. De la soledad de la meseta española ha surgido un episodio importante de la Historia Universal.

Paralelamente a la excavación se realizaba el estudio de los hallazgos, y en el año 1914 podía aparecer el tomo I de la obra Numantia, que en su primera parte ofrece la primera etnografía científica de la península Ibérica y en la segunda parte contiene un relato de las guerras celtibéricas basado en el estudio personal del teatro de la guerra y en la valoración crítica de los textos: el fundamento para los tres tomos siguientes. Pero entonces estalló la guerra mundial, vino la inflación, y los tomos II, III y IV, en parte ya preparados, debieron aguardar más de 10 años hasta su impresión. Esta fue por último posible gracias a la Notgemeinschaft de la ciencia alemana, que me dio la suma de 30.000 marcos, considerable para aquellos tiempos tan críticos, y en 1927 logró ver la luz el tomo III, en 1929 el IV y en 1931 el II, siendo este el último porque había esperado la conclusión de las excavaciones españolas, a fin de utilizar también sus resultados.

Así llegaba a su término al cabo de 30 años una obra iniciada en 1901 y que había tenido que vencer dificultades sin cuento, que varias veces estuvieron a punto de hacerla zozobrar. En mi 60º cumpleaños, el 27 de mayo de 1930, recibí las últimas pruebas de imprenta.

El voto que en 1902 había hecho en las solitarias alturas de Numancia estaba cumplido: «Levantar un monumento digno igualmente de sus propios héroes que de su gran vencedor: un monumento de la ciencia, mejor y más duradero que los monumentos de piedra y que las declamaciones que les han sido dirigidas en la Antigüedad y en los tiempos modernos».

EL PAISAJE NUMANTINO

«Para ver subir el sol

no hay que ir a San Saturio[29]*,*

que en lo alto de Numancia

aún se ve mejor».

Así cantan los mozos y mozas de las aldeas de la llanura numantina. El que contempla una vez el magnífico panorama que se divisa de lo alto de Numancia no lo olvida jamás. La mirada abarca toda la vasta llanura, los valles que en ella desembocan y el semicírculo que la rodea a manera de un gigantesco teatro desde los picos de Urbión por occidente, donde el sol se pone en verano, hasta las cimas del Moncayo al oriente, por donde sale. El amplio panorama está lleno de seriedad y grandeza, como cuadra a los trágicos sucesos que en él se desarrollaron. Por todas partes a donde se dirija la mirada, encuentra estas amplias superficies y grandes líneas. Delante se extiende la llanura numantina, más allá ascienden suavemente en oleadas las estribaciones montañosas, en último término se levantan las altas cumbres de la sierra.

La primacía corresponde a esta última. La sierra, severa y majestuosa, es el marco adecuado a la llanura numantina. Para el campesino que contempla desde sus llanos los dentados picachos, la sierra está llena de maravillas y terrores. De ella depende el clima, determinante de su vida. Las tormentas –dice él– proceden de las hondas lagunas de Urbión, y en la primavera llega de allí un bramido, el crujir del deshielo de la laguna, como un mensaje de la nueva estación. Aparte de estas, otras leyendas todavía se hallan difundidas sobre las lagunas, a pesar de que pocos las han visitado, o precisamente por eso. Como nuestros moradores de los Alpes, el campesino de esta comarca atribuye personalidad a las montañas y las hace hablar entre sí. Del Moncayo y su rival, sierra Cebollera, se

cuenta este coloquio referente a su penacho de nubes:

Dice Moncayo a Cebollera:

«Si tú llevas capa yo llevo montera».

O

Dice Cebollera a Moncayo:

«Si tú llevas capa yo llevo sayo»[30].

En tanto que las estribaciones están casi desnudas de arbolado, en la alta montaña se han conservado todavía importantes bosques. Durante varias horas de camino se extienden los magníficos bosques de Vinuesa. El Duero rumorea camino del valle entre los oscuros pinares, y en las lagunas de un verde oscuro del Urbión se reflejan los corpulentos y viejísimos cembros, testimonio de antiguos tiempos. Allá arriba, entre verdes prados donde las vacas se apacientan, saltarines arroyos y enhiestos abetos, pudiera creerse que nos hallamos en la propia Suiza, si las terribles devastaciones producidas por los incendios no nos recordaran que estamos en España, donde el bosque está proscrito. Mientras entre nosotros la Naturaleza siempre está al servicio del hombre, en aquellos altos nos encontramos con dos hechos para nosotros casi enteramente desconocidos: o bien con la Naturaleza que todavía no ha sido tocada por la mano del hombre, o con la destruida por el hombre a su albedrío. Aquí yacen pudriéndose en el suelo corpulentos troncos tumbados por el rayo, allá hay cientos de hectáreas arrasadas por el fuego. La mayoría de bosques se talan por los mismos propietarios para obtener combustible, ya que todo otro provecho es allí desconocido. Los otros destructores del bosque son los pastores. Muchas zonas de bosque han sido destruidas por las hogueras que aquellos encienden todas las noches. Pero el pastor realiza también

una guerra consciente contra el bosque, lo incendia para obtener, gracias a las cenizas, hierba y pastos más abundantes. Este trabajo de destrucción dio comienzo ya en la Antigüedad y se hacía derivar el nombre de los Pirineos de la palabra griega πῦρ, que significa fuego.

Acompañemos al Duero valle abajo hacia la llanura de Numancia. Al entrar en la llanura ha dejado ya su fase de torrente y corre sosegado por un amplio lecho entre bajas orillas. La colina de Numancia constituye para el Duero un punto importante, pues al topar con ella el río cambia su curso, y en vez de seguir hacia oriente, se dirige hacia el sur, manteniendo este rumbo hasta Almazán, para seguir desde aquí corriendo hacia occidente en busca del lejano Océano.

Inseparable del Duero es el majestuoso puente que cerca de Numancia lo cruza, sucesor del puente romano que algo más arriba daba paso a la Vía Augusta, que iba del Ebro hasta Asturias. El puente de Garray es uno de los más notables de España y se puede comparar con el de Alcántara y el de Mérida. Tiene 150 metros de largo y con sus 16 arcos góticos del siglo xvi, la época de esplendor de España, cruza a la vez el Duero y el Tera que se unen debajo de él. A muchos ejércitos ha abierto el camino, sea hacia el valle del Ebro, sea hacia Castilla. Hoy, sobre sus poderosos arcos se deslizan sólo imágenes de paz. No menos de seis coches correos pasan diariamente por el puente hacia Logroño, Calahorra y Rollo, en ida y vuelta. Cuando en el mes de octubre en Soria y en noviembre en Almazán se celebran las grandes ferias de ganado, por aquí atraviesa el Duero todo el ganado mayor y menor del llano y de la sierra, y desde los bancos que según hermosa costumbre de los viejos tiempos están adosados al puente, se puede contemplar a los habitantes de la sierra con sus trajes tradicionales y la riqueza de la comarca en ganado espléndido. La vida diaria de la aldea anima también la venerable construcción con muchas escenas pintorescas. Por la mañana temprano aparecen las muchachas que van al río a coger el agua enfriada durante la noche, a mediodía resuenan las bóvedas del puente con el parloteo de las lavanderas, y al atardecer todo el pueblo se va congregando junto a sus pretiles para disfrutar del aire de la tarde sobre la fresca agua después de las faenas y del calor del día.

Para nosotros, alemanes, el puente de Garray constituye un amable recuerdo. Cuando en primavera cantaba el ruiseñor en las matas reverdecidas de la orilla, se nos ofrecía en medio de la estepa castellana una imagen de la verde patria con su encanto primaveral. Y cuando la luz de la luna resplandecía sobre las aguas rumorosas, disfrutábamos de la magia de una noche de verano en España.

Lo mismo que el Duero, los otros dos ríos de Numancia nacen en los altos de la sierra. El Tera procede del puerto de Piqueras y se dirige directamente hacia Numancia, corriendo casi exactamente de norte a sur. Pasa al pie de la colina de Castillejo y desagua en el Duero debajo del mismo puente. El más bello pasaje de su curso se halla en la aldea de Tera, en el lugar sombreado por viejos olmos donde está la venerable casa solariega del Marqués de Vadillo. El tercer río, que por su color sucio es apodado Merdancho, viene del Puerto de Oncala, pasa por Renieblas, junto a la colina de los cinco campamentos, recibe aquí el Moñigón, que baja del este, y se vierte en el Duero junto al molino de Garrejo.

El arbolado de la llanura se reduce a las hileras de árboles que acompañan el curso de los ríos y arroyos y a pequeños oasis alrededor de las escasas fuentes, en su mayoría olmos y álamos. El curso del Tera se puede seguir a lo lejos por sus altos chopos, se sombrea el Duero cerca de Garray por espesas matas, y el Merdancho convierte los alrededores de Garrejo en un verde idilio. Los collados están cubiertos con varias especies de labiadas como el tomillo, el espliego y el romero. Estas dan mísero pasto al ganado lanar, constituyen el campo de actividad de las abejas y tienen, ahora como antaño, su aplicación en la medicina. Al anochecer derraman los matorrales un aroma embriagador. Por todas partes crecen altísimos cardos de flores rojas y amarillas. Son los que aparecen frecuentemente en las escenas que dibujó Gustavo Doré para el Don Quijote y en el Panorama de Numancia de Harald Hofmann (v. pág. 59).

Escasos, como los hombres, son los animales que habitan la llanura numantina. Al llegar la primavera, viene a anidar en las torres de las iglesias la cigüeña, que vemos representada en un vaso numantino. Las colinas son bastante ricas en aves como codornices y perdices, y en la amplia superficie del llano hay bandadas de

blancas avutardas. Abundan sobre todo los conejos, el clásico habitante de la cuniculosa Celtiberia.

La caza mayor se encuentra únicamente en la espesura de los bosques de la montaña, no siendo escasos los lobos que en el rigor del invierno bajan hasta el llano. En la ganadería desempeñan el papel principal las ovejas. En otros tiempos la cría de merinos suponía la riqueza de la región soriana, y todavía pueden verse hoy, en los palacios en ruinas, monumentales escudos pertenecientes a los grandes propietarios de rebaños, los «ganaderos». Es un cuadro pintoresco ver aparecer en septiembre, en el puente de Garray, los ganados trashumantes que bajan a invernar a más bajas y templadas tierras. Millares de ovejas son conducidas por morenos pastores de aspecto montaraz provistos todavía de la honda. En el verano se ve vagar por las alturas numantinas a los zagales con su caramillo, cuyo melancólico tañer es casi el único sonido que se oye en estos tranquilos parajes.

Cuando el campo numantino resulta más alegre es a partir de marzo, en el momento en que aparece la llanura recubierta por el verde jugoso de los campos de trigo. Pero la agradable primavera no llega hasta tarde, mayo o junio, y hay años que cae todavía nieve por San Juan. Esta corta primavera es, al igual que en Alemania, la más hermosa época del año. Nunca me olvidaré del maravilloso mayo que vi en aquellos campos el año 1908, ni del cuadro de la llanura con las montañas cubiertas de nieve a lo lejos y las blancas nubes primaverales en el cielo azul. Pero la bella estación dura poco. Casi sin tránsito, al frío invierno sigue el tórrido verano. Ya a principios de julio está toda la hierba seca y hace tiempo que se marchitaron las anémonas y amapolas, que salpicaban como gotas de sangre las laderas de la colina de Numancia, y que enmudecieron los pájaros. El Duero, cuyo cauce lleno de alborotadas olas semejaba un lago hacía poco, se ha reducido a un modesto arroyo y la costra térrea se agrieta bajo el fuego abrasador. Y cuando después de la siega la ancha llanura se ha convertido en una gigantesca rastrojera, la uniformidad y desolación del paisaje alcanzan su punto culminante. Tan lejos como abarca la vista no se ven más que superficies pardas y amarillas sobre las que el aire cálido tiembla mientras la lejanía se empaña por la calina. Hasta que el sol abrasador no se pone tras los

picachos de Urbión no se comienza a revivir. Es esta la hora deliciosa, cuando pala y azada caen de las cansadas manos del labriego, cuando el pastor regresa con el ganado y en cada casa se abren puertas y ventanas para dejar entrar al aire fresco de la tarde. El que dispone de tiempo sale a la calle o se va al puente sobre el Duero y contempla cómo el ganado vuelve del prado, cientos de bueyes, de caballos y de asnos, y entre ellos los mozos y mozas recogiendo cada uno su animal entre mugidos y relinchos, griterío y risotadas, alegre cuadro de la vida campesina castellana. La cosecha es el punto álgido de la vida de aquellos pueblos, por lo demás tan tranquilos. Ya mucho antes de la aurora dan las canciones comienzo a la faena del día, y durante todo él viene de las eras el monótono canto de las trilladoras que sobre los trillos dan vueltas a la era, mientras que por la noche la juventud se entrega a toda clase de pasatiempos, reunida en la era donde el grano se amontona.

El verano dura hasta fin de agosto. Frecuentemente dan comienzo entonces las lluvias del otoño precursoras del invierno. Tras esas primeras lluvias se anima todo el llano con negros puntos: son las yuntas de bueyes que aran para la siembra, y pronto la amarilla rastrojera se convierte en pardusca tierra de labor.

En septiembre celebran los aldeanos de la llanura numantina su fiesta, el fin del año agrícola, en acción de gracias por la cosecha. Entonces todo es alegría. Hasta muy avanzada la noche suena el caramillo y el tambor en los campos tan tranquilos de ordinario, y los jóvenes bailan la jota delante de la iglesia, mientras los viejos los contemplan añorando su juventud. Pero con este punto culminante de la vida campesina se llega también al final de la buena estación. Las nubes que antes iban y venían se quedan pegadas a la sierra y anuncian el viento y la lluvia. Cierto que después de las primeras lluvias se cubren las laderas de la colina de Numancia de apretado verdor, y la merendera convierte amplios espacios en una alfombra violeta, pero lo mismo a mí que a mis obreros esa amable florecilla nos resultaba odiosa: a mí porque anunciaba el principio de la mala estación, a ellos porque a partir de la Natividad de María, cuando la merendera florece, se suprime por la tarde la hora tan deseada de la merienda. Por eso los jornaleros han puesto a esta hermosa flor el mote de «quitameriendas». Hay aún otras señales que anuncian el invierno

que se acerca. A principios de septiembre se van reuniendo las golondrinas en los sotos del Duero y del Merdancho para emprender su viaje hacia el sur. A menudo un agudo grito hace volver la mirada a lo alto; es una bandada de grullas que viniendo del norte se dirigen hacia el cálido mediodía. También emigran pronto al sur los rebaños de ovejas que durante el verano han pastado por las frescas praderas de la sierra, y día tras día cruzan la aldea sus manadas interminables para volver, siguiendo primitivas cañadas, a los pastos del invierno junto al Guadalquivir. Tan corto como la primavera es el otoño. Octubre inicia el invierno. Una mañana resplandece la sierra al norte de la llanura con la primera nieve. Es la señal de que el cierzo, viento norte, ha entrado en funciones. La mirada se dirige ansiosa cada mañana hacia la sierra para ver si el viento ha cambiado. Mientras esté cubierta de espesas nubes como algodón, soplará el cierzo. El cierzo sopla frecuentemente durante varios días seguidos, convirtiendo en un tormento la estancia al aire libre, estorbando todos los trabajos, tanto a causa de sus impetuosos ramalazos como por su frialdad. En invierno se hincha el Duero con abundante caudal y las gentes se guarecen en sus casas de cantos y de barro con mezquinos agujeros a modo de ventanas. Feliz aquel que puede sentarse entonces junto al fuego de su hogar y no necesita buscar también en el invierno el pan en el trabajo a la intemperie. Por más que trate de protegerse contra el viento del norte, un día le agarra y en pocos días una pulmonía se lleva al infeliz. Durante el invierno son muchas las tumbas que se cavan en el pequeño y descuidado cementerio de Garray. Cuando volvía yo en el verano y preguntaba por mis trabajadores, me encontraba con que allí habían hallado su eterno reposo algunos que el verano anterior manejaban infatigables la azada. ¡Qué terribles sufrimientos debieron pasar los soldados de Roma en sus cuarteles de invierno en Numancia!

Como los brezales nórdicos, tampoco carecen de encanto los alrededores de Numancia. Ambos tienen de común las vastas superficies cubiertas por la bóveda azul del cielo en las que se abren a la vista infinitos espacios tanto a lo lejos como en lo alto. La mirada puede seguir el curso completo del sol, desde el amanecer, cuando aparece detrás del Moncayo y millones de gotas de rocío brillan sobre los brezos, hasta su último saludo que empurpura con sus rayos cielo y tierra. Pronto sube de la oscura estepa, como un

poderoso fantasma de la noche, la luna llena, adorada por los celtíberos, con su claridad incomparable. La luna despierta una nueva vida en el páramo que con la despedida del astro del día pareció hundirse en el sueño. Pululan entonces toda clase de pequeñas bestezuelas y se oye en la noche tranquila el canto agudo de los grillos.

La coloración del paisaje es maravillosa. Un excelente observador, el general Lammerer, la describe de esta manera:

«Oscuro es el paisaje bajo el cielo anubarrado, severo aun bajo el sol resplandeciente. Los colores que se yuxtaponen son claros y fuertes, lo mismo si el sol arde en la llanura o si esta es barrida por el terrible viento de la cordillera, siendo raro que en pleno verano enturbie la perspectiva un cielo neblinoso. La sensación de lejanía no se da, de tan próximos como aparecen los distantes objetos en el aire claro y transparente. Particularmente por la mañana animan el paisaje los más espléndidos colores: el azul oscuro de los lejanos bosques de coníferas que crecen en las estribaciones de la sierra se cambia en el pálido violeta de los peñascos calcáreos y sus pedrizas, mientras el delicado verde de musgo cubre las escasas fajas de pastos que se encuentran a lo largo de los ríos, al lado del verde intenso de los olmos, chopos y sauces que allí crecen aisladamente. Tono pardo oscuro muestra el campo arado, amarillo brillante los trigales sin segar todavía, rojo y amarillo intensos las fajas rocosas en los escarpados. Anidadas en el llano y apenas destacadas del polvoriento suelo, se hallan dispersas las aldeas de adobes de los moradores de la comarca. Sólo tonos oscuros, pero en maravillosa armonía de colores, cubren la comarca cuando el viento helado azota las desgarradas nubes negras y la niebla gris sobre los campos».

Muchos espectáculos sublimes de la Naturaleza se pueden contemplar desde la altura de Numancia en el transcurso del año. En primavera la verde llanura dominada por los blancos montes nevados semeja un amable panorama de Suiza. Es de sombría majestad el paisaje cuando negros nubarrones envuelven la sierra, cuando a lo largo del imponente semicírculo de montañas retumba el trueno y aquí y allá saltan los rayos. La Naturaleza y el hombre actúan conjuntamente en el triste espectáculo del incendio de los

bosques que se da año tras año en el rigor del estío. Entonces la comarca del Urbión está envuelta de día por blanco humo y por la noche se divisan las llamas hasta una distancia de 50 kilómetros. El más sublime espectáculo nos lo proporciona la sierra cuando una fría mañana de octubre todo el semicírculo desde el Urbión hasta el Moncayo brilla por vez primera con las tempranas nieves y los blancos picachos, teñidos por la púrpura del sol naciente, emergen del mar de nieblas matinal.

De impresionante colorido es la puesta de sol en pleno verano. Tan solo en el aire transparente y la ilimitada perspectiva de las altiplanicies alcanza el ocaso del sol este esplendor de matices. Apenas el astro ha desaparecido tras los dos picos del Urbión, empieza en el cielo de poniente un juego de colores sin igual. Primero el firmamento se colorea de amarillo, luego el amarillo se convierte en rojo y el rojo se hace cada vez más fuerte y brillante hasta que todo el occidente del cielo es un llameante mar de púrpura; por la parte opuesta, a oriente, el cielo es de un violeta oscuro. Sobre este fondo magnífico el lucero vespertino resplandece en tamaño y claridad admirables. El aire es extraordinariamente claro, en las más lejanas montañas se divisan los pequeños arbustos que constituyen su mísera vegetación y el humo de las fogatas de los pastores. Esta es la hora llena de encanto en que embriagados de luz y color, nos olvidamos de la desolación que nos rodea y no podemos imaginar que en pocas semanas el invierno derramará sobre este amable paisaje todas sus calamidades, que pronto el cierzo desgarrará las plantas que ahora exhalan en el aire del atardecer su aroma embriagador, y que la lluvia ha de convertir la dulce cinta de plata de los ríos en revueltas y amarillentas masas de agua.

Inolvidables para mí son también las deliciosas horas que siguen a la salida del sol, antes de que el astro del día al ascender traiga calor y pesadez. Los trabajadores están reunidos y se preparan para la dura jornada. Por la extensa superficie de la colina brillan las hierbas en el rocío de la mañana, y suena en la cercanía el suave canto de la codorniz, mientras en lo alto, en el aire lleno de luz, trina la alondra su canción matutina. No se oye ningún ruido. Y ya de las pequeñas aldeas que animan en primer término la amplia llanura y más allá las laderas que ascienden suavemente, se

levantan ligeras nubecillas de humo que anuncian el despertar de la vida lugareña. En tanto que el capataz señala las zanjas para la excavación, me paseo y recreo la mirada y el corazón con la magia del apacible paisaje, mientras el pecho aspira a plenos pulmones el aire mañanero, fresco y sutil de la meseta castellana. Durante largo rato tan solo rompen el silencio de la mañana los golpes de la azada y de la pala. Luego se oye un prolongado silbido que viene de Soria –son las siete–: es el ferrocarril que une la apartada capital con el resto del mundo. Claramente se oye, a pesar de los 4 kilómetros de distancia, el rodar de los vagones cuando el tren, poco después, entra en la estación. Luego todo vuelve a quedar en el mismo silencio de antes. El sol cada vez está más alto y ya se encuentra agradable la oscura sombra que proporciona un barranco cercano. A las ocho toca a misa la campana de la iglesia de la aldea vecina y al mismo tiempo se oye dar la hora al reloj de la plaza del mercado de Soria.

¡Qué mundo más tranquilo! Aquí se olvida uno totalmente de que allá lejos en el Norte, en miles de ciudades las máquinas trepidan y manchan el cielo las chimeneas de las fábricas, mientras que aquí en la divina paz de la libre Naturaleza realiza el hombre su sencilla y apacible tarea de cada día de la misma manera que hicieron sus padres durante miles de años.

El encanto del paisaje histórico se halla en las alturas solitarias de los alrededores de Numancia. En doble sentido merece el paisaje este calificativo. Grandes hechos históricos se han desarrollado en estos lugares y el severo carácter del terreno se ajusta al trágico espectáculo que esta campiña contempló hace dos mil años. Aquí no perturba ninguna manifestación de la vida moderna el trato con las figuras de la Antigüedad; aquí, lo mismo que en la campiña de Roma o en el llano del Maratón, se le revelan al atento viandante los hechos históricos que dan gloria eterna a estas comarcas. La mayor emoción del paisaje numantino brota en las horas quietas del atardecer. Entonces se levanta la histórica colina iluminada por el último rayo del sol poniente sobre los valles ya hundidos en la sombra de la noche. Una estampa de paz es toda esta llanada que tantas veces turbaron sangrientas batallas, y sobre la colina de Castillejo, donde acampó Escipión, se ciernen, en majestuoso vuelo, las águilas, insignia de las legiones.

APÉNDICE GRÁFICO

I. La colina de Numancia desde el sur.

Fig. 1. Corte de un muro ibérico de Numancia con una vasija céltica debajo del mismo.

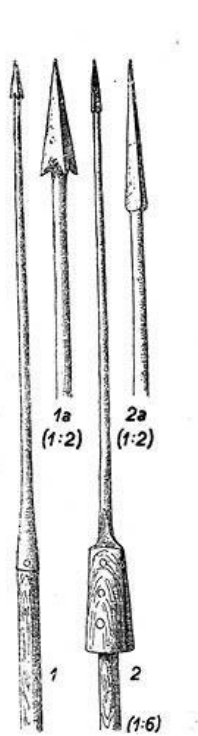


Fig. 2. Modelos de pilos romanos.

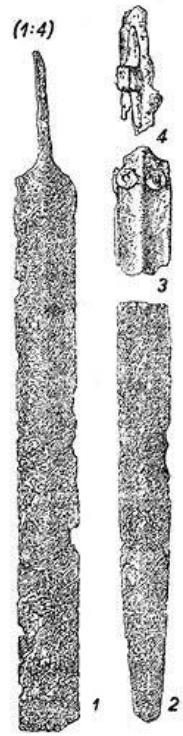


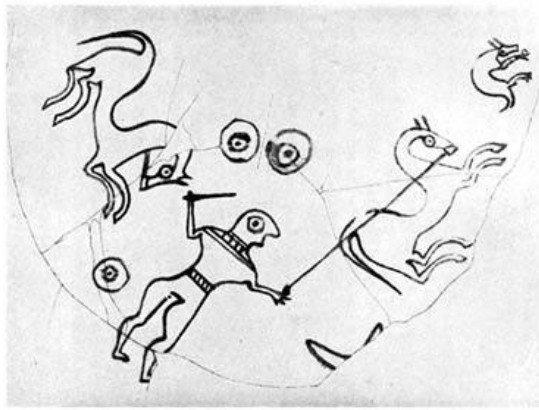
Fig. 2. Espadas y restos de vaina de hierro.

II. Vista aérea de Numancia.

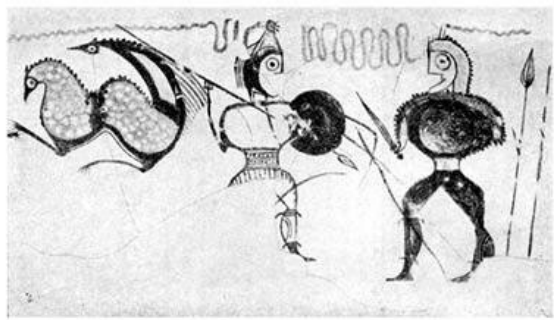
III. Numancia desde el puente sobre el Duero.

1. Casa ibero-romana con tres habitaciones.

2. Restos de los cuarteles de caballería de Peña Redonda.



V. Desarrollo del vaso policromo con representación de la doma de caballos.



VI. Desarrollo del vaso de los guerreros (fragmento).

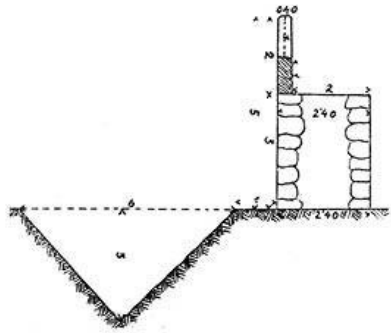


Fig. 4. Reconstrucción del muro de circunvalación, según Apiano.

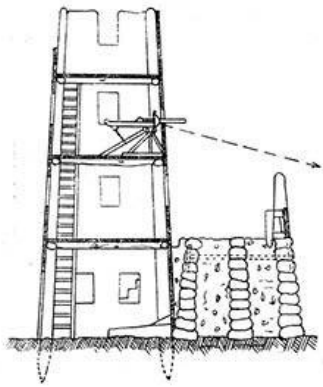
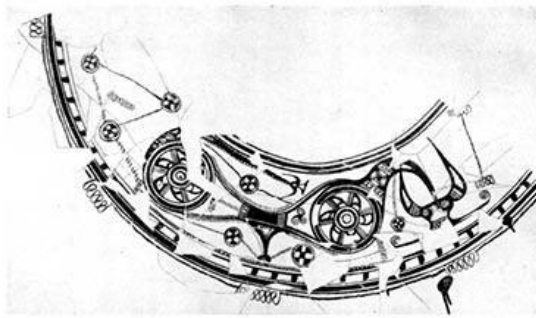


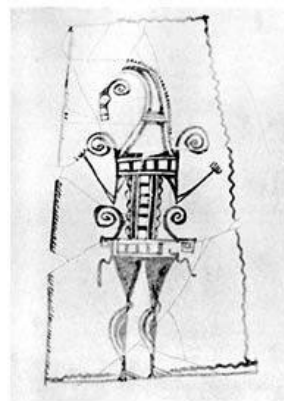
Fig. 5. Reconstrucción de una torre de la circunvalación, provista de catapulta.

1. Mujer con mantilla.

2. Danzante con los brazos enfundados en astas de toro.



VIII. Desarrollo de un vaso con motivos de toros.



IX. Representación de un hombre con cabeza de caballo, en color negro sobre el fondo rojo de la vasija.

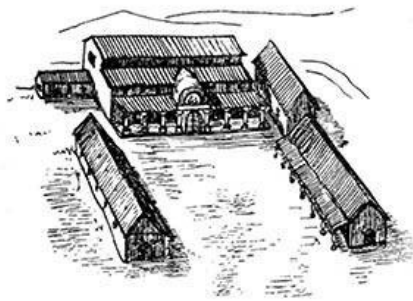


Fig. 6. Reconstrucción del pretorio del campamento de Escipión en Castillejo.

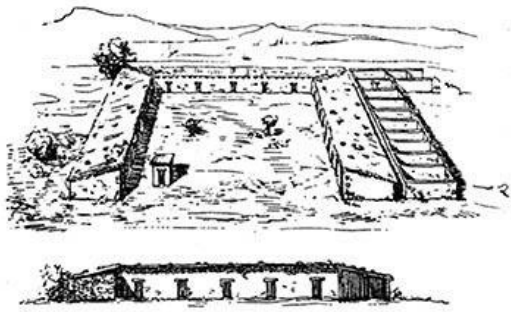
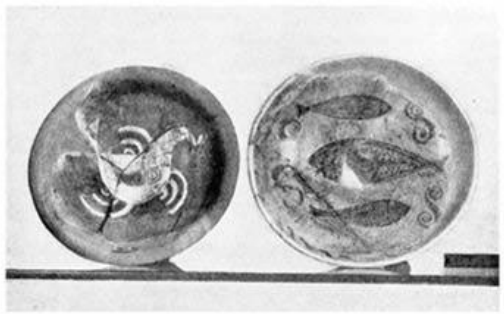


Fig. 7. Reconstrucción de un cuartel para los manípulos, en la Gran Atalaya



1. Vasijas policromas.

2. Cerámica numantina.

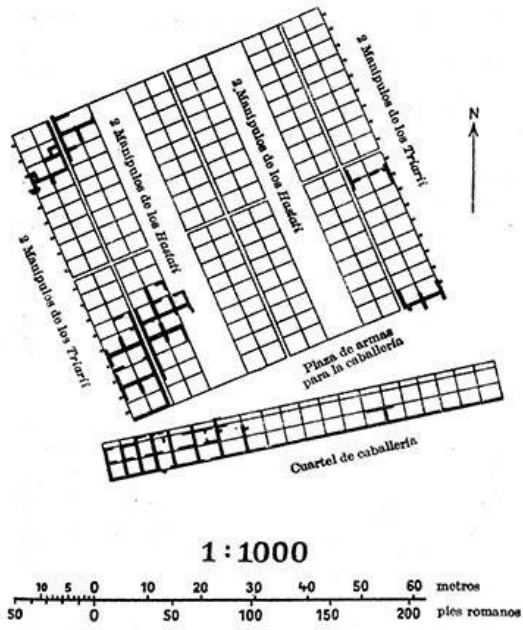


Fig. 8. Plano del campamento de Molino.

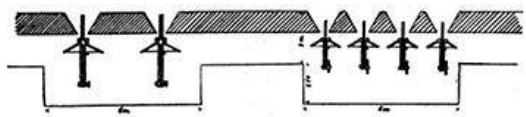


Fig. 9. Disposición de la artillería en el campamento de Aguilar.

Fig. 10. Plano de la circunvalación de Masada.

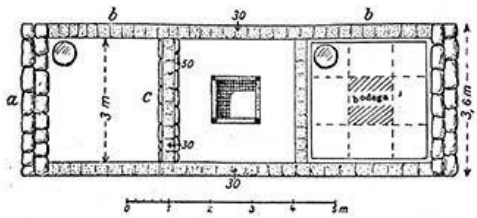


Fig. 11. Planta de una casa ibérica.

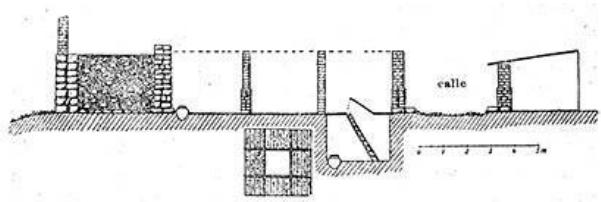


Fig. 12. Corte ideal de una casa ibérica junto a la muralla.

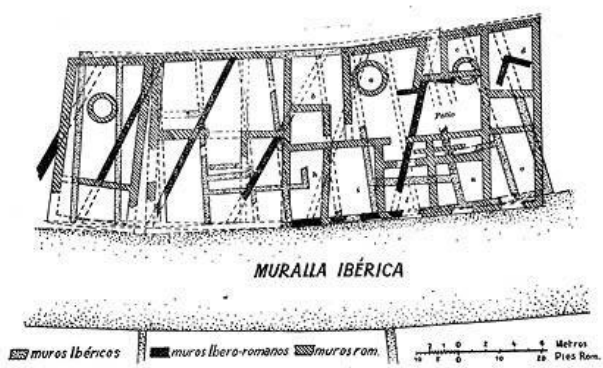
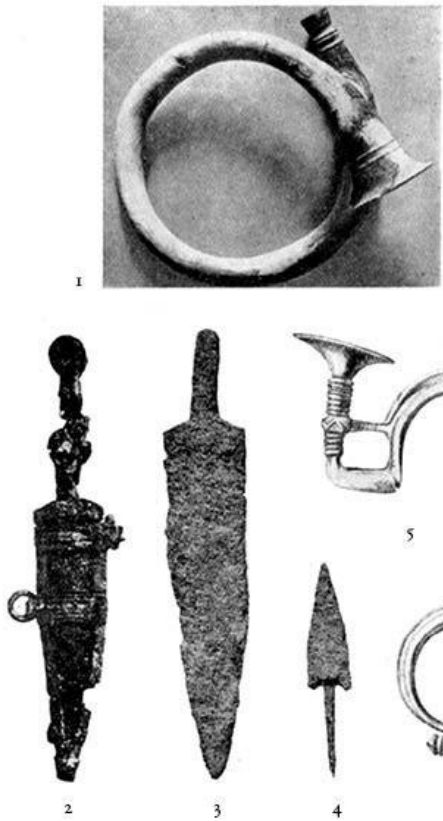


Fig. 13. Esquema de parte del barrio sur de la ciudad de Numancia.

1. Toro de barro cocido.

2. Idolillo de barro cocido.

3. Pie votivo de barro cocido.



XII. 1. Cuerno de guerra de barro cocido. 2, 3, 4. Puñales y punta de lanza de hierro. 5, 6. Fíbula y hebilla de bronce.

Fig. 14. Sección de una bodega ibérica y muro romano superpuesto.

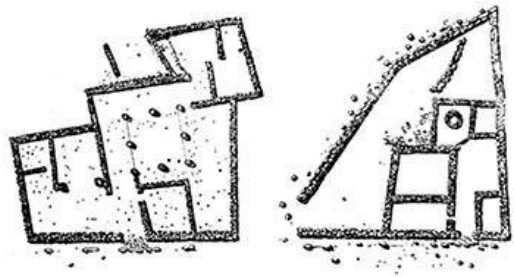
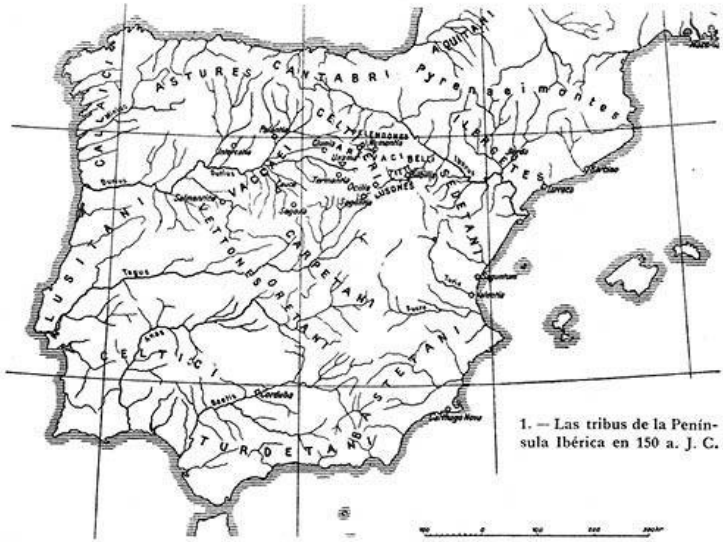
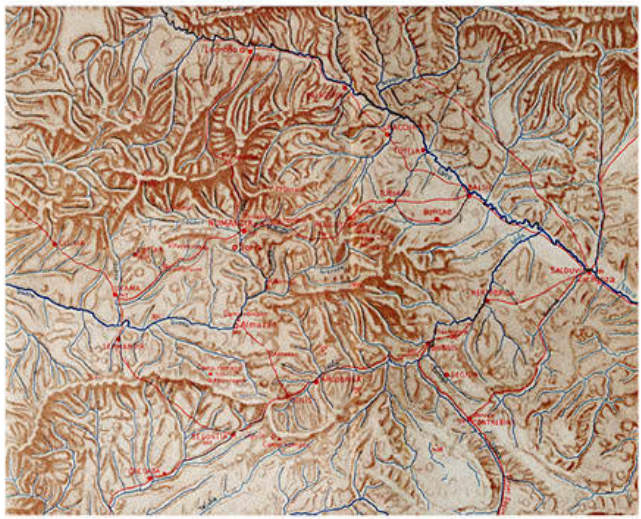
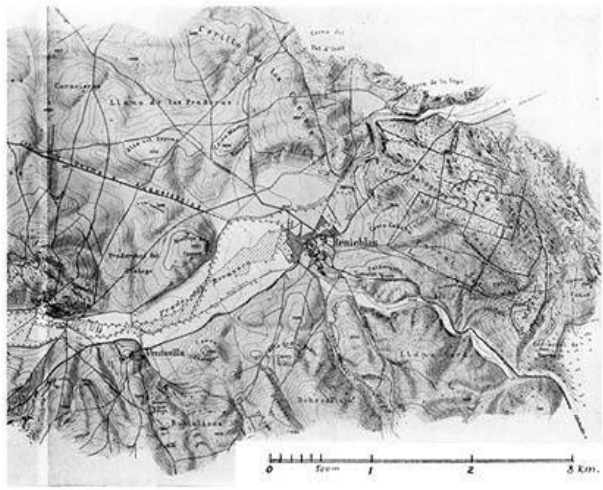


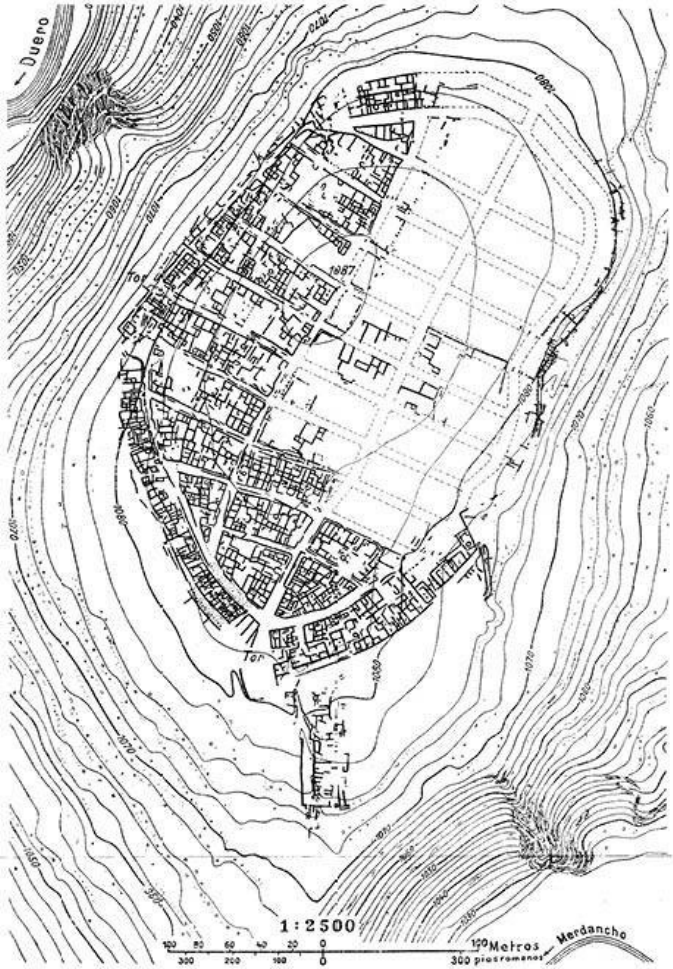
Fig. 15. Plantas de casas romanas de Numancia.

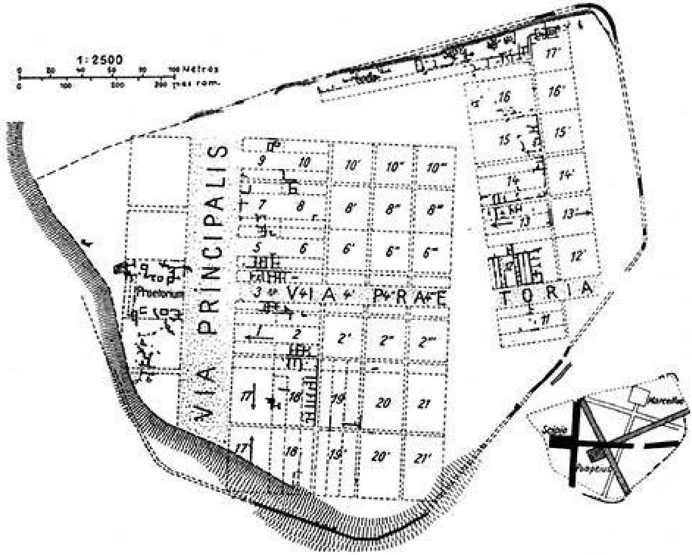


1. — Las tribus de la Península Ibérica en 150 a. J. C.




Remiehlan
0
1
2
5 Km.


Duero
Tor
1887
Tor
1:2500
100 80 60 40 20 0
300 200 100 0
100 Metros
300 pies romanos
Merdancho



1:2500
Metros
pas rom.
VIA PRINCIPALIS
VIA PRAETORIA
Praetorium
Marcellus
Scipio
Pompeius

Porta praetoria
Baleria
Puerta Oriental
Principalis
Baleria
Porta decumana
1-10 Equites Romani
11 Forum, 12 Praetorium
13 Quaestorium
14-15 / 17-19 Triarii
20-22 / 23-25 Principes
26-28 / 29-31 / 32-34 Hastati
35-36 Tribuni
36* Tribunal
37-40 Socii
41-44 Almacenes
De >< a >< 325 pies romanos, de * a * 650 pies romanos
ESCALA 1:2 500
0 20 40 60 80 100 Metros
0 100 200 300 Pies Romanos

1. Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912 («Numancia. Resultados de las excavaciones 1905-1912»). Tomo 1, Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom (Teil 1: Ethnographie der Pyrenäenhalbinsel; Teil 2: Die Keltiberischen Kriege bis zur Belagerung von Numantia) («Los celtíberos y sus luchas con Roma (Parte 1: Etnografía de la Península ibérica; Parte 2: Las guerras celtibéricas basta el sitio de Numancia»); Tomo 2, Die Stadt Numantia («La ciudad de Numancia»); Tomo 3, Die Lager des Scipio («Los campamentos de Escipión»); Tomo 4, Die Lager bei Renieblas («Los campamentos de Renieblas»). Con tres carpetas en folio, con mapas y planos, para los tomos 2, 3 y 4. Casa editorial F. Bruckmann A. G., Múnich, 1914-31.

2. Berlín, Siegismund, 1918.

3. Piloty und Loehle, Múnich.

4. Leipzig, Dieterich, 1926.

5. Numantia und seine Funde, Maguncia, 1931.

6. N. del T.: Hemos españolizado los nombres personales. En cuanto a los de lugar, adoptamos un criterio ecléctico, aceptando la forma Numancia, Termancia y otras ya generalizadas en castellano, mientras que conservamos la latina para otras localidades.

7. Este nombre aparece en unas doce inscripciones romanas en la forma aravaci; esta es pues su forma más correcta. Usamos la de arevacos por haberse generalizado. La acentuación es: ărăvāci.

8. Remito al lector a mi artículo Viriatus, publicado en «Neue Jahrbücher für das klassische Altertum», 1916, traducido al español por L. Pericot («Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo», Santander, 1920), y al portugués por A. Athayde (Porto, 1940, 2.ª ed.).

9. La forma original del nombre de Retógenes parece ser Rectugenos, nombre celta.

10. Polibio, fragmento 117 de la edición Hultsch, dice, tal vez con

referencia a Escipión: νοῦν ἔχειν καί τόλμαν δεῖτούς στρατηγούς (al general le es preciso talento y audacia). (El autor utiliza la frase de Moltke: «Erst wägen, dann wagen», que es un juego de palabras que difícilmente puede traducirse conservándole tal carácter). (N. del T.)

11. Expresión de Moltke (Correspondencia Militar, III, 1, pág. 275; comp. pág. 242).

12. Cosa semejante sucede en la circunvalación de Masada (fig. 10), donde las dos mitades de la línea de bloqueo estaban separadas por abruptas peñas y un sendero empinado constituía la única comunicación entre ambas.

13. Edición de Sevilla, 1912; canto decimotercio, estrofa 63.

14. La zona del llano de levante.

15. La línea del Merdancho.

16. He escrito su elogio en Numantia, tomo II, pág. 37.

17. El mejor estudio sobre la artillería antigua es el de Schramm, Die antiken Geschütze der Saalburg (Berlín, Weidmann, 1918).

18. Véase mi libro Masada (Leipzig, Heinrichs, 1933).

19. En Peña Redonda.

20. Véase el mapa 3.

21. Véase lo dicho en la nota de la página 179.

22. «Ni un solo numantino fue encadenado por el vencedor».

23. «El triunfo fue sólo nominal».

24. Véase plano 1, láms. I-XII.

25. Véase «Revista de Archivos», 1907, pág. 28.

26. Numantia. Eine topographisch-historische Untersuchung («Abhandl. der Kgl. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen»,

Klasse, 1905).

27. Las principales son las siguientes: Excavaciones de Numancia. Memoria presentada al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes por la Comisión Ejecutiva, Madrid, 1912. — Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades: n.º 1, trabajos realizados en 1915, Madrid, 1916 (por D. J. R. Mélida); n.º 19, trabajos realizados en 1917, Madrid, 1918 (por D. J. R. Mélida); n.º 31, trabajos realizados en 1919, Madrid, 1920 (por D. J. R. Mélida y D. Blas Taracena); n.º 36, trabajos realizados en 1920-21, Madrid, 1921 (por D. J. R. Mélida y D. Blas Taracena); n.º 49, trabajos realizados en 1921-22, Madrid, 1923 (por D. J. R. Mélida y D. Blas Taracena);] n.º 51, trabajos realizados en 1923-24, Madrid, 1924 (por D. J. R. Mélida, D. Manuel Anibal Álvarez, D. Santiago Gómez-Santacruz y D. Blas Taracena). — Blas Taracena, La cerámica ibérica de Numancia, Madrid, 1924.

28. Las excavaciones de 1905 a 1912 han costado unos 40.000 marcos, lo que es muy poco en comparación con lo extenso de los descubrimientos.

29. La ermita del patrón de Soria, situada en alto.

30. Sayo viene de sagum.